





*L U I S   A R A I Z A*

LUIS ARAIZA

# HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO MEXICANO

TOMO I.



MEXICO, D. F.



2ª Edición

1975

EDICIONES CASA DEL OBRERO MUNDIAL

# TOMO PRIMERO

## ORIGENES

*Origen del Hombre y del Trabajo.*

*Origen de la Esclavitud y de la Explotación.*

*Origen de la Libertad y del Empuje de los Pueblos.*  
*(La Revolución Francesa)*

*Origen del Movimiento Obrero*

*y de su Primera Internacional.*

*Origen Ideológico de las Doctrinas Sociales.*



## P R E F A C I O

Nada existe tan universal y tan antiguo como las luchas sociales, a través de los siglos, el trabajo de los pobres se ha transformado en la fortuna de los ricos, de ahí el antagonismo irreducible del débil contra el fuerte.

Los fenómenos económicos, políticos y sociales, que en sus épocas más agitadas vió nacer el viejo mundo, fueron el resultado de la división de la Sociedad en dos clases: **EXPLOTADOS Y EXPLOTADORES.**

Estos fenómenos son explicables si se atiende debidamente a sus causas de origen, cuyas causas nos harán llegar al conocimiento de la verdad, en que se pueda constatar: **QUE TODO PRIVILEGIO ES EL CIMIENTO DE UN INFORTUNIO PARA EL QUE LO SUFRE Y PARA EL QUE LO EJERCE.**

Por la defensa de la Libertad y de la Justicia Social, la sangre ha corrido a torrentes y se han formado inmensas montañas de cadáveres, dejando tras de sí, el amargo recuerdo que recoge la Historia en las páginas negras de la fatídica y dolorosa distancia que han tenido que recorrer los pueblos por alcanzar un fin, por alentar una noble y santa aspiración, ó por invocar un sublime Ideal, reclamando su derecho conculcado.

Bajo el movimiento de estos factores sociales y las ideas que han elevado sucesivamente el nivel de la civilización, queda al descubierto un principio primitivo: **LA ESCLAVITUD;** principio que se halla en todos los pueblos antiguos que se extienden sobre la tierra.

Lo que reinó en el origen del mundo, fué la desigualdad de fuerzas, que produjo la de condiciones sociales.

El dominio del fuerte sobre el débil, lo encontramos con más fuerza mien-

tras nos aproximamos al estado natural.

Todos estos y otros nuevos fenómenos, derivados de la cuestión social, fueron formando en sus distintos aspectos y en sus diversas etapas, el acervo y la experiencia, fuente del más amplio conocimiento de los Profetas, Filósofos e Ideólogos, quienes legaron como herencia al mundo proletario, el resultado de sus estudios, la prédica de sus profecías y el fundamento de sus ideales. De estos grandes profetas, filósofos e ideólogos se destacan: Elías, Eliseo, Amós, Isaías, Jeremías, Solón, Licurgo, Platón, Aristóteles, los hermanos Tiberio y Cayo Graco, Roberto Owen, Saint-Simón, Emilio Francisco Babeuf, Carlos Fourier, Esteban Cabet, Augusto Blanqui, Luis Blanc, Pedro J. Proudhon, Miguel Bakounine, Carlos Marx, Federico Engels, Eliseo Reclus, Pedro Kropotkin, Anselmo Lorenzo, Enrique Malatesta, Ricardo Mella y muchos otros más.

Desde la vieja sociedad humana, surgieron esos grandes profetas, esos geniales filósofos y sociólogos, para señalar la ruta de una sociedad moderna, trazando con sus plásticas manos, la estructura de un mundo mejor.

Esos grandes idealistas, encontraron al hombre en la obscuridad de su destino y disipando las tinieblas de su existencia, proyectaron las luces luminosas que le enseñaron la realidad de su condición humana.

El Ideal es el Alma de toda concepción humana y fueron ellos quienes vaciaron toda su imaginación y al brillo de su fulgurante ingenio, afirmando el puño de su pluma ardiente; **ENCENDIERON LA ANTORCHA QUE ILUMINA LA SENDA GLORIOSA POR DONDE MARCHA EL MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL.**

# Origen del Hombre y del Trabajo

## CAPITULO PRIMERO

Según Federico Engels, hace muchos centenares de miles de años, en una época aun no establecida definitivamente, de aquel periódico del desarrollo de la tierra, que los geólogos denominan terciario, probablemente a fines de este período, vivía en algún lugar de la zona tropical, una raza de monos antropomorfos extraordinariamente desarrollada. Darwin nos ha dado una descripción aproximada de estos antepasados nuestros. Estos monos estaban totalmente cubiertos de pelo, tenían barba, orejas puntiagudas, vivían en los árboles y formaban manadas.

Es de suponer que como consecuencia directa de su género de vida, por el que las manos al trepar, tenían que desempeñar funciones distintas a las de los pies, estos monos se fueron acostumbrando a prescindir de sus manos al caminar por el suelo y empezaron a adoptar más y más una posición erecta. FUE EL PASO DECISIVO PARA EL TRANSITO DEL MONO AL HOMBRE.

Todos los monos antropomorfos que existen hoy día pueden permanecer en posición erecta y caminar apoyándose únicamente en sus pies; pero lo hacen sólo en casos de extrema necesidad y, además, con suma torpeza. Caminan habitualmente en actitud semirecta y su marcha incluye el uso de las manos. La mayoría de estos monos apoyan en el suelo los nudillos y encogiéndose las piernas, hacen avanzar el cuerpo por entre sus largos brazos, como un cojo que camina con muletas. En general, aun hoy podemos observar entre los monos todas las formas de transición entre la marcha en cuatro patas y la marcha en posición erecta. Pero para

ninguno de ellos ésta última ha pasado de ser un recurso circunstancial.

Y puesto que la posición erecta había de ser para nuestros peludos antepasados, primero norma, y luego, una necesidad, de aquí se desprende que por aquel entonces las manos tenían que ejecutar funciones cada vez más variadas; incluso entre los monos existe ya cierta división de funciones entre los pies y las manos. Como hemos señalado, durante la trepa las manos son utilizadas de distinta manera que los pies. Las manos sirven fundamentalmente para recoger y sostener los alimentos, como lo hacen ya algunos mamíferos inferiores con sus patas delanteras. Ciertos monos se ayudan de las manos para construir nidos en los árboles, y algunos, como el chimpancé, llegan a construir tejadillos entre las ramas, para defenderse de las inclemencias del tiempo. La mano les sirve para empuñar garrotes, con los que se defienden de sus enemigos, o para bombardear a éstos con frutos o piedras. Cuando se encuentran en cautividad, realizan con las manos varias operaciones sencillas que copian de los hombres. Pero aquí es precisamente donde se ve cuán grande es la distancia que separa la mano primitiva de los monos, incluso la de los antropoides más superiores, de la mano del hombre, perfeccionada por el trabajo durante centenares de miles de años. El número y la disposición general de los huesos y de los músculos son los mismos en el mono y en el hombre, pero la mano del salvaje más primitivo, es capaz de ejecutar centenares de operaciones que no pueden ser realizadas por la mano de ningún mono. Ni una sola mano simiesa ha

construido jamás un cuchillo de piedra, por tosco que fuese.

Veamos pues, que la mano no es sólo el órgano del trabajo, es también producto de él. Únicamente por el trabajo, por la adaptación a nuevas y nuevas funciones, por la transmisión hereditaria del perfeccionamiento especial así adquirido por los músculos, los ligamentos y, en un período más largo, también por los huesos; únicamente por la aplicación siempre renovada de estas habilidades heredadas a funciones nuevas y cada vez más complejas, ha sido como la mano del hombre ha alcanzado ese grado de perfección.

Como ya hemos dicho, nuestros antepasados simiescos eran animales que vivían en manadas; evidentemente, no es posible buscar el origen del hombre, el más social de los animales en unos antepasados inmediatos que no viviesen congregados. Con cada nuevo progreso, el dominio sobre la naturaleza, que comenzara con el desarrollo de la mano, con el trabajo, iba ampliando los horizontes del hombre, haciéndole descubrir constantemente en los objetos nuevas propiedades hasta entonces desconocidas. Por otra parte, el desarrollo del trabajo, al multiplicar los casos de ayuda mutua y de actividad conjunta, y al mostrar así las ventajas de esta actividad conjunta para cada individuo, tenía que contribuir forzosamente a agrupar aún más a los miembros de la Sociedad. En resumen, los hombres en formación llegaron a un punto en que tuvieron necesidad de decirse algo los unos a los otros. La necesidad creó el órgano; la laringe poco desarrollada del mono se fué transformando, lenta pero firmemente, mediante modulaciones que producían a su vez modulaciones más perfectas, mientras los órganos de la boca aprendían poco a poco a pronunciar un sonido articulado tras otro.

El desarrollo del cerebro y de los sentidos a su servicio, la creciente claridad de conciencia, la capacidad de abstracción y de discernimiento cada vez mayores, reaccionaron a su vez sobre el trabajo y la palabra, estimulando más y más su desarrollo. Cuando

el hombre se separa definitivamente del mono, este desarrollo no cesa ni mucho menos, sino que continúa, en distinto grado y en distintas direcciones entre los distintos pueblos y las diferentes épocas, interrumpido incluso a veces por regresiones de carácter local o temporal, pero avanzando en su conjunto a grandes pasos, considerablemente impulsado y, a la vez, orientado en un determinado sentido por un nuevo elemento que surge con la aparición del Hombre acabado: LA SOCIEDAD.

Seguramente hubieron de pasar centenares de miles de años, antes de que la sociedad humana surgiese de aquellas manadas de monos que trepaban por los árboles. Pero, al fin y al cabo, surgió. ¿Y qué es lo que volvemos a encontrar como signo distintivo entre la manada de monos y la sociedad humana? Otra vez el Trabajo. La manada de monos se contentaba con devorar los alimentos de un área que determinaban las condiciones geográficas o la resistencia de las manadas vecinas. Transladábase de un lugar a otro y entablaba luchas con otras manadas, para conquistar nuevas zonas de alimentación, pero era incapaz de extraer de estas zonas, más de lo que la naturaleza buenamente le ofrecía.

El hombre que había aprendido a comer todo lo comestible, aprendió también de la misma manera, a vivir en cualquier clima. Se extendió por toda la superficie habitable de la Tierra, siendo el único animal capaz de hacerlo por propia iniciativa. Los demás animales que se han adaptado a todos los climas, no lo lograron por sí solos, sino únicamente siguiendo al hombre. Y el paso del clima uniformemente cálido de la patria original a zonas frías, donde el año se dividía en verano e invierno, creó nuevas exigencias al obligar al hombre a buscar habitación y a cubrir su cuerpo para protegerse del frío y de la humedad. Así surgieron nuevas esferas de trabajo y, con ellas, nuevas actividades que apartaron aún más al hombre de los animales.

Gracias a la cooperación de la mano,

de los órganos del lenguaje y del cerebro, no sólo cada individuo, sino también en la sociedad, los hombres fueron aprendiendo a ejecutar operaciones cada vez más complicadas, a plantearse y a alcanzar objetivos cada vez más elevados.

Eliseo Reclus en su obra "El Hombre y la Tierra", nos enseña que, Más allá de aquellas edades que vieron el nacimiento intelectual del hombre verdadero, el ser a quien el uso de la palabra había de hacer que progresara tan maravillosamente no era en realidad sino un animal que se hacía entender por gestos, ladridos y maullidos. Todo ese período antiguo, al que podría darse el nombre de "pro-lalia" o "pre-lenguaje", puede considerarse como anterior a la humanidad especial: El hombre no constituyó la especie nueva sino cuando cesó de ser "alalus".

El estudio de las formas animales que nos unen a los cuadrúpedos y a los reptiles, pertenece a la era preantropológica, caracterizada por el *Pliopithecus antiquus*, del cual se ha encontrado un fragmento de mandíbula cerca de Sansan, en el Valle de Gers, y que parece ser el animal más próximo al hombre que se conoce; de ahí sin duda, sea la repugnancia instintiva que tenemos hacia el mono, nos reconocemos demasiado en él. Ya lo dijo el viejo Ennius: Quizá el "pithecanthrope" fósil que descubrió el médico Eug. Dubois, en 1894, en las cenizas volcánicas del cuaternario antiguo de Java, cerca de Trinil, en compañía de animales fósiles, algunos de los cuales pertenecían a géneros hoy desaparecidos, sea el intermedio buscado, "el eslabón que faltaba de la cadena" que une al hombre a sus antepasados del mundo animal; por su actitud y por su altura (1m. 657), que es la del hombre medio; por su cráneo, cuya capacidad (900 a 1,000 centímetros cúbicos) excede cerca de la mitad a la mayor cabida cerebral de los cráneos pertenecientes a los más grandes antropoides conocidos, el "pithecanthrope" parece realmente formar parte de nuestra stirpe humana, uniéndonos

a los hilobatos o "gibbons" menos que se acercan más a nosotros por la conformación y que descenderían como nosotros de los mismos antepasados animales.

En lo sucesivo no habrá ya historiador que niegue la antigüedad del Hombre y que lo represente nacido o creado de repente de la tierra roja, o de la espuma del mar hace unos cinco o seis mil años; la continuidad de la raza humana por las lentas evoluciones, desde los tiempos más antiguos, es el hecho capital reconocido de una manera universal, y admira la prodigiosa serie de siglos que han debido transcurrir para dar tiempo a que se cumplieran los inmensos progresos que han realizado durante el curso de la prehistoria.

En efecto, imagínense las edades de la pro-lalia, que precedieron a las modulaciones del pensamiento en forma de palabra; después de la propiria, anteriores a la invención del fuego, y se comprenderá cuántos esfuerzos y conquistas se han necesitado para traer al hombre desde su estado de bestia, no sabiendo aun articular palabras, ni alimentar la llama encendida por el rayo o el volcán, al rango de animal primate y sabio, hábil para formular sus ideas por las correspondientes palabras y cuidados de la llama santa que arde en el hogar de su cabaña.

El espacio de tiempo en que se sucedieron esas grandes evoluciones puede dividirse, según su importancia, en períodos mucho más diferentes unos de otros que lo que son las divisiones de antigua, medioeval y moderna, usados en nuestra historia.

Desde los remotos siglos en que nuestros antepasados se iniciaron en la palabra, después, pasados muchos siglos, en la captura del fuego, el hombre, determinado por el medio cambiante, cambió él también durante la serie de edades, diferenciándose cada vez más de los animales que con él habían tomado su origen en el centro común del movimiento.

Por los vestigios de su paso en las cavernas y sobre las riveras de las aguas, por los variadísimos restos de su industria durante la serie de siglos

transcurrida antes de la época de la historia escrita, los arqueólogos han podido referir sumariamente su existencia en las diversas partes del mundo y en sus modos numerosos de civilización sucesiva, llegando hasta el intento de describir esos diferentes pueblos prehistóricos, clasificarlos según sus parentescos y sus contrastes, trazar sobre el mapa sus caminos de emigración y de conquista y buscar su fi-

liación a través del caos de los pueblos entremezclados.

La sociabilidad natural del hombre fué el origen vital de células distintas. En todo tiempo, hasta en las épocas en que las tribus primitivas erraban en las selvas y en las llanuras, la sociedad naciente ensayaba la producción de esos grupos que más tarde habían de agrandarse hasta formar ciudades.

# *Origen de la Esclavitud y de la Explotación*

## CAPITULO SEGUNDO

En las sociedades del mundo antiguo, las condiciones a que vivían sujetos los esclavos eran inhumanas, pues se les consideraba como seres inferiores y despreciables, en igual forma que a los animales nocivos a la humanidad.

Después de las cruentas luchas de diversas tribus que primitivamente poblaron el mundo: semitas, hititas, fenicios, helenos, iraníes, filisteos, hebreos, etc., etc., el dominio de unos sobre los otros, dió origen a la PROPIEDAD PRIVADA y con ello nació la esclavitud y la explotación del hombre sobre el hombre.

Esparta y Atenas simbolizaron y representaron materialmente los genios de dos comarcas, de los dos grupos étnicos, porque el Peloponeso fué la tierra de los Dorios y el Atica se convirtió en el centro de los Jonios. Desde luego el contraste se revela por lo que se llama las "LEYES" y no fué en realidad más que la vida social y política de los pueblos de Grecia.

Los laconios, se decían hijos de los Pelagos autóctonos, (nacidos del suelo), y vivían en paz con los habitantes de los valles y de las altas hoyas próximas: LA CONQUISTA DORICA LES ESCLAVIZO. Bajo el nombre de Periqueques o (gentes de las inmediaciones), (circunvecinos), (clientes), continuaron entregándose a los trabajos de campo y a las industrias hereditarias. Estas diversas ocupaciones les habían enriquecido en tiempos antiguos, cuando las colonias fenicias poblaban Citerea y las factorías de cambio y de pesquería de conchas de púrpura sobre los contornos del golfo.

Durante todo el período de la historia griega propiamente dicha, por el

contrario, los Laconios, sometidos a una dominación durísima y llevando una vida precaria, no trabajaron sino para el provecho de sus rudos patronos, los espartanos, a quienes, no obstante, los pueblos de Grecia compraban muebles, instrumentos de madera y de hierro, vestidos y calzado; constituyendo principalmente un proletariado obrero, enriquecieron a sus amos, quienes, sin ellos, no hubiesen jamás podido conservar su poder. Sin los laboriosos Lacedemonios, la dominación de los espartanos hubiera sido imposible; pero la historia olvidó a aquellos humildes para concentrar toda su atención sobre los hombres de guerra dominadores de Esparta. Descuidó sobre todo a los Ilotas, antiguos habitantes de la llanura próxima al mar; éstos, que habían resistido mucho tiempo, fueron castigados con la más dura esclavitud; habiendo conservado apenas el nombre de hombres, permanecieron completamente ignorados de los otros griegos, aunque por el número fuesen los primeros en el territorio lacedemonio.

De ese modo los espartanos hubieron de crearse un medio artificial aparte, fuera del medio natural, que había sido el de los laconios y de los ilotas. Establecidos en el país con la lanza en la mano, después de un éxodo guerrero que, desde las regiones del Pindo hasta el centro del Peloponeso, había consumido generaciones enteras, no tenían más oficio que la guerra, y su cerebro se había hecho a la lucha incesante y no podía acomodarse ya a la preparación de los trabajos pacíficos. Tuvieron que subyugar primero a las poblaciones residentes, después a las de los montes circun-



dantes. Sus vecinos del Oeste, los vecinos valientes mesenios, que poseían valles fecundísimos, más ricos y más extensos que los de la Laconia, sostuvieron durante mucho tiempo el furor guerrero de los espartanos. Estos dueños incontestados del Peloponeso, tuvieron todo el mundo griego por campo de conquista y de pillaje; teniendo además el cuidado constante de conservarse, lo hicieron con una lógica y con un método del que quizá no se halle ejemplo que el que han ofrecido los Pieleros Rojas del Nuevo Mundo, obligados también a una vigilancia continua por un peligro de todos los momentos. Su ciudad era un campamento, tanto más vigilado, cuanto que habían tenido el orgullo de rodearse de murallas, formando en réplica un muro viviente alrededor de su Apolo dórico, que blandía la lanza como él; su divinidad, su ideal, no podía ser más que la fuerza. Agrupados en un pequeño ejército en medio de poblaciones diseminadas a las que aterrorizaban con frecuentes matanzas, compensaban por la solidez de su estrategia y por la práctica incesante de la violencia guerrera, la debilidad relativa de su número, aproximadamente uno contra diez.

El Espartano, entregado al Estado desde la edad de siete años, es decir, a la asamblea de los guerreros, ahí era adiestrado, modelado, de manera que llegara a ser un soldado más; se le impulsaba a la agilidad y a la fuerza; se hacía de él un animal de combate, se le ejercitaba a la lucha sanguiñaria hasta contra sus compañeros, en los días de fiesta se le entregaba la canalla popular despreciada para que la insultara y la apaleara; hasta se le exitaba a la rapiña como conviene a un buen soldado, y no se le enseñaba a leer, temiendo que el estudio le abriera una perspectiva sobre un mundo desconocido, diferente del que se le destinaba. Apenas sabía hablar; su lenguaje interpretando una idea fija de guerra y de dominio, se limitaba a la expresión de su voluntad, sin elocuencia ni poesía. No se exaltaba en él más que una sola virtud, la del sufrimiento, de

la fuerza, del valor y esta virtud misma debía servirle para privar a los otros de su vida o de su libertad. Estaba prohibido el trabajo a esos parásitos, aunque hubiesen comenzado por distribuirse las tierras libres de censos e inalienables; pero a otros, es decir, a los Laconios y a los Ilotas incumbía trabajar para ellos, construirles habitaciones, presentarles el pan y los frutos, tejerles telas y forjarles armas.

En cambio de su trabajo, los Ilotas, esclavizados no tienen ningún derecho y podían considerarse dichosos, si les contaban entre aquellos a quienes se les permitía conservar la vida. Se celebraba el acto de embriagarlos, mostrándoles innobles y asquerosos, para que los niños, orgullosos de su noble sangre, aprendiesen a despreciar a aquellos esclavos; se necesitaba odiarles, se mataba a los más fuertes y a los más bellos, para que no tuvieran el audaz pensamiento de compararse con sus amos. En la guerra del Peloponeso, cuando los Espartanos pudieron temer una insurrección de la multitud esclavizada se llegó a poner a concurso la selección de los más valientes, y después cuando se presentaron más de dos mil de esos ambiciosos de libertad, en una tenebrosa emboscada fueron asesinados.

En el gran peligro común, cuando se vió ponerse en movimiento el inmenso ejército de los Persas y de los Medas con el propósito de anonadar la pequeña Grecia, los Espartanos se hicieron más de una vez los aliados del déspota extranjero y cuando por último, la dominación de Lacedemonia fué terminada, aquellos que sobrevivieron se dedicaron, como digno fin de su carrera, a la profesión de guerreros a sueldo en las bandas de los Tiranos.

Los esclavos desnudos, sin distinción de sexos ni de edades, eran llevados y expuestos al público en los mercados; a los compradores se les concedía el derecho de examinarlos, sometiéndolos a toda clase de pruebas, para asegurarse de su salud y perfección física.

Entre los esclavos la unión de los sexos no se verificaba como entre los demás hombres, sino como en-

tre los animales; el amo hacía cubrir a la esclava por el esclavo y en cuanto fecundaba los separaba. El hijo de esta unión brutal, no tenía padres, tenía un amo desde el momento en que nacía. Por lo tanto no existía para los esclavos ninguna relación de familia. Los hermanos y las hermanas, los padres y las hijas y los hijos y las madres cohabitaban a voluntad de sus dueños, y esto se comprende puesto que en realidad, no había lazos de familia ni de moral, ni podían por lo tanto distinguirse las relaciones de parentesco. Considerado bajo este aspecto, la sociedad lo mismo en Grecia que en Roma, nos ofrece el espectáculo más odioso y repugnante de la historia, en cuanto a la prostitución de los esclavos, la que estaba admitida como cosa natural, sin distinción de sexos y a nadie escandalizaba. Con las esclavas más hermosas traficaban sus dueños, alquilándolas para el uso de todos aquellos que las rentaban.

El esclavo que por su forma de ser o de vestir, se asemejase al hombre libre, era condenado a muerte y su dueño a pagar una fuerte multa.

A este respecto Plauto decía:

"Es necesario que el esclavo tema siempre, y aunque su conducta sea irreprochable, debe maltratarsele, para que no olvide que éste, es un derecho que el amo tiene sobre el esclavo"

En Roma, las relaciones entre amos y esclavos eran semejantes a las de Esparta, los esclavos trabajaban encadenados y encadenados dormían en los esgártulos, éstos, la mayor de las veces eran subterráneos, ahí vivían sometidos

al trato salvaje de feroces capataces, de cuyas manos, jamás caía el látigo.

En Grecia era un lujo y signo de riqueza poseer esclavos por centenares, pero en Roma eran muchos los que se contaban por miles.

En Roma, los tiranos de esa época salvaje, enfrentaban a los esclavos contra las fieras en una lucha de fuerza, como espectáculo grandioso de circo; de esa barbarie, los esclavos combatientes tenían que enfrentarse, unas veces a los leones feroces y otras a las panteras africanas.

Los malos tratos y la explotación embrutecedora a que estaban sometidos los esclavos de manera constante, no extinguieron jamás en estos ilotas, los sentimientos enérgicos del hombre que aspira a ser libre.

Después de sesenta años de sublevaciones constantes, que demuestran que en el corazón de los esclavos, existía latente el espíritu de rebeldía, el fuego sagrado de la conspiración misteriosa y profunda, alimentó las sublevaciones y surgieron las primeras rebeliones de las grandes masas de esclavos, en contra de la casta de privilegiados que los oprimía y explotaba.

Iguales causas producían los mismos efectos, en Roma, Esparta, Tracia, Atica, Laconia y Sicilia, en donde una serie de sucesos sensacionales, las sublevaciones llegaron a tomar caracteres de grandes guerras, abrazando las más ricas ciudades imperiales; de estas históricas jornadas surgió el GLORIOSO EJERCITO DE ESCLAVOS QUE COMANDARA ESPARTACO.



# *El Origen de la Libertad y el Empuje de los Pueblos*

## CAPITULO TERCERO.

### *La Revolución Francesa.*

La Gran Revolución Francesa, sacudió al Mundo en verdadero cataclismo de orden social y por ende constituye uno de los acontecimientos más trascendentales del movimiento de transformación de las Grandes Masas, después de la enconada lucha de las tribus guerreras, de la Rebelión de los Esclavos y de la lucha contra el Feudalismo.

En las Sociedades del viejo mundo la explotación del suelo fué la base de la vida económica, hasta que surgió la introducción en Grecia y Roma de la economía monetaria y el desarrollo de la PROPIEDAD PRIVADA, lo que provocó la descomposición de su régimen y costumbres, quebrantando su vida social hasta sus cimientos, originando así, sublevaciones y matanzas, por la desigualdad reinante: LUJO Y ABUNDANCIA EN LOS RICOS, MISERIA Y OPRESION EN LOS POBRES.

Arreció la lucha encaminada al derribamiento del sistema de cosas establecido en Grecia, Italia, Alemania, Inglaterra, España y Francia.

En París se instituyó el Régimen Corporativo. La Corporación Profesional luchó contra el poderío feudal en su afán de autonomía y a su vez luchó contra los demás cuerpos profesionales, con el propósito de destruir al competidor. El señor feudal, hasta entonces servido en el orden profesional, por un régimen de esclavitud o servidumbre, encontró reñida oposición de la Corporación en su fase ascendente de afirmación política y social.

En realidad la Corporación se con-

virtió en un privilegio que impedía el libre desarrollo capitalista de la producción; de hecho la Corporación se transformó en una organización reaccionaria identificada con el conjunto del sistema feudal.

El desarrollo de las fuerzas productivas, la apertura de nuevos mercados en América, en Africa, en las Indias y en China; así como el desarrollo de los medios de comunicación, precipitaron el auge de la Industria. Con este motivo en 1529, a consecuencia del hambre, los artesanos de Lyon agrupados en una de las primeras asociaciones de combate, se sublevaron exigiendo mejores condiciones de vida; en 1539, los propios obreros lyoneses llevaron a cabo LA PRIMERA HUELGA CON LOS OBREROS TIPOGRAFICOS. En 1779, exigieron un aumento general en sus salarios y en apoyo de su petición nuevamente se lanzaron a la Huelga, intervino la fuerza armada y se produjo el motin, con motivo del choque entre los obreros y los soldados. El 7 de Abril de 1786 Lyon fué provocado por los bajos salarios que percibían los trabajadores.

Todos los historiadores han consagrado páginas elocuentísimas de los históricos sucesos de la GRAN REVOLUCION FRANCESA, para describir a grandes rasgos tan gloriosa jornada tomamos la versión del Gran Maestro Pedro Kropotkine de su obra "La Gran Revolución", que dice lo siguiente:

Por mil canales indirectos se habían filtrado los grandes principios de libertad y emancipación hasta los suburbios de las grandes ciudades, desapareciendo al respecto la monarquía y la aristocracia. Las ideas igualitarias

penetraban en los medios más oscuros; resplandores de rebeldía iluminaban las inteligencias y la esperanza de un cambio próximo hacía latir con frecuencia los corazones más humildes.

Ante todo, el odio del pobre contra la aristocracia ociosa, holgazana, perversa, que le dominaba, cuando la miseria negra reinaba en los campos y en los sombríos callejones de las grandes ciudades. Después el odio al Clero, el cual pertenecía por sus simpatías más a la aristocracia que al pueblo. El odio a todas las instituciones del antiguo régimen, que hacían la pobreza mucho más pesada, puesto que negaban al pobre los derechos humanos. El odio al régimen feudal y a sus censos que reducía al labrador a un estado de servidumbre respecto del propietario territorial, cuando la servidumbre personal había sido abolida y, por último la desesperación del campesino, cuando en aquellos años de escasez veía la tierra que permanecía sin cultivo en poder del señor, o sirviendo de recreo a los nobles, cuando el hambre reinaba en las villas y en las aldeas.

El pueblo gemía bajo el peso de los impuestos extraídos por el Estado, de los censos pagados al señor, de los diezmos percibidos por el clero y del trabajo personal impuesto por los tres.

Poblaciones enteras estaban reducidas a la mendicidad y recorrían los caminos en números de QUINIENTOS MIL. En pueblos y aldeas el hambre había pasado al estado crónico; reaparecía a cortos intervalos y dieztaba provincias enteras.

El 4 de Mayo de 1789, los 1,200 diputados de los Estados generales, reunidos en Versalles, se dirigieron a la Iglesia de San Luis para oír misa de apertura; al día siguiente el Rey abrió la sesión en presencia de numerosos espectadores, ya en aquella misma sesión de apertura se dibujó la inevitable tragedia que había de ser la Revolución.

Los representantes del pueblo reunidos en Versalles, parece que personifican la Revolución, y sus menores palabras y sus actitudes son recogidas

con piadosa devoción. Sin embargo el corazón y el entusiasmo de la Revolución no estaban allí, estaban en París.

Sin París, sin su Pueblo, la Asamblea no era nada, si el temor a París rebelde no hubiera retenido a la corte, ésta hubiera seguramente disuelto la Asamblea. Sin duda, los diputados hubieran protestado, algunos hubieran pronunciado bellas palabras, y otros hubieran intentado quizá sublevar las provincias; pero sin el pueblo dispuesto a sublevarse, sin un trabajo revolucionario realizado en las masas, sin un llamamiento al pueblo para la rebeldía, hecho directamente de hombre a hombre y no por manifiestos, una asamblea de representantes es poca cosa para un gobierno establecido, con su red de funcionarios y su ejército.

Gracias a que París velaba: mientras la Asamblea Nacional dormía en una seguridad imaginaria y el 10 de Julio volvía a ocuparse tranquilamente del proyecto de Constitución, el pueblo de París, al que los más audaces y perspicaces burgueses habían recurrido, se preparaban a la insurrección. En los barrios populares se repetían los detalles del golpe militar que la Corte preparaba para el día 16; se sabía todo, hasta la amenaza del Rey de retirarse a Soissons y de entregar a París al ejército. La gran agitación se organizaba en sus distritos para responder a la fuerza por la fuerza. Los auxiliares sediciosos con que Mirabeau había amenazado a la Corte, habían sido llamados. En las sombrías tabernas de las afueras; el París pobre y andrajoso discutía los medios de salvar a la patria y se armaba como podía.

Centenares de agitadores patriotas, desconocidos por su puesto, hacían todo lo posible por conservar la agitación y atraer al pueblo a la calle.

La fuga de los príncipes, precipitó el golpe de Estado, preparado para el día 16, y el Rey se vió obligado a obrar con rapidez antes que llegaran los refuerzos de Versalles.

Necker fué despedido el día 11, sin la menor réplica se sometió a las órdenes del Rey; hasta entró en sus planes

y supo arreglar su partida a Bruselas sin suscitar sospechas en Versalles.

París no lo supo hasta el día siguiente, el 12, hacia el medio día. Su despido era esperado; debía ser considerado como el principio del golpe de Estado. El Duque de Broglie afirmaba que con sus treinta mil soldados, situados entre París y Versalles, respondía de París. Desde la mañana circulaban rumores acerca de la matanza preparada por la Corte.

París revolucionario se dirigió en masa al Palacio Real. Allí llegó el Correo anunciando la noticia del destierro de Necker; la corte se había decidido pues, a romper las hostilidades... Entonces Camilo Desmoulins, salió de uno de los cafés del Palacio Real, del Café Foy, con una espada en una mano y una pistola en la otra, subió sobre una silla y lanzó su llamamiento a las armas; desgajó una rama de árbol, tomó una hoja verde como escarapela y signo de unión, y su grito: ¡NO HAY QUE PERDER UN MOMENTO, A LAS ARMAS! en los suburbios y en los barrios populares, se repitió a coro este grito libertario.

Por la tarde se organizó una inmensa manifestación ostentando los bustos del Duque de Orleans y de Necker, pues se decía que también el Duque de Orleans había sido desterrado. La manifestación atravesó el Palacio Real, siguió la calle de Richelieu y se dirigió hacia la plaza de Luis XV, ocupada por la tropa al mando del Marqués de Bessenal. Las tropas se vieron pronto envueltas por el pueblo; trataron de rechazar a sablazos el empuje arrollador de la multitud; pero ante aquella enorme masa humana que se movía en en busca de la Libertad tuvieron que ceder viéndose forzados a retirarse.

Por otra parte, se supo que los guardias franceses habían disparado sus armas contra el regimiento fiel al Rey, y que los Suizos se negaban a hacer fuego contra el pueblo. Entonces Bessenal, que al parecer no tenía gran confianza en la Corte, se retiró ante la ola ascendente del pueblo y fué a acampar en el Campo Marte.

La lucha se había entablado ya, ¿Cuál sería el resultado final, si la tropa fiel al Rey, hubiera recibido la orden de marchar sobre París? En tal situación, los revolucionarios burgueses se decidieron a aceptar, aunque con repugnancia, el medio supremo, el llamamiento al pueblo. El toque de rebato sonó en todo París, y en los suburbios y en los barrios bajos se empezó a forjar "picas" hasta llegar a 50,000.

Poco a poco comenzaron a salir a la calle hombres armados, éstos durante la noche obligaron a los transeúntes a dar dinero para comprar pólvora.

El toque de rebato no cesó en toda la noche y la burguesía tembló por sus propiedades, porque miles de hombres armados de "picas" y "palos", se esparcían por las calles y saquearon las casas de los enemigos del pueblo, de los logreros, en busca de pan y armas.

El día 13 de Julio el pueblo se dirigió al monasterio de San Lázaro, el que fué asaltado a los gritos de ¡Pan! ¡Pan! De ahí se encaminó hacia la cárcel, puso en libertad a los reclusos encarcelados por deudas en su mayoría, éstos se sumaron a sus filas y dando las gracias al pueblo, siguieron la marcha de los libertadores que atravesaron la ciudad. Cuando el pueblo llegó a la Plaza de Greve, el coche del Príncipe de Lambese fué incendiado, pero antes el pueblo entregó las maletas y todos los valores al Hotel de Ville. Ya en el convento de Lazaristas había rechazado el dinero, cuando solamente se apoderó de las harinas, de las armas y del vino.

En resumen, mientras el pueblo forjaba las "picas" y se armaba, mientras tomaba medidas para que no saliera la pólvora de París, mientras se apoderaba de las harinas y las conducía al mercado Central o a la plaza de Greve; mientras construía las "barricadas" para impedir la entrada de las tropas a París, se apoderaba de las armas de los inválidos y se dirigía en masa hacia LA BASTILLA para obligarla a capitular, la burguesía velaba porque el poder no se le escapase de las manos. La burguesía constituía,

pues, la Commune, el Municipio burgués de París. Este trató de reducir el movimiento popular y a la cabeza de ese Municipio puso a Flesselles.

### *La Toma de la Bastilla*

Desde la mañana del día 14, dirigiase el impulso de la insurrección parisiense hacia la Bastilla, sombría fortaleza de torres macizas y de formidable altura, que se levantaba en medio de las casas de un barrio popular, a la entrada del suburbio de San Antonio. Los historiadores se preguntan todavía, ¿quién dirigió la atención del pueblo hacia ese objetivo? Algunos han supuesto que fué el Comité Permanente, quien orientó al pueblo a lanzarse contra el Emblema de la Monarquía. Nada confirma esa suposición, en tanto que muchos hechos la contradicen. Fué más bien el instinto popular el que comprendió desde el día 12 o el 13 que, la Bastilla habría de tener una participación importante, en el plan de la Corte para aniquilar la insurrección parisiense, por esa razón decidió apoderarse de esa Fortaleza.

En efecto, sabido es que al oeste tenía la Corte los TREINTA MIL hombres al mando de Besenval, acampados en el Campo Marte; al este tenía por apoyo las torres de la Bastilla, cuyos cañones apuntaban al suburbio revolucionario de San Antonio y su calle principal, lo mismo que sobre esa gran arteria, la calle de San Antonio, que conduce al Hotel de Ville, al Palacio Real y a las Tullerías.

La importancia de la Bastilla era evidentísima y desde la mañana del día 14, de boca en boca y de extremo a extremo de la ciudad, resonaba un solo grito: ¡A LA BASTILLA!

La guarnición de la Bastilla constaba solamente de 114 hombres. El Gobernador considerando como absurdo un ataque a la fortaleza, no había hecho nada para aprovisionarla. Sin embargo el pueblo sabía que los conspiradores realistas contaban con la fortaleza, y supo por los vecinos de aquel barrio, que en la noche del 12 al 13, se habían transportado proviciones de pólvora, desde el Arsenal a la

Bastilla. Se observó también que el Comandante, Marqués de Launey, había emplazado en la mañana del día 14 sus cañones en posición de poder ametrallar al pueblo, si éste se dirigiese en masa hacia el Hotel de Ville.

Las multitudes armadas que habían circulado durante toda la noche en París, comenzaron a desembocar en las calles que conducen a la Bastilla, pues había corrido el rumor, de que las tropas del Rey, avanzaban por la barrera del trono hacia el faubourg San Antonio.

Un ataque afortunado al Hotel de los Inválidos le permitió al pueblo armarse de cañones.

El día 14 a las siete de la mañana, hallándose ya los inválidos al pie de sus cañones, con la mecha en la mano, dispuestos a hacer fuego, una multitud de siete a ocho mil hombres, desembocó súbitamente, a paso de carga, por las calles vecinas, atravesó en un instante ayudándose unos a otros, el foso de ocho pies de profundidad y doce de ancho que rodea la explanada y se apoderó de 12 cañones, de 24, de 18 y de 10 y de un mortero. Los inválidos, penetrados ya de un espíritu sedicioso, no se defendieron, y la multitud, esparciéndose por todas partes, no tardó en penetrar en los subterráneos y en la Iglesia, donde se hallaban ocultos 32,000 fusiles y cierta cantidad de pólvora. Estos fusiles se emplearon el mismo día en la toma de la Bastilla. En cuanto a la pólvora, ya el día anterior el pueblo había detenido treinta y seis barriles, que iban con destino a Ruan, transportándolos al Hotel de Ville, desde donde se distribuyó la pólvora al pueblo que se armaba.

La toma de los fusiles de los inválidos por la multitud, se hacía muy lentamente; se sabe que aún a las dos de la tarde no se había terminado, no obstante el peligro de la cercanía de la tropa acampada en la Escuela Militar del Campo Marte.

Los habitantes de los barrios bajos, armados de fusiles, picas, martillos, hachas, o de simples garrotes, habían invadido materialmente la Plaza de Luis XV, muy cercana al Hotel de Vi-

lle y la Bastilla. La Burguesía Parisiense, se sobrecogió de terror viendo a aquella enormidad de gente armada en la calle.

Al tener la noticia de que las inmediaciones de la Bastilla estaban invadidas por la multitud, el Comité Permanente, instalado en el Hotel de Ville, se dirigió al Gobernador de la Fortaleza, De Launey, pidiéndole retirara los cañones apuntados hacia las calles y que además se abstuviera de cometer cualquier atentado en contra del pueblo, en cambio usurpando poderes que no tenía, prometía que el pueblo no intentaría nada contra la fortaleza.

Los delegados del Comité, que llevaron al Gobernador de la Fortaleza las instrucciones respectivas, fueron muy bien atendidos e invitados a almorzar con De Launey, por lo que regresaron después de haber cumplido su cometido, hasta cerca de medio día. De Launey, se proponía probablemente ganar tiempo, esperando órdenes precisas de Versailles, que no llegaban y que no podían llegar, porque habían sido interceptadas por el pueblo en las primeras horas de la mañana. Como los demás Jefes Militares, De Launey veía que le sería difícil resistir al pueblo de París reunido en gigantesca y compacta muchedumbre. Por el momento hizo retirar los cañones hacia atrás con objeto de que el pueblo no los viera, a través de las troneras y además los hizo cubrir con tablas.

Por su parte, hacia el medio día, el Distrito de San Luis de la Cultura, envió dos delegados para hablar en su nombre al Gobernador, uno de ellos, el abogado Thuriot de la Rosiere, obtuvo del Marqués De Launey la promesa de que no haría fuego, si no se le atacaba. Dos nuevas diputaciones fueron enviadas al Gobernador por el Comité Permanente, a la una y a las tres de la tarde; pero no fueron recibidas, las dos tenían encargo de pedir al Gobernador, la entrega de la fortaleza a una milicia burguesa, que la defendería en unión de los soldados.

Felizmente todos esos proyectos fueron desvanecidos por el pueblo, que

comprendió perfectamente que era preciso apoderarse de la Bastilla a toda costa. Dueños de los fusiles y de los cañones de los Inválidos, su entusiasmo iba en aumento, las multitudes invadían las inmediaciones de la Bastilla y pronto se generalizó el fuego entre los asaltantes y el enemigo situado en las murallas. Mientras que el Comité Permanente trataba de contener el ardor del Pueblo y se preparaba a proclamar en la Plaza de Greve, que De Launey había prometido no hacer fuego si no se le atacaba, las multitudes gritaban: ¡QUEREMOS LA BASTILLA! ¡ABAJO LOS PUENTES! y se acercaban a la fortaleza. Se dice que cuando vió lo alto de las murallas el Faubourg San Antonio y las calles inmediatas, negras de gente marchando hacia la Bastilla, el Gobernador estuvo a punto de desmayarse, y hasta parece que se inclinó a entregar inmediatamente la Fortaleza al Comité de la Milicia, pero los Suizos se opusieron.

Los primeros puentes levadizos de la parte exterior de la Bastilla, llamada La Avanzada cayeron pronto, gracias a uno de esos actos de audacia que se producen siempre en ocasiones análogas. Ocho o diez hombres, ayudados por un joven alto y robusto, el "Tendero" Pannetier, aprovechando una casa unida al muro exterior de la Avanzada, escalaron y se acercaron al puente levadizo de allí saltaron al primer patio de la Bastilla, este era el del gobierno, en el que estaba situada la casa del Gobernador. Este patio estaba desierto; pues el Gobernador y los defensores se encontraban en el interior de la fortaleza.

Aquellos valientes, ocho o diez hombres, rompieron a hachazos los amarres del Puente de la Avanzada, rompieron la puerta y bajaron el puente, más de 300 hombres se precipitaron sobre el patio del Gobierno, corriendo hacia los otros dos puentes levadizos, que servían para pasar el ancho foso de la Fortaleza, que naturalmente estaba levantada y con amarres.

Aquí ocurrió el incidente que incendió el furor de la muchedumbre parisiense y que fué el que le costó la vida



a De Launey. Cuando la multitud invadió el patio de Gobierno, los defensores de la Bastilla les hicieron fuego y hasta hubo una tentativa de levantar el gran puente levadizo de la Avanzada, para impedir a la multitud evacuar el patio, a efecto de atraparla y asesinarla en masa. De modo que en el momento mismo en que Thuriot y Coray anunciaban en la Plaza de Greve que el Gobernador había prometido no hacer fuego, el pueblo era ametrallado en el patio del Gobierno por los soldados situados en la muralla, los cañones de la Bastilla vomitaban fuego sobre el pueblo situados en las calles adyacentes a la Fortaleza.

Después de los tratos verificados por la mañana, aquel fuego iniciado repentinamente, se interpretó como una traición de De Launey, a quien el pueblo acusó de haber ordenado, el mismo, la bajada de los dos puentes levadizos de la Avanzada, para atraer a la multitud, bajo el fuego de la muralla.

En aquel momento era la una de la tarde. La noticia de que los cañones de la Bastilla ametrallaban al pueblo se esparció por todo París y produjo un doble efecto. El Comité Permanente de la Milicia Parisiense, se apresuró a enviar una nueva diputación al comandante preguntándole si estaba dispuesto a recibir en aquella plaza un destacamento de la milicia, el que conservaría la Bastilla de acuerdo con las tropas; pero esa diputación no llegó hasta el comandante, puesto que un fuego nutrido de fusilería continuaba sin cesar entre los inválidos y los asaltantes, y éstos, arrimados a las paredes y guareciéndose como podían, tiraban contra los soldados al servicio de los cañones. Además el pueblo comprendió que las diputaciones del Comité no hacían más que impedir el asalto. Lo que el pueblo pedía era la muerte del Gobernador, la destrucción de la Bastilla, de esa horrible prisión antro de martirio y de tortura.

Desde que se extendió la noticia de la matanza por toda la ciudad, el pueblo obró sin órdenes de nadie, guiado por su instinto revolucionario. Condu-

jo al Hotel de Ville los cañones de que se había apoderado en los Inválidos, y a las tres, cuando la diputación de Corny volvía a dar cuenta de su fracaso, encontró unos trescientos guardas franceses y una porción de burgueses armados, mandados por un ex-soldado, Hulin, que marchaban a la Bastilla, seguidos por las cinco piezas de artillerías. En aquel momento el fuego de la fusilería llevaba ya tres horas, contando con la animación del pueblo a pesar del número de muertos y de heridos, la lucha era encarnizada y los combatientes en un genial rasgo de estrategia, acercaron dos carros de paja y les prendieron fuego, para formar una cortina de humo que les facilitara el asalto de las dos puertas de entrada de los dos puentes levadizos, el grande y el pequeño, a estas alturas ya habían sido incendiadas las casas del patio de Gobierno.

Era evidente que los puentes levadizos habían de caer pronto y que las puertas serían derribadas, la multitud siempre amenazadora, afluía cada vez más en grandes masas.

Los defensores de la Bastilla comprendieron que resistir más sería entregarse a una matanza segura. De Launey se decidió a capitular ante el empuje arrollador e incontenible del pueblo parisiense. Los inválidos convencidos de que estaban sitiados por todo el pueblo de París, aconsejaron la capitulación.

**A LAS CERO DE LA TARDE EL COMANDANTE DE LA BASTILLA HIZO ENARBOLAR BANDERA BLANCA ORDENANDO CESAR EL FUEGO Y BAJAR DE LAS TORRES.**

La guarnición capitulaba y pedía el derecho de salir conservando sus armas. Es posible que Hulin y Elie, colocados frente al gran puente levadizo, lo hubieran aceptado, pero el pueblo no quería oír hablar de capitulación. EL GRITO DE ¡ABAJO LOS PUENTES! resonaba con furor. El comandante hizo pasar por una tronera, cerca del pequeño puente levadizo, un mensaje concebido en estos términos: "Tenemos veinte millares de pólvora;

haremos saltar la guarnición y el barrio, si no aceptáis la capitulación". Esa amenaza de dudosa realización, no causó en la enorme muchedumbre el impacto esperado y la mejor demostración es que personalmente De Launey entregó la llave para abrir la puerta del puente levadizo. Inmediatamente el pueblo invadió la fortaleza, desarmó a los suizos y a los inválidos y se apoderó de De Launey, quien fué conducido al Hotel de Ville. Durante el trayecto recorrido, la multitud furiosa por su traición le insultó en todas formas y estuvo a punto de ser linchado en más de veinte ocasiones, a pesar de los heroicos esfuerzos de Cholat y de otro personaje no identificado, que le protegían con sus cuerpos, pero a pocos centenares de pasos del Hotel de Ville, les fué arrancado de las manos y DECAPITADO. De Hue, comandante de los suizos, salvó su vida declarando que se entregaba a la Ciudad y a la Nación, brindando por ellas.

Eu cuanto bajaron los puentes de la Bastilla, la multitud precipitándose en los patios, se dedicó a registrar la fortaleza, para libertar a los presos encerrados en los calabozos. Enternecida y vertiendo compasivas lágrimas a la vista de aquellos fantasmas, que salían de su encierro deslumbrados a la vista de la luz y aturcidos por el ruido de tantas voces que les aclamaban, paseó en triunfo por las calles de París, aquellos MARTIRES DEL DESPOTISMO REAL. La ciudad sintió delirante alegría al saber que la Bastilla estaba en poder del pueblo y redobló su ardor para conservar su conquista.

Así, comenzó la Revolución. El pueblo alcanzaba su primera victoria. Necesitaba una victoria material, como ésta, de ese género. Era necesario que la Revolución sostuviera una lucha y que de ella saliera triunfante; que el pueblo probara su fuerza para imponerse a sus enemigos, que despertara las energías en Francia e impulsara en todas partes a la rebeldía.

¡ESTA GLORIOSA JORNADA QUE ES ASOMBRO DE LA HISTORIA,

CONSAGRA A PARIS Y LO IMMORTALIZA COMO LA CUNA DONDE NACIO LA LIBERTAD PARA TODO EL UNIVERSO!

### *La Comuna*

Grandes fechas como el 14 de Julio de 1789, dejó escritas LA REVOLUCION FRANCESA, después de ganar su primera batalla con la toma de la Bastilla. El 5 de Octubre del mismo año. El 21 de Junio de 1791. El 10 de Agosto de 1792 y el 31 de Mayo de 1793, son fechas que encierran en sí, las grandes etapas del movimiento revolucionario, que determinaron su carácter para el período siguiente.

Como punto final de la breve relación de los hechos más salientes de la Gran Revolución, a continuación se inserta lo que sobre la Comuna escribe Anselmo Lorenzo.

La historia moderna no ha producido más que una situación semejante a la en que se encontró la Francia después de la declaración de la guerra. El período revolucionario que siguió a 1789. Hoy como en aquella época la acción revolucionaria sola podía rechazar la invasión alemana y asegurar la reorganización del país, y por acción revolucionaria no entendemos una copia imposible, un postizo histórico de los acontecimientos de 1793, sino una acción nueva conforme a las necesidades de la situación presente. Encontrándose la Francia en presencia de la invasión y de la solución del problema social, no podía encontrar su salud sino en una revolución popular que hubiera dado satisfacción a los intereses de las clases obreras y que hubiera opuesto al militarismo las fuerzas vivas del pueblo insurreccionado. La Francia revolucionaria debía ser invencible y su victoria era la señal de la emancipación de todo el proletariado europeo..

La mayoría de los obreros de las ciudades no comprendió inmediatamente la verdadera situación y cuando llegó la caída inevitable del imperio, dejó constituirse un poder compuesto de republicanos burgueses, que lejos de suscitar la acción popular, la comprimió allí donde trató de mani-

festarse. Estos hombres, partidarios rutinarios de las formas gubernamentales autoritarias, no hicieron sino continuar el imperio bajo la forma republicana, aliarse a los miserables que perdían la Francia y perseguir a los organizadores de las ligas populares, que querían imprimir a la defensa el carácter revolucionario que el pueblo hubiera debido darle después del 4 de Septiembre.

Estos impotentes retóricos que, siendo diputados de la oposición, pretendían continuar la tradición de la revolución francesa, una vez en el poder, sólo mostraron odio y desprecio por el pueblo. Da lástima cuando se les compara a aquellos hombres audaces de 1793, que hicieron SU GRAN REVOLUCION y rechazaron la invasión apoyándose sobre lo que el mundo burgués llama la canalla popular.

Todos los acontecimientos han dado la razón a los socialistas; que en sus periódicos, en sus folletos, en las reuniones públicas, en las sublevaciones revolucionarias que intentaron en el Mediodía de la Francia y en París indicaron la sola idea que podía salvar a la Francia.

La capitulación de París consumó la obra nefanda del gobierno del 4 de Septiembre.

Estos acontecimientos no hicieron más que acrecentar la desconfianza, el antagonismo entre las clases y cuando después de todos los desastres que acababa de sufrir la Francia, la nueva Asamblea Nacional Francesa se reunió en Burdeos, sólo supo provocar nuevas cóleras populares, tomando medidas tan vejatorias como estúpidas.

La preocupación esencial del gobierno fue preparar un golpe de Estado contra París. Los cañones comprados por la guardia nacional y colocados en las alturas de Montmartre, sirvieron de pretexto a este golpe de estado.

En la noche del 17 al 18 de Marzo, el gobierno hizo fijar una proclama por la cual anunciaba que iba a tomar por la fuerza los cañones tomados al Estado, e invitaba a los buenos ciudadanos, a separarse de los malos, y

a ayudar al gobierno a restablecer el orden. En efecto, las fuerzas fueron dirigidas hacia Montmartre; la Guardia Nacional del Barrio resistió, los soldados rehusaron hacer fuego sobre el pueblo, entregándole sus armas y fraternizando con los guardias nacionales. Todo París se alarmó y en algunas horas el golpe de Estado dió nacimiento a una REVOLUCION POPULAR. Este movimiento popular tenía carácter nuevo, que le distinguía de todas las revoluciones nacionales, precedentes. El grito de unión de los guardias nacionales, a cuyo nombre la Revolución se había hecho fue: ¡VIVA LA COMMUNE!

Este grito popular nos revela las aspiraciones del proletariado parisiense. El estado centralizado, un día republicano, al día siguiente realista, al otro imperialista, oprimiendo siempre bajo todas las formas; las masas populares en guerra permanente con los estados vecinos debía desaparecer. París quiere organizar su administración particular como sus propios intereses se lo aconsejaban; esta administración comunal o municipal, no quiere imponérsela a las otras COMUNAS o MUNICIPIOS de Francia, sino que, por el contrario, les deja en libertad de organizarse por su parte como lo tengan por conveniente. París invita enseguida a las COMMUNAS que quieran adherirse a un Pacto de Federación, en vista de la satisfacción y de la defensa de sus intereses generales, y a determinar las bases y condiciones de este Pacto, tal es el alcance político del movimiento. El pueblo de París quiere también comenzar a realizar LA EMANCIPACION DE LOS TRABAJADORES. Teniendo que elegir un consejo COMMUNAL o MUNICIPAL, le componen en su mayoría obreros que reciben la misión de comenzar las reformas económicas en favor del Proletariado; el CONSEJO DE LA COMMUNA que ha repartido los diversos ramos de la administración en diferentes comisiones, instituye UNA COMISION DEL TRABAJO encargada de estudiar y de preparar la ejecución de los proyectos concer-



nientes a la satisfacción de los intereses obreros.

Mientras que París constituye pacíficamente su COMMUNE y reorganiza sus servicios públicos, el gobierno de Versalles medita y prepara su obra infernal de destrucción. Si el pueblo francés, si la opinión de Europa se pronuncia por París, LA COMMUNE de París será el punto de partida de LA REVOLUCION SOCIAL, y el reino de la Burguesía habrá terminado; luego, como consecuencia, es necesario a toda costa detener el movimiento comunalista.

Se emplea contra los obreros parisienses la energía que no se había sabido mostrar contra los prusianos. Todos los medios son buenos; la calumnia primero, esparcida por las mil voces de una prensa venal, que trata de hacer pasar al pueblo generoso de París, por una horda de bandidos y asesinos, después de las mentidas promesas hechas a la provincia, la alianza del gobierno prusiano mendigada y comprada a un precio vergonzoso, la corrupción buscando en París traidores y cómplices. Por último, la fuerza bruta puesta al servicio de una represión implacable y la idea emancipadora ahogada en la sangre de un pueblo entero.

No trazaremos aquí las peripecias de esta batalla de dos meses que acabó por la matanza de los defensores de la COMMUNE. Esta página espantosa de nuestra historia contemporánea ha hecho toda conciliación imposible entre la buerguesía y el pueblo: UN RIO DE SANGRE LOS SEPARA PARA SIEMPRE.

Si la COMMUNE de París vió alzarse contra ella todos los odios del mundo burgués, despertó también ardientes simpatías: El PROLETARIADO DE TODOS LOS PAISES comprendió enseguida el alcance de la Revolución del 18 de Marzo. A la caída de la COMMUNE, entonces que toda la Europa burguesa aplaudía la represión sangrienta; que el Fígaro daba la consigna a la prensa burguesa, publicando estas palabras de caníbal: "ES PRECISO MATAR, A LOS LOBOS A LAS

LOBAS Y A LOS LOBEZNOS", que el falsario Julio Fabre lanzaba su famosa circular suplicando a los gobiernos extranjeros tratásen a los comunistas fugitivos como viles criminales; que la Asamblea de Versalles toda entera; monárquicos, absolutistas, constitucionales, liberales y radicales anatematizaban por unanimidad menos un voto de la COMMUNE de París; que todos los gobiernos enviaban felicitaciones a M. Thiers, el salvador de la sociedad: La Internacional de todos los países declaró solemnemente que se hacía solidaria de los actos de la COMMUNE y sus acciones acogieron a los refugiados como hermanos.

En esta época de decadencia moral, fué el honor de la Internacional, haber comprendido la Revolución del 18 de Marzo y hacerse solidaria de ella.

La idea socialista ha recibido una consagración práctica de una parte histórica inmensa, y, enfrente de la reacción burguesa triunfante, nuestro grito de unión queda en el que lanzaron los obreros parisienses en 1871, ¡VIVA LA COMMUNE!

Como complemento final, agregamos un dato interesante desde el punto de vista histórico, a efecto de dar mayor amplitud al acopio de estos datos tan importantes en la lucha por la libertad.

THIERS, gestionó y obtuvo de los alemanes la libertad de 100,000 prisioneros, con ellos equipó su ejército, y el 21 de Mayo inició la represión cruel y despiadada que con mano de hierro llevó a sus huestes salvajes a la batalla sangrienta de las tropas regulares contra las barricadas del pueblo, la batalla se libró hasta el día 28. El número de muertos y heridos se contó por decenas de millares, lo mismo el de los caídos posteriormente bajo la represión que siguió al combate. También se cuenta por millares los que sufrieron condena de prisión por largos años.

La represión a que fué sometido el pueblo parisino pasó a la Historia socialista como la inmolación del proletariado en holocausto a la libertad del trabajador".

# *Origen del Movimiento Obrero y de su Primera Internacional*

## CAPITULO CUARTO

El proletariado se diferencia de otras clases explotadas y oprimidas, no tanto en la medida en que ese le explota, como en la forma que asume esa explotación.

Por "Proletariado", se entiende al hombre que no dispone de más medios de vida que la venta de su fuerza de trabajo, originalmente en su forma latina "Proletarius" no significa enteramente lo mismo. En la Roma antigua, "Proletario" era el que no tenía más fortuna que su descendencia, sus vástagos, "La Prole".

El hecho de que el proletariado viva esclavizado, no es un hecho fundamental, pues hay también otras clases que viven igualmente esclavizadas. Lo importante es el modo como se desarrolla esa esclavización y la forma que asume.

El proletariado, en el sentido actual de la palabra, es un producto de la gran industria, su contingente aumenta a medida que la gran industria se extiende. Pero este aumento numérico no es lo único que interesa. También en la antigüedad existieron movimientos revolucionarios de masas. Lo que importa fundamentalmente es la calidad. En efecto, el proletariado es una nueva clase de oprimidos. Al paso que, con el desarrollo del capitalismo, la importancia de otras clases de trabajadores va en descenso, el proletariado se convierte en un factor cada vez más importante y decisivo en la organización general de la producción. Mientras que las energías de otras clases oprimidas se dispersan, no pudiendo manifestarse más que en puntos distanciados del organismo social, las energías del proletariado se concen-

tran en unos cuantos puntos capitales de vital importancia para los proletarios. El proletariado elimina una multitud de elementos de desunión, tales como los prejuicios de oficios, el fanatismo religioso, los sentimientos nacionalistas y otros por el estilo, y esto le permite organizarse más libremente dentro del gran ejército de los que luchan por una mañana mejor.

La existencia de una clase oprimida es esencial en esta sociedad basada en antagonismos de clase. Emancipar a la clase oprimida equivale por consiguiente, a crear una nueva sociedad. Más para que la clase oprimida pueda emanciparse, es menester que las fuerzas de la producción y las relaciones sociales vigentes dejen de ser incompatibles entre sí. La condición esencial de la emancipación de la clase obrera consiste precisamente en la desaparición de todas las clases sociales.

La propiedad privada forma la base de la sociedad capitalista. En nombre de la justicia y de la igualdad, la burguesía la libertó de las mallas del feudalismo, del monopolio y del privilegio. Bajo la acción de las leyes que rigen el desarrollo del capitalismo, esta propiedad privada fué transformándose gradualmente en propiedad capitalista, es decir, en una clase de propiedad cuya existencia dependía del número, cada vez mayor, de personas que se iban quedando desnudas de toda propiedad privada.

Una vez centradas las condiciones sociales del proletariado frente a la burguesía, es lógico suponer que los trabajadores se vieron obligados a buscar la forma de asociarse para ob-

tener con la coalición los órganos apropiados para la defensa de sus intereses y derechos, así surgieron primeramente, la mutualidad, tentativa seria de coordinación de los esfuerzos de los obreros, a pesar de los débiles medios del mutualismo y de lo limitado de sus fines, mostró claramente a los trabajadores, la importancia práctica de la asociación y la primera manifestación de SOLIDARIDAD OBRERA.

Agrupados los obreros en las mutualidades, se habituaron a discutir la solución de sus intereses comunes, llegando por lógica a concentrarse para luchar unidos cuando sus condiciones de vida se hacían demasiado duras. El desarrollo del maquinismo y el encarecimiento de la vida, precipitaron la evolución del movimiento de los obreros y la aceleración de su lucha. Fué en 1815 y después de 1848, cuando el progreso del maquinismo fué rápido y más profundo. El triunfo de Denis Papin, con la sorprendente creación de la máquina de vapor, revolucionó en el mundo que comenzó por transformar los antiguos veleros, por modernos navíos de vapor, las lentas diligencias por el ferrocarril y en general, modernizó todos los medios de transporte. Después del vapor surgió el auge de la energía eléctrica y en 1837 Morse sorprendió al mundo con el telégrafo.

El triunfo del maquinismo originó la decadencia del artesanado y la burguesía industrial y comercial se hizo más vigorosa y la obra de esta evolución económica provocó la escisión entre la burguesía y el proletariado, pues la máquina había transformado el artesanado en proletariado.

Los artesanos convertidos en masa proletaria con una concepción cada vez más definida, acosada por los bajos salarios, por el hambre y la miseria, se fueron a la acción y vinieron las protestas, las huelgas y la destrucción de las máquinas, en reacción de la voracidad de la burguesía.

La masa obrera abandona y se aparta del mutualismo, como consecuencia de sus resultados, negativos a las as-

piraciones de su objetivo. Una nueva modalidad aparece en la lucha de los trabajadores: El Cooperativismo, el proletariado lo ensaya con la esperanza de encontrar el sistema de lucha más adecuado para lograr las metas de sus aspiraciones, por desgracia, las consecuencias son idénticas al resultado del Mutualismo.

El movimiento de masas hasta la fecha desarrollado, careció de toda fuerza y eficacia, pero todo esto indica claramente, hasta donde contribuyó de manera preferente, a la formación de la conciencia de clase, formando un fuerte núcleo de masas proletarias con un concepto de sus finalidades, cada vez más definido.

En el lapso comprendido de 1848 a 1851, el Proletariado toma conciencia de que su emancipación, solamente la podrá conseguir con su propio esfuerzo y se entabla la lucha que arroja como resultado una serie de huelgas continuadas en las diversas ramas de la industria que marcha en auge. La represión de la burguesía y del estado, coludidos en la defensa de los intereses creados, abre procesos en contra de los primeros luchadores obreros, en el lapso mencionado, se principia con 65 procesos en 1848 y en 1851 llega el número a 160 con 1,182 trabajadores acusados y encarcelados.

En Octubre de 1879 tuvo verificativo el Congreso de Marsella, en esta reunión se analizó el panorama de la cuestión social del momento, se afinaron las metas y se discutió la táctica o sistema de lucha a seguir; como resultado el cooperativismo fué repudiado como inerte, y tras un debate apasionado SURGIO EL SINDICATO como organismo de clase para defensa de los derechos e intereses de la clase trabajadora.

En 1845 en Inglaterra las TRADE-UNIONS eran el fruto obligado de la lucha entre obreros y patrones y que estas sociedades constituían la base de toda organización obrera de clase, en sus comienzos la unión de los obreros tomó una forma fugaz, como nacida al calor de la huelga, que como toda agrupación de trabajadores estaba

prohibida por la ley, pues toda sociedad o asociación obrera constituía un delito severamente penado, sobre todo, después de la REVOLUCION FRANCESA. Aun a pesar de esta represión, en todas las ramas de la Industria surgió la TRADE-UNIONS luchando abiertamente en defensa de los obreros y en contra del despotismo y la injusticia de la Burguesía. Estas organizaciones no sólo trataban de unir a todos los trabajadores de una determinada rama industrial en una sola agrupación, pues llegaron a intentar en el año de 1830 organizar a todos los trabajadores de Inglaterra en una vasta asociación, dentro de la cual, los obreros de cada rama podían agruparse independientemente.

El último viraje de la historia había sido el año de 1830. LA REVOLUCION DE JULIO EN FRANCIA y la aprobación de la ley de reformas habían sellado un triunfo de la burguesía industrial, de los fabricantes, sobre la burguesía no industrial, es decir sobre la aristocracia de la tierra. Pronto Bélgica y hasta cierto punto la propia Suiza, siguieron las huellas y la burguesía volvió a registrar su triunfo en estos países. Vinieron luego los alzamientos de Polonia, Italia gemía bajo el talón de Meetermich. Alemania hacía acopio de fuerzas y en síntesis, todos los países del viejo mundo se estaban preparando para una gran batalla.

Luego, sobrevino en retroceso. La revolución polaca fué sofocada, los insurrectos de la Romagna reducidos a la impotencia, el resurgir de Alemania ahogado. La burguesía francesa se adueñó de los republicanos y de la propia Francia y traicionó a los liberales de otros países, a quienes había empujado a la acción. En Inglaterra, el Ministerio Liberal sólo podía dejar pasar el tiempo. Hacia el año de 1840, la reacción estaba entronizada en toda Europa. Políticamente hablando, Polonia, Italia y Alemania no existían: El órgano político de Berlín. "El Wochenblatt", yacía destronado. Los acuerdos de la Conferencia de Viena se mantenían en pleno vigor. En Suiza

habían triunfado los conservadores y los Jesuitas. En Bélgica mandaban los católicos. Guizot tenía en sus manos a Francia. Frente al poder arrollador de Peel, el régimen liberal inglés estaba agonizando y era en vano que los Cartistas se esforzaran por organizar sus huestes después de la derrota de 1839. Por todas partes triunfaba la reacción, por todas partes se venía a tierra y desaparecían las fuerzas progresistas.

Turbulento resultó el año de 1847. A Prusia le han sido otorgadas una Constitución y una Dieta. En Italia se muestra un rápido despertar insospechado de la conciencia del pueblo, acompañado de extensos alzamientos en armas en contra de Austria. En Suiza estalla la guerra civil; en la Gran Bretaña triunfa en las elecciones un parlamento decididamente radical. Francia vive sensacionales acontecimientos y celebra con banquetes de homenaje sus reformas. Los Estados Unidos de Norteamérica celebran su agresiva invasión triunfante sobre el pueblo de México.

El movimiento obrero comienza a perfilarse, en el horizonte hasta ayer obscuro, aparece la aurora de un nuevo día lleno de esperanzas para el bienestar del proletariado. En Alemania los Sindicatos Libres, en Inglaterra las Trade-UNIONS, en Francia la Federación Obrera organizada por Delbrouck, Jeanne Derouin y Pauline Roland. En los Estados Unidos de Norte América la Noble Orden de los Caballeros del Trabajo y en España las asociaciones de resistencia de Tejedores a mano de Sabadell, Igualada, Tarrasa, Reus y Valls, de Cerrajeros, Mecánicos, Ebanistas y Textiles de Barcelona.

Las más de estas organizaciones, no dejaban de ser casos aislados, pues aunque algunas mantenían relaciones entre sí, no por eso llegaban al estado de mutua y completa solidaridad, que por el logro de sus aspiraciones era indispensable. Las Organizaciones Obreras hallanse todavía en estado embrionario, y las que por su fuerza numérica habían adquirido relativa

importancia, encontrábanse sujetas e influenciadas por corrientes políticas ajenas a la obra de emancipación proletaria.

La estrategia de los Sociólogos y la astucia del Proletariado se amalgamaron para dar cima a un anhelo, LA UNIDAD PROLETARIA! al ímpetu arrollador del movimiento obrero, con su espíritu de lucha y sin importarle el medio turbio, con que la burguesía intentaba deformar la consistencia de sus Ideales y la fuerza de organización, se fundieron en un solo haz de voluntades para dar cima a la Conferencia preliminar que se celebró en Londres, el 5 de Agosto de 1862, donde se congregaron Delegados de varios países; esta Conferencia culminó con el Banquete, al que históricamente se le conoce como "EL BANQUETE DE LA CONFRATERNIDAD INTERNACIONAL". Brillantemente aprovechando este motivo, los delegados expusieron en forma por demás elocuente, la imperiosa necesidad de lograr LA UNIDAD PROLETARIA A BASE DE UNA ASOCIACION INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES, para cuyo efecto se aprobó celebrar EL PRIMER MITIN DE UNIDAD PROLETARIA durante la primavera en Londres.

### *La Primera Internacional*

El 28 de Septiembre de 1864 en Saint Martin's Hall, con delirante entusiasmo de la multitud proletaria ahí congregada, se declaró constituida: "La ASOCIACION INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES".

La asamblea encomendó la organización de la Internacional a un Consejo General y la redacción de sus estatutos y reglamentos a un Sub-Comité; a continuación el preámbulo de los referidos estatutos.

### *Preámbulo de los Estatutos de la Asociación Internacional de los Trabajadores*

#### *Considerando:*

Que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos;

Que los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no han de tender a constituir privilegios nuevos, si no a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes;

Que por lo mismo la emancipación económica de los trabajadores es el gran objeto a que debe subordinarse todo movimiento político;

Que los esfuerzos hechos hasta ahora han fracasado por falta de solidaridad entre obreros de las diferentes profesiones en cada país, y de unión fraternal entre los trabajadores de las diversas regiones;

Que la emancipación de los trabajadores no es un problema únicamente local o nacional, sino que, al contrario, este problema interesa a todas las naciones civilizadas, estando necesariamente subordinada su solución al curso teórico y práctico de las mismas;

Que el movimiento que se está efectuando entre los obreros de los países más industriales del mundo entero, al engendrar nuevas esperanzas, da un solemne aviso para no incurrir en antiguos errores, y aconseja cambiar todos los esfuerzos hasta ahora aislados.

### *Los Congresos de la Asociación Internacional de los Trabajadores*

Originalmente, El Primer Congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores, debería haberse celebrado en Bélgica en el año de 1865. Desgraciadamente, esta Asamblea no pudo verificarse, porque en el país antes referido, se promulgó una Ley, que contenía una serie de requisitos, contrarios a todo principio de hospitalidad y por ende difícil de allanarlos, por esta razón, se pospuso la fecha de la



celebración del Primer Congreso de la Internacional, y en substitución, se organizó una Conferencia, la que tuvo lugar en la Ciudad de Londres el 25 de Septiembre de 1865. Del seno de esta Conferencia, se lanzó la Convocatoria respectiva, para el Primer Congreso.

### *El Primer Congreso de la Internacional*

El día 3 de Septiembre de 1866, se inauguró en Ginebra, Suiza, el Primer Congreso de la Internacional de los Trabajadores, con la asistencia de setenta Delegados, representando a millones de sus afiliados en los diversos países del mundo.

Las resoluciones acordadas fueron de gran trascendencia para el Proletariado de todo el Universo y se les dió amplia difusión y publicidad.

Es preciso aclarar, que el número de Delegados fué creciendo considerablemente en los subsecuentes Congresos.

### *El Segundo Congreso de la Internacional*

En Lausana, Suiza, en el año de 1867, se llevó a cabo El Segundo Congreso de la Internacional de los Trabajadores, este Congreso, se caracterizó, por la forma en que confraternizaron los Delegados, pues su ambiente fué de franca camaradería, sus acuerdos importantes; entre ellos: La reducción de Horas de trabajo, la protección a las mujeres y a los niños, los intereses Colectivos y la Definición y Misión del Estado.

### *El Tercer Congreso de la Internacional*

El Tercer Congreso se celebró en Bruselas, en el año de 1868, en este Congreso comenzó a declinar la influencia que ejercía Carlos Marx, sobre la Internacional, por la resistencia y la batalla que le presentaron varios Delegados, de capacitación indiscutible.

### *El Cuarto Congreso de la Internacional*

En Basilea, Suiza, tuvo verificativo en el año de 1869, el Cuarto Congreso, ante esa magna Asamblea, Miguel Bakounine, pronunció un vibrante discurs-

so, para exponer la nueva teoría del "COLECTIVISMO"; el debate fué acalorado, entablándose un duelo de oratoria, entre Bakounine y Marx, estos dos grandes ideólogos, fueron los exponentes de dos tendencias opuestas, lo que motivó una profunda división en el seno de la Asociación Internacional de los Trabajadores, ya que los Delegados asistentes a este Congreso, formaron dos bandos.

### *La Conferencia en Londres*

El Quinto Congreso, debería haberse celebrado en el año de 1870, pero la guerra Franco-Alemana y sus consecuencias inherentes, imposibilitaron la celebración del Congreso.

El Consejo de la Internacional dispuso, que se convocara a una Conferencia, la que tuvo lugar en Londres, del 17 al 23 de Septiembre de 1871.

En esta Conferencia se aprobaron nuevos Estatutos, pero para su redacción se tomaron muy en cuenta las Bases de los anteriores, considerados como provisionales, los que fueron escritos por Marx y aprobados al constituirse la Asociación Internacional de los Trabajadores.

### *El Quinto Congreso de la Internacional*

En el año de 1872, se reunió en El Haya, Holanda, el Quinto Congreso de la Asociación Internacional, sus Sesiones fueron borrascosas, se le concedieron amplios poderes al Consejo y se acordó, que la sede se cambiara a Norte América, como consecuencia de las discusiones enconadas y hasta agresivas, entre Marx y Bakounine; la división fué clara y manifiesta, surgiendo dos Grupos perfectamente definidos: Comunistas y Anarquistas.

El resultado de lo anteriormente expuesto, trajo como consecuencia que en Filadelfia, en el año de 1876, se declare disuelta La Asociación Internacional de los Trabajadores, pues la Lucha interna, entre Comunistas y Anarquistas se había intensificado a tal grado, que resultaba imposible el mutuo entendimiento, por las pasiones

y el calor de las dos Ideologías en pugna.

**LA INTERNACIONAL:** agrupó y asoció a los trabajadores de la mayor parte del mundo, proclamando su perfecto y equitativo derecho a la existencia y estuvo siempre atenta, a que extrañas ingerencias pudieran obstaculizar su libre expansión.

Para realizar obra tan grandiosa como ésta, hubieron de vencerse serios y

peligrosos obstáculos, además de una vigorosa constancia y resuelta voluntad que pusieron a contribución los hombres geniales a quienes fue encomendada tan noble causa.

De ahí, se sigue aquel positivo despertar y vigoroso resurgimiento de las grandes masas, para la realización con éxito de todos sus anhelos de Solidaridad y Unidad Proletaria, en todo el Universo.

# *Origen Ideológico de las Doctrinas Sociales*

## CAPITULO QUINTO



1809

**PEDRO J. PROUDHON**

1865

### *¿Qué es la Propiedad?*

( *F r a g m e n t o* )

Si tuviese que contestar a la siguiente pregunta: ¿Qué es la esclavitud?, respondería en pocas palabras. Es el asesinato, mi pensamiento se aceptaría desde luego. No necesitaría, de grandes razonamientos para demostrar que el

derecho de quitar al hombre el pensamiento, la voluntad, la personalidad, es un derecho de vida y muerte y que hacer esclavo a un hombre es asesinarlo.

Por qué razón, pues, no puedo con-



testar a la pregunta ¿Qué es la propiedad?, diciendo concretamente **LA PROPIEDAD ES UN ROBO**, sin tener la certeza de no ser comprendido, a pesar de que esta segunda afirmación no es más que una simple transformación de la primera.

Me decido a discutir el principio mismo de nuestro gobierno y de nuestras instituciones, la propiedad; estoy en mi derecho. Puedo equivocarme en la conclusión que de mis investigaciones resulte; estoy en mi derecho. Me place colocar el último pensamiento de mi libro en su primera página; estoy también en mi derecho.

Un autor enseña que la propiedad es un derecho civil, originado por la ocupación y sancionado por la Ley; otro sostiene que es un derecho natural, que tiene por fuente el trabajo; y estas doctrinas tan antitéticas son aceptadas y aplaudidas con entusiasmo. Yo creo que ni el trabajo, ni la ocupación, ni la Ley, pueden engendrar la propiedad, pues ésta es un efecto sin causa. ¿Se me puede censurar por ello? ¡Cuántos comentarios producirán estas afirmaciones!

¡La propiedad es el robo! ¡He ahí el toque de rebato del 93! ¡La turbulenta agitación de las revoluciones!...

Tranquilízate, lector; no soy, ni mucho menos, un elemento de discordia, un instigador de sediciones. Me limito a anticiparme en algunos días a la Historia: expongo una verdad cuyo esclarecimiento no es posible evitar. Escribo, en una palabra, el preámbulo de nuestra constitución futura. Esta definición que te parece peligrosísima, **LA PROPIEDAD ES EL ROBO**, bastaría para conjurar el rayo de las pasiones populares si nuestras preocupaciones nos permitiesen comprenderla. Pero ¿cuántos inetreses y prejuicios no se oponen a ello!... La filosofía no cambiará jamás el curso de los acontecimientos: el destino se cumplirá con independencia de la profecía. Por otra parte ¿no hemos de procurar que la justicia se realice y que nuestra educación se perfeccione?

¡LA PROPIEDAD ES EL ROBO!...  
¡Qué inversión de ideas! PROPIETA-

**RIO Y LADRON** fueron en todo tiempo expresiones contradictorias, de igual modo que sus personas son entre sí antipáticas; todas las lenguas han consagrado esta antimonia. Ahora bien: ¿Con qué autoridad podréis impugnar el asentimiento universal y dar un mentís a todo el género humano? ¿Quién sois para quitar la razón a los pueblos y a la tradición?

¿Qué puede importarte, lector, mi humilde personalidad? He nacido como tú, en un siglo en que la razón no se somete sino al hecho y a la demostración; mi misión está consignada en estas palabras de la ley; **HABLA SIN ODIOS Y SIN MIEDOS; DI LO QUE SEPAS**. La obra de la humanidad consiste en construir el templo de la ciencia y esta ciencia comprende al hombre y a la Naturaleza. Pero la verdad se revela a todos, hoy a Newton y a Pascal, mañana al pastor en el valle, al obrero en el taller. Cada uno aporta su piedra al edificio y, una vez realizado su trabajo, desaparece. La eternidad nos precede, la eternidad nos sigue: entre dos infinitos ¿qué puede importar a nadie la situación de un simple mortal? Olvida, pues, lector, mi nombre y fíjate únicamente en mis razonamientos. Despreciando el consentimiento universal, pretendo rectificar el error universal; apelo a la conciencia del género humano, contra la opinión del género humano. Ten el valor de seguirme y si tu voluntad es sincera si tu conciencia es libre, si tu entendimiento sabe unir dos proposiciones para deducir una tercera, mis ideas llegarán infaliblemente a ser tuyas. Al empezar diciéndote mi última palabra, he querido advertirte, no incitarte; porque creo sinceramente que si me prestas tu atención obtendré tu asentimiento. Las cosas que voy a tratar son tan sencillas, tan evidentes, que te sorprenderá no haberlas advertido antes, y exclamarás: "No había reflexionado sobre ello". Otras obras te ofrecerán el espectáculo del genio apoderándose de los secretos de la Naturaleza y publicando sublimes pronósticos; en cambio, en estas páginas únicamente encontrarás una serie de investigacio-

nes sobre lo JUSTO y sobre el DERECHO, una especie de comprobación, de contraste de tu propia conciencia. Serás testigo presencial de mis trabajos y no harás otra cosa que apreciar su resultado. Yo no formo escuela; vengo a pedir el fin de privilegio; la abolición de la esclavitud, la igualdad de derechos, el imperio de la ley. Justicia, nada más que justicia; tal es la síntesis de mi empresa; dejo a los demás el cuidado de ordenar el mundo.

Un día me he dicho: ¿Por qué tanto dolor y tanta miseria en la sociedad? ¿Debe ser el hombre eternamente desgraciado? Y sin fijarme en las explicaciones opuestas de esos arbitristas de reformas que achacan la penuria general, unos a la cobardía e impericia del poder público, otros a las revoluciones y motines, aquéllos a la ignorancia y consunción generales; causado de las interminables discusiones de la tribuna y de la prensa, he querido profundizar yo mismo la cuestión. He consultando a los maestros de la ciencia, he leído cien volúmenes de Filosofía, de Derecho, de Economía Política y de Historia... ¡y quiso Dios que viniera en un siglo en que se ha escrito tanto libro inútil! He realizado supremos esfuerzos para obtener informaciones exactas, comparando doctrinas, oponiendo a las objeciones las respuestas, haciendo sin cesar ecuaciones y reducciones de argumentos, aquilatan-do millares de silogismos en la balanza de la lógica más pura. En este penoso camino he comprobado varios hechos interesantes. Pero, es preciso decirlo, pude comprobar desde luego que nunca hemos comprendido el verdadero sentido de estas palabras tan vulgares como sagradas: JUSTICIA, EQUIDAD, LIBERTAD; que acerca de cada uno de estos conceptos nuestras ideas son completamente confusas; y que, finalmente, esta ignorancia es la única causa del pauperismo que nos degenera y de todas las calamidades que han afligido a la humanidad.

Antes de entrar en materia, es preciso que diga dos palabras acerca del método que voy a seguir. Cuando Pascal abordaba un problema de geome-

tría, creaba un método para su solución. Para resolver un problema de filosofía, es asimismo necesario un método. ¡Cuánto problema de filosofía no supera, por la gravedad de sus consecuencias, a los de geometría! ¡Cuántos, por consiguiente, no necesitan con mayor motivo para su resolución un análisis profundo y severo!

Es un hecho ya indudable, según los modernos Psicólogos, que toda percepción recibida en nuestro espíritu se determina en nosotros con arreglo a ciertas leyes generales de ese mismo espíritu. Amóldase, por decirlo así, a ciertas concepciones o tipos preexistentes en nuestro entendimiento que son a modo de condiciones de forma. De manera —afirman— que si el espíritu carece de IDEAS innatas, tiene por lo menos FORMAS innatas. Así, por ejemplo, todo fenómeno es concebido por nosotros necesariamente en el TIEMPO y en el ESPACIO; todo cuanto existe implica las ideas de SUBSTANCIA, de MODO, de NUMERO, de RELACION, etc. En una palabra, no concebimos pensamiento alguno que no se refiera a los principios generales de la razón, límites de nuestro conocimiento.

Estos axiomas del entendimiento, añaden los Psicólogos, estos tipos fundamentales a los cuales se adaptan fatalmente nuestros juicios y nuestras ideas, y que nuestras sensaciones no hacen más que poner al descubierto, se conocen en la ciencia con el nombre de CATEGORIAS. Su existencia primordial en el espíritu está al presente demostrada; sólo falta constituir el sistema y hacer una exacta relación de ellas. Aristóteles ennumeraba diez; Kant elevó su número a quince; Cousin las ha reducido a tres, a dos, a una, y la incontestable gloria de este sabio será, si no haber descubierto la verdadera teoría de las categorías, haber comprendido al menos mejor que ningún otro, la gran importancia de esta cuestión la más trascendental y quizá la única de toda la metafísica.

Ante una conclusión tan grave, me atemoriqué, llegando a dudar de mi razón. ¡Cómo!, exclamé, lo que nadie ha

visto ni oído, lo que no pudo penetrar la inteligencia de los demás hombres, ¿has logrado tú descubrirlo? ¡Detente, desgraciado, ante el temor de confundir las visiones de tu cerebro enfermo con la realidad de la ciencia! ¿Ignoras que, según opinión de ilustres filósofos, en el orden de la moral práctica el error universal es contradicción? Resolví entonces someter a una segunda comprobación mis juicios, y, como tema de mi nuevo trabajo, fijé las siguientes proposiciones. ¿Es posible que en la aplicación de los principios de la moral se haya equivocado unánimemente la humanidad durante tanto tiempo? ¿Cómo y por qué ha padecido ese error? ¿Y cómo podrá subsanarse éste siendo universal?

Estas cuestiones, de cuya solución hacía depender la certeza de mis observaciones, no resistieron mucho tiempo al análisis. En el capítulo V de este libro se verá que lo mismo en moral, que en cualquiera otra materia de conocimiento, los mayores errores son para nosotros grados de la ciencia; que hasta en actos de justicia, equivocarse es un privilegio que ennoblece al hombre, y, en cuanto al mérito es infinitamente pequeño. Nada significa dar un nombre a las cosas; lo maravilloso sería, conocerlas antes de que existiesen. Al expresar una idea que ha llegado a su término, una idea que vive en todas las inteligencias, y que mañana será proclamada por otro si yo no la hiciese pública hoy, solamente me corresponde la prioridad de la expresión. ¿Acaso se dedican alabanzas a quien vio por primera vez despuntar el día?

Todos los hombres, en efecto, creen y sienten que la igualdad de condiciones es idéntica a la igualdad de derechos; que PROPIEDAD y ROBO son términos sinónimos; que toda preeminencia social otorgada, o, mejor dicho, usurpada so pretexto de superioridad de talento y de servicio, es iniquidad y latrocinio: todos los hombres, afirmo yo, poseen estas verdades en la intimidad de su alma; se trata simplemente de hacer que las adviertan.

Confieso que no creo en las ideas innatas ni en las formas o leyes innatas

de nuestro entendimiento, y considero la metafísica de Reid y de Kant aun más alejada de la verdad que la de Aristóteles. Sin embargo, como no pretendo hacer aquí una crítica de la razón, (pues exigiría un extenso trabajo que al público no interesaría gran cosa), admitiré en hipótesis que nuestras ideas más generales y más necesarias, como las del tiempo, espacio, substancia y causa, existen primordialmente en el espíritu, o que, por lo menos, derivan inmediatamente de su constitución.

Pero es un hecho psicológico no menos cierto, aunque poco estudiado todavía por los filósofos, que el hábito, como una segunda naturaleza, tiene el poder de sugerir al entendimiento nuevas formas categóricas, fundadas en las apariencias de lo que percibimos, y por esto mismo, desprovistas, en la mayor parte de los casos de realidad objetiva. A pesar de esto ejercen sobre nuestros juicios una influencia no menos predominante que la de las primeras categorías. De suerte que enjuiciamos, no sólo con arreglo a las leyes ETERNAS y ABSOLUTAS de nuestra razón, sino también conforme a las reglas secundarias, generalmente equivocadas, que la observación de las cosas nos sugiere. Esa es la fuente más fecunda de los falsos prejuicios y la causa permanente y casi siempre invencible de multitud de errores. La preocupación que de esos errores resulta es tan arraigada que, frecuentemente, aun en el momento en que combatimos un principio que nuestro espíritu tiene por falso, y nuestra conciencia rechaza, le defendemos sin advertirlo, razonamos con arreglo a él; le obedecemos atacándole. Preso en un círculo, nuestro espíritu se revuelve sobre sí mismo, hasta que una nueva observación, suscitando en nosotros nuevas ideas, nos hace descubrir un principio exterior que liberta a nuestra imaginación del fantasma que la había ofuscado. Así, por ejemplo, se sabe hoy que por las leyes de un magnetismo universal, cuya causa aun es desconocida, dos cuerpos, libres de obstáculos, tienden a reunirse por una fuerza de

impulsión acelerada que se llama gravedad. Esta fuerza es la que hace caer hacia la tierra los cuerpos faltos de apoyo, la que permite pesarlos en la balanza y la que nos mantiene sobre el suelo que habitamos. La ignorancia de esta causa fue la única razón que impedía a los antiguos creer en los antípodas. "¿Cómo no comprendéis, decía San Agustín, después de Lactancio, que si hubiese hombres bajo nuestros pies tendrían la cabeza hacia abajo y caerían en el cielo?" El obispo de Hipona, que creía que la tierra era plana porque le parecía verla así, suponía en consecuencia que si del zénit al nadir de distintos lugares se trazasen otras tantas líneas rectas, estas líneas serían paralelas entre sí, y en la misma dirección de estas líneas suponía todo movimiento de arriba a abajo. De ahí deducía forzosamente que las estrellas están pendientes como antorchas móviles de la bóveda celeste; que en el momento en que perdieran su apoyo, caerían sobre la tierra como lluvia de fuego; que la tierra es una tabla inmensa, que constituye la parte inferior del mundo, etc. Si se le hubiera preguntado quién sostiene la tierra, habría respondido que no lo sabía, pero que para Dios nada hay imposible. Tales eran, con relación al espacio y al movimiento, las ideas de San Agustín, ideas que le imponían un prejuicio originado por la apariencia, pero que había llegado a ser para él una regla general y categórica de juicio. En cuanto a la causa verdadera de la caída de los cuerpos, su espíritu la ignoraba totalmente; no podía dar más razón que la de que un cuerpo cae porque cae.

Para nosotros, la idea de la caída es más compleja y las ideas generales de espacio y de movimiento, que aquella impone, añadimos la de atracción de dirección hacia un centro, la cual deriva de la idea superior de causa. Pero si la física lleva forzosamente nuestro juicio a tal conclusión, hemos conservado, sin embargo, en el uso, el prejuicio de San Agustín, y cuando decimos que una cosa ha caído, no entendemos simplemente y en general que se trata de un efecto de la ley de

gravedad, sino que especialmente y en particular imaginamos que ese movimiento se ha dirigido hacia la tierra y de arriba abajo. Nuestra razón se ha esclarecido, la imaginación la corrobora, y sin embargo, nuestro lenguaje es incorregible. *Descender del cielo*, y esto no obstante, esa expresión se conservará todo el tiempo que los hombres se sirvan del lenguaje.

Todas estas expresiones *arriba, descender del cielo, caer de las nubes*, no ofrecen de aquí en adelante peligro alguno, porque sabemos rectificarlas en la práctica. Pero conviene tener en cuenta cuánto han hecho retrasar los progresos de la ciencia. Poco importa, en efecto, en la estadística, en la mecánica, en la hidrodinámica, en la balística, que la verdadera causa de la caída de los cuerpos sea o no desconocida, y que sean exactas las ideas sobre la dirección general del espacio; pero ocurre lo contrario cuando se trata de explicar el sistema del mundo, la causa de las mareas, la figura de la tierra y su posición en el espacio. En todas estas cuestiones precisa salir de la esfera de las apariencias. Desde la más remota antigüedad han existido ingenieros y mecánicos, arquitectos excelentes y hábiles; sus errores acerca de la redondez del planeta y de la gravedad de los cuerpos no impedían el progreso de su arte respectivo; la solidez de los edificios y la precisión de los disparos no eran menores por esa causa. Pero más o menos pronto habían de presentarse fenómenos que el supuesto paralelismo de todas las perpendiculares levantadas sobre la superficie de la tierra no podía explicar; entonces debía comenzar una lucha entre los prejuicios que por espacio de los siglos bastaban a la práctica diaria y las novísimas opiniones que el testimonio de los sentidos parecía contradecir.

Hay que observar cómo los juicios más falsos, cuando tienen por fundamento hechos aislados o simples apariencias, contienen siempre un conjunto de realidades que permite razonar un determinado número de inducciones, sobrepasado el cual se llega al absurdo. En las ideas de San Agustín,

por ejemplo, era cierto que los cuerpos caen hacia la tierra, que su caída se verifica en línea recta, que el sol o la tierra se mueve, etc. Estos hechos generales siempre han sido verdaderos; nuestra ciencia no ha inventado nada. Pero, por otra parte, la necesidad de encontrar las causas de las cosas nos obliga a descubrir principios cada vez más generales. Por eso ha habido que abandonar sucesivamente, primero la opinión de que la tierra es plana, después la teoría que la supone inmóvil en el sentir del universo, etc., etc.

Si de la naturaleza física pasamos al mundo moral, nos encontraremos sujetos en él a las mismas decepciones de la apariencia, a las mismas influencias de la espontaneidad y de la costumbre. Pero lo que distingue esta segunda parte del sistema de nuestros conocimientos es, de un lado, el bien o el mal que de nuestras propias opiniones nos resulta, y de otro, la obstinación con que defendemos el prejuicio que nos atormenta y nos mata.

Cualquiera que sea el sistema que aceptamos sobre la gravedad de los cuerpos y la figura de la tierra, la física del globo no se altera; y en cuanto a nosotros, la economía social no puede recibir con ello daño ni perjuicio. En cambio, las leyes de nuestra naturaleza moral se cumplen en nosotros y por nosotros mismos; y por lo tanto, estas leyes no pueden realizarse sin nuestra reflexiva colaboración, y de consiguiente, sin que las conozcamos. De aquí se deduce que, si nuestra ciencia de leyes morales es falsa, es evidente que al desear nuestro bien, realizamos nuestro mal. Si es completa, podrá bastar por algún tiempo a nuestro progreso social, pero a la larga nos hará emprender derroteros equivocados, y finalmente, nos precipitará en un abismo de desdichas.

En ese momento se hacen indispensables nuevos conocimientos, los cuales, preciso es decir para gloria nuestra, no han faltado jamás; pero también comienza una lucha encarnizada entre los viejos prejuicios y las nuevas ideas. ¡Días de conflagración y de angustia! Se recuerdan los tiempos

en que con las mismas creencias e instituciones que se impugnan, todo el mundo parecía dichoso; ¿cómo recusar las unas?, ¿cómo proscribir las otras? No se quiere comprender que ese período feliz sirvió precisamente para desenvolver el principio del mal que la sociedad encubría; se acusa a los hombres y a los dioses, a los poderosos de la tierra y a las fuerzas de la Naturaleza. En vez de buscar la causa del mal en su inteligencia y su corazón, el hombre la imputa a sus maestros, a sus rivales, a sus vecinos, a él mismo. Las naciones se arman, se combaten, se exterminan hasta que, mediante una despoblación intensa, el equilibrio se restablece y la paz renace entre las cenizas de las víctimas. ¡Tanto repugna a la humanidad alterar las costumbres de los antepasados, cambiar las leyes establecidas por los fundadores de las ciudades y confirmadas por el transcurso de los siglos!

*Nihil motum ex-antiquo probabile est:* "Desconfiad de toda innovación", escribía Tito Livio. Sin duda sería preferible para el hombre no tener necesidad nunca de alteraciones; pero si ha nacido ignorante, si su condición exige una instrucción progresiva, ¿habrá de renegar de su inteligencia, abdicar de su razón y abandonarse a la suerte? La salud completa es mejor que la convalecencia. ¿Pero es este motivo para que el enfermo no intente su curación? "¡Reforma, reforma!", exclamaron en otro tiempo Juan Bautista y Jesuérsto. "¡Reforma, Reforma!", pidieron nuestros padres hace cincuenta años, y nosotros seguiremos pidiendo por mucho tiempo todavía ¡reforma, reforma!

He sido testigo de los dolores de mi siglo, y he pensado que entre todos los principios en que la sociedad se sienta, hay uno que no comprende, que su ignorancia ha viciado y es causa de todo mal. Este principio es el más antiguo de todos, porque las revoluciones sólo tienen eficacia para derogar los principios más modernos, mientras confirman los más antiguos. Por lo tanto, el mal que nos daña es anterior



a todas las revoluciones. Este principio, tal como nuestra ignorancia lo ha establecido, es reverenciado y codiciado por todos, pues de no ser así, nadie abusaría de él y carecería de influencia.

Pero este principio, verdadero en su objeto, falso en cuanto a nuestra manera de comprenderlo, este principio tan antiguo como la humanidad, ¿cuál es? ¿Será la religión?

Todos los hombres creen en Dios; este dogma corresponde a la vez a la conciencia y a la razón. Dios es para la humanidad un hecho tan primitivo, una idea tan fatal, un principio tan necesario como para nuestro entendimiento lo son las ideas categóricas de causa, de substancia, de tiempo y de espacio. A Dios nos lo muestra nuestra propia conciencia con anterioridad a toda inducción del entendimiento, de igual modo que el testimonio de los sentidos nos prueba la existencia del sol anticipándose a todos los razonamientos de la física. La observación y la experiencia nos descubren los fenómenos y sus leyes. El sentido interno sólo nos revela el hecho de su existencia. La humanidad cree que Dios existe, pero ¿qué es lo que cree al decir Dios? En una palabra, ¿qué es Dios?

La noción de la divinidad, noción primitiva, unánime, innata en nuestra especie, no está determinada todavía por la razón humana. A cada paso que avanzamos en el conocimiento de la Naturaleza y de sus causas, la idea de Dios se agranda y eleva. Cuanto más progresa la ciencia del hombre, más grande y más alejado le parece Dios. El antropomorfismo y la idolatría fueron consecuencia necesaria de la juventud de las inteligencias, una teología de niños y de poetas. Error inocente, si no se hubiese querido hacer de él una norma obligatoria de conducta, en vez de representar la libertad de creencias. Pero el hombre, después de haber creado un Dios a su imagen, quiso apropiárselo; no contento con desfigurar al Ser Supremo, le trató como su patrimonio, su bien, su cosa. Dios, representado bajo formas monstruosas, vino a ser en todas partes propiedad del hombre y del Estado. Este

fue el origen de la corrupción de las costumbres por la religión y la fuente de los odios religiosos y las guerras sagradas. Al fin, hemos sabido respetar las creencias de cada uno y buscar la regla de las costumbres fuera de todo culto religioso. Esperamos sabiamente, para determinar la naturaleza y los atributos de Dios, los dogmas de la teología, el destino del alma, etc., que la ciencia nos diga lo que debemos olvidar y lo que debemos creer. Dios, alma, religión, son materias constantes de nuestras infatigables meditaciones y nuestros funestos extravíos, problemas difíciles, cuya solución, siempre intentada, queda siempre incompleta. Sobre todas estas cosas, todavía podemos equivocarnos, pero al menos nuestro error no tiene influencia. Con la libertad de cultos y la separación de lo espiritual y lo temporal, la influencia de las ideas religiosas en la evolución social es puramente negativa, mientras no dependan de la religión las leyes y las instituciones políticas y civiles. El olvido de los deberes religiosos puede favorecer la corrupción general, pero no es la causa eficiente de ella, sino su complemento o su derivado. Sobre todo, en la cuestión de que se trata (y esta observación es decisiva) la causa de desigualdad de condiciones entre los hombres, del pauperismo, del sufrimiento universal, de la confusión de los gobiernos, no puede ser atribuida a la religión; es preciso remontarse más alto e investigar con mayor profundidad.

¿Qué hay, pues, en el hombre más antiguo y más arraigado que el sentimiento religioso? El hombre mismo, es decir, la voluntad y la conciencia, el libre albedrío y la ley, colocados en antagonismo perpetuo. El hombre vive en guerra consigo mismo. ¿Por qué? "El hombre —dicen los teólogos— ha pecado en su origen; su raza es culpable de una antigua prevaricación. Por esa falta, la humanidad ha degenerado; el error y la ignorancia han llegado a ser sus inevitables frutos. Leyendo la historia, encontraréis en todos los tiempos la prueba de esta necesidad del mal en la permanente miseria de

las naciones. El hombre sufre y sufrirá siempre; su enfermedad es hereditaria y constitucional. Usad paliativos, emplead emolientes; no hay remedio eficaz".

Este razonamiento no sólo es propio de los teólogos; se encuentra en términos semejantes en los escritos de los filósofos materialistas, partidarios de una indefinida perfectibilidad. Destutt de Tracy asegura formalmente que el pauperismo, los crímenes, la guerra, son condición inevitable de nuestro estado social, un mal necesario contra el cual sería locura rebelarse. De aquí que *necesidad del mal y perversidad originaria* sean el fondo de una misma filosofía.

"El primer hombre ha pecado". Si los creyentes interpretasen fielmente la Biblia, dirían: *El hombre en un principio peca, es decir, se equivoca*; porque pecar, engañarse, equivocarse, es una misma cosa. "Las consecuencias del pecado de Adán se transmiten a su descendencia". En efecto, la ignorancia es original en la especie como en el individuo; pero en muchas cuestiones, aun en el orden moral y político, esta ignorancia de la especie ha desaparecido. ¿Quién puede afirmar que no cesará en todas las demás? El género humano progresa de continuo hacia la verdad, y triunfa incesantemente la luz sobre las tinieblas. Nuestro mal no es, pues, absolutamente incurable, y la explicación de los teólogos se reduce a esta vacuidad: "El hombre se equivoca porque se equivoca". Es preciso decir, por el contrario: "El hombre se equivoca porque aprende". Por tanto, si el hombre puede llegar a saber todo lo necesario, hay posibilidad de creer que equivocándose más dejaría de sufrir.

Si preguntamos a los doctores de esa ley que, según se dice, está grabada en el corazón del hombre, pronto veríamos que disputan acerca de ella sin saber cuál sea. Sobre los más importantes problemas, hay casi tantas opiniones como autores. No hay dos que estén de acuerdo sobre la mejor forma de gobierno, sobre el principio de autoridad, sobre la naturaleza del derecho; todos navegan al azar en

un mar sin fondo ni orillas, abandonados a la inspiración de su sentido particular que modestamente toman por la recta razón; y en vista de este caos de opiniones contradictorias, decimos: El objeto de nuestras investigaciones es la ley, la determinación del principio social; mas los políticos, es decir, los que se ocupan en la ciencia social, no llegan a entenderse; luego es en ellos donde está el error; y como todo error tiene una realidad por objeto, en sus propios libros debe encontrarse la verdad, consignada en sus páginas a pesar suyo.

Pero ¿de qué se ocupan los jurisconsultos y los publicistas? De justicia, de equidad, de libertad, de la ley natural, de las leyes civiles, etc. ¿Y qué es la justicia? ¿Cuál es su principio, su carácter, su fórmula? A esta pregunta, nuestros doctores no tienen nada que responder, pues si así no fuese, su ciencia, fundada en principio positivo y cierto, saldría de su eterno probabilismo y acabarían todos los debates.

¿Qué es la justicia? Los teólogos contestan: "Toda justicia viene de Dios". Esto es cierto, pero nada enseña.

Los filósofos deberían estar mejor enterados después de disputar tanto sobre lo justo y lo injusto. Desgraciadamente, la observación prueba que su saber se reduce a la nada; les sucede lo mismo que a los salvajes, que, por toda plegaria, saludan al sol gritando: ¡Oh! ¡Oh! Es esta exclamación de admiración, de amor, de entusiasmo; pero quien pretenda saber qué es el sol, obtendrá poca luz de la interjección, "¡oh!" La justicia, dicen los filósofos, es hija del cielo, luz que ilumina a todo hombre al venir al mundo, la más hermosa prerrogativa de nuestra naturaleza, lo que nos distingue de las bestias y nos hace semejantes a Dios, y otras mil cosas parecidas. ¿Y a qué se reduce, pregunto esta piadosa letanía? A la plegaria de los salvajes: ¡Oh!

Lo más razonable de lo que la sabiduría humana ha dicho respecto de la justicia, se contiene en este famoso principio: Haz a los demás lo que desees para tí; no hagas a los demás, lo

que para tí no quieras. Pero esta regla de moral práctica nada vale para la ciencia; ¿cuál es mi derecho a los actos u omisiones ajenos? Decir que mi deber es igual a mi derecho, no es decir nada; hay que explicar al propio tiempo cuál es este derecho.

Intentemos averiguar algo más preciso y positivo. La justicia es el fundamento de las sociedades, el eje a cuyo alrededor gira el mundo político, el principio y la regla de todas las transacciones. Nada se realiza entre los hombres sino en virtud del derecho, sin la invocación de la justicia. La justicia no es obra de la ley; por el contrario, la ley no es más que una declaración y una aplicación de lo justo en todas las circunstancias en que los hombres pueden hallarse con relación a sus intereses. Por tanto, si la idea que concebimos de lo justo y del derecho está mal determinada, es evidente que todas nuestras aplicaciones legislativas serán desastrosas, nuestras instituciones viciosas, nuestra política equivocada, y por tanto, que habrá por esa causa desorden y malestar social.

Esta hipótesis de la perversión de la idea de justicia en nuestro entendimiento y por consecuencia necesaria en nuestros actos, será un hecho evidente si las opiniones de los hombres, relativamente al concepto de justicia y a sus aplicaciones, no han sido constantes, si en diversas épocas han sufrido modificaciones: en una palabra, si ha habido progresos en las ideas. Y a este propósito, he aquí lo que la historia enseña con irrecusables testimonios.

Hace dieciocho siglos, el mundo, bajo el imperio de los Césares, se consumía en la esclavitud, en la superstición y en la voluptuosidad. El pueblo, embriagado por las continuas bacanales, había perdido hasta la noción del derecho y del deber; la guerra y la orgía le diezaban sin interrupción; la usura y el trabajo de las máquinas, es decir, de los esclavos, arrebatándoles los medios de subsistencia, le impedían reproducirse. La barbarie renacía de esta inmensa corrupción, extendiéndose como lepra devoradora por

las provincias despobladas. Los sabios predecían el fin del imperio, pero ignoraban los medios de evitarlo. ¿Qué podían pensar para esto? En aquella sociedad envejecida era necesario suprimir lo que era objeto de la estimación y de la veneración públicas, abolir los derechos consagrados por una justicia diez veces secular. Se decía: "Roma ha vencido por su política y por sus dioses; toda reforma, pues, en el culto y en la opinión pública, sería una locura y un sacrilegio. Roma, clemente para las naciones vencidas, al regalarles las cadenas, les hace gracia de la vida; los esclavos son la fuente más fecunda de sus riquezas; la manumisión de los pueblos sería la negación de sus derechos y la ruina de sus haciendas. Roma, en fin, entregada a los placeres y satisfecha hasta la hartura con los despojos del Universo, usa de la victoria y de la autoridad, su lujo y sus concupiscencias son el precio de sus conquistas: no puede abdicar ni desposeerse de ellas". Así comprendía Roma en su beneficio el hecho y el derecho. Sus pretensiones estaban justificadas por la costumbre y por el derecho de gentes. La idolatría en la religión, la esclavitud en el Estado, el materialismo en la vida privada, eran el fundamento de sus instituciones. Alterar esas bases equivalía a conmover la sociedad en sus propios cimientos, y según expresión moderna, a abrir un abismo de las revoluciones. Nadie concebía tal idea, y entretanto la humanidad se consumía en la guerra y en la lujuria.

Entonces apareció un hombre llamándose *Palabra de Dios*. Ignorábase todavía quién era, de dónde venía y quién le había inspirado sus ideas. Predicaba por todas partes que la sociedad estaba expirante; que el mundo iba a transformarse; que los maestros eran falaces, los jurisconsultos ignorantes, los filósofos hipócritas embusteros; que el señor y el esclavo eran iguales; que la usura y cuanto se le asemejaba era un robo; que los propietarios y concupiscentes serían atormentados algún día con fuego eterno, mientras los pobres de espíritu y los



virtuosos habitarían en un lugar de descanso. Afirmaba además otras muchas cosas no menos extraordinarias.

Este hombre, *Palabra de Dios*, fue denunciado y preso como enemigo del orden social por los sacerdotes y los doctores de la Ley, quienes tuvieron la habilidad de hacer que el pueblo pidiese su muerte. Pero este asesinato jurídico no acabó con la doctrina que Jesucristo había predicado. A su muerte, sus primeros discípulos se repartieron por todo el mundo, predicando la *Buena nueva*, formando a su vez millones de propagandistas, que morían degollados por la espada de la justicia romana, cuando ya estaba cumplida su misión. Esta propaganda obstinada, verdadera lucha entre verdugos y mártires, duró casi trescientos años, al cabo de los cuales se convirtió el mundo. La idolatría fue aniquilada, la esclavitud abolida, la disolución reemplazada por costumbres austeras; el desprecio de la riqueza llegó alguna vez hasta su absoluta renuncia. La sociedad se salvó por la negación de sus principios, por el cambio de la religión y la violación de los derechos más sagrados. La idea de lo justo adquirió en esta revolución una extensión hasta entonces no sospechada siquiera, que después ha sido olvidada; la justicia sólo había existido para los señores; desde entonces comenzó a existir para los siervos.

Pero la nueva religión no dio todos sus frutos. Hubo alguna mejora en las costumbres públicas, alguna templanza en la tiranía; pero en lo demás, la semilla del *Hijo del hombre* cayó en corazones idólatras, y sólo produjo una mitología semipoética e innumerables discordias. En vez de atenerse a las consecuencias prácticas de los principios de moral y de autoridad que Jesucristo había proclamado, se distrajo el ánimo en especulaciones sobre su nacimiento, su origen, su persona y sus actos. Se comentaron sus parábolas, y de la oposición de las opiniones más extravagantes sobre cuestiones irresolubles. Sobre textos incomprensibles, nació la *Teología*, que se puede definir

como *la ciencia de lo infinitamente absurdo*.

La verdad cristiana no traspasa la edad de los apóstoles. El *Evangelio*, comentado y simbolizado por los griegos y latinos, adicionado con fábulas paganas, llegó a ser romado, a la letra, un conjunto de contradicciones, y hasta la fecha el reino de la *Iglesia infalible* ha sido el de las tinieblas. Dícese que las *puertas del infierno* no prevalecerán; que la *Palabras de Dios* se oirá nuevamente, y que, por fin, los hombres conocerán la verdad y la justicia; pero en el momento en que esto sucediera, acabaría el catolicismo griego y romano, de igual modo que a la luz de la ciencia desaparecen las sombras del error.

Los monstruos que los sucesores de los apóstoles estaban encargados de exterminar, repuestos de su derrota, reaparecieron poco a poco, merced al fanatismo imbécil y a la conveniencia de los clérigos y de los teólogos. La historia de la emancipación de los municipios en Francia presenta constantemente la justicia y la libertad infiltrándose en el pueblo, a pesar de los esfuerzos combinados de los reyes, de la nobleza y del clero. En 1789 después de Jesucristo, la nación francesa, dividida en castas, pobre y oprimida, vivía sujeta por la triple red del absolutismo real, de la tiranía de los señores y de los parlamentos y de la intolerancia sacerdotal. Existían el derecho del rey y el derecho del clérigo, el derecho del noble y el derecho del siervo; había privilegios de sangre, de provincia, de municipio, de corporaciones y oficios. En el fondo de todo esto imperaban la violencia, la inmoralidad, la miseria. Ya hacía algún tiempo que se hablaba de reforma; los que la deseaban sólo en apariencia, no la invocaban sino en provecho personal, y el pueblo, que debía ganarlo todo, desconfiaba de tales proyectos y callaba. Por largo tiempo, el pobre pueblo, ya por recelo, ya por incrueldad, ya por desesperación, dudó de sus derechos. El hábito de servidumbre parecía haber acabado con el valor de las antiguas municipalidades, tan soberbias en la Edad Media.

Un libro apareció al fin, cuya síntesis se contiene en estas dos proposiciones: *¿Qué es el tercer estado? Nada. ¿Qué debe ser? Todo. Alguien añadió por vía de comentario: ¿Qué es el rey? Es el mandatario del pueblo.*

Esto fue como una revelación súbita; rasgóse un tupido velo, y la venda de los ojos. El pueblo se puso a razonar: "Si el rey es nuestro mandatario, debe rendir cuentas. Si debe rendir cuentas, está sujeto a intervención. Si puede ser intervenido, es responsable. Si es responsable, es justificable. Si es justificable, lo es según sus actos. Si debe ser castigado según sus actos, puede ser condenado a muerte".

Cinco años después de la publicación del folleto, de Sieyes, el tercer estado lo era todo; el rey, la nobleza, el clero, no eran nada. En 1793, el pueblo, sin detenerse ante la ficción constitucional de la inviolabilidad del monarca, llevó al cadalso a Luis XVI, y en 1830 acompañó a Cherburgo a Carlos X. En uno y otro caso pudo equivocarse en la apreciación del delito, lo cual constituiría un error de hecho; pero en derecho, la lógica que le impulsó fue irreprochable. Es esta una aplicación del derecho común, una determinación solemne de la justicia penal.

El espíritu que animó el movimiento de 1789 fue un espíritu de contradicción. Esto basta para demostrar que el orden de cosas que sustituyó al antiguo no respondió a método alguno ni estuvo meditado. Nacido de la cólera y del odio, no podía ser efecto de una ciencia fundada en la observación y en el estudio, y las nuevas bases no fueron deducidas de un profundo conocimiento de las leyes de la Naturaleza y de la sociedad. Obsérvase también, en las llamadas instituciones nuevas, que la república conservó los mismos principios que había combatido y la influencia de todos los prejuicios que había intentado proscribir. Y aun se habla, con inconsciente entusiasmo, de la gloriosa Revolución francesa, de la regeneración de 1789, de las grandes reformas que se acometieron, de las instituciones... ¡Mentira! ¡Mentira!

Cuando, acerca de cualquier hecho

físico, intelectual o social, nuestras ideas cambian radicalmente a consecuencia de observaciones propias, llamo a este movimiento del espíritu, *revolución*; si solamente ha habido extensión o modificación de nuestras ideas, *progreso*. Así, el sistema de Ptolomeo fue un progreso en astronomía, el de Copérnico una revolución. De igual modo en 1789 hubo lucha y progreso; pero no ha habido revolución. El examen de las reformas que se ensayaron lo demuestra.

El pueblo, víctima por tanto tiempo del egoísmo monárquico, creyó librarse de él para siempre declarándose a sí mismo soberano. Pero ¿qué era la monarquía? La soberanía de un hombre. Y ¿qué es la democracia? La soberanía del pueblo, o mejor dicho, de la mayoría nacional. Siempre la soberanía del hombre en lugar de la soberanía de la ley, la soberanía de la voluntad en vez de la soberanía de la razón; en una palabra, las pasiones en sustitución del derecho. Cuando un pueblo pasa de la monarquía a la democracia, es indudable que hay progreso, porque al multiplicarse en soberano, existen más probabilidades de que la razón prevalezca sobre la voluntad: pero el caso es que no se realiza revolución en el gobierno y que subsiste el mismo principio. Ahora bien, nosotros tenemos la prueba hoy de que con la democracia más perfecta se puede no ser libre.

Y no es esto todo: el pueblo rey no puede ejercer la soberanía por sí mismo: está obligado a delegarla en los encargados del poder. Esto es lo que le repiten asiduamente aquellos que buscan su beneplácito. Que estos funcionarios sean cinco, diez, ciento, mil, ¿qué importa el número ni el nombre? Siempre será el gobierno del hombre, el imperio de la voluntad y del favor.

Se sabe, además, cómo fue ejercida esta soberanía, primero por la Convención, después por el Directorio, más tarde por el Cónsul. El Emperador, el grande hombre tan querido y llorado por el pueblo, no quiso arrebatarla jamás; pero como si hubiera querido burlarse de tal soberanía, se atrevió a pedirle su sufragio, es decir, su abdi-

cación, la abdicación de esa soberanía inalienable, y lo consiguió.

Pero ¿qué es la soberanía? Dicese que es *el poder de hacer las leyes*. Otro absurdo, renovado por el despotismo. El pueblo, que había visto a los reyes fundar sus disposiciones en la fórmula *porque tal es mi voluntad*, quiso a su vez conocer el placer de hacer las leyes. En los cincuenta años que median desde la Revolución a la fecha ha promulgado millones de ellas, y siempre, no hay que olvidarlo, por obra de sus representantes. Y el juego no está aun cerca de su término.

Por lo demás, la definición de la soberanía se deducía de la definición de la ley. La ley, se decía, *es la expresión de la voluntad del soberano*; luego, en una monarquía, la ley es la expresión de la voluntad del rey; en una república, la ley es la expresión de la voluntad del pueblo. Aparte la diferencia del número de voluntades, los dos sistemas son perfectamente idénticos; en uno y otro el error es el mismo: afirmar que la ley es expresión de una voluntad, debiendo ser la expresión de un hecho. Sin embargo, al frente de la opinión iban guías expertos: se había tomado al ciudadano de Ginebra, Rousseau, por profeta y el *Contrato social* por el Corán.

La preocupación y el prejuicio se descubren a cada paso en la retórica de los nuevos legisladores. El pueblo había sido víctima de una multitud de exclusiones y de privilegios; sus representantes hicieron en su obsequio la declaración siguiente: *Todos los hombres son iguales por Naturaleza y ante la ley*; declaración ambigua y redundante. *Los hombres son iguales por la Naturaleza*; ¿quiere significarse que tienen todos una misma estatura, iguales facciones, idéntico genio y análogas virtudes? No; solamente se ha pretendido designar la igualdad política y civil. Pues en ese caso bastaba haber dicho: *Todos los hombres son iguales ante la ley*.

Pero ¿qué es la igualdad ante la ley? Ni la Constitución de 1790, ni la del 93, ni las posteriores, han sabido definirla. Todas suponen una desigualdad

de fortunas y de posición, a cuyo lado no puede haber posibilidad de una igualdad de derechos. En cuanto a este punto, puede afirmarse que todas nuestras Constituciones han sido la expresión fiel de la voluntad popular; y voy a probarlo.

En otro tiempo el pueblo estaba excluido de los empleos civiles y militares. Se creyó hacer una gran cosa insertando en la *Declaración de los derechos del hombre* este artículo altisonante: *"Todos los ciudadanos son igualmente admisibles a los cargos públicos: los pueblos libres no reconocen más motivos de preferencia en sus individuos que la virtud y el talento"*.

Mucho se ha celebrado una frase tan hermosa, pero afirmo que no lo merece. Porque, o yo no la entiendo, o quiere decir que el pueblo soberano, legislador y reformista, sólo ve en los empleos públicos la remuneración consiguiente y las ventajas personales, y que sólo estimándolos como fuentes de ingresos, establece la libre admisión de los ciudadanos. Si así no fuese, si éstos nada fueron ganando, ¿a qué esa sabia precaución? En cambio, nadie se acuerda de establecer que para ser piloto sea preciso saber astronomía y geografía, ni de prohibir a los tartamudos que representen óperas. El pueblo siguió imitando en esto a los reyes. Como ellos, quiso distribuir empleos lucrativos entre sus amigos y aduladores. Desgraciadamente, y este último rasgo completa el parecido, el pueblo no disfruta tales beneficios; son éstos para sus mandatarios y representantes, los cuales, además, no temen contrariar la voluntad de su inocente soberano.

Este artículo de la *Declaración de derechos del hombre*, conservado en las *Cartas* de 1814 y de 1830, supone variedad de desigualdades civiles, o lo que es lo mismo, de desigualdades ante la ley. Supone también desigualdad de jerarquías, puesto que las funciones públicas no son solicitadas sino por la consideración y los emolumentos que confieren; desigualdad de fortunas, puesto que si se hubiera querido nivelarlas, los empleos públicos habrían si-

do deberes y no derechos; desigualdad en el favor, porque la ley no determina qué se entiende por *talentos y virtudes*. En tiempos del Imperio, la virtud y el talento consistía únicamente en el valor militar y en la adhesión al Emperador; cuando Napoleón creó su nobleza parecía que intentaba imitar a la antigua. Hoy día el hombre que satisface 200 francos de impuestos en virtuoso; el hombre hábil es un honrado acaparador de bolsillos ajenos; de hoy en adelante, estas afirmaciones serán verdades sin importancia alguna.

El pueblo, finalmente, consagró la propiedad... ¡Dios le perdone, porque no supo lo que hacía! Hace cincuenta años que espía ese desdichado error. Pero ¿cómo ha podido engañarse el pueblo, cuya voz, según se dice, es la de Dios y cuya conciencia no yerra? ¿Cómo buscando la libertad y la igualdad, ha caído de nuevo en el privilegio y en la servidumbre? Por su constante afán de imitar al antiguo régimen.

Antiguamente la nobleza y el clero sólo contribuían a las cargas del Estado a título de socorros voluntarios y de donaciones espontáneas. Sus bienes eran inalienables aun por deudas. Entretanto, el plebeyo, recargado de tributos y de trabajo, era maltratado de continuo, tanto por los recaudadores del rey como por las de la nobleza y el clero. El siervo, colocado al nivel de las cosas, no podía testar ni ser heredero. Considerado como los animales, sus servicios y su descendencia pertenecían al dueño por derecho de acción. El pueblo quiso que la condición de *propietario* fuese igual para todos; que cada uno pudiera *gozar y disponer libremente de sus bienes, de sus rentas, del producto de su trabajo y de su industria*. El pueblo no inventó la propiedad; pero como no existía para él del mismo modo que para los nobles y los clérigos, decretó la uniformidad de este derecho. Las odiosas formas de la propiedad, la servidumbre personal, la mano muerta, los vínculos, la exclusión de los empleos, han desaparecido; el modo de disfrutarla ha sido modificado, pero la esencia de la institución subsiste. Hubo progresos en la atribu-

ción, en el reconocimiento del derecho, pero no hubo revolución en el derecho mismo.

Los tres principios fundamentales de la sociedad moderna, que el movimiento de 1789 y el de 1830 han consagrado reiteradamente, son éstos: 1o.) *Soberanía de la voluntad del hombre*, o sea, concretando la expresión, *despotismo*. 2o.) *Desigualdad de fortunas y de posición social*. 3o.) *Propiedad*. Y sobre todos estos principios el de JUSTICIA, en todo y por todos invocada como el genio tutelar de los soberanos, de los nobles y de los propietarios; la JUSTICIA, la ley general, primitiva, categórica, de toda sociedad.

¿Es justa la autoridad del hombre sobre el hombre?

Todo el mundo contesta: no; la autoridad del hombre no es más que la expresión de justicia y de verdad. La voluntad privada no influye para nada en la autoridad, debiendo limitarse aquélla, de una parte, a descubrir lo verdadero y lo justo, para acomodar la ley a estos principios, y de otra, a procurar el cumplimiento de esta ley.

No estudio en este momento si nuestra forma de gobierno constitucional reúne esas condiciones: si la voluntad de los ministros interviene o no en la declaración y en la interpretación de la ley; si nuestros diputados, en sus debates, se preocupan más de convencer por la razón que de vencer por el número. Me basta que el expresado concepto de un buen gobierno sea como lo he definido. Sin embargo, de ser exacta esa idea, vemos que los pueblos orientales estiman justo, por excelencia, el despotismo de sus soberanos; que entre los antiguos, y según la opinión de sus mismos filósofos, la esclavitud era justa: que en la Edad Media los nobles, los curas y los obispos consideraban justo tener siervos; que Luis XVI creía estar en lo cierto cuando afirmaba *El Estado soy yo*; que Napoleón reputaba como crimen de Estado la desobediencia a su voluntad. La idea de lo justo, aplicada al soberano y a su autoridad, no ha sido, pues, siempre la misma que hoy tenemos: incesantemente ha ido desenvolviéndose y de-

terminándose más y más hasta llegar al estado en que hoy las concebimos. ¿Pero puede decirse que ha llegado a su última fase? No lo creo; y como el obstáculo final que se opone a su desarrollo procede únicamente de la institución de la propiedad que hemos conservado, es evidente que para realizar la forma del Poder Público y consumir la revolución debemos atacar esa misma institución.

¿Es justa la desigualdad política y civil? Unos responden, sí; otros, no. A los primeros contestaría que, cuando el pueblo abolió todos los privilegios de nacimiento y de casta, les pareció bien la reforma, probablemente porque les beneficiaba. ¿Por qué razón, pues, no quieren hoy que los privilegios de la fortuna desaparezcan como los privilegios de la jerarquía y de la sangre? A esto replican que la desigualdad política es inherente a la propiedad, y que sin la propiedad no hay sociedad posible. Por ello la cuestión planteada se resuelve en la de la propiedad. A los segundos me limito a hacer esta observación: si queréis implantar la igualdad política, abolid la propiedad; si no lo hacéis, ¿por qué os quejáis?

¿Es justa la propiedad? Todo el mundo responde sin vacilación: "Sí, la propiedad es justa". Digo todo el mundo, porque hasta el presente creo que nadie ha respondido con el pleno convencimiento: "No". También es verdad que dar una respuesta bien fundada, no era antes cosa fácil; sólo el tiempo y la experiencia podían traer una solución exacta. En la actualidad esta solución existe: falta que nosotros la comprendamos. Yo voy a intentar demostrarla.

He aquí cómo he de proceder a esta demostración:

I.—No disputo, no refuto a nadie, no replico a nada; acepto como buenas todas las razones alegadas en favor de la propiedad, y me limito a investigar el principio, a fin de comprobar seguidamente si ese principio está fielmente expresado por la propiedad. Defendiéndose como justa la propiedad, la

idea, o por lo menos el propósito de justicia, debe hallarse en el fondo de todos los argumentos alegados en su favor; y como, por otra parte, la propiedad sólo se ejercita sobre cosas materialmente apreciables, la justicia debe aparecer bajo una fórmula algebraica. Por este método de examen llegaremos bien pronto a reconocer que todos los razonamientos imaginados para defender la propiedad, *cualesquiera que sean*, concluyen siempre necesariamente en la igualdad, o lo que es lo mismo, en la negación de la propiedad. Esta primera parte comprende dos capítulos: el primero referente a la ocupación, fundamento de nuestro derecho; el otro relativo al trabajo y a la capacidad como causas de propiedad y de desigualdad social. La conclusión de los dos capítulos será, de un lado, que el derecho de ocupación *impide* la propiedad, y de otro, que el derecho del trabajo la *destruye*.

II.—Concebida, pues, la propiedad necesariamente bajo la razón categórica de igualdad, he de investigar por qué, a pesar de la lógica, la igualdad no existe. Esta nueva labor comprende también dos capítulos: en el primero, considerando el hecho de la propiedad en sí mismo, investigaré si ese hecho es real, si existe, si es posible; porque implicaría contradicción que dos formas sociales contrarias, la igualdad y la desigualdad, fuesen posibles una y otra conjuntamente. Entonces comprobaré el fenómeno singular de que la propiedad puede manifestarse como accidente, mientras como institución y principio es imposible matemáticamente. De suerte que el axioma *ab actu ad posse valet consecutio*, del hecho a la posibilidad, la consecuencia es buena, se encuentra desmentido en lo que a la propiedad se refiere.

Finalmente, en el último capítulo, llamando en nuestra ayuda a la psicología y penetrando a fondo en la naturaleza del hombre, expondré el principio de lo *justo*, su fórmula, su carácter: determinaré la ley orgánica de la sociedad: explicaré el origen de la propiedad, las causas de su estableci-



miento, de su larga duración y de su próxima desaparición; estableceré definitivamente su identidad con el robo; y después de haber demostrado que estos tres prejuicios, *soberanía del hombre, desigualdad de condiciones, propiedad*, no son más que uno solo, que se pueden tomar uno por otro y son recíprocamente convertibles, no habrá necesidad de esfuerzo alguno para deducir, por el principio de contradicción, la base de la autoridad y del derecho. Terminará ahí mi trabajo, que proseguiré en sucesivas publicaciones.

La importancia del objeto que nos ocupa embarga todos los ánimos.

“La propiedad —dice Hennequin— es el principio creador y conservador de la sociedad civil... La propiedad es una de esas tesis fundamentales a las que no conviene aplicar sin maduro examen las nuevas tendencias. Porque no conviene olvidar nunca, e importa mucho que el publicista y el hombre de Estado estén de ello bien convencidos, que de la solución del problema sobre si la propiedad es el principio o el resultado del orden social, si debe ser considerada como causa o como efecto, depende toda la moralidad, y por esta misma razón, toda la autoridad de las instituciones humanas”.

Estas palabras son una provocación a todos los hombres que tengan esperanzas y fe en el progreso de la humanidad. Pero aunque la causa de la igualdad es hermosa, nadie ha recogido todavía el guante lanzado por los abogados de la propiedad, nadie se ha sentido con valor bastante para aceptar el combate. La falsa sabiduría de una jurisprudencia hipócrita y los aforismos absurdos de la economía política, tal como la propiedad la ha formulado, han obscurecido las inteligencias más potentes. Es ya una frase convenida entre los titulados amigos de la libertad y de los intereses del pueblo que la *igualdad es una quimera*. A tanto llega el poder que las más falsas teorías y las más mentidas analogías ejercen sobre ciertos espíritus, excelentes bajo otros conceptos, pero subyugados involuntariamente por el prejuicio ge-

neral. La igualdad nace todos los días *fit oequalitas*. Soldados de la libertad, ¿desertaremos de nuestra bandera en la víspera del triunfo?

Defensor de la igualdad, hablaré sin odio y sin ira, con la independencia del filósofo, con la calma y la convicción del hombre libre. ¿Podré, en esta lucha solemne, llevar a todos los corazones la luz de que está penetrando el mío, y demostrar, por la virtud de mis argumentos que si la igualdad no ha podido vencer con el concurso de la espada es porque debía triunfar con el de la razón?

#### DE LA PROPIEDAD CONSIDERADA COMO DERECHO NATURAL. DE LA OCUPACION Y DE LA LEY CIVIL COMO CAUSAS EFICIENTES DEL DERECHO DE PROPIEDAD.

##### *Definiciones*

El derecho romano definía la propiedad como el derecho de usar y de abusar de las cosas en cuanto lo autorice la razón del derecho. Se ha pretendido justificar la palabra *abusar*, diciendo que significa, no el abuso insensato e inmoral, sino solamente el dominio absoluto. Distinción vana, imaginada para la santificación de la propiedad, sin la eficacia contra los excesos de su disfrute, los cuales no previene ni reprime. El propietario es dueño de dejar pudrir los frutos en su árbol, de sembrar sal en su campo, de ordeñar sus vacas en la arena, de convertir una viña en erial y de transformar una huerta en monte. ¿Todo esto es abuso, sí o no? En materia de propiedad el uso y el abuso se confunden necesariamente.

Según la Declaración de los derechos del hombre, publicada al frente de la Constitución de 1793, la propiedad es “el derecho de disfrutar y disponer a su voluntad de sus bienes, de sus rentas, del fruto de su trabajo y de su industria”.

El Código de Napoleón, en su Art. 544, consigna que “la propiedad es el derecho de disfrutar y disponer de la manera más absoluta, en tanto no se

haga de ellos un uso prohibido por las leyes y los reglamentos”.

Ambas deficiones reproducen la del derecho romano: todas reconocen al propietario un derecho absoluto sobre las cosas. Y en cuanto a la restricción determinada por el Código, al decir *en tanto que no se haga de ellas un uso prohibido por las leyes y los reglamentos*, dicha restricción tiene por objeto, no limitar la propiedad, sino impedir que el dominio de un propietario sea obstáculo al dominio de los demás. Es una confirmación del principio, no una limitación.

En la propiedad se distingue: 1o., la propiedad pura y simple, el derecho señorial sobre una cosa, y 2o., la *posesión*. “La posesión —dice Duranton— es una cuestión de hecho, no de derecho”. El arrendatario, el colono, el mandatario, el usufructuario, son poseedores; el señor que arrienda, que cede el uso, el heredero que sólo espera gozar la cosa al fallecimiento de un usufructuario, son propietarios. Si me fuera permitida una comparación, diría que el amante es poseedor, el marido es propietario.

Esta doble definición de la propiedad como dominio y como posesión es de la mayor importancia, y es necesario no olvidarla si se quiere entender cuánto voy a decir.

De la distinción de la posesión y de la propiedad nacen dos especies de derechos: el derecho en la cosa, por el cual puedo reclamar la propiedad que me pertenece de cualquiera en cuyo poder la encuentre; y el derecho a la cosa, por el cual solicito que se me declare propietario. En el primer caso,

la posesión y la propiedad están reunidas; en el segundo, sólo existe la nuda propiedad.

Esta distinción es el fundamento de la conocida división del juicio en posesorio y petitorio, verdaderas categorías de la jurisprudencia, pues la comprenden totalmente en su inmensa jurisdicción. *Petitorio* se denomina el juicio que se hace relación a su propiedad; *posesorio* el relativo a la posesión. Al escribir estas páginas contra la propiedad, insto en favor de toda la sociedad una acción petitoria y pruebo que los que hoy nada poseen son propietarios por el mismo título que los que todo lo poseen, pero en vez de pedir que la propiedad sea repartida entre todos, solicito que, como medida de orden público, sea abolida para todos. Si pierdo el pleito, sólo nos queda a los propietarios y a mí el recurso de quitarnos de en medio, puesto que ya nada podemos reclamar de la justicia de las naciones; porque, según enseña en su conciso estilo el Código de procedimientos, Art. 26, *el demandante cuyas pretensiones hayan sido desestimadas en el juicio petitorio no podrá entablar el posesorio*. Si por el contrario, gano el pleito, ejercitaremos entonces una acción posesoria, a fin de obtener nuestra reintegración en el disfrute de los bienes que el actual derecho de propiedad nos arrebató. Espero que no tendremos necesidad de llegar a este extremo; pero estas dos acciones no pueden ejercitarse a un tiempo, porque, según el mismo Código de procedimientos, *la acción posesoria y la petitoria nunca podrán acumularse*.

— Fin del fragmento —



1842

PEDRO KROPOTKINE

1921

## *“La Conquista del Pan”*

(Fragmento)

### *Nuestra Riqueza*

La humanidad ha caminado gran trecho desde aquellas remotas edades durante las cuales vivía el hombre de los azares de la caza y no dejaba a sus hijos más herencia que un refugio bajo

las peñas, pobres instrumentos de sílex, y la Naturaleza, contra la que tenían que luchar para seguir su mezquina existencia.

Sin embargo, en este confuso perio-

do de miles y miles de años, el género humano acumuló inauditos tesoros. Roturó el suelo, desecó los pantanos, hizo trochas en los bosques, abrió caminos; edificó, inventó, observó, racionó; creó instrumentos complicados, arrancó sus secretos a la Naturaleza, domó el vapor, tanto, que, al nacer el hijo del hombre civilizado, encuentra hoy a su servicio un capital inmenso, acumulado por sus predecesores. Y ese capital le permite obtener riquezas que superan a los ensueños de los orientales en sus cuentos de *Las Mil y una Noches*.

En el suelo virgen de las praderas de América, cien hombres, ayudados por poderosas máquinas, producen en poco meses el trigo necesario para que puedan vivir un año diez mil personas. Donde el hombre quiere duplicar, triplicar, centuplicar sus productos, *forma* el suelo, da a cada planta los cuidados que requiere, y obtiene prodigiosas cosechas. Y mientras que el cazador tenía que apoderarse, en otro tiempo, de cien kilómetros cuadrados para poder encontrar allí el alimento de su familia, el civilizado hace crecer con menos fatigas y más seguridad, en una diez-milésima parte de ese espacio, todo lo que necesita para que vivan los suyos. Cuando falta sol, el hombre lo reemplaza por el calor artificial, hasta que logra producir también la luz que active la vegetación. Con vidrios y tubos conductores de agua caliente, cosecha en un espacio dando diez veces más productos de los que antes conseguía.

Aun son más pasmosos los prodigios realizados en la industria. Con esos seres inteligentes que se llaman máquinas modernas, cien hombres fabrican con qué vestir a diez mil hombres durante dos años. En las minas de carbón bien organizadas, cien hombres extraen cada año combustible para que se calienten diez mil familias en un clima riguroso.

Y si en la industria, en la agricultura y en el conjunto de nuestra organización social, sólo aprovecha a un pequeñísimo número la labor de nuestros antepasados, no es menos cierto que la humanidad entera podría gozar una

existencia de riqueza y de lujo sin más que con los siervos de hierro y de acero que posee.

Somos ricos, muchísimo más de lo que creemos. Ricos por lo que poseemos ya; aun más ricos por lo que podemos conseguir con los instrumentos actuales; infinitamente más ricos por lo que pudiéramos obtener de nuestro suelo, de nuestra ciencia y de nuestra habilidad técnica, si se aplicasen a procurar el bienestar de todos.

Somos ricos en las sociedades civilizadas. ¿Por qué hay, pues, esa miseria en torno nuestro? ¿Por qué ese trabajo penoso y embrutecedor de las masas? ¿Por qué esa inseguridad del mañana (hasta para el trabajador mejor retribuido) en medio de las riquezas heredadas del ayer y a pesar de los poderosos medios de producción que darían a todos el bienestar a cambio de algunas horas de trabajo cotidiano?

Los socialistas lo han dicho y redicho hasta la saciedad. Porque todo lo necesario para la producción ha sido acaparado por algunos en el transcurso de esta larga historia de saqueos, guerras, ignorancia y opresión en que ha vivido la humanidad antes de aprender a domar las fuerzas de la Naturaleza.

Porque, prevaliéndose de pretendidos derechos adquiridos en el pasado, se apropian hoy dos tercios del producto del trabajo humano, dilapidándolos del modo más insensato y escandaloso. Porque, reduciendo a las masas al punto de no tener con qué vivir un mes o una semana, no permiten al hombre trabajar, sino consintiendo en dejarse quitar la parte del león. Porque le impiden producir, lo que necesita y le fuerzan a producir, no lo necesario para demás, sino los que más grandes beneficios promete el acaparador.

Contémplese un país civilizado. Taláronse los bosques que antaño lo cubrían, se desecaron los pantanos, se saneó el clima; ya es habitable. El suelo, que en otros tiempos sólo producía groseras hierbas, suministra hoy ricas mieses. Las rocas suspensas sobre los valles del Mediodía, forman terrazas por donde trepan las vides de dorado

fruto. Las plantas silvestres que antes no daban sino un fruto áspero o unas raíces no comestibles, han sido transformadas por reiterados cultivos en sabrosas hortalizas, en árboles cargados de frutas exquisitas. Millares de caminos con base de piedra y férreos carriles surcan la tierra, horadan las montañas; en los abruptos desfiladeros silba la locomotora. Los ríos se han hecho navegables, las costas son sondeadas y esmeradamente reproducidas en mapas, son de fácil acceso; puertos artificiales, trabajosamente hechos y resguardados contra los furios del Océano, dan refugio a los buques. Horádanse las rocas con pozos profundos; laberintos de galerías subterráneas se extienden allí donde hay carbón que sacar o minerales que recoger. En todos los puntos donde se entrecruzan caminos, han brotado y crecido ciudades, conteniendo todos los tesoros de la industria, de las artes y de las ciencias.

Cada hectárea de suelo que labremos en Europa ha sido regada con el sudor de muchas razas; cada camino tiene una historia de servidumbre personal, de trabajo sobrehumano, de sufrimientos del pueblo. Cada metro de túnel, cada legua de vía férrea, han recibido su porción de sangre humana.

Los pozos de las minas llevan aun frescas las huellas hechas en las rocas por el brazo del barrenador. De uno a otro pilar pudieran señalarse las galerías subterráneas por la tumba de un minero, arrebatado en la fuerza de la edad por el fuego grisú, el hundimiento o la inundación, y fácil es adivinar cuántas lágrimas, privaciones y miserias sin nombre ha costado cada una de esas tumbas a la familia que vivía con el exiguo salario del hombre enterrado bajo los escombros.

Las ciudades, enlazadas entre sí con carriles de hierro y líneas de navegación, son organismos que han vivido siglos. Cavad su suelo y encontraréis hiladas superpuestas las calles, casas, teatros, circos y edificios públicos. Profundizad su historia, y veréis cómo la civilización de la ciudad, su industria, su genio, han crecido lentamente y

madurado por el concurso de todos sus habitantes antes de llegar a ser lo que hoy son.

Y aun ahora, el valor de cada casa, de cada taller, de cada fábrica, de cada almacén, sólo es producto de la labor acumulada de millones de trabajadores sepultados bajo tierra y no se mantiene sino por el esfuerzo de legiones de hombres que habitan en ese punto del globo. ¿Qué sería de los *docks* de Londres, o de los grandes bazares de París, a no encontrarse situados en esos grandes centros de comercio internacional? ¿Qué sería de nuestras minas, de nuestras fábricas, de nuestros astilleros y de nuestras vías férreas, sin el cúmulo de mercaderías trasportadas diariamente por mar y por tierra?

Millones de seres humanos han trabajado para crear esta civilización de que hoy nos gloriamos. Otros millones, diseminados por todos los ámbitos del globo, trabajan para sostenerla. Sin ellos no quedarían más que escombros de ella, dentro de cincuenta años.

Hasta el pensamiento, hasta la invención, son hechos colectivos, producto del pasado y del presente. Millares de inventores han preparado el invento de cada una de esas máquinas, en las cuales admira el hombre su genio. Miles de escritores, poetas y sabios, han trabajado para elaborar el saber, extinguir el error y crear una atmósfera de pensamiento científico, sin la cual no hubiera podido aparecer ninguna de las maravillas de nuestro siglo. Pero esos millares de filósofos, poetas, sabios e inventores, ¿no habían sido también inspirados por la labor de los siglos anteriores? ¿No fueron durante su vida alimentados y sostenidos, así en lo físico como en lo moral, por legiones de trabajadores y artesanos de todas clases? ¿No adquirieron su fuerza impulsiva en lo que les rodeaba?

Ciertamente, el genio de un Seguin, de un Mayer y de un Grove, han hecho más por lanzar la industria a nuevas vías que todos los capitales del mundo. Estos mismos genios son hijos de la industria, igual que de la ciencia, por-



que ha sido menester que millares de máquinas de vapor trasformasen año tras año, a la vista de todos, el calor en fuerza dinámica, y esta fuerza en sonido, en luz y en electricidad, antes de que esas inteligencias geniales llegasen a proclamar el origen mecánico y la unidad de las fuerzas físicas. Y si nosotros, los hijos del siglo XIX, hemos comprendido a la postre esta idea y hemos sabido aplicarla, es también porque para ello estábamos preparados por la experiencia cotidiana. También los pensadores del pasado siglo la habían entrevisto y enunciado, pero quedó sin comprender, porque el siglo XVIII no había crecido, cual nosotros, junto a la máquina de vapor.

Piénsese nada más en las décadas que hubieran transcurrido aun en la ignorancia de esa ley que nos ha permitido revolucionar la industria moderna, si Watt no hubiese encontrado en Soho trabajadores hábiles para construir con metal sus planes teóricos, perfeccionar todas sus partes, y aprisionándolo dentro de un mecanismo completo, hacer por fin el vapor más dócil que el caballo, más manejable que el agua.

Cada máquina tiene la misma historia: larga historia de noches en blanco y de miseria, de desiluciones y de alegrías de mejoras parciales halladas por varias generaciones de obreros desconocidos que venían a añadir al primitivo invento esas pequeñas novedades, sin las cuales permanecería estéril la idea más fecunda. Aun más: cada nueva invención es una síntesis resultante de mil inventos anteriores en el inmenso campo de la mecánica y de la industria.

Ciencia e industria, saber y aplicación, descubrimiento y realización práctica que conduce a nuevas invenciones, trabajo cerebral y trabajo manual, idea y labor de brazos, todo se enlaza. Cada descubrimiento, cada progreso, cada aumento de riquezas de la humanidad tiene su origen en el conjunto del trabajo manual y cerebral, pasado y presente.

Entonces, ¿con qué derecho puede nadie apropiarse la menor partícula

de ese inmenso todo y decir: "esto es mío y no vuestro"?

Pero aconteció que todo cuanto permite al hombre producir y acrecentar sus fuerzas productivas fue acaparado por algunos.

El suelo, que precisamente saca su valor de las necesidades de una población que crece sin cesar, pertenece hoy a minorías que pueden impedir e impiden al pueblo el cultivarlo, o no le permiten el cultivarlo según las necesidades modernas.

Las minas, que representan el trabajo de muchas generaciones y no derivan su valor sino de las necesidades de la industria y la densidad de la población, pertenecen también a unos pocos, y esos pocos limitan la extracción del carbón, o lo prohíben en su totalidad, si encuentran una colocación más ventajosa para sus capitales.

También la maquinaria es propiedad sólo de algunos, y aun cuando tal o cual máquina representa sin género de duda los perfeccionamientos aportados por tres generaciones de trabajadores, no por eso deja de pertenecer a algunos patronos; y son los nietos del mismo inventor que construyó, cien años ha, la primera máquina de hacer encajes se presentasen hoy en una manufactura de Basilea o de Nottingham y reclamasen sus derechos, les gritarían: "¡Marchaos de aquí; esta máquina no es vuestra!" Y si quisieran tomar posesión de ella, los fusilarían.

Los ferrocarriles, que no serían más que inútil hierro viejo sin la población densa de Europa, sin su industria, sin su comercio y sus cambios, pertenecen a algunos accionistas, ignorantes quizá de dónde se encuentran los caminos que les dan las rentas superiores a las de un rey de la Edad Media. Y si los hijos de los que murieron a millares cavando las trincheras y abriendo los túneles se reuniensen un día y fueran, andrajosos y hambrientos, a pedir pan a los accionistas, encontrarían las bayonetas y la metralla para dispersarlos y defender los "*derechos adquiridos*".

En virtud de esta organización monstruosa, cuando el hijo del trabajador

entra en la vida, no halla campo que cultivar, máquina que conducir, ni mina que acometer con el zapapico, si no cede a un amo la mayor parte de lo que él produzca. Tiene que vender su fuerza para el trabajo por una ración mezquina e incierta. Su padre y su abuelo trabajaron en desaguar aquel campo, en edificar aquella fábrica, en perfeccionarla. Si él obtiene permiso para dedicarse al cultivo de ese campo es a condición de ceder la cuarta parte del producto a su amo, y otra cuarta parte al gobierno y a los intermediarios. Y ese impuesto que le saca el Estado, el capitalista, el señor y negociante, irá creciendo sin cesar. Si se dedica a la industria, se le permitirá que trabaje a condición de no recibir más que el tercio o la mitad del producto, siendo el resto para aquél a quien la ley reconoce como propietario de la máquina.

Clamamos contra el barón feudal que no permitía al cultivador tocar la tierra, a menos de entregarle el cuarto de la cosecha. Y el trabajador, con el nombre de libre contratación, acepta obligaciones feudales, porque no encontraría condiciones más aceptables en ninguna parte. Siendo todo propiedad de algún amo, tiene que ceder o morir de hambre.

De tal estado de cosas resulta que toda nuestra producción es un contrasentido. Al negocio no le conmueven las necesidades de la sociedad; su único objetivo es aumentar los beneficios del negociante. De aquí las continuas fluctuaciones de la industria, las crisis en estado crónico.

No pudiendo comprar los obreros con su salario las riquezas que producen, la industria busca mercado fuera, entre los acaparadores de las demás naciones. Pero en todas partes encuentra competidores, puesto que la evolución de todas las naciones se verifica en el mismo sentido y tienen que estallar guerras por el derecho de ser dueños de los mercados. Guerras por las posesiones en Oriente, por el imperio de los mares, para imponer derechos aduaneros y dictar condiciones a sus vecinos, ¡guerras contra los que se subleven! No cesa en Europa el ruido del

cañón; generaciones enteras asesinadas; los Estados europeos gastan en armamentos el tercio de sus presupuestos.

La educación es también privilegio de infimas minorías. ¿Puede hablarse de educación, cuando el hijo del obrero se ve obligado a la edad de trece años a bajar a la mina o ayudar a su padre en las labores del campo?

Mientras que los radicales piden mayor extensión de las libertades políticas, muy pronto advierten que el hábito de la libertad produce con rapidez el levantamiento de los proletarios, y entonces vuelven la casaca, mudan de opinión y retornan a las leyes excepcionales y al gobierno del sable. Un vasto conjunto de tribunales, jueces, vedugos, polizontes y carceleros, es necesario para mantener los privilegios. Este sistema suspende el desarrollo de los sentimientos sociales. Cualquiera comprende que sin rectitud, sin respeto a sí propio, sin simpatía y apoyos mutuos, la especie tiene que degenerar. Pero eso no les importa a las clases directoras, é inventan toda una ciencia absolutamente falsa para probar lo contrario.

Se han dicho cosas muy bonitas acerca de la necesidad de compartir lo que se posee con aquéllos que no tienen nada. Pero cuando se le ocurre a cualquiera poner en práctica este principio, en seguida se le advierte que todos esos grandes sentimientos son buenos en los libros poéticos, pero no en la vida. "Mentir es envilecerse, rebajarse", decimos nosotros, y toda la existencia civilizada se trueca en una inmensa mentira. ¡Y nos habituamos, acostumbrando a nuestros hijos a practicar como hipócritas una moralidad de dos caras!

El simple hecho del acaparamiento extiende así sus consecuencias de la vida social. So pena de perecer, las asociaciones humanas vense obligadas a volver a los principios fundamentales: siendo obra colectiva de la humanidad los medios de producción, vuelven al poder de la colectividad humana. La apropiación personal de ellos no es justa ni útil. Todo es de todos, puesto

que todos lo necesitan, puesto que todos han trabajado en la medida de sus fuerzas, y es imposible determinar a cada uno en la actual producción de las riquezas.

¡ Todo es de todos! He aquí la inmensa maquinaria que el siglo XIX ha creado; he aquí millones de esclavos de hierro que llamamos máquinas que cepillan y sierran, tejen e hilan para nosotros, que descomponen y recomponen la materia prima y forjan maravillas de nuestra época.

Nadie tiene derecho a apoderarse de una sola máquina y decir: "Es mía, para usar de ella, me pagaréis un tributo por cada uno de vuestros productos". Como tampoco al señor de la Edad Media tenía derecho para decir al labrador: "Esta colina, ese prado, son míos, y me pagaréis por cada gavilla de trigo que recojáis, por cada montón de heno que forméis".

Basta de esas fórmulas ambiguas, tales como el "derecho al trabajo", o "a cada uno el producto de su trabajo". Lo que proclamamos nosotros es *el derecho al bienestar, el bienestar para todos.*

### *El Bienestar para Todos*

El bienestar para todos no es un sueño. Es posible, realizable, después de lo que nuestros antepasados han hecho para fecundar nuestra fuerza de trabajo.

Sabemos que los productores, que apenas forman el tercio de los habitantes en los países civilizados, producen ya lo suficiente para que exista cierto bienestar en el hogar de cada familia. Sabemos, además, que si todos cuantos derrochan hoy los frutos del trabajo ajeno se viesan obligados a ocupar sus ocios en trabajos útiles, nuestra riqueza crecería en proporciones múltiples del número de brazos productores. Y en fin, sabemos que, en contra de la teoría del pontífice de la ciencia burguesa (Malthus), el hombre acrecienta su fuerza productiva con muchas más rapidez de lo que él mismo se multiplica. Cuanto más número de hombres hay en un territorio,

tanto más rápido es el progreso de sus fuerzas productoras.

Mientras que la población de Inglaterra sólo ha aumentado en un 62 por ciento desde 1844, su fuerza de producción ha crecido en el doble, o sea en un 130 por ciento. En Francia, donde la población ha aumentado menos, el crecimiento es rapidísimo, sin embargo. A pesar de la crisis agrícola, de la ingerencia del Estado, del impuesto de sangre, de la Banca, de las contribuciones y de la industria, la producción de trigo ha cuadruplicado y la producción industrial ha decuplicado en el transcurso de los ochenta años últimos. En los Estados Unidos el progreso es aun más pasmoso: a causa de ese aumento de trabajadores europeos, los Estados Unidos han duplicado su producción.

Hoy, a medida que se desarrolla la capacidad de producir, aumenta en una proporción espantosa el número de vagos e intermediarios. Al revés de lo que se decía en otros tiempos entre los socialistas, de que el capital llegaría a reconcentrarse bien pronto en tan pequeño número de manos, que sólo sería menester expropiar a algunos millonarios para entrar en posesión de las riquezas comunes, cada vez más considerable el número de los que viven a costa del trabajo ajeno.

En Francia no hay diez productores directos por treinta habitantes. Toda la riqueza agrícola del país es obra de menos de siete millones de hombres, y en las dos grandes industrias de las minas y los tejidos cuéntase menos de dos millones quinientos mil obreros. ¿Cuál es la cifra de los explotadores del trabajo? En Inglaterra (sin Escocia e Irlanda), un millón treinta mil obreros, hombres y mujeres y niños, fabrican todos los tejidos; un poco más de medio millón explotan las minas; menos de medio millón labran la tierra, y las estadísticas tienen que exagerar las cifras para obtener un máximo de ocho millones de productores para veintiseis millones de habitantes. En realidad, son de seis a siete millones de trabajadores quienes crean las riquezas enviadas a las cuatro partes del mundo. ¿Y cuántos son

los rentistas o los intermediarios que añaden a sus rentas las que se adjudican haciendo pagar al consumidor de cinco a veinte veces más de lo que han pagado al productor?

Los que detentan el capital reducen constantemente la producción, impidiendo producir. No hablemos de esos toneles de ostras arrojados al mar para impedir que la ostra llegue a ser un alimento de la plebe y deje de ser una golosina propia de la gente acomodada; no hablemos de los mil y mil objetos de lujo tratados de igual manera que las ostras. Recordemos tan sólo cómo se limita la producción de las cosas necesarias a todo mundo. Ejércitos de mineros no desean más que extraer todos los días carbón y enviarlo a quienes tiritan de frío. Pero con frecuencia la tercera parte o dos tercios de esos ejércitos vense impedidos de trabajar más de tres días por semana, para que se mantengan los precios altos. Millares de tejedores no pueden manejar los telares, al paso que sus mujeres y sus hijos no tienen sino harapos para cubrirse y las cuartas partes de los europeos no cuentan con vestidos que merezcan tal nombre.

Centenares de altos hornos, miles de manufacturas, permanecen constantemente inactivos; otros no trabajan más que la mitad del tiempo y en cada nación civilizada hay siempre una población de unos dos millones de individuos que sólo piden trabajo y no lo encuentran.

Millones de hombres serían felices con transformar los espacios incultos o mal cultivados en campos cubiertos de ricas mieses. Pero esos valientes obreros tienen que seguir parados porque los poseedores de la tierra, la mina, de la fábrica, prefieren dedicar los capitales a empréstitos turcos o egipcios, o en acciones de oro de la Patagonia; que trabajen para ellos los *fellahs* egipcios, los italianos emigrados del país de su nacimiento o los *coolies* chinos. Esta es la limitación consciente y directa de la producción. Pero hay también una limitación indirecta e inconsciente, que consiste en gastar el trabajo humano en objetos inútiles en

absoluto o destinados tan sólo a satisfacer la necia vanidad de los ricos.

Baste citar los miles de millones gastados por Europa en armamentos, sin más fin que conquistar mercados para imponer la ley económica a los vecinos y facilitar la explotación en el interior; los millones pagados cada año a los funcionarios de todo fuste, cuya misión es mantener el derecho de las minorías a gobernar la vida económica de la nación; los millones gastados en jueces, cárceles, gendarmes y todo ese embrollo que llaman justicia; en fin los millones empleados en propagar por medio de la prensa ideas nocivas y noticias falsas, en provecho de partidos, de los personajes políticos y de las compañías de explotadores.

Aun se gasta más trabajo inútilmente aquí para mantener la cuadra, la perrera y la servidumbre doméstica del rico; allí, para responder a los caprichos de las ramerías de alto bordo y al depravado lujo de los viciosos elegantes; en otra parte, para forzar al consumidor a que compre lo que no hace falta o imponerle con reclamos un artículo de mala calidad; más allá, para producir substancias alimenticias nocivas en absoluto para el consumidor, pero provechosas para el fabricante y el expendedor. Lo que se malgasta de esa manera bastaría para duplicar la producción útil o para crear manufacturas y fábricas que bien pronto inundarían los almacenes de todas las provincias de que carecen dos tercios de la nación.

De aquí resulta que de los mismos que en cada nación se dedican a los trabajos productivos, la cuarta parte por lo menos se ven obligados con regularidad a un paro de tres o cuatro meses por año, y otra cuarta parte, si no la mitad, no puede producir con su labor otros resultados que divertir a los ricos o explotar al público.

Así, pues, si se considera por un lado la rapidez con que las naciones civilizadas aumentan su fuerza de producción, y por otro los límites puestos a ésta, debe deducirse que una organización económica medianamente razonable permitiría a las naciones ci-

vilizadas amontonar en pocos años tantos productos útiles, que se verían en el caso de exclamar: "¡Basta de carbón, basta de trigo, basta de telas! Descansemos, recojámonos para utilizar mejor nuestras fuerzas, para emplear mejor nuestros ocios".

No; el bienestar para todos no es un sueño. Podría serlo cuando a duras penas lograba el hombre recolectar ocho o diez hectólitros de trigo por hectárea o construir con su propia mano los instrumentos mecánicos necesarios para la agricultura y la industria. Ya no es un sueño, desde que el hombre ha inventado el motor, que con un poco de hierro y algunos kilos de carbón le da fuerza de caballo dócil, manejable, capaz de poner en movimiento la máquina más complicada.

Mas para que el bienestar llegue a ser una realidad, es preciso que el inmenso capital deje de ser considerado como propiedad privada del que el acaparador disponga a su antojo. Es menester que el rico instrumento de la producción sea propiedad común, a fin de que el espíritu colectivo saque de él los mayores beneficios para todos. Se necesita la expropiación.

El bienestar de todos como fin; la expropiación como medio.

La expropiación: tal es el problema planteado por la historia ante nosotros los hombres de fines del siglo XIX. Devolución a la comunidad de todo lo que sirva para conseguir el bienestar.

Pero este problema no puede resolverse por la vía legislativa. El pobre y el rico comprenden que ni los gobiernos actuales ni los que pudieran surgir de una revolución política serían capaces de resolverlo. Siéntese la necesidad de una revolución social, y ni a ricos ni a pobres se les oculte que esa revolución está próxima.

Durante el curso de este último medio siglo se ha verificado la evolución en los espíritus; pero comprimida por la minoría, es decir, por las clases poseedoras, y no habiendo podido tomar cuerpo, es necesario que aparte por medio de la fuerza los obstáculos y que

realice con violencia por medio de la revolución.

¿De dónde vendrá la revolución? ¿Cómo se anunciará? Es una incógnita. Pero los que observan y meditan no se equivocan: trabajadores y explotadores, revolucionarios y conservadores, pensadores y hombres prácticos, todos confiansan que está a nuestras puertas.

Todos hemos estudiado mucho el lado dramático de las revoluciones y poco su obra verdaderamente revolucionaria, o muchos de entre nosotros no ven en esos grandes movimientos mas que el aparato escénico, la lucha de los primeros días: las barricadas. Pero esa lucha, esa escaramuza primera, termina muy pronto; sólo después de la derrota de los antiguos gobiernos comienza la obra real de la revolución.

Incapaces o impotentes, atacados por todas partes, pronto se lo lleva el soplo de la insurrección. En pocos días dejó de existir la monarquía burguesa de 1848, y cuando un coche de alquiler llevaba a Luis Felipe fuera de Francia, a París ya no le importaba un pito el ex rey.

El gobierno de Tierhs desapareció en pocas horas, el 18 de Marzo de 1871, dejando a París dueño de sus destinos. Y sin embargo, 1848 y 1871 no fueron mas que insurrecciones. Ante una revolución popular, los gobernantes se eclipsan con sorprendente rapidez.

### *Recordemos la Commune*

Desaparecido el gobierno, el ejército ya no obedece a sus jefes, vacilante por la oleada del levantamiento popular. Cruzándose de brazos, la tropa deja hacer, o con la culata en alto se une a los insurrectos. La policía, con los brazos caídos, no sabe si debe pegar o si gritar: "¡Viva la Commune!", y los agentes de orden público se meten en sus casas "a esperar el nuevo gobierno". Los orondos burgueses lían la maleta y se ponen a buen recaudo. Sólo queda el pueblo. He aquí cómo se anuncia una revolución.

Proclámase la Commune en varias



grandes ciudades. Miles de hombres están en las calles, y acuden por la noche a los clubes improvisados, preguntándose: "¿Qué vamos a hacer?", y discutiendo con ardor los negocios públicos. Todo el mundo se interesa en ellos; los indiferentes de la víspera son quizá los más celosos. Por todas partes mucha buena voluntad, un vivo deseo de asegurar la victoria. Producense las grandes abnegaciones. El pueblo no desea mas que marchar adelante.

De seguro que habrá venganzas satisfechas. Pero eso será un accidente de la lucha y no de la revolución.

Los socialistas gubernamentales, los radicales, los genios desconocidos del periodismo, los oradores de efecto, corren al Ayuntamiento, a los Ministerios, para tomar posesión de las poltronas abandonadas. Admiranse ante los espejos ministeriales y estudian el dar órdenes con una gravedad a la altura de su nueva posición. ¡Le hace falta un fajín rojo, un kepís galoneado y un ademán magisterial para imponerse al ex compañero de redacción o de taller! Los otros se se meten entre papelotes con la mejor voluntad de comprender alguna cosa. Redactan leyes, lanzan decretos de frases sonoras que nadie se cuidará de ejecutar.

Para darse aires de una autoridad que no tienen, buscan la sanción de las antiguas formas de gobierno. Elegidos o aclamados, se reúnen en Parlamentos o en Consejos de la Commune. Allí se encuentran hombres pertenecientes a diez, a veinte escuelas diferentes, que no son capillas particulares, como suele decirse, sino que corresponden a maneras diversas de concebir la extensión, el alcance y los deberes de la revolución. Posibilistas, colectivistas, radicales, jacobinos, blanquistas, forzosamente reunidos, pierden el tiempo en discutir. Las personas honradas se confunden con los ambiciosos, que sólo piensan en dominar y en despreciar a la multitud de la cual han salido. Llegando todos con ideas diametralmente opuestas, se ven obligados a formar alianzas ficticias para constituir mayorías que ni un día duran; disputan, se tratan unos a otros de reaccio-

narios, de autoritarios, de bribones; son incapaces de entenderse acerca de ninguna medida seria, y propenden a perder el tiempo en discutir necedades; no consiguen hacer mas que dar a luz proclamas altisonantes, todo se toma por lo serio, mientras que la verdadera fuerza del movimiento está en la calle.

Durante ese tiempo, el pueblo sufre. Páranse las fábricas, los talleres están cerrados, el comercio se estanca. El trabajador no cobra ya ni aun el mezquino salario de antes. El precio de los alimentos sube.

Con esa abnegación heroica que siempre ha caracterizado al pueblo, y que llega a lo sublime en las grandes épocas, tiene paciencia. El es quien exclamaba en 1848: "Ponemos tres meses de miseria al servicio de la República", mientras que los diputados y miembros del nuevo gobierno, hasta el último policía, cobraba con regularidad sus pagas. El pueblo sufre. Con su pueril confianza, con la candidez de la masa que cree en los que la conducen, espera que se ocupen de él allá arriba, en la Cámara, en el Ayuntamiento, en el Comité de Salud Pública.

Pero allá arriba se piensa en toda clase de cosas, excepto en los sufrimientos de la muchedumbre. Cuando el hambre roe a Francia en 1793 y compromete la Revolución; cuando el pueblo se ve reducido a la última miseria, al paso que los Campos Elíseos se ven llenos de magníficos carruajes, donde exhiben las mujeres sus lujosas galas, ¡Robespierre insiste en los Jacobinos en hacer discutir su Memoria acerca de la Constitución inglesa! Cuando el trabajador sufre en 1848 con la paralización general de la industria, el gobierno provisional y la Cámara disputan acerca de las pensiones militares y el trabajo en las cárceles, sin preguntarse de qué vive el pueblo durante esta época de crisis. Y si algún cargo debe hacerse a la Commune de París, nacida bajo los cañones de los prusianos, y que sólo duró setenta días, es el no haber comprendido que la revolución comunera no podía triunfar sin combatientes bien alimentados y que

con seis reales diarios no se podía a la vez batirse en las murallas y mantener a sus familias.

### *Derecho de Vivir*

El pueblo sufre y pregunta: "¿Qué hacer para salir del atolladero?"

Reconocer y proclamar que cada cual tiene ante todo *el derecho de vivir*, y que la sociedad debe repartir entre todo el mundo, sin excepción, los medios de existencia de que dispone. Obrar de suerte que, desde el primer día de la revolución, sepa el trabajador que una nueva era se abre ante él; que en lo sucesivo nadie se verá obligado a dormir debajo de los puentes, junto a los palacios, a permanecer ayuno mientras haya alimentos, a tiritar de frío cerca de los comercios de pieles. Sea todo de todos, tanto en realidad como en principio, y prodúzcase al fin en la historia una revolución que piense en las *necesidades* del pueblo antes de leerle la cartilla de sus *deberes*.

Esto no podrá realizarse por decretos, sino tan sólo por la toma de posesión inmediata, efectiva, de todo lo necesario para toda la vida de todos; tal es la única que comprende y desea la masa del pueblo.

Tomar posesión, en nombre del pueblo sublevado, de los graneros de trigo, de los almacenes atestados de ropa y de las casas habitables. No derrochar nada, organizarse en seguida para llenar los vacíos, hacer frente a todas las necesidades, satisfacerlas todas; producir, no ya para dar beneficios, sea a quien fuere, sino para hacer que viva y se desarrolle la sociedad.

¡Basta de esas fórmulas ambiguas, como el "derecho al trabajo"; tengamos el valor de reconocer que el bienestar debe realizarse a toda costa! Cuando los trabajadores reclamaban en 1848 el "derecho al trabajo", organizábanse talleres nacionales o municipales y se enviaba a los hombres a fatigarse a esos talleres por dos pesetas diarias. Cuando pedían la organización del trabajo, respondíanles: "Paciencia, amigos; el gobierno va a ocuparse de eso, y ahí tenéis por hoy

dos pesetas. ¡Descansad, rudos trabajadores, que harto os habéis afanado toda la vida!" Y entre tanto, apuntábanse los cañones, convocábanse hasta las últimas reservas del ejército, desorganizábanse los mismos trabajadores por mil medios que conocen al dedillo los burgueses. Y cuando menos lo pensaban, dijéronles; "¡O váis a colonizar el Africa, u os ametrallamos!"

¿Muy diferente será el resultado si los trabajadores reivindicán el "derecho al bienestar"? Por eso mismo proclaman su derecho a apoderarse de toda la riqueza social; a tomar las casas e instalarse en ellas con arreglo a las necesidades de cada familia; a coger los víveres acumulados y consumirlos de suerte que conozcan la hartura tanto como conocen el hambre. Proclaman su derecho a todas las riquezas, y es menester que conozcan lo que son los grandes goces del arte y de la ciencia, harto tiempo acaparados por los burgueses.

Y cuando afirman su derecho al bienestar, declaran su derecho a decidir ellos mismos lo que ha de ser su bienestar, lo que es preciso para asegurarlo y lo que en lo sucesivo debe abandonarse como desprovisto de valor.

El "derecho al bienestar" es la posibilidad de vivir como seres humanos y de criar los hijos para hacerles miembros iguales de una sociedad superior a la nuestra, al paso que el "derecho al trabajo" es el derecho a continuar siempre siendo un esclavo asalariado, un hombre de labor, gobernado y explotado por los burgueses del mañana. El "derecho al bienestar" es la revolución social; el "derecho al trabajo" es, a lo sumo, un presidio industrial.

### *El Comunismo Anarquista*

Toda sociedad que rompa con la propiedad privada se verá en el caso de organizarse en comunismo anarquista.

Hubo un tiempo en que una familia de aldeanos podía considerar el trigo que hacía crecer y las vestiduras de lana tejidas en la choza como productos de su propio trabajo. Aun entonces, esta manera de ver no era enteramente

correcta. Había caminos y puentes hechos en común, pantanos desecados por un trabajo colectivo y pastos comunes cercados por setos que todos costeaban. Una mejora en las artes de tejer o en el modo de tintar los tejidos aprovechaba a todos en aquella época, una familia de labradores no podía vivir sino a condición de hallar apoyo en la ciudad, en el municipio.

Pero hoy, con el actual estado de la industria, en que todo se entrelaza y se sostiene, en que cada rama de la producción se vale de todas las demás, es absolutamente insostenible la pretensión de dar un origen individualista a los productos. Si las industrias textiles o la metalurgia han alcanzado pasmosa perfección en los países civilizados, lo deben al simultáneo desarrollo de otras industrias; lo deben a la extensión de la red de ferrocarriles, a la navegación trasatlántica, a la destreza de millones de trabajadores, a cierto grado de cultura general de toda la clase obrera; en fin, a trabajos ejecutados de un extremo a otro del mundo.

Los italianos que morían del cólera cavando el canal de Suez, o de anemia en el túnel de San Gotardo, y los americanos segados en la guerra abolicionista de la esclavitud, han contribuido al desarrollo de la industria algodonera en Francia y en Inglaterra no menos que las jóvenes que se vuelven cloróticas en las manufacturas de Manchester, o de Ruán o el ingeniero autor de alguna mejora en la maquinaria de tejer.

Colocándonos en este punto de vista general y sintético de la producción, no podemos admitir con los colectivistas que una remuneración proporcional a las horas de trabajo suministradas por cada uno en la producción de las riquezas pueda ser un ideal, ni siquiera un paso adelante hacia ese ideal. Sin discutir aquí si realmente el vavor de cambio de las mercancías se mide en la sociedad actual por la cantidad de trabajo necesario para producir las (según lo han afirmado Smith y Ricardo, cuya tradición ha seguido Marx), bástenos decir que el ideal colectivista nos parecería irrealizable en

una sociedad que considerase los instrumentos de producción como un patrimonio común. Basada en este principio, veríase obligada a abandonar en el acto cualquier forma de salario.

Estamos persuadidos de que el individualismo mitigado del sistema colectivista no podría existir junto con el comunismo parcial de la posesión por todos del suelo y de los instrumentos de trabajo. Una nueva forma de posesión requiere una nueva forma de retribución. Una forma nueva de producción no podría mantener la antigua forma de consumo, como no podría amoldarse a las formas antiguas de organización política.

El salario ha nacido de la apropiación personal del suelo y de los instrumentos para la producción por alguno.

Era la condición necesaria para el desarrollo de la producción capitalista; morirá con ella, aunque se trate de disfrazarla bajo la forma de "bonos de trabajo". La posesión común de los instrumentos de trabajo traerá consigo necesariamente el goce en común de los frutos de la labor común.

Sostenemos, no sólo que es deseable el comunismo, sino que hasta las actuales sociedades, fundadas en el individualismo, *se ven obligadas de continuo a caminar hacia el comunismo.*

El desarrollo del individualismo durante los tres últimos siglos se explica, sobre todo, por los esfuerzos del hombre, que quiso precaverse contra los poderes del capital y del Estado. Creyó por un momento —y así lo han predicado los que formulaban su pensamiento por él que podía libertarse por completo del Estado y de la sociedad. "Mediante el dinero —decía—, puedo comprar todo lo que necesite". Pero el individuo ha tomado mal camino, y la historia moderna le conduce a confesar que sin el concurso de todos no puede nada, aunque tuviese atestadas de oro las arcas.

Junto a esa corriente individualista vemos en toda la historia moderna, por una parte, la tendencia a conservar todo lo que queda del comunismo parcial de la antigüedad, y por otra, a res-

establecer el principio comunista en las mil y mil manifestaciones de la vida.

En cuanto los municipios de los siglos X, XI y XII consiguieron emanciparse del señor laico o religioso, dieron inmediatamente gran extensión al trabajo en común, al consumo en común. La ciudad era la que fletaba buques y despachaba caravanas para el comercio lejano, cuyos beneficios eran para todos y no para los individuos; también compraba las provisiones para sus habitantes. Las huellas de esas instituciones se han mantenido hasta el siglo XIX, y los pueblos conservan religiosamente el recuerdo de ellas en sus leyendas.

Todo eso ha desaparecido. Pero el municipio rural aun lucha por mantener los últimos vestigios de ese comunismo, y lo consigue mientras no eche el Estado su abrumadora espada en la balanza.

Al mismo tiempo surgen, bajo mil diversos aspectos, nuevas organizaciones basadas en el mismo principio de *cada uno según sus necesidades*, porque sin cierta dosis de comunismo no podrían vivir las sociedades actuales.

El puente cuyo paso pagaban en otro tiempo los transeúntes se ha hecho de uso común. El camino que antiguamente se pagaba a tanto la legua ya no existe mas que en Oriente. Los museos, las bibliotecas libres, las escuelas gratuitas, las comidas comunes para los niños, los parques y jardines abiertos para todos, las calles empedradas y alumbradas, libres para todo el mundo, el agua enviada a domicilio y con tendencia general a no tener en cuenta la cantidad consumida, he aquí otras tantas instituciones fundadas en el principio de "tomad lo que necesitéis".

Los tranvías y ferrocarriles introducen ya el billete de abono mensual o anual, sin tener en cuenta el número de viajes, y recientemente toda una nación, Hungría, ha introducido en su red de ferrocarriles el billetes de zonas, que permite recorrer quinientos o mil kilómetros por el mismo precio. Tras de esto no falta mucho para el precio

uniforme, como ocurre en el servicio postal. En todas estas innovaciones, y otras mil, hay la tendencia a no medir el consumo. Hay quien quiere recorrer mil leguas, y otro solamente quinientas. Esas son necesidades personales, y no hay razón alguna para hacer pagar a uno doble que a otro sólo porque sea dos veces más intensa su necesidad.

Hay también la tendencia a poner las necesidades del individuo por encima de la valuación de los servicios que haya prestado o que preste algún día a la sociedad. Llégase a considerar la sociedad como un todo, cada una de cuyas partes está tan íntimamente ligada con las demás, que el servicio prestado a tal o cual individuo es un servicio prestado a todos.

Cuando váis a una biblioteca pública —por ejemplo, la de Londres o Berlín—, el bibliotecario no os pregunta qué servicios habéis prestado a la sociedad para daros el libro o los cincuenta libros que le pidáis, y en caso necesario, os ayuda a buscarlos en el catálogo. Mediante un derecho de entrada uniforme, la sociedad científica abre sus museos, jardines, bibliotecas, laboratorios, y da fiestas anuales a cada uno de sus miembros, ya sea un Darwin o un simple aficionado.

En San Petersburgo, si perseguís un invento, váis a un taller especial, donde os dan sitio, un banco de carpintero, un torno de mecánico, todas las herramientas necesarias, todos los instrumentos de precisión, con tal que sepáis manejarlos, y se os deja trabajar todo lo que gustéis. Ahí están las herramientas; interesad amigos por vuestra idea, asociaos a otros amigos de diversos oficios si no preferís trabajar solos; inventad la máquina o no inventéis nada, eso es cosa vuestra. Una idea os conduce, y eso basta.

Los marinos de una falúa de salvamento no preguntan sus títulos a los marineros de un buque naufrago; lanzan su embarcación, arriesgando su vida entre las olas furibundas, y algunas veces mueren por salvar a unos hombres a quienes no conocen siquiera. ¿Y para qué necesitan conocerlos?

"Les hacen falta nuestros servicios, son seres humanos: eso basta, su derecho queda sentado. ¡Salvémoslos!" Que mañana una de nuestras grandes ciudades, tan egoístas en tiempos corrientes, sea visitada por una calamidad cualquiera —por ejemplo, un sitio—, y esa misma ciudad decidirá que las primeras necesidades que se han de satisfacer, son las de los niños y los viejos, sin informarse de los servicios que hayan prestado o presten a la sociedad; es preciso ante todo mantenerlos, cuidar a los combatientes independientemente de la valentía o de la inteligencia demostradas por cada uno de ellos, y hombres y mujeres a millares rivalizarán en abnegación por cuidar a los heridos.

Existe la tendencia. Se acentúa en cuando quedan satisfechas las más imperiosas necesidades de cada uno, a medida que aumenta la fuerza productora de la humanidad; acentúase aun más cada vez que una gran idea ocupa el puesto de las mezquinas preocupaciones de nuestra vida cotidiana.

El día en que se devolviesen a todos los instrumentos de producción, en que las tareas fuesen comunes y el trabajo —ocupando el sitio de honor en la sociedad— prodújese mucho más de lo necesario para todos, ¿cómo dudar de que esta tendencia ensancharía su esfera de acción hasta llegar a ser el principio mismo de la vida social?

Por esos indicios somos de parecer que, cuando la revolución haya quebrantado la fuerza que mantiene el sistema actual, nuestra primera obligación será realizar inmediatamente el comunismo.

Pero nuestro comunismo no es el de los falansterianos ni el de los teóricos autoritarios alemanes, sino el comunismo anarquista, el comunismo sin gobierno. el de los hombres libres. Esta es la síntesis de los fines perseguidos por la humanidad a través de las edades: la libertad política.

### *La Anarquía como Ideal*

Tomando la *anarquía* como ideal de la organización política. no hacemos mas que formular también otra pro-

nunciada tendencia de la humanidad, cada vez que lo permitía el curso del desarrollo de las sociedades europeas, sacudían éstas el yugo de la autoridad, esbozaban un sistema fundado en los principios de la libertad individual. Y vemos en la historia que los períodos durante los cuales fueron derribados los gobiernos a consecuencia de rebeliones parciales o generales han sido épocas de repentino progreso en el terreno económico e intelectual.

Ya es la independencia de los municipios, cuyos monumentos —fruto del trabajo libre de asociaciones libres— no han sido superados desde entonces: ya es el levantamiento de los campesinos, que hizo la Reforma y puso en peligro al papado; ya la sociedad —libre los primeros tiempos— fundada al otro lado del Atlántico por los descontentos que huyeron de la vieja Europa.

Y si observamos el desarrollo presente de las naciones civilizadas, vemos un movimiento cada vez más acentuado en pro de limitar la esfera de acción del gobierno y dejar cada vez mayor libertad al individuo. Esta es la evolución actual, aunque dificultada por el fárrago de instituciones y preocupaciones heredadas de lo pasado. Lo mismo que todas las evoluciones, no espera mas que la revolución para barrer las vetustas ruinas que le sirven de obstáculo, tomando libre vuelo en la sociedad regenerada.

Después de haber intentado largo tiempo resolver el insoluble problema de inventar un gobierno que "obligue al individuo a la obediencia, sin cesar de obedecer aquél también a la sociedad", la humanidad intenta libertarse de toda especie de gobierno y satisfacer sus necesidades de organización mediante el libre acuerdo entre individuos y grupos que persigan los mismos fines. La independencia de cada mínima unidad territorial es ya una necesidad apremiante; el común acuerdo reemplaza a la ley, y pasando por encima de fronteras. regula los intereses particulares con la mira puesta en un fin general.

Todo lo que en otro tiempo se tuvo como función del gobierno se le dispu-



ta hoy, acomodándose más fácilmente y mejor sin su intervención. Estudiando los progresos hechos en este sentido, nos vemos llevados a afirmar que la humanidad tiende a reducir a cero la acción de los gobiernos, esto es, a abolir el Estado, esa personificación de la injusticia, de la opresión y del monopolio.

Ciertamente que la idea de una sociedad sin Estado provocará por lo menos tantas objeciones como la economía política de una Sociedad sin capital privado. Todos hemos sido amantados con prejuicios acerca de las funciones providenciales del Estado. Toda nuestra educación, desde la enseñanza de las tradiciones romanas hasta el Código de Bizancio, que se estudia con el nombre de Derecho Romano, y las diversas ciencias profesoras en las universidades, nos habitan a creer en el gobierno y en las virtudes del Estado Providencia.

Para mantener este prejuicio se han inventado y enseñado sistemas filosóficos. Con el mismo fin se han dictado leyes. Toda la política se funda en ese principio, y cada político, cualquiera que sea su matiz, dice siempre al pueblo: "¡ Dadme el Poder; quiero y puedo libraros de las miserias que pesan sobre tí!"

Abrid cualquier libro de sociología, de jurisprudencia, y encontraréis en él siempre al gobierno, con su organización y sus actos, ocupando tan gran lugar, que nos acostumbramos a creer que fuera del gobierno y de los hombres de Estado ya no hay nada.

La prensa repite en todos los tonos la misma cantinela. Columnas enteras se consagran a las discusiones parlamentarias, a las intrigas de los políticos; apenas si se advierte la inmensa vida cotidiana de una nación en algunas líneas que tratan de un asunto económico, a propósito de una ley, o en la sección de noticias o en la de sucesos del día. Y cuando leéis esos periódicos, lo que menos pensáis es en el incalculable número de seres humanos que nacen y mueren, trabajan y consumen, conocen los dolores, piensan y crean, más allá de esos persona-

jes de estorbo, a quienes se glorifica, hasta el punto de que sus sombras, agrandadas por la ignorancia, cubran y oculten la humanidad.

Y sin embargo, en cuanto se pasa del papel impreso a la vida misma, en cuanto se echa una ojeada a la sociedad, salta a la vista la parte infinitesimal que en ella representa el gobierno. Balzac había hecho notar ya cuántos millones de campesinos permanecen su vida entera sin conocer nada del Estado, excepto los pesados impuestos que están obligados a pagarle. Diariamente se hacen millones de tratos sin que intervenga el gobierno, y los más grandes de ellos —los del comercio y la Bolsa— se hacen de modo que ni siquiera se podría invocar al gobierno si una de las partes contratantes tuviese la intención de no cumplir sus compromisos. Hablad con un hombre que conozca el comercio, y os dirá que los cambios operados todos los días entre comerciantes serían de absoluta imposibilidad si no tuvieran por base la confianza mutua. La costumbre de cumplir su palabra, el deseo de no perder el crédito, bastan ampliamente para sostener esa honradez comercial. El mismo que sin el menor remordimiento envenena a sus parroquianos con infectas drogas cubiertas de etiquetas pomposas, tiene como empeño de honor el cumplir sus compromisos. Pues bien; si esa moralidad relativa ha podido desarrollarse hasta en las condiciones actuales, cuando el enriquecimiento es el único móvil y el único objetivo, ¿podemos dudar que no progrese rápidamente, en cuanto ya no sea la base fundamental de la sociedad la apropiación de los frutos de la labor ajena?

Hay otro rasgo característico de nuestra generación que aun habla mejor en pro de nuestras ideas, y es el continuo crecimiento del campo de las empresas debidas a la iniciativa privada y el prodigioso desarrollo de todo género de agrupaciones libres. Estos hechos son innumerables, y tan habituales, que forman la esencia de la segunda mitad de este siglo, aun cuando los escritores del socialismo y de polí-

tica los ignoran, prefiriendo hablarnos siempre de las funciones del gobierno. Estas organizaciones, libres y variadas hasta lo infinito, son un producto tan natural, crecen con tanta rapidez y se agrupan con tanta facilidad, son un resultado tan necesario del continuo crecimiento de las necesidades del hombre civilizado y reemplazan con tantas ventajas a la ingerencia gubernamental, que debemos reconocer en ellas un factor cada vez más importante en la vida de las sociedades.

Si no se extienden aun al conjunto de las manifestaciones de la vida, es porque encuentran un obstáculo insuperable en la miseria del trabajador, en las castas de la sociedad actual, en la apropiación privada del capital colectivo, en el Estado. Abolid esos obstáculos, y las veréis cubrir el inmenso dominio de la actividad de los hombres civilizados.

La historia de los cincuenta años últimos es una viva prueba de la impotencia del gobierno representativo para desempeñar las funciones con que se le ha querido revestir.

Algún día se citará el siglo XIX como la fecha del aborto del parlamentarismo.

Esta impotencia es tan evidente para todos, son tan palpables las faltas del parlamentarismo y los vicios fundamentales del principio representativo, que los pocos pensadores que han hecho su crítica (J. Stuart Mill, Laverdais) no han tenido más que traducir el descontento popular. Es absurdo nombrar algunos hombres y decirles: "Hacemos leyes acerca de todas las manifestaciones de nuestra vida, aunque cada uno de vosotros las ignore". Empiézase a comprender que el gobierno de las mayorías parlamentarias significa el abandono de todos los asuntos del país a los que forman las mayorías en la Cámara y en los comicios, a los que no tienen opinión.

La unión postal internacional, las uniones ferrocarrileras, las sociedades sabias, dan el ejemplo de soluciones hallas por el libre acuerdo, en vez de por la ley.

Cuando grupos diseminados por el

mundo quieren llegar a organizarse para un fin cualquiera, no nombran un Parlamento Internacional de Diputados *para todo* y a quienes se les diga: "Votadnos leyes; las obedeceremos". Cuando no se pueden entender directamente o por correspondencia, envían delegados que conozcan la cuestión especial que va a tratarse, y les dicen: "Procurad poneros de acuerdo acerca de tal asunto, y volved luego, no con una ley en el bolsillo, sino con una proposición de acuerdo, que aceptaremos o no aceptaremos".

Así es como obran las grandes compañías industriales, las sociedades científicas, las asociaciones de todas clases que hay en gran número en Europa y en los Estados Unidos. Y así deberá obrar la sociedad libertada. Para realizar la expropiación, le será absolutamente imposible organizarse bajo el principio de la representación parlamentaria. Una sociedad fundada en la servidumbre podía conformarse con la monarquía absoluta; una sociedad basada en el salario y en la explotación de las masas por los detentadores del capital se acomoda con el parlamentarismo. Pero una sociedad libre que vuelva a entrar en posesión de la herencia común tendrá que buscar en el libre agrupamiento y en la libre federación de los grupos una organización nueva que convenga a la nueva fase económica de la historia.

### *La Expropiación*

Cuéntase que, en 1848, al verse amenazado Rotschild en su fortuna por la revolución, inventó la siguiente farsa: "Admitimos que mi fortuna se haya adquirido a costa de los demás. Dividida entre tantos millones de europeos, tocarían dos pesetas a cada persona. Pues bien; me comprometo a restituir a cada cual sus dos pesetas si me las pide".

Dicho esto, y debidamente publicado, nuestro millonario se paseaba tranquilo por las calles de Francfort. Tres o cuatro transeúntes le pidieron sus dos pesetas, se las entregó con sardónica sonrisa, y quedó hecha la ju-

garreta. La familia del millonario aun está en posesión de sus tesoros.

Poco más o menos así razonan las cabezas sólidas de la burguesía cuando nos dicen: "¡ Ah, la expropiación! Comprendido. Quitan ustedes a todos los gabanes, los ponen en un montón, y cada cual se acerca a coger uno, salvo el zurrarse la badana por quién coge el mejor".

Es un chiste de mal gusto. Lo que necesitamos no es poner en un montón los gabanes para distribuirlos después, y eso que los que tiritan de frío aun encontrarían en ello alguna ventaja. Tampoco tenemos que repartirnos las dos pesetas de Rothchild. Lo que necesitamos es organizarnos de tal suerte, que cada ser humano, al venir al mundo, pudiera estar seguro de aprender un trabajo productivo y adquirir la costumbre de él en primer término, y después poder ocuparse de ese trabajo sin pedir permiso al propietario y al patrono y sin pagar a los acaparadores de la tierra y de las máquinas la parte del león sobre todo lo que produzca.

El día en que el trabajador del campo pueda labrar la tierra sin pagar la mitad de lo que produce; el día en que las máquinas necesarias para preparar el suelo para las grandes cosechas estén profusamente a la libre disposición de los cultivadores; el día en que el obrero del taller produzca para la comunidad y no para el monopolio, los trabajadores no irán ya harapientos y no habrá ya más Rothschilds ni otros explotadores.

Nadie tendrá ya necesidad de vender su fuerza de trabajo por un salario que sólo representa una parte del total de lo que produce.

"Sea —nos dirán—. Pero de fuera os vendrán los Rothchilds. ¿Podréis impedir que un individuo que haya acumulado millones en China vaya a establecerse entre vosotros, que se rodee de servidores y trabajadores asalariados, que los explote y se enriquezca a costa de ellos? No podéis hacer la revolución en toda la tierra a la vez. Váis a establecer aduanas en vuestras fronteras para registrar a quienes lle-

guen y apoderarse del oro que traigan?"

¡ Tendría que ver: gendarmes anarquistas disparando contra los pasajeros!

Pues bien; en el fondo de este razonamiento hay un burdo error y es que nadie se ha preguntado nunca de dónde provienen las fortunas de los ricos. Un poco de reflexión bastaría para demostrar que el origen de esas fortunas está en la miseria de los pobres. Donde no haya miserables, no habrá ya ricos para explotarlos.

Fijáos un poco en la Edad Media, en la que comienzan a surgir grandes fortunas. Un barón feudal se ha apoderado de un fértil valle. Pero mientras esa campiña no se pueble, nuestro barón no puede llamarse rico. ¿Qué va a hacer nuestro barón para enriquecerse? ¡ Buscar colonos!

Sin embargo, si cada agricultor tuviese un pedazo de tierra libre de cargas y además las herramientas y el ganado suficiente para la labor, ¿quién iría a roturar las tierras del barón? Cada cual se quedaría en las suyas. Pero hay poblaciones enteras de miserables. Unos han sido arruinados por las guerras, otros por las sequías, por la peste; no tienen bestias ni aperos. (El hierro era costoso en la Edad Media; más costosa todavía una bestia de labor).

Todos los miserables buscan mejores condiciones. Un día ven en el camino, en la linde de las tierras de nuestro barón, un poste indicando con ciertos signos comprensibles que el labrador que se instale en esas tierras recibirá con el suelo instrumentos y materiales para edificar una choza y sembrar su campo, sin que en cierto número de años tenga que pagar ningún canon. Ese número de años se indica con otras tantas cruces en el poste frontero, y el campesino comprende lo que significan esas cruces.

Entonces afluyen a las tierras del barón los miserables; trazan caminos, desecan los pantanos, levantan aldeas. A los nueve años, el barón les impondrá un arrendamiento, cinco años más tarde les cobrará tributos, que duplicará

después, y el labrador aceptará esas nuevas condiciones porque en otra parte no las encontrará mejores. Y poco a poco, con ayuda de la ley hecha por los letrados, la miseria del campesino se convierte en manantial de riqueza para el señor; y no sólo para el señor, sino para toda una nube de usureros que descarga sobre las aldeas, y que se multiplican tanto más cuanto mayor es el empobrecimiento del labriego.

Así pasaba en la Edad Media. ¿Y no sucede hoy lo mismo? Si hubiese tierras libres que el campesino pudiese cultivar a su antojo, ¿iría a pagar mil pesetas por hectárea al señor vizconde que se digna cederle una parcela? ¿Iría a pagar un arrendamiento oneroso, que le quita el tercio de lo que produce? ¿Iría a hacerse colono, para entregar la mitad de la cosecha al propietario?

Pero como nada tiene, acepta todas las condiciones con tal de poder vivir cultivando el suelo, y enriqueciendo al señor.

En pleno siglo XIX, como en la Edad Media, la pobreza del campesino es la riqueza para los propietarios de bienes raíces.

El propietario del suelo se enriquece con la miseria de los labradores. Lo mismo sucede con el industrial.

Ved un burgués que, de una manera u otra, se encuentra poseedor de un tesoro de quinientas mil pesetas. Ciertamente, puede gastarse ese dinero a razón de cincuenta mil pesetas al año, poquísimas cosas en el fondo, dado el lujo caprichoso e insensato que vemos en estos días. Pero entonces, al cabo de diez años no le quedará nada. Así, pues, como hombre "práctico", prefiere guardar intacta su fortuna y crearse además una bonita renta anual.

Eso es muy sencillo en nuestra sociedad, precisamente porque en nuestras ciudades y villorios hormiguean trabajadores que no tienen para vivir un mes, ni siquiera una quincena. Nuestro burgués funda una fábrica, los banqueros se apresuran a prestarle otras quinientas mil pesetas, sobre todo si tiene fama de ser hábil, y con su millón po-

drá hacer trabajar a quinientos obreros.

Si en los contornos no hubiese mas hombres y mujeres cuya existencia estuviera garantizada, ¿quién iría a trabajar para nuestro burgués? Nadie consentiría en fabricarle por un salario de dos o tres pesetas al día objetos comerciales por valor de cinco a diez pesetas.

Por desgracia, los barrios pobres de la ciudad y los pueblos próximos están llenos de gente cuyos hijos lloran delante de la despensa vacía. Por eso, no bien se abre la fábrica acuden corriendo los trabajadores embaucados. No hacen falta mas que cien y se presentan mil. Y en cuanto funciona la fábrica, el patrono se embolsa, limpio de polvo y paja, un millar de pesetas por cada par de brazos que trabajan para él.

Nuestro patrono se forma así una bonita renta. Si ha elegido una rama industrial lucrativa, y si es listo, agrandará poco a poco su fábrica y aumentará sus rentas, duplicando el número de los hombres a quienes explota.

Entonces llegará a ser un personaje en la comarca. Podrá pagar almuerzos a otros notables, a los consejales, al señor diputado. Podrá casar a sus hijos y obtener luego alguna concesión del Estado. Se le pedirán suministros para el ejército o para la provincia, y continuará redondeando su tesoro, hasta que una guerra, o el simple rumor de ella, o una jugada de Bolsa, le permita dar un gran golpe de mano.

Las nueve décimas partes de las colosales fortunas de los Estados Unidos —así lo ha relatado Henry George en sus *Problemas Sociales*— débense a una gran bribonada hecha con la complicidad del Estado. En Europa, los nueve décimos de las fortunas, en nuestras monarquías y nuestras repúblicas, tienen el mismo origen.

Toda la ciencia de adquirir riquezas está en eso: encontrar cierto número de hambrientos, pagarles tres pesetas y hacerles producir diez; amontonar así una fortuna y acrecentarla en seguida por algún gran golpe de mano con ayuda del Estado.

No merece hablarse de las modestas fortunas atribuidas por los economistas al ahorro, pues el ahorro, por sí solo, no produce nada en tanto que los cuartos *ahorrados* no se emplean en explotar a los hambrientos.

Supongamos un zapatero a quien se le retribuya bien su trabajo, que tenga buena parroquia y que, a fuerza de privaciones, llegue a ahorrar cerca de dos pesetas diarias, ¡cincuenta pesetas al mes!

Supongamos que nuestro zapatero no esté enfermo nunca; que coma bien, a pesar de su afán por el ahorro; que no se case o que no tenga hijos; que no se muera de tisis; ¡admitamos cuanto queráis!

Pues bien; a la edad de cincuenta años no habrá guardado ni quince mil pesetas, y no tendrá de qué vivir durante su vejez, cuando sea incapaz de trabajar. Ciertamente, no es así como se reúnen las fortunas.

Supongamos otro zapatero. En cuanto tenga guardados unos cuartos, los llevará con cuidado a la Caja de Ahorros, y ésta se los prestará al burgués que trata de montar una explotación de hombres descalzos. Luego tomará un aprendiz, el hijo de un miserable, que se tendrá por feliz si al cabo de cinco años aprende el oficio y consigue ganarse la vida.

El aprendiz le "producirá" a nuestro zapatero, y si éste tiene clientela, se apresurará a tomar otro, y más adelante un tercer aprendiz. Luego tendrá dos o tres oficiales, felices si cobran tres pesetas diarias por un trabajo que vale seis. Y si nuestro zapatero "tiene suerte", es decir, si es bastante listo, sus oficiales y aprendices le producirán una veintena de pesetas además de su propio trabajo. Podrá ensanchar su negocio, se enriquecerá poco a poco, y no tendrá necesidad de privarse de lo estrictamente necesario. Dejará a su hijo una fortunita.

He aquí lo que llaman "hacer ahorros, tener hábitos de sobriedad". En el fondo, es lisa y llanamente explotar a los necesitados.

El comercio parece una excepción de

la regla. "Fulano —se nos dirá— compra té en la China, lo importa en Francia, y realiza un beneficio del 30 por 100 de su dinero. No ha explotado a nadie".

Y sin embargo, el caso es análogo. ¡Si nuestro hombre hubiese traído el té sobre sus espaldas, santo y muy bueno! Antaño, en los orígenes de la Edad Media, de esa manera precisamente se hacía el comercio. Por eso no se lograban jamás las pasmosas fortunas de nuestros días; apenas si el mercader de entonces podía guardar algunas monedas después de un viaje lleno de penalidades y peligros. Impulsábalé a dedicarse al comercio menos el afán de lucro que la afición a los viajes y aventuras.

Hoy el método es más sencillo. El comerciante que tiene capital no necesita moverse del escritorio para enriquecerse. Telegrafía a un comisionista la orden de comprar cien toneladas de té; fleta un buque, y a las pocas semanas tiene en su poder el cargamento. Ni siquiera corren el riesgo de la travesía, porque están asegurados su té y su buque. Y si ha gastado cien mil pesetas, recogerá ciento treinta mil, a menos que haya querido especular con alguna mercancía nueva, en cuyo caso se arriesga a duplicar su fortuna o a perderla por completo.

Pero ¿cómo ha podido encontrar hombres que se hayan resuelto a hacer la travesía, ir a China y volver, trabajar de firme, soportar fatigas y arriesgar su vida por un salario ruín? ¿Cómo ha podido encontrar en los *docks* cargadores y descargadores, a quienes pagaba lo preciso nada más para no dejarlos morir de hambre mientras trabajaban? ¿Cómo? ¡Porque están en la miseria! Id a un puerto de mar, visitad los cafetuchos de los muelles, observad a esos hombres que van a dejarse embucar pegándose a las puertas de los *docks*, que asaltan desde el alba, para ser admitidos a trabajar en los buques. Ved esos marineros contentos de enrolarse para un viaje lejano, después de semanas y meses de espera; toda su vida la han pasado de buque en buque, y subirán aun a otros;



hasta que algún día perezcan entre las olas.

Multiplicad los ejemplos, elegidos donde os parezca, medidad sobre el origen de todas las fortunas grandes o pequeñas, procedan del comercio, de la banca, de la industria o del suelo. En todas partes comprobaréis que la riqueza de unos está formada por la miseria de otros.

Una sociedad anarquista no tendría que temer al Rothschild desconocido que fuera a establecerse de pronto en su seno. Si cada miembro de la comunidad sabe que después de algunas horas de trabajo productivo tendrá derecho a todos los placeres que proporciona la civilización, y a los profundos goces que la ciencia y el arte dan a quienes lo cultivan, no irá a vender su fuerza de trabajo por una mezquina pitanza; nadie se ofrecerá para enriquecer al susodicho Rothschild. Sus monedas de dos pesetas serán rodajas metálicas, útiles para diversos usos, pero incapaces de producir crías.

La expropiación debe comprender todo cuanto permita apropiarse del trabajo ajeno. La fórmula es sencilla y fácil de comprender.

No queremos despojar a nadie de su gabán, sino que deseamos devolver a los trabajadores *todo* lo que permite explotarlos, no importa a quién. Y haremos todos los esfuerzos para que, no faltándole a nadie nada, no haya ni *un solo hombre* que se vea *obligado* a vender sus brazos para existir él y sus hijos.

He aquí cómo entendemos la expropiación y nuestro deber durante la revolución, cuya llegada esperamos no para de aquí a doscientos años, sino en un porvenir *próximo*.

La idea anarquista en general y la de la expropiación en particular encuentran muchas más simpatías de lo que se piensa entre los hombres independientes de carácter y aquellos para quienes la ociosidad no es el ideal supremo. "Sin embargo —nos dicen con frecuencia nuestros amigos—, ¡guardaos de ir demasiado lejos! ¡Puesto que la humanidad no se modifica en un día, no vayáis demasiado de prisa

en vuestros proyectos de expropiación y de anarquía! arriesgaríais no hacer nada duradero".

Pues bien; lo que tenemos en materia de expropiación es no ir demasiado lejos. Por el contrario, tememos que la expropiación se haga en una escala demasiado pequeña para ser duradera; que el arranque revolucionario se detenga a la mitad del camino; que se gaste en medidas a medias que no podrían contentar a nadie, y que, produciendo un derrumbamiento formidable en la sociedad y una suspensión de sus funciones, no fuesen, sin embargo, viables, sembrando el descontento general y trayendo fatalmente el triunfo de la reacción.

En efecto, hay en nuestras sociedades relaciones establecidas que es materialmente imposible modificar si sólo en parte se toca a ellas. Los diversos rodajes de nuestra organización económica están engranados tan íntimamente entre sí, que no puede modificarse uno solo sin modificarlos en su conjunto; esto se advertirá en cuanto se quiera expropiar, sea lo que fuere.

Supongamos que en una región cualquiera se haga una expropiación, limitada, por ejemplo, a los grandes señores territoriales, sin tocar a las fábricas (como no ha mucho pidió Henry George); que en tal o cual ciudad se expropien las fábricas, sin tocar a las grandes propiedades territoriales.

El resultado será siempre el mismo: trastorno inmenso de la vida económica, sin medios de reorganizarla sobre bases nuevas. Paralización de la industria y del tráfico, sin volver a los principios de la justicia; imposibilidad de que la sociedad reconstituya un todo armónico.

Si el agricultor se libera del gran propietario territorial sin que la industria se liberte del capitalista, el industrial del comerciante y del banquero, no habrá nada hecho. El cultivador sufre hoy, no sólo por tener que pagar la renta al propietario del suelo, sino por el conjunto de las condiciones actuales; sufre el impuesto que le cobra el industrial, quien le hace pagar tres pesetas por una azada que sólo vale la

cuarta parte en comparación con el trabajo del agricultor; contribuciones impuestas por el Estado, que no puede existir sin una formidable jerarquía de funcionarios; gastos de sostenimiento del ejército que mantiene el Estado, porque los industriales de todas las naciones están en perpetua lucha por los mercados, y cualquier día puede estallar la guerra a consecuencia de disputarse la explotación de tal o cual parte del Asia o del Africa. El agricultor sufre por la despoblación de los campos, cuya juventud se ve arrastrada hacia las manufacturas de las grandes ciudades, ya con el cebo de salarios más altos pagados temporalmente por productores de objetos de lujo, ya por los alicientes de una vida de más movimiento; sufre también por la protección artificial de la industria, la explotación comercial de los países limítrofes, la usura, la dificultad de mejorar el suelo y perfeccionar los aperos, etc.

Lo mismo sucede con la industria. Entregad mañana las fábricas a los trabajadores, haced lo que se ha hecho con cierto número de campesinos, a quienes se les ha convertido en propietarios del suelo. Suprimid el patrono, pero dejad la tierra al señor, el dinero el banquero, la Bolsa al comerciante; conservad en la sociedad esa masa de ociosos que viven del trabajo del obrero, mantened los mil intermediarios, el Estado con su caterva de funcionarios, y la industria no marchará. No hallando compradores en la masa de los labriegos, que continúan pobres; no poseyendo las primeras materias y no pudiendo exportar sus productos, a causa en parte de la suspensión del comercio, y sobre todo, por efecto de la suspensión del comercio, y sobre todo, por el efecto de la centralización de las industrias, no podrá hacer más que vegetar, quedando abandonados los obreros en el arroyo.

Expropiad a los señores de la tierra y devolved las fábricas a los trabajadores, pero sin tocar a esa nube de intermediarios que especulan hoy con las harinas y los trigos, con la carne y todos los comestibles en los grandes

centros, al mismo tiempo que esparcen los productos de nuestras manufacturas. Pues bien, cuando se dificulte el tráfico y ya no circulen los productos, cuando falte pan en París y Lyon no encuentre compradores para sus sedas, la reacción será terrible, caminando sobre cadáveres, paseando las ametralladoras por ciudades y campos, celebrando orgías de ejecuciones y deportaciones, como hizo en 1815, en 1848 y en 1871.

Todo se enlaza en nuestras sociedades, y es imposible reformar algo sin que el conjunto se quebrante. El día en que se hiera a la propiedad privada en cualquiera de sus formas, habrá que herirla en todas las demás. El mismo triunfo de la Revolución lo impondrá.

Si una gran ciudad pone solamente mano en las casas o en las fábricas, la misma fuerza de las cosas la llevará a no reconocer a los banqueros derecho a cobrar del municipio cincuenta millones de impuesto bajo la forma de intereses por empréstitos anteriores. Se verá obligada a ponerse en relación con los cultivadores, y forzosamente los impelerá a libertarse de los poseedores del suelo. Para poder comer y producir, tendrá que expropiar los caminos de hierro. Por último, para evitar el derroche de los víveres y no quedar a merced de los acaparadores de trigo, como el Ayuntamiento de 1793, confiará a los mismos ciudadanos el cuidado de llenar sus almacenes de víveres y repartir los productos.

Sin embargo, algunos socialistas han tratado de establecer una distinción, diciendo: "Queremos que se expropien el suelo, el subsuelo, la fábrica, la manufactura; son instrumentos de producción, y justo es ver en ellos una propiedad pública; pero además de eso hay objetos de consumo, el alimento, el vestido, la habitación, que deben ser propiedad privada.

El lecho, la habitación, la casa, son lugares de vagancia para el que nada produce. Pero para el trabajador, una pieza caldeada y clara es tan instrumento de producción como la máquina o la herramienta. Es el sitio donde restaura sus músculos y nervios, que

se desgastarán mañana en el trabajo. El descanso del productor es necesario para que funcione la máquina.

Esto es aun más evidente para el alimento. Los pretendidos economistas de que hablamos nunca han dejado de decir que el carbón quemado por una máquina figura entre los objetos tan necesarios para la producción como las primeras materias. ¿Cómo puede excluirse de los objetos indispensables para el productor el alimento, sin el cual no podría hacer ningún esfuerzo la máquina humana? ¿Será tal vez un resto de metafísica religiosa?

La comida abundante y regalona del rico es un consumo de lujo. Pero la comida del productor es uno de los objetos necesarios para la producción, con el título que el carbón quemado por la máquina de vapor.

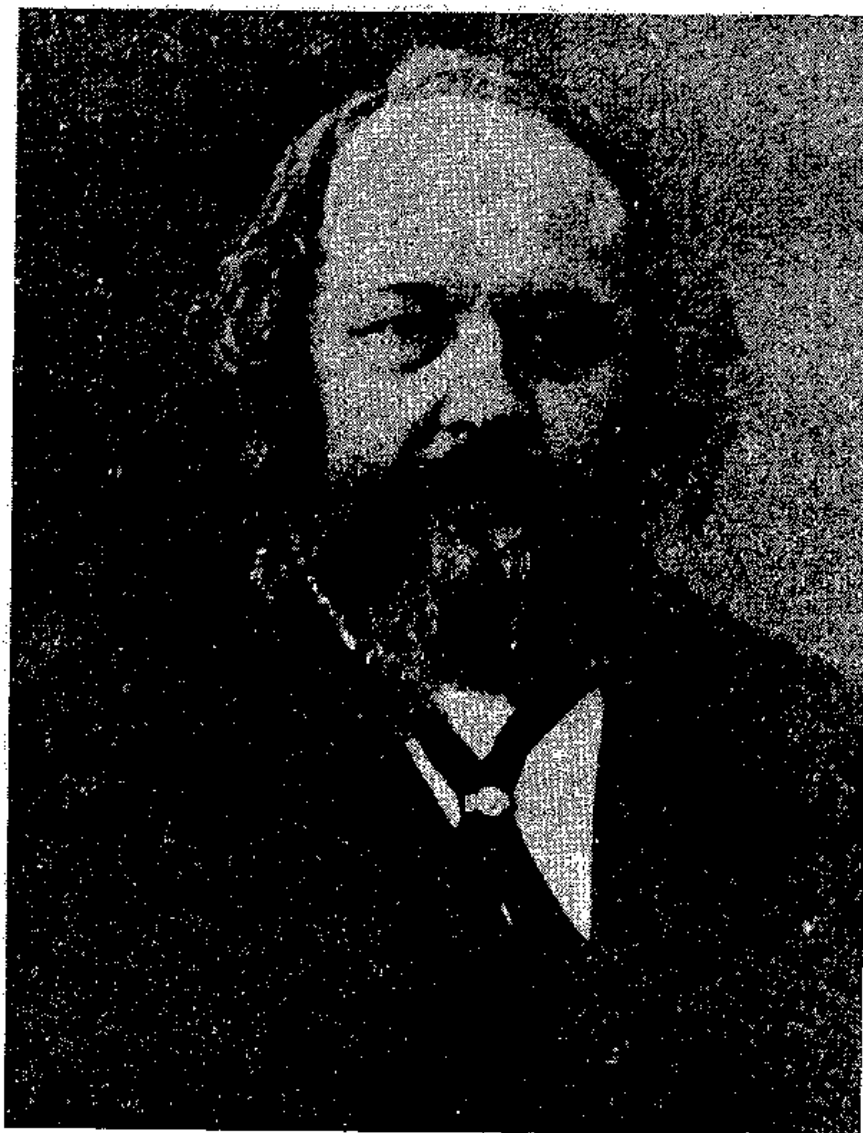
Lo mismo sucede con el vestido; porque si los economistas que distinguen entre los objetos de producción y los de consumo vistiesen a estilo de los salvajes de Nueva Guinea, comprenderíamos tales reservas, pero gentes que no podrían escribir una línea sin llevar camisa puesta, no están en su

lugar al hacer una distinción tan grande entre su camisa y su pluma. La blusa y los zapatos, sin los cuales no podría ir un obrero a su trabajo, la chaqueta que se pone al concluir la jornada y la gorra con que resguarda la cabeza, le son tan necesarios como el martillo y el yunque.

Quiérase o no se quiera, así entiende el pueblo la revolución. En cuanto haya barrido los gobiernos, tratará ante todo de asegurarse un alojamiento sano, una alimentación suficiente y el vestido necesario, sin pagar gabelas.

Y el pueblo tendrá razón. Su manera de obrar estará infinitamente más conforme con la *ciencia* que la de los economistas que hacen tantos distingos entre el instrumento de producción y los artículos de consumo. Comprenderá que precisamente por ahí debe comenzar la revolución, y echará los cimientos de la única ciencia económica que puede reclamar el título de ciencia, y que pudiera llamarse: *Estudio de las necesidades de la humanidad y medios económicos de satisfacerlas.*

— Fin del fragmento —



1814

MIGUEL BAKOUNINE

1876

## *Dios y el Estado*

(Fragmento)

Tres elementos o tres principios fundamentales constituyen las condiciones esenciales de todo desarrollo humano, colectivo o individual, en la historia: 1o., *la animalidad humana*; 2o., *el pensamiento*; y 3o., *la rebelión*. A la primera corresponde propiamente *la economía social y privada*; *la ciencia* al segundo, y *la libertad* a la tercera.

Los idealistas de todas las escuelas, aristócratas y burguesas, teólogos y metafísicos, políticos y moralistas, religiosos, filósofos y poetas, sin olvidar a los economistas liberales, adoradores desenfrenados, según se sabe, del ideal, consideráanse ofendidos cuando se les dice que el hombre, con su inteligencia magnífica, sus ideales subli-

mes y sus aspiraciones infinitas, como todo lo existente en el mundo, no es otra cosa que un producto de la *vil materia*.

Podríamos responderles que la materia de que hablan los materialistas, materia espontáneamente, eternamente móvil, activa, productiva, la materia química u orgánicamente determinada y puesta de manifiesto por las propiedades o las fuerzas mecánicas, físicas, animales e inteligentes, que le son forzosamente inherentes, que esta materia no tiene nada de común con la *vil materia* de los idealistas. Esta última, producto de su falsa abstracción, es efectivamente una cosa estúpida, inanimada, inmóvil, incapaz de dar nacimiento al menor producto, un *caput mortuum*, una fea imaginación opuesta a la imaginación *bella* que llaman Dios; frente a este ser supremo, la materia (su materia, la de ellos), despojada por ellos mismos de cuanto en ella constituye la naturaleza real, representa necesariamente al supremo caos. Arrebataron a la materia la inteligencia, la vida, todas las cualidades determinantes, las relaciones activas o las fuerzas, hasta el movimiento, sin el que la materia no sería aun pesada, no dejándole más que la impenetrabilidad y la inmovilidad absoluta en el espacio; atribuyeron todas estas fuerzas, propiedades y manifestaciones naturales, al ser imaginario creado por su abstractiva fantasía; luego, invirtiendo los papeles, a aquel producto de su imaginación, a aquel fantasma, a aquel Dios, que es el caos, llamáronle "Ser supremo"; y, por una consecuencia necesaria, declararon que el Ser real, la materia, el mundo, era el caos. Después de lo cual llegaron a decirnos gravemente que esta materia es incapaz de producir, hasta de ponerse en movimiento por sí misma, y que por consiguiente debió crearla su Dios.

¿Quién tiene razón, los idealistas o los materialistas? Establecida la cuestión, la duda se hace imposible. Con claridad se ve que los idealistas se equivocan y que los materialistas están en lo cierto. Sí, los hechos se anteponen a las ideas, sí, el ideal, como ha

dicho Proudhon, no es otra cosa que una flor, cuyas condiciones materiales de existencia constituyen la raíz. Sí, toda la historia intelectual y moral, política y social de la humanidad es un reflejo de su historia económica.

Todas las ramas de la ciencia moderna, de la verdadera y desinteresada ciencia, proclaman como una, esta gran verdad, fundamental y decisiva: El mundo social, el mundo propiamente humano, la humanidad; en una palabra, no es otra cosa que el desarrollo supremo, la manifestación más alta de la animalidad, al menos para nosotros y respecto a nuestro planeta. Mas como todo desarrollo implica necesariamente una negación, la de la base o del punto de partida, la humanidad es al mismo tiempo y esencialmente la negación premeditada y progresiva de la animalidad de los hombres; y esta negación, racional porque es natural, a la vez histórica y lógica, fatal como lo son los desarrollos y las realizaciones de todas las leyes naturales en el mundo, es precisamente la que constituye y crea el ideal, el mundo de las convicciones intelectuales y morales, las ideas.

Sí, nuestros primeros antecesores, nuestro Adán y nuestra Eva, fueron, si no gorilas, al menos primos casi carnales de los gorilas, omnívoros, animales inteligentes y feroces, dotados en un grado más que los otros animales de todas las restantes especies de dos facultades preciosas: *la facultad de pensar y la necesidad de rebelarse*.

Estas dos facultades, combinando su acción progresiva en la historia, representan al poder negativo en el desarrollo positivo de la animalidad humana, y crean, por consiguiente, todo lo que constituye la humanidad en los hombres.

La Biblia, que es un libro interesantísimo y en párrafos muy profundos, cuando es considerado como una de las más antiguas manifestaciones de la sabiduría y de la fantasía humanas, expresa esta verdad de una manera sencillísima en su mito del pecado original, Jehovah, que entre todos los buenos dioses adorados por los hombres fue ciertamente el más celoso, el



más vanidoso, el más, feroz, el más injusto, el más sanguinario, el más déspota y el más enemigo de la dignidad y de la libertad humanas, Jehovah concluía de dar vida a Adán y Eva, se ignora por qué capricho, quizás para procurarse nuevos esclavos. Generosamente puso a su disposición toda la tierra, con todos sus frutos y todos sus animales, no dando más que un límite a aquel goce completo. Les prohibió expresamente que tocaran a los frutos del árbol de la ciencia. Quería, pues, que el hombre, privado de toda conciencia de sí mismo, fuese siempre animal, que siempre caminase con cuatro patas ante el Dios "vivo", su creador y su amo.

Pero he aquí que aparece Satán, el eterno rebelde; el primer libre pensador y emancipador de los mundos. Y hace que el hombre se avergüence de su ignorancia y de su obediencia animales, y le emancipa; imprime sobre su frente el sello de la libertad y de la humanidad, induciéndole a desobedecer y a comer el fruto de la ciencia.

Se sabe lo restante. El buen Dios, cuya preciencia constituía una de las divinas facultades, debió preveer lo que ocurriría; y, sin embargo, fue presa de terrible y ridículo furor; maldijo a Satán, al hombre y al mundo por él mismo creados, golpeándose, por así decirlo, en su propia creación, como los niños cuando se encolerizan; y no contento con zurrar a nuestros antecesores del presente, los maldijo en todas las generaciones venideras, inocentes del crimen cometido por sus antecesores.

Nuestros teólogos católicos y protestantes hallaron aquello muy profundo y justísimo, precisamente porque es monstruosamente inicuo y absurdo. Luego, recordando que no era solamente un Dios vengativo, y colérico, sino también un Dios amoroso, después de atormentar la existencia de algunos millares de pobres seres humanos, y de haberles condenado a eterno fuego, tuvo piedad de los restantes, y, para salvarlos, para reconciliar su amor eterno y divino, siempre ávido de víctimas y de sangre, envió al mundo,

como una víctima expiatoria, a su hijo único, a fin de que los hombres le dieran muerte. He ahí a lo que se llama el misterio de la Redención, base de todas las religiones cristianas. ¡Y si, al menos, el divino Salvador hubiese salvado al mundo humano!... Pero no; en el paraíso prometido por el Cristo, habrá, todos los sabemos, pues hállese anunciado, muy pocos elegidos. El resto, la inmensa mayoría de las generaciones presentes y venideras, arderán eternamente en el infierno. Mientras tanto, para consolarnos, Dios, siempre justo, siempre bueno, entrega la tierra al gobierno de los Napoleón III, de los Guillermo I, de los Fernando de Austria y de los Alejandros de todas las Rusias.

Tales son los cuentos absurdos que se refieren y las monstruosas doctrinas que se enseñan en pleno siglo XIX en todas las escuelas populares de Europa, obedeciendo a las órdenes de los gobiernos. ¡Y llámese a eso civilizar pueblos! ¿No es evidente que todos los gobiernos son los envenenadores sistemáticos, los embrutecedores interesados de las masas populares?

He ahí los innobles y los criminales medios que emplean para que las naciones permanezcan en eterna esclavitud, sin duda a fin de poderlas esquilar con más comodidad. ¿Qué son los crímenes de todos los Tropmann del mundo comparados con ese crimen de lesa humanidad que se comete a diario, a la vista de todos, en toda la superficie del mundo civilizado, por los mismos que se atreven a llamarse tutores y padres de los pueblos?

Y, sin embargo, en el mito del pecado original Dios dió la razón a Satanás, reconoció que el diablo no había engañado a Adán y Eva prometiéndoles la ciencia y la libertad como recompensa del acto de desobediencia que les indujera a cometer; porque, en el momento en que comieron del fruto prohibido, Dios se dijo a sí mismo:

—“He aquí que el hombre se ha hecho un dios, pues conoce el bien y el mal: impidamos, pues, que coma el fruto de la vida eterna, a fin de que se torne inmortal como Nos”.

Prescindamos ahora del aspecto fabuloso de este mito y consideremos su verdadero sentido, muy claro, por otra parte.

El hombre se emancipó, se separó de la animalidad y se constituyó hombre; comenzó su historia y su desarrollo especialmente humano, con el acto de desobediencia y de ciencia, es decir, con la *rebelión* y con el *pensamiento*.

El sistema de los idealistas nos presenta completamente lo contrario. El desmoronamiento absoluto de todas estas humanas experiencias y de este buen sentido universal y común es la condición esencial de todo humano conocimiento, y, elevándose a partir de la verdad sencilla y tan antiguamente reconocida de que dos y dos son cuatro, hasta llegar a las consideraciones científicas más sublimes y complicadas, no admitiendo por otra parte nada severamente confirmado por la experiencia y la observación de las cosas y de los hechos, el mismo desmoronamiento constituye la única base seria de los humanos conocimientos.

Perfectamente concíbese el desarrollo sucesivo del mundo material, así como el de la vida orgánica, animal, y el de la inteligencia históricamente progresiva del hombre, individual o social. Es este un movimiento completamente natural de lo simple a lo compuesto, de lo bajo a lo alto o de lo inferior a lo superior; un movimiento conforme a todas nuestras diarias experiencias, y por consiguiente conforme también con nuestra lógica natural, en las leyes propias de nuestro espíritu que no formándose nunca y no pudiendo desarrollarse sino con ayuda de las mismas experiencias, no es por así decirlo otra cosa que la reproducción mental, cerebral o el resumen premeditado.

Muy lejos de seguir la vía natural de lo bajo a lo alto, de lo inferior a lo superior, y de lo relativamente sencillo a lo más complicado; en vez de acompañar prudentemente, racionalmente, el movimiento progresivo y real del mundo llamado inorgánico al mundo orgánico, vegetal, animal, luego especialmente humano; de la materia o del

ser químico a la materia o el ser vivo, y del ser vivo al ser pensador, los idealistas, obsesionados, ciegos e impedidos por el divino fantasma que heredaron de la teología, toman la senda absolutamente contraria. Van de lo alto a lo bajo, de lo superior a lo inferior, de lo complicado a lo sencillo. Comienzan por Dios, ya como persona, ya como substancia o idea divina, y el primer paso que dan es una terrible caída de las sublimes alturas del eterno ideal al fango del mundo material: de la perfección absoluta a la absoluta imperfección, del pensamiento al ser, del Ser Supremo al vacío, mejor dicho.

¿Cuándo, cómo y por qué el ser divino eterno, infinito, el perfecto absoluto, probablemente cansado de sí mismo se decidió a dar el salto mortal desesperado?

He aquí lo que ningún idealista, ni teólogo, ni metafísico, ni poeta, supo nunca ni comprender ni explicar a los profanos.

Todas las religiones pasadas y presentes giran sobre ese único e inicuo misterio. Santos varones, legisladores, inspirados, profetas y mesías, buscando en él la vida, se encontraron con el suplicio y con la muerte. Semejante a la antigua serpiente, los devoró porque no le supieron comprender. Grandes filósofos, desde Heráclito y Platón, hasta Descartes, Espinoza, Leibnitz, Kant, Fichte, Schelling y Hegel, sin hablar de los filósofos indios, escribieron montones de volúmenes y crearon sistemas tan ingeniosos como sublimes, en los que de paso se dicen muchas y muy grandes cosas, y descubierto verdades inmortales; pero dejaron ese misterio, objeto principal de sus investigaciones trascendentales, tan insondables como le hallaron.

Los gigantescos esfuerzos de los más admirables genios, quienes, uno tras otro, durante siglos al menos, emprendieron ese trabajo de Sísifo, lo único que consiguieron fue tornar el misterio más incomprensible. ¿Podemos esperar que nos será revelado por las especulaciones rutinarias de cualquier pedante discípulo de una metafísica artificialmente caldeada, en la época

en que todos los espíritus vivos y serios se han apartado de esa ciencia equívoca, resultado de una transacción entre la sin razón de la fe y la sana razón científica?

Es evidente que tan terrible misterio es inexplicable, es decir, que es absurdo, porque lo absurdo es lo único que no se puede explicar. Es evidente que todo el que necesite esa explicación para ser feliz, para poder vivir, debe de renunciar a su razón, y volver, si le es posible, a la fe sencilla, ciega, estúpida, repitiendo con Tertuliano y con todos los creyentes sinceros estas palabras, que resumen la quinta esencia de la teología:

### *Credo Quia Absurdum*

Toda discusión acabada entonces, y solamente queda la estupidez triunfante de la fe.

Pero en seguida surge otra cuestión.

*¿Cómo puede nacer en un hombre inteligente e instruido la necesidad de creer en el misterio? -*

Nada tan natural como la conservación en el pueblo, y en las poblaciones rurales mucho más que entre el proletariado de la ciudad, de la creencia en Dios creador, ordenador, juez, maestro, maldicidor, salvador y bienhechor del mundo. Por desgracia, el pueblo aun demasiado ignorante y hállase mantenido en su ignorancia por los esfuerzos sistemáticos de todos los gobiernos, que la consideran, no sin mucha razón, como una de las condiciones esenciales de su propio poder. Rendido por su trabajo cotidiano, privado de descanso, de comercio intelectual, de lectura, de casi todos los medios, en fin, y de una buena parte de los estimulantes que desarrollan la reflexión en los hombres, el pueblo suele aceptar, sin criticarlas y en junto, las innumerables tradiciones religiosas. Estas le envuelven desde su edad temprana en todas las circunstancias de su vida y, artificialmente mantenidas en su seno por una porción de envenenadores oficiales de todas clases, los sacerdotes de las distintas religiones, transfórmanse en él en una especie de

costumbre mental, casi siempre más poderosa que su buen sentido natural.

Otra razón hay que explica y que legitima en alguna suerte las absurdas creencias del pueblo. Esta razón es la situación miserable a que se halla fatalmente condenado por la organización económica de la sociedad, en los países más civilizados de Europa. Reducido, así en la parte intelectual y moral como en la material, al minimum de una existencia humana, encerrado en su vida como un preso en la cárcel, sin horizonte, sin escape, hasta sin porvenir, si se cree a los economistas; el pueblo debiera tener el alma singularmente estrecha y el torpe instinto de los burgueses para no sentir la necesidad de aquella situación; más para esto, no hay sino tres medios, dos, hijos de la ilusión y el tercero real. Son los dos primeros la taberna y la iglesia, el desarrollo corporal o espiritual; y la revolución social el tercero. Este último, mucho más que todas las propagandas teológicas de los libres pensadores, será capaz de destruir las creencias religiosas y las costumbres viciosas del pueblo, creencias y costumbres que se hallan más intimamente unidas de lo que se piensa. Sustituyendo los goces ilusorios y brutales del desarreglo corporal y espiritual, por los tan delicados como ricos goces humanitarios desarrollados en cada uno de nosotros, sólo la revolución social tendrá luego poder para cerrar todas las tabernas y todas las iglesias.

Hasta entonces, la masa del pueblo creará, y si no cree con razón, creará al menos con derecho.

Hay una clase de hombres que, si no creen, han de hacer ver que creen por lo menos. Son todos los atormentadores, todos los opresores y todos los explotadores de la humanidad: sacerdotes, monarcas, estadistas, guerreros, financieros públicos y privados, funcionarios de todas clases, policías, gendarmes, alcaides y verdugos, monopolizadores, capitalistas, contratistas y propietarios, abogados, economistas y políticos de todo color, hasta el más ínfimo vendedor ambulante,

todos repetirán al unísono las palabras de Voltaire:

Si Dios no existiera, sería necesario inventarlo.

Porque, como se comprenderá, "se necesita una religión para el pueblo". Es la válvula de seguridad.

Hay, por último, una categoría bastante numerosa de almas honradas, pero débiles, que, demasiado inteligentes para tomar en serio los dogmas cristianos, los rechazan uno a uno, mas no tienen valor, ni fuerza, ni resolución para rechazarlos en conjunto. Abandonan a vuestra crítica todos los absurdos particulares de la religión, se burlan de todos los milagros; pero se agarran desesperados al absurdo principal, frente de los otros, al milagro que explica y legitima los demás milagros, a la existencia de Dios. Su Dios no es el Ser vigoroso y poderoso, el Dios completamente positivo de la teología. Es un Ser nebuloso, diáfano, ilusorio, de tal modo ilusorio, que se transforma en Caos cuando uno cree asirle; es un fenómeno de espejismo, un fuego fátuo que ni da calor ni ilumina. Y, sin embargo, aquellas personas le adoran, y creen firmemente que todo desaparecería si él desapareciese. Son estas almas inseguras, enfermizas, desorientadas en la actual civilización, no pertenecientes ni al presente ni al porvenir, pálidos fantasmas eternamente suspensos entre el cielo y la tierra, y ocupando entre la política burguesa y el socialismo del proletariado absolutamente la misma posición. No se sienten con fuerzas para pensar hasta el fin, ni para querer, ni para decidirse, y pierden tiempo y trabajo esforzándose siempre para conciliar lo inconciliable.

En la vida pública, éstos son llamados socialistas burgueses, ninguna discusión es posible con ellos. Están demasiado enfermos.

Pero hay un pequeño número de hombres ilustres, de los que nadie se atreverá a hablar irrespetuosamente, y cuya salud vigorosa, fuerza de espíritu y buena fe nadie osará poner en duda. Creo que será suficiente citar los nombres de Mazzini, de Michelet, de

Quinet, de John Stuart Mill. Almas generosas y fuertes, grandes corazones, grandes talentos, grandes escritores, y regenerador heroico y revolucionario de una gran nación el primero, todos apóstoles del idealismo y refutadores, apasionados adversarios del materialismo, por consiguiente del socialismo, en filosofía como en política.

Con ellos, pues, se ha de discutir esta cuestión.

Demos principio haciendo constar que ninguno de los hombres citados, ni ningún otro pensador idealista algo importante de nuestros días, se ha ocupado, propiamente hablando, de la parte lógica de esta cuestión. Ninguno ha tratado de resolver filosóficamente la posibilidad del "salto mortal" divino de las regiones eternas y puras del espíritu al fango del mundo material. ¿Temen abordar esta insoluble contradicción y desesperan de resolverla, viendo que los más grandes genios de la historia lo intentarían vanamente, o bien la han considerado como suficiente resuelta? Secreto suyo es ese. El caso es que han dejado a un lado la demostración teórica de la existencia de Dios, y no han desarrollado sino las razones y las consecuencias prácticas. Han hablado de ella como un hecho universalmente aceptado, y, como tal, destinado a no tornarse ya objeto de una duda cualesquiera, limitándose por toda prueba a hacer constar la antigüedad y aquella misma universalidad de la creencia de Dios.

Esta unanimidad impotente, según la opinión de muchos hombres y de escritores ilustres, y para no citar sino los más famosos, José de Maistre y el gran patriota italiano Giuseppe Mazzini, vale más que todas las demostraciones de la ciencia; y si la lógica de un corto número de pensadores consecuentes y aun poderosísimos, pero aislados, le es contraria, tanto peor, dicen ellos, para esos pensadores y para su lógica, porque el consentimiento general, la adopción universal y antigua de una idea, fueron en todo tiempo consideradas como la prueba más victoriosa de su veracidad. El sentimiento de todo el mundo, una convicción que se

encuentra, que es mantenida en todas partes y siempre, no podría engañarse; deben tener su raíz en una necesidad absolutamente inherente a la naturaleza misma del hombre. Y puesto que se ha visto que todos los pueblos, pasados y presentes creyeron y creen en la existencia de Dios, es evidente que los que tienen la desgracia de sospechar de esta existencia, cualesquiera que sea la lógica que les condujera a dicha duda, son excepciones, anomalías, monstruosidades.

De esta manera, la antigüedad y la universalidad de una creencia serían, contra toda lógica y contra toda ciencia, prueba suficiente e irrecusable de su veracidad.

¿Por qué?

Hasta el siglo de Galileo y de Copérnico todo el mundo había creído que el sol giraba en torno de la tierra. Y ¿no se había engañado todo el mundo? ¿Hay algo más antiguo y más universal que la esclavitud? La antropofagia, quizás. Desde el origen de la sociedad histórica hasta nuestros días, siempre y en todas partes hubo la explotación del trabajo obligatorio de las masas, esclavas, siervas o asalariadas, por minoría dominadora; opresión de los pueblos por la Iglesia y por el Estado. ¿Se ha de deducir de esto que tal explotación y tal opresión son necesidades absolutamente inherentes a la existencia de la sociedad humana? He ahí ejemplos que demuestran que la argumentación de los abogados del buen Dios no prueba nada.

Nada es, en efecto, ni tan universal ni tan antiguo como lo inicuo y lo absurdo; la verdad y la justicia, por lo contrario, son los menos universal y lo más joven en el desarrollo de las humanas sociedades. De este modo se explica, por otra parte, un fenómeno histórico constante: las persecuciones de que los que primero proclaman la verdad han sido y continúan siendo objeto de parte de los representantes oficiales, interesados en el desarrollo de las creencias "universales" y "antiguas", y con frecuencia de parte de aquellas mismas masas populares, que, después de haber sido por ellos

atormentados, concluyen por adoptar y por hacer triunfar sus ideas.

Para nosotros, materialistas y socialistas revolucionarios, nada hay de sorprendente en ese fenómeno histórico que ningún miedo causa. Orgullosos de nuestra conciencia, de nuestro amor a la verdad, de esta pasión lógica que constituye por sí sola un gran poder, y fuera de la cual no hay pensamiento; orgullosos de nuestra pasión por la justicia y de nuestra fe inquebrantable en el triunfo de la humanidad contra todas las bestialidades teóricas y prácticas; orgullosos, en fin, de la confianza y del apoyo mutuos que se prestan los pocos hombres que profesan nuestras convicciones, nos resignamos por nosotros mismos ante todas las consecuencias de este fenómeno histórico, en el que vemos la manifestación de una ley social tan natural, tan necesaria y tan invariable como las demás leyes que gobiernan el mundo.

Esta ley es una consecuencia lógica, inevitable, del origen animal de la sociedad humana: y frente a todas las pruebas científicas fisiológicas, psicológicas e históricas que se han acumulado en nuestros días, así como ante las hazañas de los alemanes conquistadores de Francia, que hoy entregan a una demostración tan resonante, no es posible dudar. Pero, desde el momento en que se acepta este origen animal del hombre, todo queda explicado. La historia se nos presenta entonces como la negación revolucionaria, tan pronto lenta, apática, semidormida, como apasionada y poderosa, del pasado. Consiste ella precisamente en la negación progresiva de la animalidad primera del hombre por el desarrollo de su humanidad. El hombre, animal feroz, primo del gorila, partió de la noche profunda del instinto animal para llegar a la luz del espíritu, lo que explica de una manera completamente natural todas las pasadas divagaciones y nos consuela en parte de sus presentes yerros. Partió de la esclavitud animal, y, atravesando la esclavitud divina, término transitorio entre la animalidad y su humanidad, marcha hoy hacia la conquista y la realización de



la humana libertad. De donde resulta que la antigüedad de una creencia, de una idea, lejos de probar algo en su favor, debe, por el contrario, hacernosla sospechosa. Porque tras de nosotros está nuestra animalidad y ante nosotros nuestra humanidad; la luz humana, única que puede darnos calor, alumbrarnos, la única que nos puede emancipar, hacernos dignos, libres, felices, y realizar la fraternidad entre nosotros, no está nunca en su principio, sino que se halla en relación con la época en que se vive, siempre al final de la historia.

Miremos, pues, siempre adelante, nunca atrás, porque adelante está nuestro sol, nuestra salvación; si nos está permitido, si hasta nos es útil, necesario, volvernó para estudiar nuestro pasado, no es sino a fin de que nos fijemos en lo que fuimos y veamos lo que no debemos ser, lo que creíamos y pensamos, y lo que no debemos ya creer ni pensar, lo que hicimos y lo que no debemos hacer.

He ahí en cuanto a la antigüedad. Respecto a la universalidad de un error, no prueba más que una cosa: la similitud, sino la perfecta identidad de la naturaleza humana, en todos los tiempos y bajo todos los climas. ¿Y porque probado esté que todos los pueblos, en todas las épocas de su vida, han creído y creen aun en Dios, debemos de decir sencillamente que la idea divina, salida de nosotros mismos, es un error históricamente necesario en el desarrollo de la humanidad, y preguntarnos por qué la inmensa mayoría de la especie humana la acepta todavía como una verdad?

Mientras no nos expliquemos cómo la idea de un mundo sobrenatural o divino se produjo y pudo faltamente producirse en el desarrollo histórico de la conciencia humana, podremos encontrarnos científicamente convencidos de lo absurdo de esta idea, más nunca llegaremos a destruirla en la opinión de la mayoría, porque nunca sabremos atacarla en las profundidades del ser humano en que naciera. Condenados a una lucha estéril, sin resultado y sin fin, siempre tendremos

que limitarnos a atacarla superficialmente, en sus innumerables manifestaciones, cuyo absurdo apenas domado por los golpes del buen sentido reaparecerá inmediatamente bajo una forma nueva y no menos insensata. Mientras la raíz de todos los absurdos que al mundo atormentan no haya sido destruída, la creencia en Dios continuará intacta y no dejará de producir nuevos retoños. Así es como en nuestros días, en ciertas regiones de la más empinada sociedad, el espiritismo tiende a instalarse sobre las ruinas del cristianismo.

No es solamente en interés de las masas; es también el de la salud de nuestro espíritu. Debemos esforzarnos para conocer el génesis histórico, la secesión de las causas que desarrollaran y produjeran la idea de Dios en la conciencia de los hombres. Podremos llamarnos y creernos ateos; mientras no hayamos comprendido tales causas, en balde trataremos de no dejarnos dominar más o menos por los clamores de aquella conciencia universal cuyo secreto no habremos descubierto; y, vista la debilidad natural del individuo, aun del más fuerte, contra la poderosísima influencia del medio social que la sujeta, siempre estamos expuestos a caer, pronto o tarde y de un modo o de otro, en el abismo del absurdo religioso. Los ejemplos de estas conversiones son algo frecuentes en la sociedad actual.

He dicho: "la razón práctica principal del poder que todavía ejercen las creencias religiosas sobre las masas".

Estas disposiciones místicas antes denotan en el hombre un profundo descontento del corazón, que una aberración de espíritu. Son la protesta instintiva y apasionada del ser humano contra las estrecheces, las vulgaridades, los dolores y las vergüenzas de una existencia miserable. Y dije y repetí que para combatir esta enfermedad no hay mas que un remedio: la Revolución Social.

En otros trabajos quise exponer las causas que precedieran al nacimiento y al desarrollo histórico de las alucinaciones religiosas en la conciencia del

hombre. No es mi intención tratar hoy de la existencia de un Dios, ni del origen divino del mundo y del hombre, sino desde el punto de vista de su utilidad moral y social, y sólo diré algunas palabras acerca de la razón teórica de esta creencia, a fin de explicar mejor lo que pienso.

Todas las religiones, con sus dioses, sus semidioses y sus profetas, sus mesías y sus santos, fueron creadas por la fantasía crédula de los hombres, aun no llegados al pleno desarrollo y a la plena posesión de sus facultades intelectuales. Por consiguiente, el cielo religioso no es otra cosa que un espejo en que el hombre, exaltado por la ignorancia y la fe, mira su propia imagen, pero prolongada en todo sentido y su posición contraria a la natural, es decir, "divinizada". La historia de las religiones, la del nacimiento, de la grandeza y de la decadencia de los dioses que se sucedieran en la creencia humana, no es, pues, otra cosa que el desarrollo de la inteligencia y de la conciencia colectivas de los hombres. A medida que, su marcha históricamente progresiva, descubrían, ya en sí mismos, ya en la naturaleza exterior, una fuerza, una cualidad, hasta un gran defecto cualquiera, los atribuían a sus dioses, después de haberlos exagerado, como acostumbra a hacerlo los niños, por medio de un acto de su fantasía religiosa. Gracias a esta modestia y a esta piadosa generosidad de los hombres creyentes y crédulos el cielo se enriqueció con los despojos de la tierra, y, por una consecuencia necesaria, cuanto más rico hacíaese el cielo, la humanidad y la tierra tornábanse más miserables. Una vez instalada, la divinidad fue naturalmente proclamada la causa, la razón, el árbitro y el dispensador absoluto de todas las cosas: el mundo no fue ya nada, ella lo fue todo; y el hombre, su verdadero creador, después de sacarla de la nada a su pesar, se arrodilló ante ella, la adoró y se proclamó su criatura y su esclavo.

El cristianismo es precisamente la religión por excelencia, porque expone y manifiesta, en su plenitud, la

naturaleza, la propia esencia de todo sistema religioso, que es el "empobrecimiento, la esclavitud y el aniquilamiento de la humanidad en beneficio de la divinidad".

Siéndolo Dios todo, el mundo real y el hombre no son nada. Siendo Dios la verdad, la justicia, el bien, lo bello, el poder y la vida, el hombre es la mentira, la iniquidad, el mal, la fealdad, la impotencia y la muerte. Siendo Dios el amo, el hombre es el esclavo. Incapaz de hablar por sí mismo la justicia, la verdad y la vida eterna, no puede llegar a ella sino por medio de la revelación divina. Pero quien dice revelación dice relevaciones, mesías, profetas, sacerdotes y legisladores inspirados por el mismo Dios; y, una vez éstos reconocidos como los representantes de la divinidad en la tierra, como los santos institutores de la humanidad, elegidos por el mismo Dios para dirigirla en la vía de salvación, ejercen forzosamente un poder absoluto. Todos los hombres les deben una obediencia pasiva e ilimitada; porque contra la razón divina no hay razón humana, y contra la justicia de Dios no hay justicia terrestre. Esclavos de Dios, los hombres deben de serlo igualmente de la Iglesia y del Estado, mientras este último esté consagrado por la Iglesia. He ahí lo que, de todas las religiones que han existido, el cristianismo comprendió mejor que las otras, sin exceptuar la mayoría de las religiones orientales, las cuales no abrazaron más que pueblos distintos y privilegiados, mientras que el cristianismo tiene la pretensión de abrazar la humanidad entera; y he aquí lo que, de todas las sectas cristianas, el catolicismo romano comprendió y realizó con una rigurosa consecuencia. Tal es el motivo porque el cristianismo es la religión absoluta, la última religión; porque la iglesia apostólica y romana es la única consecuenta, legítima y divina.

No les disguste, pues, a los metafísicos y a los idealistas religiosos, filósofos, políticos o poetas, que diga:

La idea de Dios implica la abdicación de la razón y de la justicia humanas; es la negación más decisiva de la

libertad humana y conduce necesariamente a la esclavitud de los hombres; así en teoría como en práctica.

A menos, pues, de querer la esclavitud y el envilecimiento de los hombres, como los jesuitas, los monistas, los pietistas o los metodistas protestantes, no podemos, no debemos hacer la menor concesión, ni al Dios de la teología ni al de la metafísica. El que, en el alfabeto místico, empieza por Dios, deberá fatalmente acabar por Dios; el que quiera adorar a Dios, sin hacerse pueriles ilusiones, debe de principiar por renunciar valientemente a su libertad y a su humanidad.

Si Dios existe, el hombre es esclavo; y el hombre puede, debe ser libre; luego Dios no existe.

Desafío a quien quiera aceptar el reto a que salga de este círculo.

Y elíjase ahora.

¿Hará falta recordar cómo y hasta qué punto las religiones embrutecen y corrompen los pueblos? Matan en ellos la razón, el principal instrumento de emancipación humana, y los reducen a la imbecilidad, condición esencial de la esclavitud. Deshonran el trabajo humano y hacen de él muestra y fuente del servilismo. Matan la noción y el sentimiento de la justicia humana, haciendo que la balanza se incline siempre del lado de los pícaros, triunfantes, objetos privilegiados de la divina gracia. Ahogan en el corazón de los pueblos todo sentimiento de fraternidad humana, llenándole de crueldad.

Todas las religiones son crueles, todas tienen por base la sangre; porque todas reposan principalmente sobre la idea de sacrificios, es decir, sobre la inmolación perpetua de la humanidad en la insaciable venganza de la divinidad. En este sangriento misterio, el hombre siempre es la víctima, y el sacerdote, hombre también, pero hombre privilegiado por la gracia, es el verdugo divino. Esto nos explica por qué los sacerdotes de todas las religiones, los mejores, los más humanos, los más tiernos, tienen siempre, en el fondo de su corazón —y si no en el corazón en la imaginación, en el espíritu—, algo de cruel y de sanguinario.

Nuestros idealistas contemporáneos saben mejor que nadie todo esto. Son ellos hombres sabios que conocen su historia al dedillo; y, como a la vez son sinceros y profundos encaminados a hacer la dicha de la humanidad, maldijeron y procuraron echar tierra sobre aquellas acciones, sobre tales crímenes religiosos con una elocuencia incomparable. Rehusan indignados toda solidaridad con el Dios de las religiones positivas y con sus representantes pasados y presentes en la tierra.

El Dios a quien adoran, o al que creen adorar, se diferencia precisamente de los dioses reales de la historia en que no es un Dios del todo positivo, determinado de una o de otra manera, teológica o metafísicamente. No es ni el Ser Supremo de Robespierre y J. J. Rousseau, ni el dios panteísta de Spinoza, ni aun el dios a la vez inocente, trascendental y muy equívoco de Hegel. Guárdase mucho de darle una determinación positiva cualesquiera, comprendiendo muy bien que toda determinación la sometería a la acción disolvente de la crítica. No dirán de él si es un dios personal o impersonal, si creó, si no creó el mundo; ni aun hablarán de su divina providencia. Todo esto podría comprometer. Se limitarán a decir: "Dios"; y ni una palabra más. Pero, ¿quién es, entonces, su dios? No es ni aun una idea; es una aspiración.

Es la palabra genérica de todo cuanto parece grande, bueno, hermoso, noble, humano. Pero, ¿por qué no dicen: el hombre? ¡Ah! es que el rey Guillermo de Prusia y el emperador Napoleón III eran también hombres. Y he ahí lo que les embarga. La humanidad real nos presenta el conjunto de todo lo que hay de más sublime, de más bello y de todo lo que hay de más vil y de más monstruoso en el mundo. ¿Cómo salir del círculo? Para escapar llaman, recurren a uno, el divino, y a otro animal, y ellos se representan la divinidad y la animalidad como dos polos, entre los cuales colocan la humanidad. No quieren o no pueden comprender que estos tres términos no

forman sino uno, y que se les destruye si se les separa.

No están fuertes en lógica, y se diría que la desprecian. Esto es lo que les distingue de los metafísicos, panteístas y deístas, y lo que imprime a sus ideas el carácter de un idealismo práctico, encaminando sus aspiraciones menos hacia el desarrollo severo de un pensamiento que hacia las experiencias, casi diría las emociones, así históricas y colectivas, como individuales, de la vida. Lo cual da a su propaganda una apariencia de riqueza y de poder vital, pero sólo una apariencia; porque aun la vida se torna estéril cuando se ve paralizada por una contradicción lógica.

He aquí esta contradicción:

Quieren a Dios y quieren a la humanidad. Se obstinan en juntar dos términos que, una vez separados, no pueden volverse a encontrar sino para destruirse mutuamente. Dicen: "Dios es la libertad del hombre, Dios es la dignidad, la justicia, la igualdad, la fraternidad, la prosperidad de los hombres", sin recordarse de la lógica fatal, en cuya virtud, si Dios existe, todo esto está condenado a no existir. Porque si Dios existe, es necesariamente el amo eterno, supremo, absoluto; y si este amo existe, el hombre es esclavo; y si es esclavo no hay justicia, ni igualdad, ni fraternidad ni prosperidad posibles. Podrán contra el buen sentido y contra todas las experiencias de la historia, representarse a su Dios animado por el más tierno amor a la libertad humana: un amo, haga lo que quiera y por liberal que quiera mostrarse, no deja de ser amo. Su existencia implica necesariamente la esclavitud de cuanto está debajo de él. Luego si Dios existiera, no habría para él sino un solo medio de servir a la libertad humana; había de cesar de existir.

Enamorado y celoso de la libertad humana, y considerándola como la condición absoluta de todo cuanto adoramos y respetamos en la humanidad, enmiendo la frase de Voltaire, y dijo que: *si Dios no existiera, sería necesario inventarlo.*

La severa lógica que me dicta estas

palabras es demasiado evidente para que tenga necesidad de desarrollar mi argumentación. Me parece imposible que los hombres ilustres cuyos nombres he citado, célebres y respetados con justicia, no se hayan sentido sorprendidos; no hayan notado la contradicción en que incurrieran al hablar a un tiempo de Dios y de libertad humana. Para que ellos pasaran adelante por necesidad debieron pensar que aquella inconsecuencia, que aquella contradicción, era "prácticamente" necesaria al bienestar, de la humanidad.

Probable es también que, siempre hablando de libertad, que es para ellos muy respetable y muy querida, probable es que comprendan de otro modo que la concebimos, en nuestra cualidad de materialistas y socialistas revolucionarios, pues, en efecto, nunca hablan de ellas sin agregar en seguida otra palabra, la de "autoridad", palabra y cosa que detestamos con toda la fuerza de nuestros corazones.

¿Qué viene a ser la autoridad? ¿Es el poder inevitable de las leyes naturales que se manifiestan en el encadenamiento y en la sucesión fatal de los fenómenos del mundo físico y del mundo social? En efecto, contra estas leyes, la rebelión está prohibida, y se hace a más imposible, podemos desconocerlas o no conocerlas aun, pero no podemos desobedecerla, porque constituyen la base y las condiciones de nuestra existencia; nos envuelven, nos inundan, regulan nuestros movimientos, nuestros pensamientos y nuestras acciones. Por consiguiente, aun cuando creemos desobedecerlas, no hacemos otra cosa que manifestar su inmenso poder.

Sí, somos absolutamente esclavos de esas leyes. Pero no hay nada humillante en tal esclavitud. Porque la esclavitud supone un amor exterior, un legislador que se halla fuera de aquel a quien manda; mientras que esas leyes no están fuera de nosotros; nos son inherentes, constituyen nuestro ser, todo nuestro ser, corporal, intelectual y moralmente; no vivimos, no respiramos, no obramos, no pensamos, no queremos más que por ellas. Fuera de

ellas no somos nada, no existimos. ¿De dónde sacaríamos, pues, el poder y el querer rebelarnos contra ellas?

Ante las leyes naturales, no hay para el hombre sino una libertad posible: reconocerlas y aplicarlas cada vez más, conforme al objeto de emancipación o de humanización colectiva e individual que persiga. Reconocidas estas leyes, la autoridad que ejercen no es nunca discutida por la masa de los hombres. Es necesario ser un teólogo, o por lo menos un metafísico, un jurista o un economista burgués, para rebelarse contra una ley según la cual 2 y 2 son 4. Es necesario tener fe para imaginarse que no se arderá en el fuego y que no se ahogará uno en el agua, a menos de recurrir a un subterfugio cualesquiera y fundado igualmente en cualesquiera otra ley natural. Pero estas rebeliones, mejor dicho estas tentativas o estas locas ideas de una rebelión imposible, no forman sino una excepción bastante rara; porque, en general, se puede decir que la masa de los hombres, en su vida cotidiana, se dejan gobernar por el buen sentido, lo que quiere decir por la suma de las leyes naturales generalmente reconocidas, de una manera poco menos que absoluta.

La gran desgracia es que una regular cantidad de leyes naturales, ya reconocidas como tales por la ciencia, son desconocidas para las masas populares, gracias a los cuidados de esos gobiernos tutelares que no existen, como es sabido, sino para bien de los pueblos.

Hay, además, un grave inconveniente: la mayoría de las leyes naturales, que se hallan unidas al desarrollo de la sociedad humana y que son tan necesarias e invariables como las leyes que gobiernan el mundo físico, no han sido debidamente reconocidas por la ciencia. En cuanto lo estén, primeramente por la ciencia, cuando ésta, por medio de un amplio sistema de educación y de instrucción popular, las haya hecho, pasar a la conciencia de todos, la cuestión de la libertad estará perfectamente resuelta. Las autoridades más recalcitrantes deben reconocer que entonces no habrá necesidad

ni de organización, ni de dirección, ni de legislación políticas, tres cosas que, ya emanen de la voluntad del soberano, ya de la votación de un Parlamento elegido por sufragio universal, y aun cuando estén de acuerdo con el sistema de las leyes naturales —lo que nunca ha ocurrido ni puede nunca ocurrir— son siempre igualmente funestas y contrarias a la libertad de las masas, por el solo hecho de imponerlas un sistema de leyes exteriores, despóticas, por consiguiente.

La libertad del hombre consiste únicamente en que obedezca a las leyes naturales, que él mismo reconoció tales, y no porque le fueran exteriormente impuestas por una voluntad extraña, humana o divina, colectiva o individual cualesquiera.

Suponed una academia de sabios, compuesta de representantes los más ilustres de la ciencia; suponed que esta academia se halla encargada de la legislación de la organización de la sociedad y que, no inspirándose sino en el amor de la verdad más pura, sólo le dicta leyes absolutamente conformes con los más recientes descubrimientos de la ciencia. Pues bien; pretendo yo que esta legislación y esta organización serán una monstruosidad, y ello por dos razones: es la primera, que la ciencia humana no es nunca perfecta y que, comparando lo que ha descubierto con lo que le falta descubrir, puede decirse que aun está en la cuna. De modo que si se quisiera obligar a la vida práctica, así colectiva como individual de los hombres, a conformarse estrictamente, exclusivamente con los últimos adelantos de la ciencia, se condenaría a la sociedad y a los individuos a ser martirizados sobre un lecho de Procastio, que concluiría pronto por dislocarlos y por ahogarlos, por ser la vida infinitamente más amplia que la ciencia.

He aquí la razón segunda:

Una sociedad que obedeciera a una legislación emanada de una academia científica, no porque ella hubiera comprendido su carácter racional, en cuyo caso la existencia de la academia sería inútil, sino que por esta legislación,



emanada de la academia, se impondría en nombre de una ciencia que ella veneraría sin comprenderla, tal sociedad sería una sociedad, no de hombres, sino de animales. Sería una segunda edición de aquellas misiones del Paraguay que se dejaron gobernar durante tanto tiempo por la Compañía de Jesús. No dejaría de descender pronto al grado más bajo de idiotismo.

Y hay una tercera razón que haría imposible tal gobierno: que una academia científica revestida de esa soberanía, por así decirlo absoluta, aun cuando estuviera compuesta de hombres los más ilustres, concluiría, infaliblemente, por corromperse, moral e intelectualmente.

Esa es hoy ya, con los escasos privilegios que se les conceden, la historia de todas las academias. El más grande genio científico, desde el momento en que se hace académico, sabio oficial, baja inevitablemente y se duerme. Pierde su espontaneidad, su atrevimiento revolucionario, y aquella energía incómoda y salvaje que caracteriza la naturaleza de los más grandes genios, llamada siempre a destruir los mundos viejos y a extender los cimientos de los nuevos. Es indudable que gana en ceremonia, en sabiduría útil y práctica, lo que pierde en poder de pensamiento. Se corrompe, en una palabra.

Es propio del privilegio y de toda posición privilegiada matar el talento y el corazón de los hombres. El ser privilegiado, ya política, ya económicamente, es un hombre depravado de espíritu y de corazón. He ahí una ley social que no admite ninguna excepción, y que se aplica así a las naciones enteras como a las clases, a las Compañías y a los individuos. Es esta la ley de la igualdad, condición suprema de la libertad y de la humanidad. El objeto principal de este estudio es precisamente demostrar esta verdad en todas las manifestaciones de la vida humana.

Un cuerpo científico al que se hubiera confiado el gobierno de la sociedad concluiría pronto por no ocuparse de la ciencia y sí de otro asunto; y este

asunto, el de todos los poderes establecidos, sería eternizarse tomando la sociedad a sus ciudadanos, confiada más estúpida y, por consiguiente, más necesitada de su gobierno y de su dirección.

Y lo que es verdad aplicado a los académicos científicos lo es igualmente en lo que respecta a las asambleas constituyentes y legislativas, aun cuando éstas fuesen resultado del sufragio universal. Ciertamente que éste puede renovar la composición, lo cual no impide que no se forme en muchos años un cuerpo de políticos, privilegiados de hecho, no de derecho, y que, entregándose exclusivamente a la dirección de los asuntos públicos de un país, concluyan por formar una especie de aristocracia o de oligarquía política. Testigos, los Estados Unidos de América y Suiza.

Así nada de legislación exterior, nada de autoridad, por ser la una inseparable de la otra y ambas tender al servilismo de la sociedad y al embrutecimiento aun de los mismos legisladores.

¿Dedúcese de esto que yo rechazo toda autoridad? Lejos de mí tal idea. Cuando se trata de botas, fío en la autoridad de los zapateros; si se trata de una casa, de un canal o de un camino de hierro, consulto la de un arquitecto o un ingeniero. Para tal o cual ciencia especial me dirijo a tal o cual sabio. Mas de ningún modo permito se me imponga el zapatero, ni el ingeniero, ni el sabio. Los acepto libremente y con todo el respeto que merezcan su inteligencia, su carácter, su saber, reservándome siempre mi derecho incontestable de crítica y de examen. No me limito a consultar a una autoridad especialista; consulto muchas. Comparo sus opiniones y elijo la que más justa me parece. Pero no reconozco autoridad infalible ni aun en los asuntos más especiales. Por consiguiente, aunque mucho sea el respeto que me inspire la humanidad y la sinceridad de tal o cual individuo, no tengo fe absoluta en nadie. Tal fe sería fatal a mi razón, a mi libertad y aun al éxito de mis empresas; me transformaría in-

mediatamente en esclavo estúpido, en instrumento de la voluntad y de los intereses de otro.

Si me inclino ante la autoridad de los especialistas y si me declaro dispuesto a seguir con cierta medida y mientras me parezca necesario las indicaciones y aun su dirección es porque tal autoridad no me fue impuesta por nadie, ni por los hombres, ni por Dios. De otro modo, rechazaría con horror y enviaría al diablo sus consejos, su dirección y sus servicios, seguro de que si no me haría pagar con mi libertad y mi dignidad las apariencias de verdad, envueltas en muchas mentiras que pudieran ofrecerme.

Me inclino ante la autoridad de los especialistas, porque su autoridad me es impuesta por mi propia razón. Tengo la conciencia de no poder abrazar, en todos sus detalles y sus desarrollos positivos, sino una pequeñísima parte de la ciencia humana. Todos gobernamos y somos gobernados. Luego no hay autoridad fija y constante y sí un cambio continuo de autoridad y de subordinación mutuas, pasajeras, y, sobre todo, voluntarias.

Esta misma razón me prohíbe, pues, reconocer una autoridad fija, constante y universal, porque no hay ningún hombre universal, hombre que sea capaz de abrazar, con la riqueza de detalles sin que la aplicación de la ciencia a la vida no es posible, todas las ciencias, todas las ramas de la vida social. Y si tal universalidad se hallara en un hombre, si éste quisiera valerse de ella para imponernos su voluntad, sería necesario arrojar a ese hombre de la sociedad porque su autoridad reduciría inevitablemente a los demás hombres a la esclavitud y a la imbecilidad. No pienso que la sociedad debe maltratar a los hombres de genio como lo ha venido haciendo hasta la fecha; mas no pienso que su deber sea cebarlos, ni concederles, sobre todo, privilegios o derechos exclusivos; y esto por tres razones: primera, porque con frecuencia sería tomado por genio un charlatán; en segundo término porque, gracias a este sistema de privilegios, podría transformarse en charlatán al

verdadero hombre de genio, desmoralizándole y embruteciéndole; y, en tercer lugar, porque se impondría un amo.

Resumo. Recordemos, por la autoridad absoluta de la ciencia, porque la ciencia no tiene otro objeto que la reproducción mental, reflexionada y tan sistemática como sea posible, leyes naturales que son inherentes a la vida material, intelectual y moral, así del mundo físico como social, esos dos mundos que no constituyen, en realidad, sino un solo mundo natural. Fuera de esta autoridad, la única legítima, porque es racional y se halla de acuerdo con la libertad humana, declaramos a todas las otras autoridades embusteras, arbitrarias y funestas.

Reconocemos la autoridad absoluta de la ciencia, pero rechazamos la infalibilidad y universalidad del sabio. En nuestra iglesia —séame permitido servirme por un momento de esta expresión, que, por otra parte, detesto, pues la Iglesia y el Estado son mis dos arañas negras— en nuestra iglesia, como en la iglesia protestante, hay un jefe, un Cristo invisible, la ciencia; y como los protestantes o más consecuentes aun que los protestantes, no queremos sufrir ni Papa, ni Concilio, ni cónclaves de cardenales infalibles, ni obispos, ni aun sacerdotes. Nuestro Cristo distínguese del Cristo protestante y cristiano en que este último es un ser personal y el nuestro es impersonal; el Cristo cristiano, ya reconocido en un pasado eterno, se presenta como un ser perfecto, mientras que el reconocimiento y la perfección de nuestro Cristo, la ciencia, dependen siempre del porvenir; lo que equivale a decir que no se realizarán nunca. No reconociendo más autoridad absoluta que la de la ciencia absoluta, no comprometemos de ningún modo nuestra libertad.

Por ciencia absoluta entiendo la ciencia verdaderamente universal que reprodujera idealmente, en toda su extensión y en todos sus detalles íntimos, el universo, el sistema o la coordinación de todas las leyes. Es evidente que esta ciencia, objeto sublime de todos los esfuerzos del espíritu humano, nunca se realizará en su plenitud ab-

solita. Nuestro Cristo permanecerá, pues, eternamente inacabado, lo que debe domar mucho el orgullo de sus representantes. Contra aquel Dios hijo, en nombre del cual pretendieron imponernos su autoridad insolente y pedante, llamaremos al Dios padre, que es el mundo real, la vida real, de la que aquél no es sino la expresión demasiada imperfecta, y de la que nosotros somos los representantes inmediatos, nosotros, seres reales, que vivimos, trabajamos, combatimos, amamos, aspiramos, gozamos y sufrimos.

Pero, rechazando la autoridad absoluta, universal e infalible de los hombres de la ciencia, nos inclinamos de buen grado ante la autoridad respectiva, aunque relativa y muy pasajera, muy limitada, de los representantes de las ciencias especiales, no pidiendo otra cosa que haberlas de consultar una tras otra, y agrediendo mucho las preciosas indicaciones que nos den, a condición de que quieran recibirlas de nosotros sobre las cosas y en las ocasiones en que seamos más entendidos que ellos. En general, no deseamos otra cosa que ver cómo los hombres dotados de gran saber, de gran experiencia, de gran espíritu, y, sobre todo, de un gran corazón, ejercen sobre nosotros una influencia natural y legítima, libremente aceptada y nunca impuesta en nombre de ninguna autoridad celestial o terrestre. Aceptamos todas las autoridades naturales y todas las influencias de hecho, ninguna de derecho; porque toda autoridad o influencia de derecho, y como tal oficialmente impuesta, tornándose enseguida una presión y una mentira, nos impondría infaliblemente, como me parece haberlo demostrado, la esclavitud y el absurdo. Rechazamos en una palabra, toda legislación, toda autoridad y toda influencia privilegiada, patente, oficial y legal aun resultante del sufragio universal, convencidos de que nunca podrían obrar sino en provecho de una minoría dominante y explotadora contra los intereses de la mayoría esclavizada.

He ahí en qué sentido somos realmente anarquistas.

Los idealistas modernos comprenden la autoridad de una manera muy distinta. Aunque libres de las supersticiones tradicionales de todas las religiones positivistas existentes, conceden como ellas a la idea de la autoridad un sentido divino, absoluto. Esta autoridad no es la de una verdad milagrosamente revelada ni la de una rigurosa y científicamente demostrada. La fundan en argumentaciones casi filosóficas, y en mucha fe vagamente religiosa, en mucho sentimiento y abstracción poética. Su religión es como un último ensayo de adivinación de cuanto constituye la humanidad en los hombres.

Es todo lo contrario de la obra en que trabajamos. En pro de la libertad, de la dignidad y de la prosperidad humanas, creemos deber recuperar del cielo los bienes que nos quitara y devolvérselos a la tierra. Ellos, por el contrario, se esfuerzan para cometer un postrer robo religiosamente heroico; quisieran restituir al cielo, a ese divino ladrón, cuanto la humanidad contiene de más grande, de más bello, de más noble. ¡A los libres pensadores les toca ahora hacer del cielo un lugar de pillaje con la atrevida impiedad de su análisis científico!

Los idealistas creen, sin duda, que, para gozar de mayor autoridad entre los hombres, las ideas y las cosas humanas deben ser revestidas de una sanción divina. ¿Cómo se manifiesta esta sanción? No por un milagro, como en las religiones positivas, sino por la grandeza o por la santidad misma de las ideas y de las cosas: lo que es grande, lo que es bello, lo que es justo, lo que es noble, es divino. En este nuevo culto religioso, todo hombre que se inspira en tales ideas, en tales cosas, tórnase un sacerdote, inmediatamente consagrado por el mismo Dios. ¿Y la prueba? No se necesita otra; es la grandeza misma de las ideas que expresa y de las cosas que ejecuta. Son tan santas, que no pueden haber sido inspiradas sino por Dios.

He ahí en pocas palabras toda su fi-

lososofía: filosofía de sentimientos, no de pensamientos reales, una especie de pietismo metafísico. Esto, que parece inocente, no lo es en manera alguna, y la doctrina llena de precisión, estrecha y seca que se oculta bajo la vaguedad de aquellas formas poéticas, lleva a los mismos resultados desastrosos que todas las religiones positivas: es decir, a la negación más completa de la libertad y de la dignidad humanas.

Proclamar como divino cuanto hay de grande, de justo, de real, de bello en la humanidad es reconocer que ésta, por sí misma, hubiera sido incapaz de producirlo; y esto equivale a decir que, abandonada a sí misma, su propia naturaleza miserable, inicua, vil y fea. Y otra vez volvemos a la esencia de toda religión, es decir, al denigramiento de la humanidad para mayor gloria de la divinidad. Y desde el momento en que la inferioridad natural del hombre y su incapacidad de elevarse por sí mismo, fuera de toda inspiración divina, hasta las ideas justas y verdaderas, quedan admitidas, se hace necesario admitir también todas las consecuencias teológicas, políticas y sociales de las religiones positivas. Desde el momento en que Dios, el Ser perfecto y supremo, se pone ante la humanidad, los intermediarios divinos, los elegidos, los inspirados por Dios, salen de la tierra para alumbrar, para dirigir y para gobernar en su nombre la especie humana.

¿No podría suponerse que todos los hombres están igualmente inspirados por Dios? Es indudable, entonces, que no se necesitan intermediarios. Pero esta suposición es imposible porque se halla en contradicción con los hechos. Sería necesario atribuir a la inspiración divina todos los absurdos y los errores que se manifiestan, y todos los horrores, engaños, vilezas y necedades que en el mundo se cometen. No habría entonces muchos hombres divinamente inspirados, los grandes hombres de la historia, los genios virtuosos, como decía el ilustre ciudadano y profesor Giuseppe Mazzini. Inmediatamente inspirados por Dios mismo y apoyándose en el consentimiento universal,

expresado por el sufragio popular, Dios e popolo, ellos serían los llamados a gobernar las sociedades humanas.

Y otra vez estamos bajo el yugo de la Iglesia y del Estado. Ciertamente que en esta nueva organización, debida, como todas las antiguas organizaciones políticas, a la gracia de Dios, pero apoyada ahora (al menos en apariencia, a guisa de concesión necesaria al espíritu moderno, y como en los preámbulos de los decretos imperiales de Napoleón III) por la pretendida voluntad del pueblo, la Iglesia no se llamará ya la Iglesia, se llamará Escuela. ¿Qué importa? En los bancos de esa Escuela no habrá sólo niños; estará el acólito eterno, el escolar reconocido incapaz de sufrir exámenes, de educarse en la ciencia de sus maestros y de pasarse sin su disciplina, el pueblo. El Estado no se llamará ya Monarquía, se llamará República, mas no cesará de ser Estado, es decir, una tutela oficial y regularmente establecida por una minoría de los hombres competentes, hombres de genio, de talento y de virtudes, que vigilarán y dirigirán la conducta del grande, incorregible y terrible niño, del pueblo. Los profesores de la Escuela y los funcionarios del Estado se llamarán republicanos; pero no cesarán de ser tutores, pastores y el pueblo seguirá siendo lo que fuera eternamente, un rebaño. ¡Cuidado con los esquiladores, porque donde haya corderos habrá pastores para esquilarlos y comérselos!

En este sistema, el pueblo será el colegial y pupilo eterno. No obstante su soberanía, completamente ficticia, continuará sirviendo de instrumento a ideas, a voluntades y, por consiguiente, a intereses que no serán los suyos. Entre esta situación y la que nosotros llamamos de la libertad, de la verdadera libertad, hay un abismo. Se repetirá, bajo nuevas formas, la antigua opresión y la esclavitud antigua, y allí donde hay esclavitud hay miseria, embrutecimiento, verdadera materialización de la sociedad, de las clases privilegiadas, así como de las masas.

Divinizando las cosas humanas, los

idealistas llegan siempre al triunfo de un materialismo brutal.

Y esto por una razón sencillísima: lo divino se evapora y sube hacia su patria, el cielo, y lo brutal es lo que realmente queda en la tierra.

Preguntaba yo un día Mazzini qué medidas tomaría para la emancipación del pueblo cuando su república unitaria se hallara definitivamente establecida.

—La primera medida —me dijo— será la fundación de escuelas populares.

—¿Y qué se enseñará al pueblo en esas escuelas?

—Los deberes del hombre: el sacrificio y la abnegación.

—¿Y dónde se hallará un número suficiente de profesores para enseñar esas cosas, que ninguno tiene derecho ni poder para enseñar si no predica con el ejemplo? ¿No es reducidísimo el número de hombres que hallan supremo goce en el sacrificio y la abnegación? Los que se sacrifican al servicio de una idea grande obedecen a una pasión elevada, y, satisfaciendo esta pasión personal, sin la que la vida pierde todo valor para ellos, ordinariamente piensan en otra cosa que en erigir su acción en doctrina, mientras que de ella hacen una doctrina suelen olvidarse de traducirla en acción, por la sencilla razón de que la doctrina mata la vida, la espontaneidad y la acción.

Los hombres como Mazzini, en quienes la doctrina y la acción forman una admirable unidad, no son sino muy raras excepciones. También en el Cristianismo hay grandes hombres, santos hombres, que hicieron realmente, o que, al menos, se esforzaron para hacer lo que decían, y cuyos corazones, rebosantes de amor, estaban llenos de desprecio hacia los goces y los bienes de este mundo. Pero la inmensa mayoría de los sacerdotes católicos y protestantes que, por oficio, predicán la doctrina de la castidad, de la abstinencia, de la renuncia, desmienten su doctrina con el ejemplo. No en vano, después de una experiencia de muchos siglos, formáronse en los pueblos de todos los países estas frases: "Libertino como

un cura", "Goloso como un cura", "Ambicioso como un cura", "Avaro, interesado como un cura".

Consta, por tanto, que los profesores de las virtudes cristianas, consagrados por la Iglesia, los sacerdotes, en su inmensa mayoría, han hecho lo contrario de lo que predicaran. Esta mayoría misma, la universalidad del hecho, prueban que no debe echarse la culpa a los individuos, sino a la posición social, imposible y contradictoria en sí misma, en la que estos individuos halláanse colocados.

Hay en la posición del sacerdote cristiano una contradicción. En primer lugar, la de la doctrina de abstinencia y de renuncia a las tendencias y a las necesidades positivas de la naturaleza humana, tendencias y necesidades que en algunos casos individuales, siempre rarísimos, pueden muy bien ser continuamente rechazados, comprimidos y hasta completamente aniquilados por la influencia constante de cualquier poderosa pasión intelectual o moral; que, en ciertos momentos de exaltación colectiva, pueden ser olvidados o descuidados durante algún tiempo y por una gran cantidad de hombres a la vez; pero que son tan inherentes a nuestra naturaleza, que siempre concluyen por recobrar sus derechos, de modo que, cuando no son satisfechos de una manera regular y normal, son siempre, por fin, reemplazados por satisfacciones perjudiciales y monstruosas. Es esta una ley natural y, por consiguiente, fatal, irresistible, bajo cuya funesta acción caen inevitablemente todos los sacerdotes cristianos y especialmente los de la Iglesia Católica Romana.

Y hay otra contradicción común a unos y otros.

Esta contradicción se halla unida al título y la posición misma del año.

Un año que manda, oprime y explota es un personaje muy lógico y completamente natural. Pero un año que se sacrifica por sus subordinados, gracias a su privilegio humano o divino, es un ser contradictorio y completamente imposible.

He aquí la constitución de la hipo-



creencia, tan bien personificada por el Papa, que, llamándose el último de los servidores de Dios, en prueba de lo cual, parodiando a Cristo, lava una vez al año los pies a doce mendigos de Roma, se proclama a la vez vicario de Dios, amo absoluto e infalible del mundo.

¿Necesito recordar que los sacerdotes de todas las iglesias, lejos de sacrificarse por los rebaños entregados a sus cuidados, siempre les sacrificaron, explotaron y mantuvieron en el estado de rebaños, en parte para satisfacer sus propias pasiones personales y en parte para servir a la omnipotencia de la Iglesia? Las mismas condiciones, las mismas causas, producen siempre iguales efectos. Ocurrirá, pues, lo propio con los profesores de la escuela moderna, divinamente inspirados y colocados por el Estado. Se tornará necesariamente, unos sin saberlo, otros en pleno conocimiento de causa, los maestros de la doctrina del sacrificio popular al poder del Estado y en provecho de las clases privilegiadas.

¿Será, pues, necesario eliminar de la sociedad toda enseñanza y abolir todas las escuelas?

Lejos de eso. Es necesario propagar la instrucción en las masas y transformar todas las iglesias, todos los templos dedicados a la gloria de Dios y a la esclavitud de los hombres en otras tantas escuelas de emancipación humana. Pero, en primer lugar, entendámonos. Las escuelas propiamente dichas, en una sociedad normal, basada en la igualdad y en el respeto de la libertad humana, no deberán existir sino para los niños; y, a fin de que sean realmente escuelas de emancipación y no de esclavitud, será necesario, ante todo, eliminar la ficción de Dios, el esclavizador eterno y absoluto. Será necesario fundar toda la educación de los niños y su instrucción en el desarrollo científico de la razón, no en el de la fe; en el desarrollo de la dignidad y de la independencia personales, no en el de la piedad y de la obediencia; en el culto a la verdad y a la justicia, y, ante todo, al respeto humano, que debe reemplazar en todo y por todo, al culto divino.

El principio de autoridad es, en la educación de los niños, el punto de partida natural. Mas como el desarrollo de toda cosa y, por consiguiente, el de la educación, implica la negación sucesiva del punto de partida, ese principio debe irse eliminando conforme avanza la educación y la instrucción para dejar sitio a la libertad ascendente.

Toda la educación racional no es en el fondo otra cosa que esa inmólación progresiva de la autoridad en provecho de la libertad, pues el objeto final de la educación ha de ser formar hombres libres y llenos de respeto y de amor a la libertad ajena. Así, el primer día de la vida escolar, si la escuela toma los niños de corta edad, cuando comienzan a pronunciar alguna que otra palabra, debe ser el de la mayor autoridad y de una ausencia casi completa de libertad y de la abolición absoluta de todo vestigio del principio animal o divino de la autoridad.

Este principio, aplicado a los hombres llegados a que pasaran de su mayoría de edad, se torna algo de monstruoso, en una negación flagrante de la humanidad, en un manantial de esclavitud y de depravación intelectual y moral. Por desgracia, los gobiernos paternos han permitido que las masas envejezcan en tan completísima ignorancia, que será necesario fundar escuelas no sólo para los niños, sino también para los adultos. De estas escuelas deberán ser eliminadas en absoluto las menores aplicaciones o manifestaciones del principio de autoridad. No serán escuelas, serán academias populares, en las que ya no podrá tratarse de maestros y de discípulos, a las que el pueblo irá libremente a tomar, si lo cree necesario, una enseñanza libre, y en las que, rico en experiencias, podrá, a su vez, enseñar muchas cosas a los profesores que le presten los conocimientos que él no posea. Será, pues, una enseñanza mutua, un acto de fraternidad intelectual entre la juventud instruída y el pueblo.

La verdadera escuela para éste, para todos los hombres hechos, es la vida. La única grande y omnipotente autoridad natural y racional a la vez, la úni-

ca que podemos respetar, será la del espíritu colectivo y público de una sociedad basada en el respeto mutuo de todos sus miembros. Sí; he ahí una autoridad que no es de ningún modo divina, completamente humana, y ante la cual nos inclinaremos de buen grado, seguros de que, lejos de esclavizarlos, emancipará a los hombres. Seguros estad de que será mil veces más poderosa que todas vuestras autoridades divinas, teológicas, metafísicas, políticas y jurídicas, instituidas por el Estado; más poderosa que vuestros códigos, vuestros presidios y vuestros verdugos.

El poder del sentimiento colectivo o del espíritu público es hoy ya muy serio. Los hombres más expuestos a cometer crímenes se atreven pocas veces a desafiarle, a afrontarle sin disimulo. Tratarán de engañarle, pero se guardará mucho de provocarle, a menos de sentirse apoyado por una minoría cualquiera. Ningún hombre, por poderoso que se crea, tendrá nunca la fuerza necesaria para soportar el desprecio unánime de la sociedad; nadie sabría vivir sin sentirse sostenido por el asentimiento y el aprecio, cuando menos, de una parte de esta sociedad. Es necesario que un hombre sea impelido por una inmensa y muy sincera convicción para que halle valor suficiente para opinar y avanzar contra todos. Y nunca habrá hombre tan egoísta, depravado y vil como es necesario serlo para tener ese valor.

Nada mejor que este hecho prueba la solidaridad natural y fatal que liga a todos los hombres. Todos podemos ver todos los días esta ley en nosotros mismos y en las personas a quienes conocemos. Pero si existe un poder social como éste, ¿por qué no ha sido bastante para moralizar a todos los hombres?

Sencillamente porque hasta la fecha ese poder no ha sido humanizado porque la vida social, de la que siempre es fiel expresión, se basa, como es sabido, en el culto divino y no en el respeto humano; en la autoridad, no en la libertad; en el privilegio, no en la igualdad; en la explotación, no en la fraternidad de los hombres; en la iniquidad

y la mentira, no en la justicia y en la verdad. Por consiguiente, su acción real, siempre en contradicción con las teorías humanitarias que profesa, constantemente ha ejercido una influencia funesta y depravadora. No comprime los vicios y los crímenes; los crea. Su autoridad es, por consiguiente, una autoridad divina, antihumana; su influencia es perjudicial, funesta.

¿Queréis tornarlas humanas y bienhechoras? Haced la Revolución Social. Haced que todas las necesidades se vuelvan realmente solidarias, que los intereses materiales y sociales de cada uno se hallen de acuerdo con los deberes humanos de cada uno. Y para esto no hay más que un medio; la destrucción de todas las instituciones de la Desigualdad; la fundación de la Igualdad económica y social de todos. Y sobre esta base se elevará la libertad, la moralidad, la humanidad solidaria de todos.

Sí; el idealismo teórico da como consecuencia necesaria el materialismo más brutal en la práctica; no, indudablemente, en los que le predicán de buena fe (el resultado ordinario para esto es ver que sus esfuerzos resultan estériles), sino en los que se esfuerzan para realizar sus preceptos en la vida y en la sociedad entera, en tanto que ésta se deja dominar por las doctrinas idealistas.

Para demostrar este hecho general, y que a primera vista puede parecer extraño, pero que se aplica naturalmente cuando se ha reflexionado, no faltan pruebas históricas.

Compárense las dos últimas civilizaciones del pueblo antiguo: la civilización griega y la romana. ¿Cuál de ellas es más materialista, más natural por su punto de partida y más humanamente ideal en sus resultados? ¿Cuál es, por el contrario, más abstractamente ideal en su punto de partida —sacrificando la libertad ideal del ciudadano, representado en la abstracción del derecho jurídico, y del desarrollo natural de la sociedad humana en aras de la abstracción del Estado— y ¿cuál se hizo, no obstante más brutal en las consecuencias? La civilización

griega, como todas las antiguas civilizaciones, comprendida la de Roma, fué exclusivamente nacional y tuvo por base la esclavitud. Pero, no obstante estos dos inmensos defectos, la primera no concibió y realizó menos la idea de la humanidad; ennobleció y realizó realmente la vida de los hombres; transformó los rebaños humanos en asociaciones libres de hombres libres; creó, con la libertad de las ciencias, las artes, una poesía, una filosofía inmortal y las primeras nociones del respeto humano. Con la libertad política social creó el pensamiento libre.

A fines de la Edad Media, en la época del Renacimiento, bastó que algunos griegos que habían emigrado llevasen a Italia varios de sus libros inmortales para que la vida, la libertad, el pensamiento, la humanidad, enterradas en el sombrío calabozo del catolicismo, resucitaran súbitamente.

La emancipación humana es realmente el nombre de la civilización griega.

¿Y el de la romana?

La conquista, con todas sus brutales consecuencias.

¿Y su última palabra?

La omnipotencia de los Césares que fué el envilecimiento y la esclavitud de las naciones y de los hombres.

Hoy, todavía, ¿qué es lo que mata, qué es lo que aplasta brutal, materialmente, en todos los países de Europa, la libertad y la humanidad?

Siempre el triunfo del principio cesáreo o romano.

Compárense las dos últimas civilizaciones modernas: la civilización italiana y la alemana.

Representa la primera, en su carácter general, el materialismo; la otra, por el contrario, representa lo más abstracto, lo más puro y lo más trascendental en cuanto a idealismo.

Veamos los frutos prácticos de una y de otra.

Italia ya ha prestado inmensos servicios a la causa de la emancipación humana. Fué la primera en resucitar y aplicar ampliamente el principio de la libertad en Europa y la que

dió a la humanidad sus títulos de nobleza: la industria, el comercio, la poesía, las artes, las ciencias positivas y el pensamiento libre. Aplastada después por tres siglos de despotismo imperial y papal, y arrastrada por el lodo por su burguesía gobernante, reaparece hoy, es cierto, muy regenerada en comparación con lo que fué. Y, sin embargo, ¡cuán distinta de Alemania! En Italia, no obstante aquella decadencia, que esperamos será pasajera, se puede vivir y respirar humanamente, rodeado de un pueblo que parece nacido para la libertad. Italia, burguesa y todo, puede mostrar hombres como Mazzini y Garibaldi. En Alemania se respira la atmósfera de una inmensa esclavitud política y social filosóficamente explicada y aceptada por un gran pueblo con resignación y buena voluntad premeditadas. Sus héroes — hablo de la Alemania de hoy, no de la Alemania del porvenir, de la Alemania nobiliaria, burocrática, política y burguesa, no de la Alemania proletaria— sus héroes son lo contrario de los Mazzini y los Garibaldi: son hoy Guillermo I, el feroz y sencillo representante del Dios protestante, son Bismarck y Moltke y los generales Manteuffel y Werder. En todas sus relaciones internacionales, Alemania, desde que existe, fué lenta, sistemáticamente invasora, conquistadora, siempre pronta a extender sobre los pueblos vecinos su propia esclavitud voluntaria; y, desde que se constituyó en potencia unitaria, se ha vuelto una amenaza, un peligro para la libertad de toda Europa. En la actualidad, Alemania es el servilismo brutal y triunfante.

Para demostrar cómo el idealismo teórico se transforma incesante y fatalmente en materialismo práctico, no hay más que citar el ejemplo de todas las Iglesias cristianas y, naturalmente, primero que el de todas el de la Iglesia Apostólica y Romana. ¿Qué es más sublime en el sentido ideal, qué es más desinteresado, qué es más apartado de todos los intereses de esta tierra que la doctrina de Cristo predicada por esta Iglesia? ¿Y qué de más brutalmente materialista que la práctica constante

de esta misma Iglesia a partir del siglo VIII, cuando empezó a constituirse en potencia? ¿Cuál fué y cuál es aún el objeto principal de todos sus litigios contra los soberanos de Europa? Sus bienes temporales, sus rentas primero, y en seguida su poder temporal; sus privilegios políticos.

Es necesario hacerle la justicia de que fué la primera en descubrir en la historia moderna la verdad incontestable, pero muy poco cristiana, de que la riqueza y el poder, la explotación económica y la opresión política de las masas, son los dos términos inseparables del reino del idealismo divino en la tierra: la riqueza, consolidando y aumentando el poder, y el poder, descubriendo y creando siempre nuevos manantiales de riquezas, aseguran, mejor que el martirio y la fe de los apóstoles, mejor que la divina gracia, el éxito de la propaganda cristiana. Es esta una verdad histórica no desconocida para las Iglesias, para las sectas protestantes, mejor dicho. Hablo, naturalmente, de las Iglesias independientes de Inglaterra, de América y de Suiza, no de las Iglesias seviles de Alemania. Estas carecen de iniciativa propia: hacen lo que sus amos, sus soberanos temporales, que a la vez son sus jefes espirituales, desean que hagan. Sabido es que la propaganda protestante, la de Inglaterra y de América, sobre todo, va estrechamente unida a la propaganda de los intereses materiales, comerciales, de ambas naciones; y sabido es también que esta última propaganda no tiene por objeto el enriquecimiento y la prosperidad material de los países en que penetra en compañía de las palabras de Dios, sino la explotación de dichos países en pro del enriquecimiento de ciertas clases que en su propia comarca no viven de otra cosa que de la explotación y del pillaje.

En una palabra, no es muy difícil probar, historia en mano, que la Iglesia, que todas las Iglesias cristianas y no cristianas, junto a su propaganda espiritualista, y probablemente para acelerar y consolidar su buen éxito, nunca se olvidaron en organizarse en

grandes compañías para llevar a cabo la explotación económica de las masas, bajo la protección y con la bendición directa y especial de una divinidad cualquiera; que todos sus Estados, que en su origen, como es sabido fueron, con sus instituciones políticas y jurídicas, sino sucursales temporales de aquellas distintas Iglesias, no tienen por objeto principal sino la explotación en provecho de las minorías laicas, indirectamente legitimadas por la Iglesia, y, por último, que, en general, la acción de Dios y de todos los idealismos divinos en la tierra condujeron siempre, y en todas partes, a la fundación del materialismo próspero del pequeño número sobre el idealismo fanático y constante de las masas.

Hoy estamos viendo una nueva prueba de esto. A excepción de aquellos grandes corazones y de aquellos grandes talentos que antes nombrara, ¿quiénes son en la actualidad los defensores más encarnizados del idealismo? En primer lugar, todas las cortes soberanas. En Francia fueron Napoleón III y su esposa Eugenia; todos los ministros cortesanos y ex mariscales, desde Rouher y Bazaine hasta Fleury y Pietri; los hombres y las mujeres del mundo oficial imperial, que tan bien idealizó y salvara a Francia; fueron los periodistas y sus sabios: los Cassanage, los Garardín, los Dusernois, los Venillot, los Leverrier, los Dumas... Fué, en fin, la negra falange de los jesuítas y las jesuítas; fué toda la elevada burguesía y la clase media de la nación. Fueron los doctrinarios liberales y los liberales sin doctrina; los Guizot, los Thiers, los Julio Favre, los Pelletan y los Julio Simón, todos encarnizados defensores de la explotación burguesa. En Prusia, en Alemania, es Guillermo I, el rey demostrador actual del buen Dios, en la tierra; son todos sus generales, todos sus oficiales, todo su ejército, que, fuerte con su idea religiosa, acaba de vencer a Francia de la manera ideal que se conoce. En Rusia es el Zar y su corte toda; son los Muravief y los Barg, todos degollados por ser misioneros de Polonia. En todas partes, para acabar,

el idealismo religioso y filosófico (el uno es la traducción más o menos libre del otro), sirve hoy de bandera a la fuerza material más desvergonzada; mientras que, por el contrario, la bandera del materialismo teórico, la roja bandera de la igualdad económica y de la justicia social, es mantenida por el idealismo práctico de las masas oprimidas y hambrientas, que tienden a conseguir la mayor libertad y el derecho humano del individuo en la fraternidad de todos los hombres de la tierra.

¿Cuáles son los verdaderos idealistas, los idealistas no de la abstracción, sino de la vida, no del cielo, sino de la tierra, y cuáles son los materialistas?

Es evidente que el idealismo teórico o divino tiene por condición esencial el sacrificio de la lógica, de la razón humana, la renuncia a la ciencia.

Se ve, por otra parte, que defendiendo las doctrinas idealistas uno es forzosamente arrastrado hacia el partido de los opresores y de los explotadores de las masas populares.

He ahí dos grandes razones que parecen deber bastar para alejar del idealismo a todo espíritu elevado, a todo gran corazón.

¿Cómo es, entonces, que nuestros ilustres idealistas contemporáneos, a los que, con seguridad, no falta el talento, ni el corazón, ni la buena voluntad, y que prometieron toda su vida al servicio de la humanidad, cómo es que se obstinan en permanecer entre los representantes de una doctrina en lo sucesivo condenada y deshonrada?

Necesario es que les impulse una razón poderosísima. Y esta razón no puede ser ni la lógica, ni la ciencia, porque la lógica y la ciencia pronunciaron su veredicto contra la doctrina idealista. No pueden ser los intereses personales, porque dichos hombres están muy por encima de cuanto denominase interés. Es, pues, necesario que sea una poderosa razón moral. ¿Cuál de ellas? No puede haber más que una. Esos hombres ilustres piensan, sin duda alguna, que las teorías o las creencias idealistas son esencialmente necesarias a la dignidad y a la

grandeza moral del hombre, y que las teorías materialistas, por el contrario, le rebajan al nivel de los animales.

¿Y si lo contrario fuere la verdad?

He dicho que todo desarrollo implica la negación del punto de partida. La base o punto de partida, según la escuela materialista, es material; luego la negación ha de ser ideal. Partiendo de la totalidad del mundo real, o de lo que abstractivamente se llama materia, llega, lógicamente, a la idealización real, es decir, a la humanización, a la emancipación plena y completa de la sociedad. En cambio, y por la misma razón, la base y punto de partida de la escuela idealista es ideal, por lo que llega forzosamente a la materialización de la sociedad, a la organización de un despotismo brutal y de una explotación inícuca y nada noble, bajo la forma de Iglesia y de Estado. El desarrollo histórico del hombre, según la escuela materialista, es una ascensión progresiva; en el sistema idealista, no puede ser sino una continua caída.

Considérese la cuestión humana que quiera considerarse, siempre se encontrará la misma contradicción esencial entre ambas escuelas.

Así, según lo hice observar, el materialismo parte de la animalidad para constituir la humanidad; el idealismo parte de la divinidad para constituir la esclavitud y condenar a las masas a una animalidad eterna. El materialismo niega el libre arbitrio y lleva a la constitución de la libertad; el idealismo, en nombre de la dignidad humana, proclama el libre arbitrio, y, sobre las ruinas de toda libertad, establece la autoridad. El materialismo rechaza el principio de autoridad, porque le considera, con razón, como el corolario de la animalidad, pues por, el contrario, el triunfo de la humanidad, objeto y sentido principal de la historia, no es realizable sino por medio de la libertad. En una palabra, siempre se encontrará a los idealistas en flagrante delito de materialismo práctico, mientras que se verá cómo los materialistas persiguen y llevan a cabo sus aspiraciones, los pensamientos más ampliamente ideales.



La historia, en el sistema de los idealistas no puede ser, según dije, sino una caída continua. Comienzan por una terrible caída, de la que jamás vuelven a levantarse: por el "salto mortal" de las regiones sublimes de la idea pura, absoluta a la materia. ¡Y a qué materia! No van a caer en aquella materia eternamente activa, siempre en movimiento, llena de propiedades y de fuerzas, de vida y de inteligencia, tal como a nosotros se presenta en el mundo real, sino en la materia abstracta, empobrecida y reducida a la miseria absoluta, tal como la conciben los teólogos y los metafísicos, que todo se lo quitaron para dárselo a su emperador, a su Dios; en esta materia que, privada de toda acción y de todo movimiento propios no representa en oposición a la idea divina sino la estupidez, la impenetrabilidad, la inercia y la inmovilidad absolutas.

La caída es tan terrible, que la divinidad, la persona o la idea divina se embrutece y pierde la conciencia de sí misma para nunca recobrarla. ¡Y en esta desesperada situación, todavía se ve obligada a hacer milagros! Por que desde el momento en que la materia es inerte, todo movimiento que en el mundo se produce, aun el más material, es un milagro; no puede ser sino efecto de una intervención providencial de la acción de Dios sobre la materia.

Y he aquí que esta pobre Divinidad, casi aniquilada por la caída, permanece algunos millares de siglos en este desvanecimiento, luego se levanta con lentitud, esforzándose en vano para asir cualquier vago recuerdo de sí misma; y cada movimiento que a este fin hace en la materia, se torna una creación, una formación nueva, un nuevo milagro. De esta manera pasa por todos los grados de la materialidad y la animalidad; primero gas, cuerpo químico simple o compuesto; mineral, se esparce en seguida por la tierra como la organización vegetal, luego se concentra en el hombre. Aquí parece deber volver a encontrarse, porque en cada ser humano enciende una chizpa

angélica, una pequeña parte de su propio ser divino, el alma inmortal.

¿Cómo pudo llegar a depositar una cosa absolutamente inmaterial en una cosa absolutamente material? ¿Cómo puede el cuerpo contener, encerrar, limitar, paralizar el espíritu puro?

He aquí una nueva cuestión que sólo puede resolver la fe, esa afirmación apasionada y estúpida de lo absurdo.

Este es el mayor de los milagros. Aquí nosotros no podemos hacer otra cosa que señalar los efectos, las consecuencias prácticas de él.

Después de los millares de siglos de vanos esfuerzos para volver en sí, la Divinidad, perdida y esparcida en la materia, que anima y pone en movimiento, halla un punto de apoyo, una especie de hogar para su propio recogimiento. Este hogar es el hombre, es su alma inmortal encerrada singularmente en un cuerpo mortal. Pero el hombre, considerado individualmente, es en exceso limitado, demasiado pequeño para contener la inmensidad divina; no puede encerrar de ella sino una pequeñísima parte, inmortal como el Todo, pero infinitamente menor que el Todo. De donde resulta que es Ser divino, el Ser absolutamente inmaterial, el Espíritu es divisible como la materia.

He ahí otro misterio cuya solución ha de encomendarse a la fe.

Si Dios entero pudiera encerrarse en cada hombre, cada hombre sería entonces Dios. Tendríamos una inmensa cantidad de Dioses, todos limitados uno por otro, sin ser ninguno menos infinito; contradicción que implicaría necesariamente la destrucción mutua de los hombres, la imposibilidad de que hubiese más de uno.

En cuanto a las partes, la cosa es muy distinta. Nada tan racional, efectivamente, como el que una parte sea limitada por otra, y que sea más pequeña que el Todo. Sólo que aquí se presenta otra contradicción. Ser mayor y menor son los atributos de la materia, no del espíritu tal como entienden los idealistas. Ciertamente es que, según los materialistas, el espíritu no es otra cosa que el funcionamiento del

organismo completamente material del hombre, la dimensión del espíritu dependen de la mayor o menor perfección material del organismo humano. Pero estos mismos atributos de pequeñez y de grandor relativos no pueden ser atribuidos al espíritu, tal como lo comprenden los idealistas, al espíritu absolutamente inmaterial, al espíritu existente fuera de la materia. No puede haber allí ni más pequeño ni mayor, ni límite ninguno entre los espíritus, porque no hay más que un Espíritu: Dios. Si se agrega que las partes infinitamente pequeñas y limitadas que constituyen las almas humanas son a la vez inmortales, la contradicción será llevada al colmo. Pero esta es cuestión de fe. Pasemos a otra cosa.

Tenemos a la Divinidad descuartizada y depositada en infinito número de pequeñas partes, en inmensísima cantidad de seres de todo sexo, de toda edad, de toda raza y de todo color. Es esta una situación excesivamente incómoda y desgraciada, porque las partes divinas se reconocen con tanto trabajo al principiar su existencia humana, que comienzan por devorarse unas a otras. Sin embargo, en medio de este estado de barbarie y brutalidad completamente animales, las partículas divinas, las almas humanas, conservan como un vago recuerdo de su primitiva divinidad, y son invenciblemente arrastradas hacia su todo; se buscan, le buscan. La Divinidad, esparcida y perdida en el mundo material, búscase en los hombres; y se halla de tal modo embrutecida por aquella multitud de humanas prisiones, en las que se halla distribuida, que al buscarse comete locura tras locura.

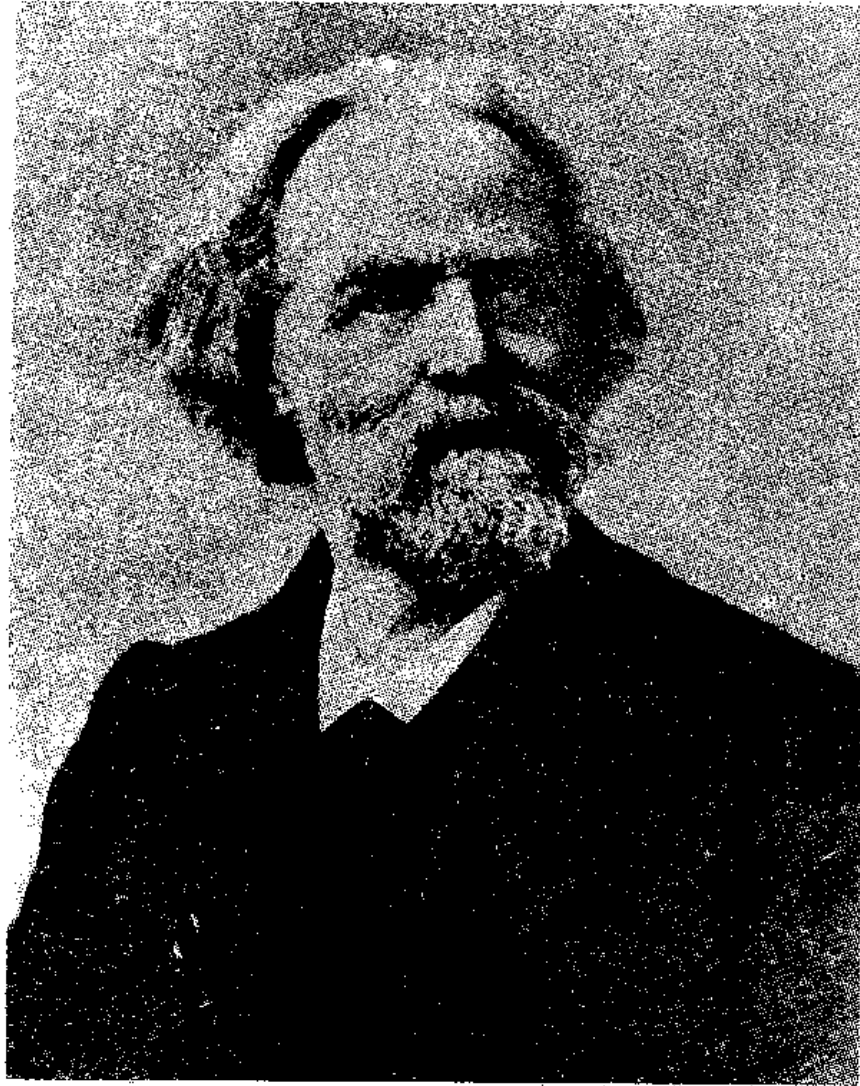
Comenzando por el Dios hijo se busca y se adorna a sí mismo tan pronto en una piedra, como en un pedazo de madera, como otro objeto. Hasta es probable que no hubiera salido de piedra si la otra divinidad, que no se dejó tragar por la materia, que se conservó en estado puro en las alturas sublimes del ideal absoluto, no hubiera tenido piedad de ella.

He ahí un nuevo misterio. El de la divinidad que se parte en dos mitades, ambas igualmente infinitas, y una de las cuales, Dios padre, se conserva en las regiones inmateriales, mientras la otra, Dios hijo, se sumerge en la materia. Dentro de poco veremos cómo entre dos divinidades, separadas una de otra, se establecen continuas relaciones de abajo a arriba y de arriba a abajo; y otras relaciones, consideradas como un solo acto eterno y constante, constituirán el Espíritu Santo. Tal es, en su verdadero sentido teológico y metafísico, el grande, el terrible misterio de la Trinidad cristiana.

Pero abandonemos lo antes posible aquellas alturas, y veamos qué ocurre en la tierra.

Dios padre, viendo desde lo alto de su eterno esplendor, que el pobre Dios hijo, atontado por su caída, se halla tan sumergido y perdido en la materia como detenido en el estado humano, que no logra volver en sí, se decide a prestarle su ayuda. Entre la inmensa cantidad de partes a la vez inmortales, divinas e infinitamente pequeñas en que Dios hijo ha diseminado hasta el punto de no poderse reconocer, Dios padre elige las que más le agradan, y en ellas toma sus inspirados, sus profetas, sus hombres de genio virtuoso, los grandes bienhechores y legisladores de la humanidad: Zoroastro, Buda, Moisés, Confucio, Licurgo, Solón, Sócrates, el divino Platón, y especialmente, Jesucristo, la completa realización de Dios hijo, por fin recogido y concentrado en una sola persona humana: todos los apóstoles, San Pedro, San Pablo y San Juan; Constantino el Grande, Mahoma; luego Gregorio VII, Carlomagno, Dante, según unos; también Lutero, Voltaire y Rousseau; Robespierre y Danton, y otros muchos grandes y santos personajes, de los que es imposible recordar todos los nombres, pero entre los cuales, como ruego, ruego no sea olvidado San Nicolás.

— Fin del fragmento —



1830

*ELISEO RECLUS*

1905

## *Evolución y Revolución*

(Fragmento)

La evolución es el movimiento infinito de cuanto existe, la transformación incesante del Universo en todas sus partes, desde los orígenes eternos y durante el infinito del tiempo. Las vías lácteas que aparecen en el espacio

sin fin, que se condensan y se disuelven durante millones y millones de siglos; las estrellas, los astros que nacen, se agregan y mueren; nuestro torbellino solar con su astro central, sus planetas y lunas, y, en los límites

reducidos de nuestro planeta, los montes que surgen y desaparecen, los océanos que se forman y se agotan luego, los ríos que fertilizan los valles y se secan como tenue rocío matutino, las generaciones de plantas, de animales y de hombres que se suceden continuamente, y los millones de existencias imperceptibles, desde el hombre hasta el mosquito, no son sino manifestaciones de la gran evolución, arrastrándolo todo en un torbellino sin fin.

Comparativamente con este fenómeno de la vida primordial y universal, ¿qué son todos esos pequeños acontecimientos llamados revoluciones astronómicas, geológicas o políticas? Vibraciones casi insensibles, apariencias podríamos decir. En la evolución universal las revoluciones se suceden por millones y millones de miradas, y por insignificantes que sean, forman parte de ese movimiento infinito.

La ciencia no establece ninguna diferencia entre las dos palabras, evolución y revolución cuyo parecido es grande, no obstante ser empleadas en el lenguaje común, en un sentido completamente distinto de su significación primitiva.

Lejos de ver hechos de un mismo orden, que sólo difieren por la amplitud del movimiento, los hombres tímidos, a quienes cualquier cambio llena de espanto, pretenden dar a las dos palabras una significación absolutamente opuesta. La *Evolución*, sinónimo de desarrollo gradual, continuo en las ideas y las costumbres, se la define como la antítesis de esta otra horrorosa palabra, la *Revolución*, que implica cambios más o menos bruscos en los acontecimientos. Con entusiasmo aparente o hasta sincero, hablan de la evolución y de los progresos lentos que se efectúan en las células cerebrales, de los secretos de la inteligencia y el corazón; pero no pueden consentir que se mencione siquiera la abominable revolución, que se escapa de los espíritus para hacer explosión en las calles acompañada casi siempre de gritos espantosos de multitud, ruidos y choques de armas.

Consignemos primero que es dar

pruebas de gran ignorancia establecer entre la evolución y la revolución un contraste de paz y de guerra, de calma y de violencia. Las revoluciones pueden hacerse pacíficamente, por efecto de un cambio posible del medio ambiente, produciendo un *modo* diferente en los intereses; mientras que las evoluciones pueden ser muy rudas, envueltas en guerras y persecuciones. Si la palabra evolución es aceptada con entusiasmo por los mismos que miran con espanto a los revolucionarios, es sencillamente porque no se han capacitado de su valor, porque lo que la palabra en sí significa no pueden admitirlo en modo alguno. Hablan del progreso en términos generales, que rechazan el progreso en particular. Ven la sociedad actual tal cual es, reconocen que es mala, pero que, sin embargo, debe conservarse porque en ella pueden realizar su ideal: riqueza, poder, consideración, bienestar. Puesto que hay ricos y pobres, poderosos y débiles, amos y esclavos, Césares que ordenan el combate y gladiadores que van a morir en él, las gentes listas no tienen más que ponerse del lado de los ricos, hacerse aduladores y cortesanos de los Césares. En esta ciudad de pan y dinero, colocaciones, honores, los hombres "prácticos" deben arreglárselas de modo que puedan tomar la mayor cantidad posible de cuantos presentes brinda el destino. Si la buena estrella, presidiendo su nacimiento les ha dispensado de toda lucha, dándoles por herencia cuanto humanamente necesitan, y para lo superfluo además, ¿de qué pueden quejarse? Hacen cuanto pueden (y lo consiguen sin esfuerzo) para convencerse de que todo el mundo está satisfecho como ellos: "Para el ahito todo el mundo ha comido según su apetito". Para el egoísta que la sociedad no ha dado riquezas desde la cuna, y que por sí mismo está descontento de su mala suerte, puede acariciar la halagüeña esperanza de conquistar una buena colocación poniendo en juego la adulación y la intriga, la audacia o trabajando de cierto modo, al servicio de los poderosos. ¿Qué será para éstos

seres la evolución social? ¡Evolucionar hacia la fortuna es su única ambición! Lejos de buscar la justicia para todos, les basta con conquistar el privilegio para sí mismo.

Hay, sin embargo, espíritus timoratos que creen con sinceridad en la evolución de las ideas, empiezan vagamente la transformación correspondiente de las cosas, y no obstante, por un sentimiento instintivo, casi físico, hacen cuanto pueden para evitar al menos durante su vida toda revolución. La evocan y la conjuran al mismo tiempo. Combaten la sociedad presente y aman la sociedad futura, como si ésta pudiera aparecer súbitamente por una especie de milagro, sin producir ningún trastorno entre el mundo del porvenir. Como seres incompletos, sienten el deseo sin tener la idea; tienen imaginación, pero carecen de voluntad. Perteneciendo moralmente a dos mundos a la vez, es decir, de hecho en sus relaciones con tan condenados por la ley a traicionar el uno y el otro: en la sociedad conservadora son elementos de disolución, por sus ideas y su lenguaje; en la de los revolucionarios resulta una rémora, abjurando sus ímpetus de juventud, y como el perro de quien nos habla el Evangelio "vuelven hacia lo que han vomitado". Así se explica el que durante las revoluciones los defensores más ardientes del antiguo régimen son aquellos que en tiempo normal lo combatieron: de precursores se convierten en regenados. Como los torpes magos de la leyenda, se aperci-ben demasiado tarde de que han desencadenado demasiadas fuerzas, para su débil voluntad, para sus tímidas manos. Hay otra clase de evolucionistas, y son los que en el conjunto de las cosas no ven más que un solo cambio, a cuya realización, estricta y metódica se consagran, sin preocuparse de otras transformaciones sociales; han reducido y limitado su campo de acción. Algunos sujetos, al parecer hábiles, han querido por este procedimiento tranquilizar su conciencia y trabajar en defensa de la futura revolución sin perjuicios en el presente pa-

ra ellos mismos. So pretexto de consagrar sus esfuerzos en defensa de una reforma de inmediata realización, pierden completamente de vista todo ideal superior y hasta lo rechazan con energía, para que no se sospeche de ellos la parcialidad por los ideales revolucionarios. Otros, más honrados, o completamente respetables y hasta cierto punto útiles a la gran obra, son aquellos que, por estrechez de espíritu, no pueden abarcar más que una sola parte del progreso. La sinceridad de sus sentimientos y la honradez de su conducta les coloca fuera del alcance de nuestra crítica. Nosotros les llamamos hermanos, no obstante lamentar lo reducido del campo de acción, en el cual se encuentran estacionados; su odio especial contra un solo abuso, parece que admiten como justas las demás iniquidades.

No nos ocupamos de aquellos cuya finalidad, a nuestro entender relativamente plausible, se limite a la reforma de la ortografía, a la reglamentación de la hora o el cambio del meridiano, la supresión de los corsés o de las gorras de pelo; creemos que hay otras cosas más interesantes y más lejos del ridículo cuya propagación exige a sus defensores energía, perseverancia y heroísmo. Cuando se ve en cualquier innovador rectitud perfecta, fervor de sacrificio y desprecio del peligro, el revolucionario le debe en cambio simpatía y respeto. Así, por ejemplo, cuando vemos una mujer pura, de sentimientos elevados, noble de carácter e inmaculada de todo escándalo ante la opinión descender hasta la prostituta y decirle: "Tú eres mi hermana; cuenta conmigo para luchar contra el agente que te insulta, contra el médico de la *higiene* que te explota con su visita, contra la sociedad entera que te desprecia y atropella", nadie de nosotros se detiene en consideraciones generales para regatearle respeto a la valiente evolucionista que se declara en rebel-día contra la impúdica gazmoñería del mundo oficial. Podríamos decirle, sin duda, que todas las revoluciones se enlazan, que la protesta del individuo contra el Estado abarca lo mismo la



causa del cautivo que de cualquier otro al igual que la de la prostituta; pero no por eso dejamos de sentir admiración por los que combaten ruda-mente siquiera sea en un campo estrecho, en una esfera reducida. Igualmente consideramos héroes a cuantos en cualquier país, y no importa qué siglo, han sabido sacrificarse desinteresadamente por una causa común, por limitado que haya sido su horizonte. Que cada uno de nosotros les salute con entusiasmo y digamos: "Sepamos imitarles en nuestra esfera de acción, bastante más vasto que el suyo, puesto que comprende toda la tierra".

En efecto, la evolución abarca el conjunto de las cosas humanas y la revolución debe abarcarlas también, por más que no haya siempre un paralelismo evidente en los acontecimientos parciales que constituyen el total de la vida de las sociedades. Los progresos se consolidan entre sí y por eso nosotros los defendemos todos, según la medida de nuestra fuerza y nuestros conocimientos: progresos sociales y políticos, morales y materiales, de ciencias, artes o industria. Evolucionistas en toda la línea, somos igualmente revolucionarios en todo, porque sabemos que la historia misma no es otra cosa que la serie de hechos realizados, sucediendo a la serie de preparación. La gran revolución intelectual que emancipa los espíritus, trae por consecuencia lógica la emancipación de los demás individuos.

Puede decirse que la evolución y la revolución son dos actos sucesivos de un mismo fenómeno; la evolución precede a la revolución, y ésta a nueva evolución, causa eterna de revoluciones futuras. ¿Un cambio social puede efectuarse sin producir súbitos cambios de equilibrio en la vida? ¿La revolución no ha de suceder necesariamente a la evolución. lo mismo que el acto sucede a la voluntad de obras? Una y otra no difieren más que por la época de su aparición. Que un obstáculo (éboulis) obstruya un río, las aguas se amontonan poco a poco contenidas por éste, y un lago se forma bien pronto por una lenta evolución;

luego se produce una infiltración en el aral del dique, y el arrastre de una piedra determinará el cataclismo. El obstáculo será arrastrado violentamente y el lago volverá a ser río. Esto se llama una pequeña revolución terrestre.

Si la revolución viene siempre bastante después de la evolución, es por la resistencia que el ambiente ofrece: el agua de una corriente choca contra las orillas en donde retarda su marcha; el rayo pierde en el cielo porque la atmósfera opone resistencia a la chispa salida de la nube. Cada transformación de la materia, cada realización de una idea, en el período mismo de un cambio, se ve contrariada por la inercia del ambiente, y el nuevo fenómeno no puede producirse sino por una fuerza tanto más violenta, cuanto mayor es la resistencia que ofrece. Harder lo dice hablando de la Revolución francesa. "La semilla se arroja sobre la tierra; durante mucho tiempo parece muerta; de repente, empujada por la fecundación, salta la tierra que la cubría, violenta a la arcilla enemiga, y héla ya convertida en planta, floreciendo y madurando el fruto". El niño, ¿cómo nace? Después de haber residido durante nueve meses en la tenebrosa mansión del vientre materno, sólo sale de allí por la violencia, rompiendo la envoltura que le aprisionaba, y produciendo a veces la muerte de su madre. Tales son las revoluciones, consecuencia de las evoluciones que las han precedido.

Las fórmulas proverbiales son peligrosas porque acostumbrándose a repetir las maquinalmente se pierde la costumbre de reflexionar. Por eso se repite con demasiada frecuencia la frase de Linneo: *Non facit saltus natura*. Sin duda, que la naturaleza no hace saltos, pero cada una de sus evoluciones determinan un cambio de fuerzas hacia un punto nuevo. El movimiento general de la vida en cada ser en particular y en cada serie de seres no nos enseña la existencia de una continuación directa, sino al contrario, una sucesión indirecta, revolucionaria, por así decirlo. La rama no es conti-

nuación de otra rama; la flor no es prolongación de la hoja, ni el pistilo de la estambrilla; ni el ovario difiere de los órganos que le han dado vida. El hijo no es continuación del padre o de la madre, sino un nuevo ser. El progreso se hace por un cambio continuo de puntos de partida, diferente para cada ser. Lo mismo es para las especies. El árbol genealógico de los seres, como el árbol propiamente dicho, es un conjunto de ramas que cada una halla su fuerza y su vida, no en la rama procedente, sino en la savia original, primitiva. Y las grandes evoluciones históricas no difieren de esta ley. Cuando los viejos cuadros, las formas demasiado estrechas de los organismos son insuficientes para contener la vida, ésta cambia de punto para dar origen a una nueva forma: es que se ha efectuado una revolución.

Sin embargo, las revoluciones no son siempre un progreso, lo mismo que las evoluciones no están siempre orientadas hacia un principio de justicia. Todo cambia y se mueve en la naturaleza eternamente, pero lo mismo puede hacerse un progreso que un regreso, y si las evoluciones tienden generalmente a un aumento de vida, hay casos, no obstante, que la tendencia es hacia la muerte. Pararse es imposible, es preciso moverse en un sentido u otro; y el reaccionario empedernido como el liberal conservador cuyas conciencias estultas o intranquilas se llenan de espanto al oír pronunciar la palabra revolución; van, sin embargo, hacia ella, hacia la última, hacia el eterno descanso. La enfermedad, la senilidad, la gangrena, con evolución lo mismo que la infancia, la pubertad, etc. La invasión de gusanos a un cadáver, como el primer suspiro del niño, indican que una revolución se ha hecho. La fisiología y la historia nos demuestran que hay evoluciones de decadencia y revoluciones que son la muerte.

La historia de la humanidad, a pesar de no sernos conocida más que a medias durante un corto período de algunos millares de años, nos ofrece no obstante, ejemplos de pueblos, ciuda-

des e imperios que han perecido miserablemente tras larga evolución, arrastrados hacia la muerte. Múltiples son los hechos de todos los órdenes que han podido determinar esas enfermedades de los pueblos, bajo cuya acción han perecido naciones y razas enteras. El clima y el sol pueden haber empeorado, como ha debido suceder con las vastas regiones del Asia central, de donde lagos y ríos han desaparecido y una capa salitrosa ha cubierto la tierra, en otro tiempo fértil. Las invasiones de hordas enemigas han destruido ciertas regiones tan intensamente que la desolación perdurara por los siglos de los siglos. Otras naciones, no obstante, han podido florecer nuevamente luego de la conquista y la destrucción, y hasta después de siglos de opresión. Si un pueblo cae en la barbarie o muere es por defecto de su constitución íntima y no por circunstancias exteriores; en éstas es inútil buscar los motivos de la regresión y de la ruina. Existe una causa mayor, la causa de las causas, que resume la historia de la decadencia. Es la constitución social, de forma que una parte de la humanidad sea dueña de la otra parte, es la acaparación de la tierra, de los capitales, del poder, de la instrucción y de los honores para unos cuantos solamente o para una clase aristocrática. En cuanto la multitud se halla en estado de imbecilidad y ha perdido la virtud de rebelarse contra el monopolio de un pequeño número de hombres, puede afirmarse que está virtualmente muerta; su desaparición ya no es más que cuestión de tiempo. La peste negra llega inmediatamente para limpiar toda la inútil multitud de individuos sin libertad. Los grandes asesinos (vulgo guerreros) llegan de Oriente o de Occidente, y las ciudades inmensas conviértense en desierto, en ruinas silenciosas. Así murieron Asiria y Egipto; así desapareció Persia; y cuando todo el imperio romano pertenecía a unos cuantos propietarios, los bárbaros reemplazaron bien pronto al propietario esclavizado.

Todos los acontecimientos suelen ser a la vez un fenómeno de muerte y

de vida, resultado de evoluciones de decadencia y de progreso. La destrucción del imperio romano constituye, en su inmensa complejidad, todo un conjunto de revoluciones, correspondiendo a una serie de evoluciones de las cuales unas han sido felices y otras desgraciadas. Ciertamente que para los oprimidos fué un gran paso la ruina de la formidable máquina que pesaba sobre el mundo, y no es menos cierto que, desde muchos puntos de vista, fué también una etapa gloriosa en la historia humana la entrada violenta de todos los pueblos del Norte en el mundo de la civilización. Muchos esclavos hallaron en la tormenta algo de libertad en contra de sus amos; pero en cambio las ciencias y las industrias perecieron las más y perdieron toda su importancia; destruyeron las estatuas, incendiaron las bibliotecas. La cadena de los tiempos se rompió, al parecer. Parecía que los pueblos renunciaban a su herencia de conocimientos. A un ruín despotismo sucedió otro peor; de una religión muerta reñaron los principios de otra religión nueva más autoritaria, más cruel y fanática que la anterior; y durante un millar de años, una noche horrorosa de ignorancia e imbecilidad, propagada por los frailes, se esparció por toda la tierra.

Otros movimientos históricos se presentan igualmente bajo dos aspectos, impulsados por los miles de elementos que entran en acción y cuyas múltiples consecuencias quedan señaladas en las transformaciones políticas y sociales. Por eso cada acontecimiento da lugar a otros que son correlativos a la amplitud de concepto y prejuicios del historiador que los aprecia. Así por ejemplo, para citar un caso famoso mencionaremos la creencia de que el florecimiento de la literatura francesa en el siglo XVII fué atribuida al genio de Luis XIV, porque este rey se hallaba en el trono en la época misma en que gran número de hombres producían grandes obras en un lenguaje admirable, "La mirada de Luis hizo nacer a Corneille". Es cierto que un siglo después nadie pretendió que los Voltaire,

los Diderot, los Rousseau debieran igualmente su genio y su gloria a la mirada *evocativa* de Luis XV. En nuestro mismo tiempo, ¿no hemos visto al mundo británico postrarse de hinojos ante la reina rindiéndole homenaje por todos los faustos acontecimientos de su reinado, atribuyendo a sus virtudes los progresos realizados durante medio siglo, como si la gran evolución universal fuera debida a los méritos particulares de esta soberana? Sin embargo, esta mujer de valor mediocre no tuvo otra molestia que la de estar sentada en su trono durante más de sesenta años, obligada por la misma Constitución que representaba a una abstención política que ha durado cerca de cincuenta años. Millones de hombres apiñados en las calles, amontonados en casas, fábricas y talleres pretenden que esta señora sea el genio todopoderoso de la prosperidad inglesa. La hipocresía pública lo exige así, tal vez porque la apoteosis oficial de la reina-emperatriz, permitía a la nación adorarse a sí misma. No obstante, el general clamoreo, no unían sus voces algunos individuos; y durante su reinado se vió a los irlandeses hambrientos enarbolar la bandera negra y en las ciudades de la India asaltar las multitudes los palacios y cuarteles.

Pero hay circunstancias durante las cuales el elogio del poder parece menos absurdo y hasta justificado a primera vista. Puede suceder que un buen rey, un Marco Aurelio por ejemplo, un ministro de sentimientos generosos, un funcionario filántropo, un déspota *bienhechor* en una palabra, ejerza su autoridad en provecho de una clase del pueblo, haga alguna cosa útil a todos, decretar la obilición de una ley funesta, beneficiar un poco a los oprimidos para vengarse del poderío de los opresores; pero todo esto son coyunturas felices que por la condición misma del medio ambiente no se producen sino de un modo irregular, porque los poderosos tienen más ocasiones para abusar de su situación, no teniendo ningún motivo para ser buenos en sí, y estando rodeados además por gentes interesadas en hacerlas ver

las cosas siempre falsamente. Aun cuando se pasearan disfrazados durante la noche, como Haron al Raschid, les sería imposible saber la verdad completa; contra su buen deseo sus actos parten siempre del error, desviados de la justicia desde el punto de partida por la influencia del capricho, de la duda, y las falsedades voluntarias o involuntarias cometidas por los agentes encargados de realizar el bien.

Hay casos, sin embargo, en que la labor de los jefes, reyes, príncipes o legisladores resulta buena en sí, o al menos bastante aceptable; en estas circunstancias la opinión pública, la idea popular, la voluntad de abajo, han obligado a los jefes a hacer el bien; en estos casos la iniciativa de los jefes no es más que aparente; ceden a una presión que podría ser funesta y que así resulta útil, porque las fluctuaciones de la multitud se producen con igual frecuencia en sentido progresivo que en sentido regresivo; con más frecuencia cuando las sociedades se hallan en estado de progreso general. La historia contemporánea de Europa y de Inglaterra, sobre todo, nos ofrece mil ejemplos de medidas equitativas que no provienen en modo alguno de la buena voluntad de los legisladores, sino que fueron impuestas por la multitud anónima: el promulgador de la ley reivindica los méritos ante la historia, no es en realidad más que un simple *sancionador* de las decisiones tomadas por el pueblo; que en estos casos el verdadero amo. Cuando las leyes sobre los cereales fueron abolidas por las Cámaras inglesas, los grandes propietarios, que con su voto se perjudicaban a sí mismos, se convirtieron en defensores del bien público contra su espontánea voluntad: no hicieron más que conformarse con las imposiciones directas de la multitud. De otra parte, cuando en Francia, Napoleón III, aconsejado en secreto por Ricardo Cobden, estableció algunas disposiciones sobre el libre cambio, no estaba apoyado por sus ministros, ni por las Cámaras, ni por la generalidad de la nación: las leyes que hizo votar por

orden no podían subsistir, y sus sucesores, confiando en la indiferencia del pueblo, aprovecharon la primera ocasión para restaurar la práctica del proteccionismo y casi la prohibición, en beneficio de los grandes industriales y grandes propietarios.

El conjunto de civilizaciones diferentes produce situaciones complejas en las cuales puede un espíritu superficial atribuir a un "poder fuerte" honores que no le corresponden ni remotamente siquiera. Así se elogia al gobierno británico por haber prohibido en la India los *sutti* o sacrificio de las viudas en el mismo fuego que se consumían los cadáveres de sus esposos, cuando al contrario, tendríamos derecho para extrañarnos cómo las autoridades inglesas han estado tantos años y tan sin motivo resistiéndose a los deseos de todos los hombres de corazón de Europa y de la India misma, que veía con estupor que el gobierno se hacía cómplice de los crímenes de una turba inmundada de verdugos, amparándose en las instrucciones brahmánicas, desprovistas de toda sanción salvo los textos vedas, completamente falsificados. La abolición de tales horrores fué ciertamente un bien, aunque un bien tardío; ¡pero cuántos males pueden atribuirse también al ejercicio mismo de ese poder "tutelar", cuántos impuestos opresivos, cuántas miserias y cuántos hambrientos interceptando los caminos con sus cadáveres!

Todo acontecimiento, todo período histórico que ofrece un doble aspecto, es imposible juzgarlo en conjunto sin incurrir en el error. El ejemplo mismo del amanecer del Renacimiento que puso fin a la Edad Media y al largo sueño del pensamiento humano, nos demuestra que dos revoluciones pueden realizarse a un tiempo: como una causa de decadencia y la otra de progreso. El período del Renacimiento, que descubrió los monumentos de la antigüedad, que descifró los libros y sus enseñanzas, que salvó a la ciencia del obscurantismo y de las fórmulas supersticiosas, lanzando de nuevo a los hombres por el camino de los estudios

desinteresados, tuvo también por consecuencia la muerte definitiva del espontáneo movimiento artístico que tan maravillosamente se había desarrollado durante el período de las ciudades libres. Fue un repentino desbordamiento de río, destruyendo la cultura de los campos inmediatos: hubo que empezar lo todo nuevamente y ¡cuántas veces la vanal imitación de lo antiguo tuvo que reemplazar obras que menos tenían el mérito de ser originales!

El renacimiento de las ciencias y las artes fué acompañado paralelamente en el mundo religioso por esa excisión del cristianismo, que han dado el nombre de Reforma. Durante mucho tiempo se ha visto en esta revolución una de las crisis bienhechoras de la humanidad, resumida por la conquista del derecho de iniciativa individual, por la emancipación de los espíritus que los sacerdotes habían tenido durante tanto tiempo en una servil ignorancia: se creyó que en lo sucesivo los hombres serían dueños de sí mismos, iguales unos y otros, por la independencia del pensamiento. Pero hoy sabemos que la Reforma fué la constitución de otra Iglesia autoritaria, enfrente de la Iglesia que hasta entonces había poseído el monopolio de envilecer las inteligencias. La Reforma desplazó las fortunas y prebendas en provecho de un poder nuevo, y de una y otra parte nacieron órdenes, jesuítas y contrajesuítas para explotar al pueblo bajo formas nuevas. Lutero y Calvino, para las gentes que no participaban de su modo de ser; hablaron el mismo lenguaje de intolerancia feroz que Santo Domingo e Inocencio III. Como la Inquisición, establecieron el espionaje, el encarcelamiento y descuartizaron y quemaron con igual o mayor ferocidad que sus predecesores; sus doctrinas impusieron igualmente como principio la obediencia a los reyes y a los intérpretes de la "palabra divina".

No hay duda que existe una diferencia entre el protestante y el católico; éste es más sencillamente crédulo, ningún milagro le extraña (hablo de

los sinceramente creyentes); el otro elige entre los misterios y los sostiene con igual tenacidad, después de haberse pronunciado por uno que cree haber sondado. Ve en su religión una obra personal, como una creación de su genio. El católico, cuando acaba de creer cesa de ser cristiano, mientras que el protestante *raciocinador* no hace más que cambiar de secta cuando modifica sus interpretaciones de la palabra divina: continúa siendo discípulo de Cristo, místico inconvertible. Los pueblos contrastan como los individuos, según la religión que profesan, y cuya esencia moral han penetrado más o menos. Los protestantes tienen ciertamente más iniciativas y más método, lo aplican al mal, lo hacen con el fervor religioso que los americanos del Norte emplearon para mantener la esclavitud de los africanos como "institución divina".

Otro acontecimiento complejo fué el de la época revolucionaria, cuya crisis sangrienta son la Revolución americana y la Revolución francesa. ¡Ah! ¡También entonces pareció que el cambio beneficiaba por entero al pueblo, y verdaderamente esas fechas históricas deben considerarse como el principio de una humanidad nueva! Los convencionales quisieron empezar la historia desde el primer día de su constitución, como si los siglos anteriores no hubieran existido y que el hombre político pudiera contar su origen desde la proclamación de sus derechos. Ciertamente que este período es una gran época en la vida de las naciones; un despertar de esperanza se esparció entonces por todo el mundo; el pensamiento libre adquirió una extensión que jamás había tenido; las ciencias se renovaron, el espíritu de invención llegó hasta el infinito y nunca se vió un número tan grande de hombres, transformados por un ideal nuevo, hacer con mayor desinterés propio el sacrificio de la vida.

Sin embargo, esta revolución, según hoy tenemos ocasión de ver, no emancipó a todos los hombres, sino a una porción solamente; los derechos del hombre no pasaron del estado de teo-



ría: la garantía de la propiedad individual que se proclamó al mismo tiempo convirtió en ilusorios tales derechos. Una nueva clase de poseedores avaros empezó la obra de acaparación; la burguesía substituyó a la clase gastada, escéptica y pesimista de la vieja nobleza, y con una ciencia y un entusiasmo que jamás habían tenido las antiguas clases directoras, se ocupó en explotar a la multitud desheredada. Y en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad cometieron desde entonces toda clase de iniquidades y abominaciones. Napoleón arrastró tras de sí un millón de asesinos con el plausible fin de emancipar al mundo; y para hacer la felicidad de sus queridas y respectivas patrias, los capitalistas fundaron vastas propiedades y organizaron las grandes industrias, establecieron poderosos y absorbentes monopolios y continuaron la esclavitud antigua bajo nueva forma.

Las revoluciones produjeron siempre un doble efecto. Puede decirse que la historia ofrece en todos los casos un anverso y reverso, y cuántos no se satisfacen con palabras deben estudiar detenidamente, los hechos con crítica severa, e interrogar con intención a los hombres que pretenden ser defensores de la buena causa. No es suficiente gritar: ¡Revolución! ¡Revolución! para que inmediatamente sigamos detrás de cualquiera que tenga interés en arrastrarnos. Es natural, sin duda, que el ignorante obedezca a su instinto: el toro enloquecido se precipita sobre un trapo rojo, y el pueblo, siempre oprimido, se lanza contra cualquiera que se designe como causante de su desgracia. Una revolución es siempre necesaria y buena cuando se produce contra un amo o contra un régimen; pero si de ella ha de surgir un nuevo despotismo, es cosa de preguntarse si no resulta preferible dirigirla de otro modo. El momento de no emplear en estas luchas sino fuerzas conscientes, ha llegado ya; los evolucionistas, con perfecto conocimiento de lo que quieren realizar en la próxima revolución, no se entretendrán en la inicua tarea

de sublevar a los descontentos y lanzarlos a una lucha sin finalidad, sin brújula.

Puede decirse que hasta nuestros días ninguna revolución ha sido razonada, y por esta causa, poderosa por cierto, ninguna tampoco ha completado el triunfo. Todos los grandes movimientos fueron, sin excepción actos inconscientes de la multitud, movida por su instinto o arrastrada por interesados, y las ventajas obtenidas no han sido de verdad más que para los directores del movimiento. La Reforma que hecha por una clase y ella fué quien recogió las ventajas; la Revolución francesa la hizo una clase y ella fué quien la explotó en su provecho, sometiéndola a nueva tiranía a todos los desgraciados que tomaron parte en la lucha y procuraron la victoria. Y en nuestros días, el "Cuarto Estado", los socialistas autoritarios, olvidando, a los campesinos, a los presos, a los vagabundos, a la *canalla*, ¿no corren también el peligro de considerarse como la clase distinta y trabajar, no por la humanidad, sino por sus particulares intereses?

Por eso toda revolución tuvo su día siguiente. La víspera se empujaba al pueblo al combate; al día siguiente se le exhortaba a la calma; la víspera se le decía que la insurrección es el más sagrado de los deberes, y al día siguiente se le predicaba que "el rey es la mejor de las repúblicas" o que el mayor heroísmo consistía en "pasar tres meses de hambre en beneficio de la sociedad", como sucedió en 1848 o bien aún que ningún arma puede reemplazar a la papeleta electoral. De revolución en revolución, el curso de la historia parece el de un río contenido de distancia en distancia por obstáculos. Cada gobierno, cada partido vencedor, ensaya dirigir la corriente a derecha o izquierda para llevarle a su campo, a su molino. La bella ilusión de los reaccionarios y el funesto criterio de los malvados y los pesimistas es que siempre será así y que el pueblo, como rebaño, se dejará eternamente desviar de su verdadero

camino, empujado por soldados brutales o aventureros o por abogados charlatanes.

Ese eterno vaivén que nos enseña en el pasado la serie abortada de revoluciones parciales, la labor infinita de las generaciones que se suceden en la desgracia, dando vueltas sin parar a la roca que los aplasta; esa ironía del destino que nos enseña cómo los cautivos rompen sus cadenas para dejarse atar nuevamente, es causa de un gran trastorno moral, y por eso vemos hasta entre los nuestros, hombres que, perdieron toda esperanza y cansados antes de haber luchado, se cruzan de brazos, abandonándose al azar y olvidando a sus hermanos. Amémoslos como amigos débiles, como ignorantes que no sabían lo que hacían o lo sabían a medias; no veían los accidentes del camino que habían de seguir o bien creían ser transportados por la suerte, como el navío, al que un viento favorable empuja felizmente hacia el puerto de salvación; quisieran llegar al fin, no por el conocimiento de las leyes naturales y de la historia, ni por la tenacidad de su voluntad, sino por la suerte o por vagos deseos, pareciéndose en esto al místico extraviado de entendimiento que, convencido de que se asea por la tierra, cree no obstante que le guía en su camino una esrella de las que brillan en el cielo.

Escritores que se complacen afirmando su superioridad y a quienes las agitaciones de la multitud sólo inspiran un soberano desprecio, afirman que la humanidad está condenada a moverse eternamente en un círculo sin salida. Según ellos, la multitud, incapaz de reflexionar jamás, estará siempre bajo el dominio de los demagogos, y éstos, según sus intereses, dirigirán las masas hacia el progreso o hacia el retroceso. De la multitud de individuos, apiñados unos contra otros, se desprende fácilmente un alma común, completamente subyugada por la misma pasión, dejándose arrastrar por los mismos gritos de entusiasmo, por las mismas vociferaciones, no formando más que un sólo ser, con mil gritos frenéticos de amor o de odio. En unos

cuantos días o unas cuantas horas, el curso de los acontecimientos arrastra a la misma multitud a las manifestaciones más opuestas de apoteosis o de maldición. Las que entre nosotros tomamos parte en las luchas de la Comuna de París conocen perfectamente esos movimientos de resaca de la ola humana.

A la salida para puntos de vanguardia se nos aclamaba con entusiasmo; lágrimas de admiración brillaban en los ojos de los que nos saludaban; las mujeres agitaban sus pañuelos con ternura y con delirio. ¡Pero cuán diferente fué la acogida para los héroes de la víspera, al volver prisioneros entre dos filas de soldados, los que nos habían salvado de la metralla! En todos los barrios la multitud se componía de los mismos individuos, y sin embargo, ¡qué diferencia en sus sentimientos y su actitud! ¡Qué ferocidad en sus imprecaciones de odio! “¡Mueran! ¡Mueran!” —gritaban—. “¡A la guillotina! ¡A la metralla!”

Consignemos, no obstante, que hay multitudes distintas, y que según el impulso recibido por la conciencia colectiva, compuesta de miles de conciencias individuales, reconoce más o menos claramente la naturaleza de su emoción y si la obra realizada ha sido verdaderamente buena. De otra parte, no se puede negar que el número de hombres que adquieren una individualidad independiente, con sus convicciones personales y su línea de conducta propia, aumenta en las mismas proporciones que el progreso humano. A veces estos hombres cuyas ideas concuerdan o al menos se aproximan unas a otras, son bastante numerosos para constituir ellos mismos asambleas, en las que los pensamientos y las voluntades aparezcan en perfecto acuerdo. Sin duda que los instintos espontáneos, los actos sin reflexión aún prevalecen, impónense en determinados momentos, pero éstos son cada vez menos frecuentes, y la dignidad personal adquiere inmediatamente su salvadora preponderancia. Se han visto ya algunas de esas reuniones, res-

petuosas de sí mismas, bien diferentes de esas masas vociferantes que se envilecen hasta la bestialidad.

Con frecuencia se ha comparado la multitud con los ejércitos que, según las circunstancias, se sienten empujados por la locura colectiva del heroísmo o dispersados por el terror y el pánico; sin embargo, en la historia misma abundan los ejemplos de hombres resueltos que lucharon hasta el fin con plena conciencia de su valor y de su fuerza.

Las oscilaciones de la multitud continuarán produciéndose durante mucho tiempo aún. ¿Pero en qué medida? Sólo los acontecimientos nos lo podrán decir. Para determinar el progreso sería preciso saber en qué proporción ha crecido el número de hombres independientes y de individualidad completa durante el curso de la historia. Tan singular estadística es imposible, ni aproximada siquiera, porque hasta entre los innovadores se encuentran con lamentable frecuencia hombres que sólo lo son de palabra y que, careciendo de personalidad, se dejan arrastrar por los jóvenes, compañeros en ideas. Además, es grande también el número de los que por petulancia y vanidad fingen levantarse como bravos ante la tradición y la fuerza de los siglos y pierden tierra al menor contratiempo, cambiando de opinión y de lenguaje sin darse cuenta siquiera. ¿Quién será el hombre que actualmente, en una conversación íntima y sincera, no declare sustentar ideas socialistas? Por el solo hecho de procurar darse cuenta de los argumentos del adversario, se ve forzosamente obligado a comprenderlos, a participar de ellos en cierta medida, a admitirlos como concepción general de la sociedad, porque responde así a su ideal de perfección. La lógica misma obliga a ensartar las ideas de otro con las propias.

Entre los revolucionarios debe producirse un fenómeno análogo; debemos esforzarnos para interpretar con exactitud y sinceridad todas las ideas de aquellos a quienes combatimos para hacerlas nuestras y darles el verda-

dero sentido revolucionario. Todas las razones de nuestros interlocutores, atrasados con relación a las modernas teorías, deben clasificarse en el puesto que les corresponda en el pasado, no en el porvenir. Su estudio pertenece a la filosofía de la historia.

El período de puro instinto, no tiene razón de ser en nuestros días. Las revoluciones no se harán ya al azar, porque las evoluciones son cada día más conscientes y reflexionadas. En todos los tiempos el animal o el niño gritaron cuando se les ultrajó y contestaron con gestos o con golpes; la sensitiva misma cierra sus hojas cuando un movimiento la ofende; pero la lucha metódica y precisa contra la opresión está muy lejos de esas rebeliones espontáneas. Los pueblos veían en otros tiempos como los acontecimientos iban sucediéndose y no se preguntaban a qué orden superior obedecían; luego aprendieron a conocer el encadenamiento de los sucesos y a estudiarlos con inexorable lógica, empezando a saber que es necesario trazarse una línea de conducta para conquistarse a sí mismos y conquistar después el puesto que en el mundo les corresponde. La ciencia social, que señala las causas de la esclavitud y al mismo tiempo los medios de emancipación, se va desprendiendo del caos de opiniones en litigio.

El primer hecho demostrando por esta ciencia es que ninguna revolución puede realizarse sin una revolución anterior. La historia antigua nos cuenta a millares el número de "revoluciones de palacio", es decir el un rey por otro, de un ministro por otro, de un favorito por un consejero o por un nuevo amo. Pero estos cambios, no teniendo ninguna trascendencia social, y no aplicándose en realidad más que a simples individuos, podían hacerse sin que la masa del pueblo se preocupara en lo más mínimo de los acontecimientos ni de sus consecuencias: era suficiente hallar un sicario con el puñal bien afilado para que el trono fuera ocupado por otro. Sin duda que el capricho del rey podía entonces arrastrar a las multitudes de su país,

por medio de ciertos sujetos, a aventuras imprevistas, porque el pueblo, acostumbrado a la obediencia y a la resignación, se conformaba con los mandatos de arriba: no emitía su opinión en ningún caso porque le parecían todos los asuntos superiores a su humilde competencia. Lo mismo sucedía en los países en que luchaban dos familias rivales con todos sus parciales de la aristocracia y la burguesía; luego de la lucha se producían revoluciones aparentes: una conjura de asesinos favorecidos por la suerte, cambiaba el centro del gobierno y modificaba el personal de éste; ¿pero qué importaba todo esto a los oprimidos? Más tarde, en los Estados cuya base se había ensanchado, y en los que las clases se disputaban la supremacía por encima de una multitud sin derechos, condenada anticipadamente a sufrir el peso de las leyes impuestas por la clase victoriosa, los combates en las calles y las luchas en las barricadas producían la proclamación de gobiernos provisionales en los que el pueblo tomaba ya alguna parte.

Actualmente esas luchas no son ya posibles en nuestras ciudades, convertidas en cuarteles, y las últimas "revoluciones" de esa clase no obtuvieron más que un éxito fugaz. Por eso en 1848 la Francia no siguió a los que habían proclamado la República, por ignorar lo que significa la palabra y lo que valía el régimen, y aprovechó la primera ocasión para volver hacia atrás violentamente. Los campesinos con quienes no se había contado, y cuya masa respondió al movimiento de un modo confuso, indeciso, informe, demostraron a cuantos estudian estos fenómenos históricos que su evolución no se había hecho y que no podían admitir una revolución que había nacido antes de tiempo, que era un aborto. Tres meses después de la explosión revolucionaria, la masa electoral restablecía el régimen tradicional, hacia el cual se sentía atraída su alma esclava: igual hacen las bestias de carga aguantando sobre su espalda dolorida el peso que las aplasta.

Lo mismo sucedió con la "revolu-

ción" de la Communa, tan admirablemente justificada y hecha necesaria por las circunstancias. No podía tampoco triunfar porque sólo la hacía la mitad de París y la secundaban algunas ciudades industriales: el reflujo la ahogó en un diluvio, pero diluvio de sangre.

No es por consecuencia suficiente el repetir las viejas fórmulas, *Vox Populi, Vox Dei*, ni basta con pronunciar gritos de guerra y agitar al viento una bandera. La dignidad del ciudadano puede imponerse en ciertas circunstancias, levantar barricadas, defendiendo su pueblo o su libertad; pero debe saber y no olvidar nunca que por el efecto de las balas solamente, no se resolverá jamás la más insignificante cuestión social. En la cabeza y en los corazones se ha de hacer la transformación antes de poner en tensión los músculos y de cambiarse en fenómeno histórico. Con todo esto lo que resulta verídico respecto a la revolución progresiva, lo es igualmente con relación a la regresiva. No puede negarse que un partido en el poder, que una clase en posesión de funciones, honores, dinero y de fuerza pública, puede hacer mucho mal y contribuir poderosamente al retroceso de las gentes cuya dirección ha usurpado. Sin embargo, no aprovechará su victoria sino dentro de los límites trazados por el término medio de la opinión pública: hasta puede suceder que no le sea posible poner en vigor ciertas medidas y leyes promulgadas por asambleas, formadas según su deseo. La influencia del ambiente moral e intelectual se ejerce constantemente sobre los hombres ávidos de dominación que sobre la multitud resignada de esclavos voluntarios; y en virtud de esta influencia, las oscilaciones que tienen lugar a una y otra parte del centro, no se alejan sino muy débilmente.

Sin embargo, y esto es una enseñanza de la historia contemporánea, el centro mismo varía incesantemente por efecto de miles de cambios parciales surgidos en el cerebro humano. Es, pues, en el individuo, o sea en la célula primordial de la sociedad, donde he-

mos de buscar las causas de la transformación general, según el tiempo y el medio ambiente. Si de un lado vemos al hombre aislado sometido a la influencia de la sociedad entera, con su religión y su política, de otro veremos al individuo libre que, por insignificante que sea, en el espacio y el curso de las edades, consigue no obstante imponer su condición personal sobre el mundo que le rodea y hasta modificarlo de un modo definitivo por el descubrimiento de una ley, por la realización de una obra, por la aplicación de un procedimiento o a veces por una hermosa expresión que la ciencia no olvidará jamás. Distinguir en la historia las huellas de millares y millares de héroes que con su personalidad han contribuido de un modo eficaz al trabajo colectivo de la civilización, nos resultaría tarea fácil.

La inmensa mayoría de los hombres se compone de sujetos que quieren vivir sin esfuerzo, como viven las plantas, y que no hacen nada para rehacerse en bien o en mal contra el ambiente en el que están sumergidos, como una gota de agua en el Océano. Sin que pretendamos engrandecer aquí el valor propio de los hombres conscientes de sus actos y resueltos a emplear su fuerza en defensa de un ideal, nadie podrá negar que este hombre representa todo un mundo, en comparación de otros miles que viven con el alma embotada y el pensamiento adormecido sin la menor protesta interior, y que lo mismo se mueven en las filas de un ejército que en una procesión de peregrinos. En un momento dado, la voluntad de un hombre puede contener el desbordamiento y el pánico de todo un pueblo. En la historia de los acontecimientos se registran las muertes heroicas de muchos hombres generosos; ¡pero la misión de sus existencias consagradas al bien público fueron más importantes que el sacrificio de sus vidas!

Tratemos ahora de distinguir cuidadosamente, ya que equivocarse es fácil, quiénes son los "buenos", con objeto de no incurrir en el pecado de atribuir este don a la "aristocracia", tomando

en el sentido usual. Muchos escritores y oradores, sobre todo los pertenecientes a la clase en la que se reclutan los detentores del poder, hablan con fruición de la necesidad de crear para la dirección de las sociedades un "grupo escogido" cuyas funciones serán las mismas que las del cerebro en el organismo humano. ¿Pero qué "grupo escogido" ha de ser ese, inteligente y fuerte a la vez, en cuyas manos debe abandonarse el gobierno de los pueblos? Pues sencillamente un grupo compuesto de todos los que reinan y mandan, reyes, príncipes, ministros y diputados, ensoberbecidos y orgullosos de sus propias personas, contestando a toda objeción sencilla: "Nosotros somos los escogidos, representamos la subsistencia cerebral del cuerpo político". ¡Amarga irrisión la pretendida y arrogante superioridad de la aristocracia oficial creyéndose constituir realmente la aristocracia de la inteligencia, de la iniciativa y de la evolución intelectual y moral! Lo contrario es precisamente lo cierto, o al menos lo que más cantidad de verdad encierra; en muchísimas ocasiones la aristocracia tuvo bien merecido el nombre de *kakistocracia* con que Leopoldo de Ranke la trata en su historia. ¡Qué puede decirse, por ejemplo, de la nata y flor de la aristocracia francesa, que recientemente, para salvarse del incendio del bazar de la Caridad, se abrió paso a bastonazos y patadas sobre la cara y el vientre de las mujeres!

Es cierto que los que disponen de medios de fortuna tienen más facilidades que los demás para estudiar e instruirse, pero es cierto también que tienen muchos más medios para pervertirse y corromperse. Un sujeto adulado, como lo ha de ser siempre un jefe, tanto si es emperador como si es encargado de taller, está expuesto a ser siempre engañado y por consecuencia condenado a no saber nunca apreciar las cosas en sus proporciones verdaderas. Está expuesto, además por las facilidades que halla para vivir, a no aprender a luchar con el infortunio y a abandonarse egoístamente esperándolo todo de los otros; su situación



se empuja hacia la crápula elegante y grosera, y son tantos los vicios, que no hay fuerza moral que contenga a un *afortunado* en su descenso hacia el inmenso piélago de fango que ellos forman. Y cuanto más se degrada más grande se cree ante sus propios ojos por las adulaciones interesadas: una vez descendido hasta el bruto, puede creerse Dios, y agitándose en el cieno puede creerse en pleno apoteosis. ¿Y quiénes son los que pretenden conquistar el poder para reemplazar a esos privilegiados de la fortuna y dan origen a un nuevo grupo elegido, supuesto inteligente? Un adversario del socialismo, un defensor de eso que se llama "buenos principios", M. Leroy Beaulieu, nos ha hablado de una nueva aristocracia en términos que, viniendo de un anarquista, parecerían demasiado violentos y realmente injustos; "Los políticos contemporáneos de todas las tallas y categorías —dice—, desde el concejal de ayuntamiento hasta el ministro, representan en conjunto, salvo muy raras excepciones, una de las clases más viles, más ignorantes y bribonas que jamás ha conocido la humanidad. Su única finalidad es fomentar todas las bajas y desarrollar todos los prejuicios populares, de los que están poseídos vagamente la mayor parte, porque ninguno ha consagrado un instante de su vida a la observación, la reflexión y el estudio".

La prueba de que las dos aristocracias, la que representa el poder y la otra realmente compuesta de los "buenos", no ha podido confundirse nunca, nos lo demuestra la historia con páginas sangrientas. Considerados en conjunto los anales humanos, pueden definirse como el relato de una lucha eterna entre los que, habiendo sido creados en el rango de los que mandan, gozan de la fuerza adquirida por las generaciones, y los que nacen llenos de entusiasmo y admiración por las fuerzas creadoras. Los dos grupos de los "buenos" están en guerra, y la profesión histórica de los primeros es siempre la de perseguir, la de esclavizar, la de matar a los demás. Los

"mejores", oficialmente, los dioses mismos, fueron los que enclavaron a Prometeo en una roca del Cáucaso y desde esta época mitológica fueron siempre los "mejores", los emperadores, papas y magistrados los que encarcelaron, torturaron y quemaron a los innovadores que maldijeron sus obras. El verdugo estuvo siempre al servicio de esos "buenos" por excelencia.

En todas las épocas hallaron sabios prontos a defender su causa. Fuera de la multitud anónima que no piensa en nada y que acepta como buena la civilización rutinaria, existen hombres de instrucción y talento que se convierten en voluntarios panegiristas de lo existente o en defensores del salt hacia atrás y cuyas concepciones no alcanzan más que a mantener la sociedad en su estado actual e invariable, como si fuera posible contener la fuerza de proyección de un globo lanzado en el espacio. Esos mesoneístas que odian todo lo nuevo, no ven más que locos en los innovadores, en los hombres que piensan y tienen ideales, y llevan su amor a lo existente hasta señalar como criminales políticos a todos los que critican las cosas existentes, a todos los audaces que se lanzan hacia lo desconocido.

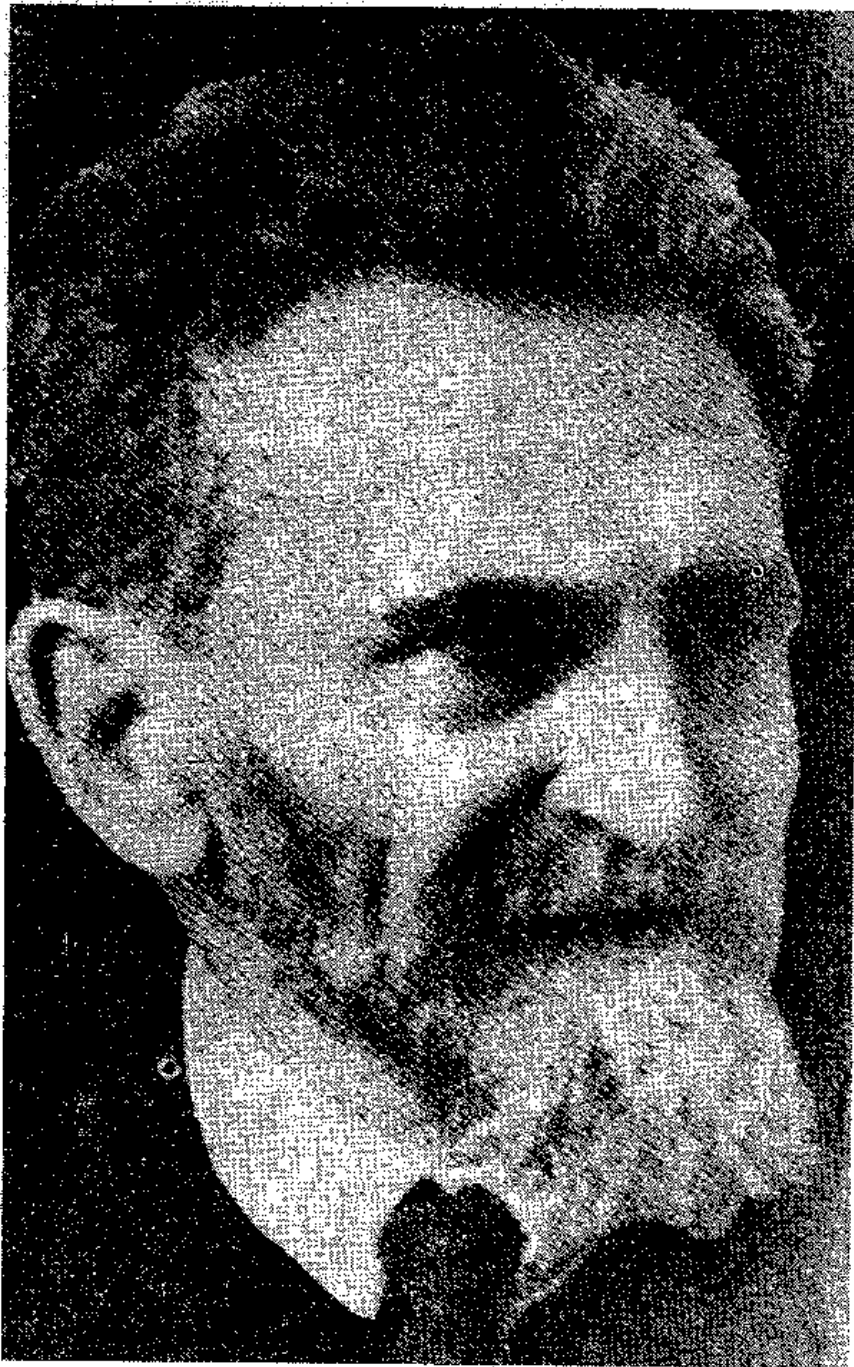
Incongruentes en todo, declaran que cuando una idea ha penetrado en el corazón de la multitud, no hay otro remedio que admitirla para evitar que se imponga por la revolución. Pero mientras llega esta revolución fatal, piden que los revolucionarios sean tratados como criminales, que se castiguen hoy los actos que serán mañana alabadas manifestaciones de la más hermosa moral. Esta clase, con toda su pretendida superioridad, hubiera hecho beber a Sócrates la cicuta, hubiera llevado a Juan Huss a la hoguera y decapitado a Bebuf, aun en nuestros días, porque este innovador sería un revolucionario actualmente al lado de los *sabios* apologistas de unos y otros.

A nosotros nos arrojan a todos los furores de la vindicta social, no porque no tengamos razón, sino porque la tenemos demasiado pronto.

Bien hemos tenido ocasión de saber que nuestro siglo es el de los ingenieros y los soldados y que por lo tanto todo debe trazarse en línea recta. "¡Alineación!" tal es la sabia y enér-

gica expresión de esos pobres espíritus que sólo ven la belleza en la simetría y en la vida en la rigidez de la muerte.

— *Fin del fragmento* —



1853

*ENRIQUE MALATESTA*

1932

## *La Anarquía*

(Fragmento)

Muchas y diferentes son las teorías merced a las cuales se ha tratado de explicar y justificar la existencia del

gobierno. Pero todas se basan en el prejuicio, fundado o no, de que los hombres tenemos intereses contrarios

y que, por consiguiente, se necesita una fuerza externa, superior, para obligar a los unos a respetar los intereses de los otros, dictando e imponiendo aquellas reglas de conducta que mejor armonicen a los intereses en la lucha y permitan a cada cual hallar el máximo de satisfacción con el menor sacrificio posible.

Si los intereses, dicen los teólogos del autoritarismo, las tendencias y los deseos de un individuo se hallan en oposición con los de otro individuo o con los de toda la sociedad. ¿Quién tendrá derecho y suficiente poder para obligar al uno a respetar los intereses del otro? ¿Quién podrá impedir al simple ciudadano que viole la voluntad general? La libertad de cada cual, dicen, tiene por límite la voluntad de los demás; pero, ¿quién establecerá este límite y lo hará respetar? Los naturales antagonismos de intereses y pasiones, hicieron nacer la necesidad del gobierno y justificaron la autoridad como fuerza moderadora en la lucha social y determinadora de los derechos y deberes de cada uno.

Esa teoría; pero la teoría, para ser justa, debe fundarse en hechos y explicarlos, y no como la economía política que, con demasiada frecuencia, ha inventado las teorías para justificar los hechos, es decir, para defender el privilegio y hacerlo aceptar tranquilamente por todas sus víctimas.

Atengámonos a los hechos.

En todo el curso de la historia, así como en la época presente, el gobierno, o es la dominación brutal, violenta, arbitraria, de unos pocos sobre la masa, o bien es un instrumento pronto para asegurar el dominio y el privilegio de los que, por la fuerza, por astucia o por la violencia, se han apoderado de todos los medios de vida, principalmente del suelo, con el fin de mantener de tal modo al pueblo en la servidumbre y obligarle a trabajar para sí.

Los hombres son oprimidos de todas maneras: o directamente, con la fuerza brutal, con la violencia física, o de un modo indirecto despojándole de los propios medios de subsistencia y obligándole así a rendirse a discreción. La

primera dió origen al poder, esto es, al privilegio político; la segunda hizo nacer el poder o privilegio económico.

También se oprime al pueblo de otra manera: influyendo sobre la inteligencia y el sentimiento, lo que constituye el poder religioso o universitario; mas como el espíritu no existe sino como resultante de las fuerzas materiales, así la mentira y las corporaciones constituidas para propagarla no tiene razón de ser sino como consecuencia del privilegio político y económico, y son un medio de defenderlo y consolidarlo.

En las primitivas sociedades, poco complicadas, cuando una circunstancia cualquiera impidió que se estableciese costumbres de solidaridad, o destruyó las que existían, estableciendo el dominio del hombre sobre el hombre, los dos poderes, el político y el económico, halláronse reunidos en unas mismas manos, que podrían ser las de un solo hombre. Los que vencían por la fuerza, disponían de las personas y de las cosas de los vencidos, y les obligaban a servirles, a trabajar para ellos y hacer en todo la que tenían por conveniente. Eran los vencedores a la vez propietarios, legisladores, reyes, jueces y verdugos.

Pero al ensancharse la sociedad, aumentan las necesidades, se complican las relaciones sociales, llegan a hacerse imposible la existencia prolongada de un despotismo semejante. Los dominadores, o por seguridad, o bien por encontrarlo más cómodo, o por imposibilidad de proceder de otra manera, se ven en la necesidad de apoyarse por una parte en una clase privilegiada, en cierto número de individuos cointerésados en su dominio, y de dejar por otro lado que cada cual provea como le sea posible su propia existencia, reservándose para sí el supremo dominio, que es el derecho de disfrutar todo lo más posible y la manera de saciar la vanidad del mando.

Así, al abrigo del poder, por su protección y complicidad, y con frecuencia por su ignorancia y por causas que escapan a sus dominios, se desarrolla la riqueza privada, es decir, la clase de

propietarios, la cual, concentrando poco a poco en sus manos todos los medios de producción, la verdadera fuente de la agricultura, industria, comercio, etc., acaba por constituir un poder que, por la superioridad de sus medios y de la gran masa de inteligencia que abarca, concluye siempre por someter más o menos abiertamente al poder político, es decir, al gobierno, y convertirlo en su propio gendarme.

Este fenómeno se ha repetido en la historia con frecuencia. Toda vez que por la invasión u otra cualquiera empresa militar, la violencia física, brutal ha hecho presa en una sociedad, los vencedores han tenido siempre a concentrar en sus manos el gobierno y la propiedad. Más siempre también la necesidad experimentada por el gobierno de conseguir la complicidad de una clase potente, las exigencias de la producción, la imposibilidad de ordenarlo y dirigirlo todo, establecieron la propiedad privada, la división de los poderes y con ello la dependencia efectiva entre los que tenían en sus manos la fuerza, la propiedad. El gobierno acaba siempre y fatalmente por constituirse en polizón del propietario.

Más este fenómeno nunca se acentúa tanto como en las épocas modernas. El desarrollo de la producción, la inmensa difusión del comercio, la desmesurada potencia que ha conquistado el dinero y todos los hechos económicos provocados por el descubrimiento de América, la invención de las máquinas, etc., aseguraron tal supremacía a la clase capitalista, que no satisfecha ésta con disponer del apoyo del gobierno, ha querido que éste llegue a salir de su propio seno.

Un gobierno que se derivaba del derecho de conquista (derecho divino, según los reyes y sus secuaces), por cuanto se sobreponía a la clase capitalista, conservaba siempre un continente altanero y despreciativo ante sus antiguos esclavos, luego de enriquecidos, y hacía alarde de sus veleidades de independencia y dominación, semejante gobierno era defensor y gendarme de los propietarios; pero era de

aquellos defensores y gendarmes que se figuran algo y se la echan arrogantes con los que deben escoltar y defender, cuando no los desvalijan y atormentan; y la clase capitalista conspiró por reemplazarlo, con medios más o menos violentos, por un gobierno de su misma gente, compuesto de miembros de su clase, siempre bajo su vigilancia y organizado especialmente para defender la clase, contra las posibles reivindicaciones de los desheredados.

De aquí el origen del sistema parlamentario moderno.

En la actualidad el gobierno, compuesto de propietarios y de gente de su devoción, se halla a merced en todo de los propietarios mismos, y tanto es así, que los más ricos desdeñan con frecuencia formar parte de él. Rothschild no tiene ninguna necesidad de ser diputado ni ministro; bástale tener bajo su dependencia a ministros y diputados.

En bastantes países, el proletariado tiene nominalmente una participación mayor o menor en la designación del gobierno.

Es una concesión que la burguesía ha hecho, bien por valerse del concurso popular en la lucha contra la realeza y la aristocracia, o bien por distraer al pueblo de sus deseos de emancipación dándole una apariencia de soberanía. Más, lo proveyese o no, la burguesía, cuando por vez primera concedió al pueblo el derecho al voto, la verdad es que tal derecho se ha tornado excesivamente irrisorio y bueno solamente para consolidar el poder de la burguesía, dando a la parte más enérgica del proletariado la ilusoria esperanza de ocupar el poder.

Hasta con el sufragio universal, y puédesse decir que especialmente con el sufragio universal, el gobierno continúa siendo el siervo y el guardián de la burguesía.

Si otra cosa ocurriera, si el gobierno llegase a serle hostil, si la democracia no pudiese nunca ser más que un fuego fatuo para engañar al pueblo, la burguesía amenazada en sus intereses, apresuraríase a rebelarse, y consentiría toda la fuerza y toda la influencia



que se deriva de la posesión de la riqueza, para reducir al gobierno a las funciones de un simple siervo.

En todos los tiempos y en todos los lugares, cualquiera que sea el nombre que tome el gobierno, cualquiera que sea su origen y su organización, su función esencial es siempre oprimir y explotar a la masa y defender a los opresores y explotadores; y sus órganos principales, característicos, indispensables, son el gendarme y el recaudador, el soldado y el calabocero, a los cuales se une espontáneamente el mercader de embustes, cura o profesor, pagado y protegido por el gobierno para educar los espíritus y hacerles dóciles al yugo.

Ciertamente que a estas funciones primitivas, a estos órganos esenciales del gobierno, se han agregado en el curso de la historia otras funciones y otros órganos.

Admítase, sin embargo, que no haya habido jamás en un país algo civilizado un gobierno que desempeñe las funciones opresoras y expoliadoras y que no se atribuyese sino a las verdaderamente útiles e indispensables a la vida social. Esto no destruye el hecho de que el gobierno es por naturaleza opresor y expoliador, y que por su origen y posición, se ve inclinado fatalmente a defender y consolidar la clase dominante; por el contrario, afirmalo y lo grava.

En realidad, el gobierno toma a su cargo, en más o en menos, la protección de la vida de los ciudadanos contra los ataques directos y brutales; reconoce y legaliza cierto número de derechos y deberes primordiales y usos y costumbres, sin los cuales es imposible vivir en sociedad; organiza y dirige ciertos servicios públicos, como las comunicaciones, la higiene, el reparto de aguas, la bonificación y protección forestal, etc., funda casas de huérfanos y hospitales, y complácese con frecuencia en mostrarse, sólo en apariencia, desde luego, protector del pobre y del débil.

Pero basta observar cómo y por qué causa cumple el gobierno esta misión y desarrolla sus funciones para dar en

seguida con la prueba experimental, práctica, de que todo lo que hace se inspira siempre en el espíritu de dominación y tiende a defender, ensanchar y perpetuar sus propios privilegios, así como los de la clase que representa y defiende.

Un gobierno no puede durar mucho tiempo sin ocultar su naturaleza, bajo un pretexto de general utilidad; no puede hacer respetar la vida de los privilegiados sin darse aires de hacer aceptables los privilegiados, sin darse aires de hacer respetar la de todo el mundo; no puede hacer aceptables los privilegios de algunos, sin fingirse guardador de los derechos de todos.

“La ley —dice Kropotkine—, y todos los que hicieron la ley, el gobierno, utilizaron los sentimientos sociales del hombre para hacer pasar como preceptos morales, que aceptaban los hombres, lo que era útil a la minoría explotadora y contra lo cual se hubiese aquel rebelado ciertamente en caso contrario”.

No puede el gobierno desear que la sociedad se desorganice, porque a él y a la clase dominadora les faltaría entonces el material de explotación; no puede consentir que por sí misma se rija, que se gobierne sin intervención oficial, porque en ese caso el pueblo no tardaría en percatarse de que el gobierno sólo sirve para defender a los propietarios, y se apresuraría a desembarazarse del gobierno y de los propietarios.

En la actualidad, frente a las insistentes y amenazadoras reclamaciones del proletariado, los gobiernos tienden a intervenir en las relaciones de obreros y patronos, con lo que procuran desviar el movimiento obrero e impedir, con algunas engañosas reformas, que los pobres se tomen por sí mismos lo que es suyo, esto es, una parte de bienestar igual a la que todos disfrutan.

Se hace necesario, además, tener en cuenta, por un lado, que los burgueses y propietarios se hallan siempre en guerra unos contra otros y tratan de devorarse mutuamente, y por otra parte que el gobierno, hijo de la bur-

guesía y siervo protector y todo siervo, a emanciparse y a dominar a su protegido.

De aquí que el juego de prestidigitación, el tira y afloja, el acto de echar al pueblo contra los conservadores contra el pueblo, que es de los gobiernos toda ciencia, sea lo que engañe a las gentes sencillas y perezosas que esperan que la salvación les venga de lo alto.

Con todo esto, la naturaleza del pueblo no cambia. Si se muestra regulador y garantía de los deberes y derechos de cada cual, pervierte el sentimiento de justicia: califica de delito y castiga todo acto que ofende o amenaza los privilegios de los gobernantes y de los propietarios y declara justa, legal, la más feroz explotación de los miserables, el lento y constante asesinato material y moral cometido por los que todo lo poseen en las de los que no poseen nada.

Si se convierte en administrador de los servicios públicos, cuídese de los intereses de los gobernantes y de la clase trabajadora más que en lo necesario para que dicha masa consienta en pagar.

Si se mete a enseñar, prohíbe la propaganda de la verdad, y tiende a preparar el cerebro y el corazón de los niños para que lleguen a ser tiranos implacables o dóciles esclavos, según la clase a que pertenezcan. En manos del gobierno, todo se convierte en medio de explotación, tradúcese todo en instituciones de policía, útiles únicamente para tener a raya al pueblo.

Y natural es que así sea. Si la vida de los hombres consiste en la lucha entre los mismos, habrá naturalmente vencidos y vencedores, y el gobierno, que es el premio de la contienda o un medio para asegurarse los vencedores el resultado de la victoria y perpetuarla, ya se libre el combate en terrenos de la fuerza física e intelectual, o bien en el económico. Y los que en la pelea intervinieran para vencer y asegurarse mejores rendiciones que los otros y conquistar privilegios y dominio, juntamente con el poder, una vez alcanzada la victoria, no harán uso de ella

para defender los derechos de los vencidos y fijar límites a sus propias facultades arbitrarias y a las de sus partidarios y amigos.

El gobierno, o como suele decirse el Estado justiciero, moderador de la lucha social, administrador desinteresado de los bienes del público, es una mentira, es una ilusión, es una utopía nunca realizada y nunca realizable.

Si en realidad los intereses de los hombres debieran ser contrarios, si en realidad la lucha entre los hombres fuese ley necesaria de la sociedad humana y la libertad de cada cual tuviese su límite en la libertad de los otros, entonces cada uno trataría de hacer triunfar sus propios intereses sobre los intereses de los demás, cada cual procuraría hacer mayor la libertad propia a expensas de la voluntad del vecino y existiría el gobierno, no ya porque fuese más o menos útil a la totalidad de los miembros sociales, sino porque los vencedores habrían de asegurarse los frutos de la victoria, sometiendo fuertemente a los vencidos y librarse de la incomodidad de ocuparse constantemente de la defensa, confiando esta labor a los hombres especialmente adiestrados en el arte de gobernar.

Así la humanidad veríase destinada a perecer o agitarse eternamente entre la tiranía de los vencedores y la rebelión de los vencidos.

Afortunadamente el porvenir de la humanidad es más risueño porque es más dulce la ley que lo gobierna.

Esta ley es la SOLIDARIDAD.

Tiene el hombre por propiedad fundamental, necesaria, el instinto de la propia conservación, sin el cual ningún ser vivo existiría, y el instinto de la conservación de la especie, sin el cual ninguna especie se hubiera podido formar y subsistir. Se ve, pues, naturalmente impulsado a defender la existencia y el bienestar de sí mismo y de su progenie contra todo y contra todos.

Dos maneras hay en la naturaleza, para los seres vivos, de asegurarse la existencia y hacerla más y más agradable: es la primera *la lucha individual* contra los elementos y contra los indi-

viduos de la misma especie, o de especie distinta; la segunda es el *apoyo mutuo*, la *cooperación*, que puede también llamarse la *asociación para la lucha*, contra todos los factores naturales opuestos a la existencia, desenvolvimiento y bienestar de los asociados.

No trataremos de indagar aquí, ni podemos hacerlo por falta de espacio, qué parte tiene respectivamente en la evolución del reino orgánico los dos principios de la lucha y de la cooperación.

Baste hacer constar que en la humanidad la cooperación —forzosa o voluntaria— ha sido el solo medio de progreso, de perfeccionamiento, de seguridad, y que la culpa —resto atávico— ha sido absolutamente incapaz de favorecer el bienestar de los individuos y ha causado en cambio el mal de todos, vencidos y vencedores.

La experiencia, acumulada y transmitida de generación en generación, ha enseñado al hombre que, uniéndose a sus iguales, su conservación está mejor asegurada y su bienestar aumenta.

Así, como consecuencia de la misma lucha por la vida, sostenida contra la naturaleza circundante y contra los individuos de la misma especie, se ha desarrollado en el hombre el instinto social, que ha transformado completamente las condiciones de su existencia. Gracias a esto mismo ha podido el hombre salir de la animalidad, adquirir gran potencia y elevarse por encima de otros animales, que los filósofos espiritualistas han considerado necesario inventar para él un alma inmaterial e inmortal.

Muchas causas han concurrido y contribuido a la formación de este instinto social que, partiendo de la base animal, del instinto de la conservación de la especie, que es el instinto social limitado a la familia natural, ha llegado a su más elevado grado de intensidad y extensión y constituye el fondo mismo de la naturaleza moral del hombre.

Este, aunque descendiente de los tipos inferiores de la animalidad, débil y desarmado para la lucha individual contra las bestias carnívoras, pero con

un cerebro capaz de gran desenvolvimiento, un órgano vocal apto para expresar con ayuda de varios sonidos las distintas vibraciones cerebrales, y manos especialmente adecuadas para dar forma a capricho a la materia, debía sentir muy pronto la necesidad y las ventajas de la asociación. Así cabe decir que sólo entonces pudo abandonar la animalidad al hacerse social y adquirir el uso de la palabra, que es a la vez consecuencia y factor poderoso de la sociabilidad.

El número relativamente corto de la especie humana, haciendo menos necesaria, la lucha por la existencia entre hombre y hombre, aun fuera de la asociación, debía favorecer mucho el desarrollo de los sentimientos de simpatía y dejar tiempo para que la utilidad del mutuo apoyo se pudiese conocer y apreciar.

Por último, la capacidad adquirida por el hombre, gracias a su primitiva cualidad aplicada en cooperación con un número más o menos grande de asociados, de modificar el medio ambiente externo y adaptarlo a las propias necesidades; la multiplicación de los deseos al aumentar con los medios de satisfacerlos y convertirlos en necesidades; la partición del trabajo, consecuencia de la explotación metódica de la naturaleza en provecho del hombre, han hecho que la vida social sea el ambiente necesario del individuo, que no puede vivir fuera de él, que cae si así vive en el estado de bestialidad.

Y al afirmarse la sensibilidad con la multiplicación de las relaciones por la costumbre impresa en la especie, merced a la transmisión hereditaria en millones de siglos, esta necesidad de la vida social, en cambio de pensamientos y de afectos entre hombre y hombre, se ha convertido en una manera de ser necesaria de nuestro organismo, se ha metamorfoseado en simpatía, en amistad, en amor, y subsiste independientemente de las ventajas materiales debidas a la asociación, tanto, que para satisfacerla, se afrontan mil sufrimientos y hasta la muerte.

En resumidas cuentas, las grandísi-

mas ventajas que la asociación reporta al hombre; el estado de inferioridad física, por completo desproporcionado a su superioridad intelectual, en que se halla frente a frente a los animales dañinos; la posibilidad para el hombre de asociarse a un número siempre creciente de individuos y en relaciones cada vez más íntimas y complejas, hasta extender la asociación a toda la humanidad y a la vida toda, y principalmente la posibilidad que tiene también de producir, trabajando en cooperación con otros, más de lo que necesita para existir, y los sentimientos de afecto que de todo esto se derivan, han dado a la lucha por la vida un carácter completamente distinto de la lucha general, que tiene lugar entre los demás animales.

Por otra parte, se sabe en la actualidad, —y las investigaciones de los naturalistas modernos aportan de ello más pruebas cada día— que la cooperación ha tenido y tiene en el desarrollo del mundo orgánico, una parte importantísima que no sospechaban los que proponían justificar el reino de la burguesía por medio de las teorías de Darwin, bastante inutilmente, porque la distancia entre la lucha humana y la lucha animal, es enorme y proporcional a la distancia que separa al hombre de las bestias. Estas combaten individualmente y más a menudo en pequeños grupos fijos y transitorios, contra toda naturaleza, incluso los demás individuos de su propia especie. Hasta los animales más sociables, como la abeja y la hormiga, son solidarios si se encuentran en un mismo hormiguero o en una misma colmena; pero pelean o permanecen indiferentes con las demás comunidades de la especie suya. La batalla humana, en cambio, tiende siempre a ensanchar la asociación entre los hombres, a solidarizar sus intereses, desarrollar los sentimientos de amor de cada uno hacia todos los otros, a vencer y dominar la naturaleza externa con y para la humanidad.

Toda contienda encaminada a conquistar beneficios independientemente de los otros hombres y en su perjuicio,

contradice la naturaleza sociable del hombre moderno, y tiende a devolverlo a su primitiva animalidad.

La *solidaridad*, es decir, la armonía de los intereses y de los sentimientos, el concurso de cada cual en el bien de todos, y el de todos en provecho de cada cual, es el estado en que el hombre puede tan sólo manifestar su naturaleza y obtener el máximo de desarrollo en el máximo de bienestar. Esta es la meta hacia la cual camina la humana evolución, es el principio superior que resuelve todos los actuales antagonismos, entre tanto insolubles, y hace que la libertad de cada cual no halle un límite, sino un complemento y las condiciones necesarias de existencia en la libertad de los demás.

Decía Bakounine:

“Ningún individuo puede reconocer su propia humanidad, ni por consiguiendo, realizarla en vida, sino reconociéndola en los otros y cooperando a la realización de los mismos. Ningún hombre se puede emancipar como no sea emancipado a la vez a cuantos le rodean. Mi libertad es la libertad de todos, porque yo no soy realmente libre, libre no sólo de idea, sino también en los hechos, mas que cuando mi libertad y mi derecho hallan su conformación y la sanción suya en la libertad y en el derecho de todos mis iguales”.

“Mucho me importa lo que son los otros hombres, pues por independiente que parezca o me juzgue por mi posición social, aun cuando sea papa, rey o emperador, no soy más que el producto incesante de lo que son los restantes hombres entre sí. Si son ignorantes, miserables y esclavos mi existencia se determina por su ignorancia, por su miseria, por su esclavitud. Yo, hombre iluminado e inteligente, por ejemplo, soy estúpido a causa de su estupidez; valeroso, soy esclavo por su esclavitud; rico, temo a su miseria y tiemblo ante ella; privilegiado, palidezco ante su justicia. Yo quiero ser libre, no puedo serlo porque a mi rededor todos los hombres no quieren ser libres a su vez, y no que-

riéndolo, se transforman para mí en instrumentos de opresión".

La solidaridad es, pues, la condición en la cual el hombre encuentra el mayor grado de seguridad y bienestar; y por eso el mismo egoísmo, es decir, la consideración exclusiva del propio interés, empuja al hombre a la solidaridad, o mejor dicho, egoísmo y altruismo. *Consideración de los intereses de los demás*, se confunden en uno de interés individual y el interés social.

Pero el hombre no podía de un golpe pasar de la animalidad a la humanidad, de la lucha brutal entre hombre y hombre a la lucha solidaria de todos los hombres contra la naturaleza exterior. Guiado por las ventajas que presenta la asociación y consiguiente distribución de trabajos, el hombre evolucionaba hacia la solidaridad; mas esta evolución encontró un obstáculo que la desvía hoy de su finalidad; el hombre, cuando menos hasta cierto punto y por las necesidades materiales y primitivas, que eran las que entonces sólo sentía, descubrió que podía realizar las ventajas de la cooperación sometiendo a los otros hombres en lugar de asociarles; y como todavía eran potentes en él los instintos feroces y antisociales heredados de la bestia madre, obligó a los más débiles a trabajar para él, prefiriendo la dominación a la asociación.

Tal vez en la mayoría de los casos, por la explotación de los vencidos, empezó el hombre a comprender los beneficios de la asociación, la utilidad que podía recabar de la ayuda del hombre.

Así, pues, la presencia de la utilidad de la cooperación, que debía llevar al triunfo de la solidaridad en todas las relaciones humanas nos ha conducido por el contrario a la propiedad individual y al gobierno; esto es, a la explotación del trabajo de todos en provecho de unos cuantos privilegiados.

La asociación fué siempre la cooperación; fuera de la cual no hay vida humana posible; pero un sistema de cooperación impuesto y reglamentado por unos pocos en provecho de sus intereses particulares.

De este hecho se deriva la gran con-

tradicción (que llena la historia de los hombres) entre la tendencia a asociarse y fraternizar para la conquista y la adaptación del mundo exterior a las necesidades del hombre y para la satisfacción de los sentimientos de afecto, y la tendencia en dividirse en tantas unidades separadas y hostiles cuántas son las agrupaciones determinadas por las condiciones geográficas y etnográficas, cuántas las posiciones sociales y económicas, cuántos los hombres que aciertan a conquistar una ventaja y quieren asegurarla y aumentarla, cuántos los que esperan la posesión de un privilegio, cuántos sufren una injusticia y se rebelan y tratan de redimirse.

El principio *cada uno para sí*, que es la guerra de todos contra todos, ha venido en el curso de la historia a complicar, a desviar, a paralizar la guerra de todos contra la naturaleza, en pro del mayor bienestar de la especie humana, que sólo puede tener buen éxito basándose en el principio: *Todos para uno, uno para todos*.

Muchos y muy grandes son los males que ha sufrido la humanidad por la intrusión de la tendencia dominadora y explotadora en la humana asociación. Mas a pesar de la atroz opresión, a pesar de la miseria, a pesar de los vicios, de los delitos, de la degradación que la miseria y la esclavitud han producido a esclavos y amos, a pesar de los odios acumulados, a pesar de la guerra exterminadora, a pesar del antagonismo de los intereses, artificialmente creados, el instinto social ha sobrevivido y se ha desarrollado.

Siendo siempre la cooperación condición precisa para que el hombre pudiese luchar contra el mundo exterior, fué asimismo la causa permanente de la aproximación de los sentimientos de simpatía entre los mismos. La misma opresión de las masas ha hecho que los oprimidos fraternicen entre sí; y ha sido sólo en fuerza de la solidaridad más o menos conciente, más o menos intensa, que existía entre la opresión, y la humanidad haya resistido a la causa de muerte que en ella se habían introducido.

En la actualidad, el desarrollo que



pieza a comprender que no podrá emanciparse sino por medio de la unión, de la solidaridad entre los obreros, entre los explotados del universo. Y comprende también que es condición imprescindible de su emancipación la posesión de los medios de producir, del suelo y de los instrumentos de trabajo, y por consiguiente la abolición de la propiedad individual. Además, la ciencia, la observación de los fenómenos sociales, demuestra que tal abolición sería de grandísima utilidad para los mismos privilegiados con que quisieran tan sólo renunciar a su espíritu de dominación y concurrir con todos al trabajo por el bienestar común.

Ahora bien: si un día la masa oprimida negárase a trabajar para los demás, artancase a los propietarios la tierra y los instrumentos de trabajo y quisiera utilizar estos elementos por su cuenta y provecho propio, esto es, en beneficio de todos; si no quisiera sufrir por más tiempo la dominación ni la fuerza brutal ni del privilegio económico; si la fraternidad popular, el sentimiento de solidaridad humana, reforzada por la mancomunidad de los intereses, pusiese fin a la guerra y a la conquista, ¿qué razón de ser tendría el gobierno?

Abolida la propiedad individual, el gobierno, que es su defensor, debería desaparecer. Si, por el contrario, sobreviviere, tendería constantemente a reconstituir, bajo una forma cualquiera, una clase privilegiada y opresora. La abolición del gobierno no significa, no puede significar el rompimiento de los lazos sociales.

Muy al contrario, la cooperación, que actualmente es ventajosa sólo para unos cuantos, sería libre, ventajosa y voluntaria para todos y por eso se haría mucho más intensa y eficaz.

El instinto social, el sentimiento de solidaridad se desarrollaría en su más alto grado, y cada hombre haría cuanto pudiese por el bien de los otros hombres, tanto por satisfacer sus sentimientos de afecto, cuanto por el bien entendido interés propio.

Del libre concurso de todos, median-

ha adquirido la producción, el acrecentamiento de aquellas necesidades que no se pueden satisfacer sino mediante el concurso de gran número de hombres de todos los países, los medios de comunicación, la costumbre de viajar, la ciencia, la literatura, el comercio, hasta la guerra, han estrechado y estrechan más cada vez a la especie humana en un solo cuerpo, cuyas partes, entre sí solidarias, sólo pueden hallar su plenitud y libertad de desarrollo en la salud de las otras partes y del todo.

Los habitantes de Nápoles están tan interesados en la limpieza de su población como del mejoramiento de las condiciones higiénicas de la ciudad del Ganges, de donde el cólera procede. El bienestar, la libertad, el porvenir de un montañés extraviado entre las gargantas de los Apeninos, no sólo dependen del estado de bienestar o de miseria en que se hallen los habitantes de su lugar, no sólo dependen de las condiciones del pueblo italiano, sino que dependen también del estado de los trabajadores en América o en Australia, de los descubrimientos que pueda hacer un hombre de Sidney, de las condiciones morales y materiales del pueblo chino, de la guerra o de la paz en África, de toda la suma de circunstancias, grandes o pequeñas, que en un lugar cualquiera del universo se dan en un determinado ser humano.

En las presentes condiciones de la sociedad, la vasta solidaridad que a todos los hombres une, es en gran parte inconsciente, porque surge de un modo espontáneo de la rutina de los intereses particulares, mientras los hombres se preocupan poco o nada de los intereses generales. Y esta es la prueba más clara de que la solidaridad es la ley natural de la humanidad, que se manifiesta y se impone a pesar de todos los obstáculos, a pesar de todos los antagonismos hijos de la actual constitución social.

Por otra parte, la masa oprimida, que ya no se resigna completamente a la opresión y a la miseria, y que hoy más que nunca se muestra ansiosa de justicia, de libertad, de bienestar, em-

te la asociación espontánea de los hombres con arreglo a sus simpatías y necesidades, de abajo arriba, de lo simple a lo compuesto, partiendo de los intereses más inmediatos para llegar luego a los más lejanos y generales, surgiría una organización social que tendría por fin el mayor bienestar y la mayor libertad de todos, reunida a toda la humanidad en fraternal lazo y modificación en fraternal lazo y modificación, y mejoraría conforme se modificasen las circunstancias y las necesidades de la experiencia.

Esta sociedad de hombres libres, esta sociedad de amigos, es la ANAR-

## QUINA.

Hasta aquí se ha considerado el go-

bierno tal como es, tal como ha de ser necesariamente en una sociedad fundada en el privilegio, en la explotación y el despotismo del hombre por el hombre, en el antagonismo de intereses, en la lucha inter-social; en una palabra, en la propiedad individual.

Se ha visto como el estado de lucha, lejos de ser una condición necesaria de la vida de la humanidad, es contrario a los intereses, a los individuos y a la especie humana; se ha visto que la cooperación es ley del progreso humano; y hemos deducido de todo esto que, aboliendo la propiedad individual y todo predominio del hombre sobre el hombre, el gobierno pierde toda razón de ser y debe abolirse.

“Pero —se nos podrá decir— cambiando el principio en que hoy se basa la organización social, substituida la solidaridad a la lucha, la propiedad común a la propiedad individual, el gobierno cambiaría a su vez de naturaleza y, en lugar de ser protector y representante de los intereses de una clase, sería, porque ya no habría clases, el representante de todos los intereses de toda la sociedad. Tendría la misión de asegurar y regular, en interés de todos, la cooperación social, desempeñar los servicios públicos de general importancia, defender a la sociedad de las posibles tentativas del restablecimiento del privilegio y reprimir los atentados que cualquiera cometiese contra la vida, el bienestar o la libertad de cada cual”.

“En la sociedad hay funciones demasiado necesarias, que requieren mucha constancia y gran regularidad para que puedan ser abandonadas a la voluntad libre de los individuos, sin peligro de que cada cosa tire por su lado”.

“¿Quién organizaría y quien aseguraría, de no ser un gobierno, los servicios de alimentación, de distribución, de higiene, de comunicaciones postales y telegráficas, de transporte, etc., etcétera?”

“¿Quién cuidaría de la instrucción popular?”

“¿Quién emprendería los grandes trabajos de exploración, de bonificación, de aspecto científico, que forman la faz de la tierra y multiplican las fuerzas humanas?”

“¿Quién atendería a la conservación y aumento del capital social para transmitirlo, mejorando, a la futura humanidad?”

“¿Quién impediría la devastación de los montes, la explotación irracional, y por consiguiente, el empobrecimiento del suelo?”

“¿Quién tendría la facultad de prevenir y reprimir los delitos, los actos antisociales?”

“¿Y los que faltando a la ley de solidaridad no quisiesen trabajar? Y los que esparesen la infección en un país, negándose a someterse a las reglas de higiene prescritas por los hombres de ciencia? Y los que, locos o cuerdos, intentasen prender fuego a las mieses, violar a las niñas o abusar de los más débiles por su fuerza física superior?”

“Destruir la propiedad individual y abolir los gobiernos existentes, sin reconstituir luego un gobierno que organizase la vida colectiva y asegurarse la solidaridad social, no sería abolir los privilegios y dar al mundo la paz y el bienestar; sería romper todo lazo social, volver a la humanidad a la barbarie, al reino del *cada uno para sí*, que es el triunfo de la fuerza brutal primero y del privilegio económico después”.

He aquí las objeciones que nos hacen los autoritarios, aun cuando sean socialistas, es decir, aunque quieran la

abolición de la propiedad individual y del gobierno de clase que de ella se deriva.

Responderemos a esas objeciones.

No es cierto, en primer lugar, que cambiando las condiciones sociales, el gobierno cambie de naturaleza y de funciones. Órgano y función son términos inseparables. Quítese a un órgano su función, y o el órgano muere o la función se reconstruye. Métase un ejército en un país en el cual no haya motivos ni asomos de guerra, interna o exterior, y ese solo hecho provocará la guerra, si dicho ejército no se disuelve. Una policía donde no haya delitos qué descubrir ni delincuentes qué aprehender, provocará, inventará delitos y delincuentes, o bien dejará de existir.

Hay hace siglos en Francia una institución, actualmente agregada a la administración forestal (*la lobetería*), cuyos empleados tienen a su cargo la destrucción de los lobos y demás animales dañinos. Nadie se sorprenderá al saber que precisamente a causa de esta institución hay en Francia lobos, que en las estaciones rigurosas hacen mil estragos. El público se ocupa poco o nada de tales fieras, porque los empleados organizan la caza de lobos; pero la organizan naturalmente, *con inteligencia*, respetando sus madrigueras y dando tiempo a la reproducción, para no exponerse a destruir una especie tan interesante.

Bien es verdad que los campesinos franceses tienen ya muy poca confianza en estos cazadores de lobos, y los consideran más bien conservadores de tales animales. Y se comprende que así ocurra; ¿qué harían los jefes de la institución si no hubiese lobos en el territorio de la república?

Un gobierno, o lo que es lo mismo, un cierto número de personas encargadas de dictar las leyes y de valerse de la fuerza de todos para hacerlas respetar de cada cual constituye ya una clase privilegiada y separada del pueblo. Tratará instintivamente como todo cuerpo constituido, de aumentar sus atribuciones, de substraerse a la dirección del pueblo, de imponer sus

tendencias y de hacer predominar sus intereses particulares. Colocado en una posición privilegiada, el gobierno se encuentra ya en antagonismo con la masa de cuya fuerza dispone.

Por lo demás, un gobierno cualquiera, hasta queriéndolo, no podría contentar a todos y habría de limitarse a contentar a unos cuantos. Habría de defenderse de los descontentos y cointeresar, por tanto, a una parte del pueblo para que le prestase su apoyo. Y así comenzaría nuevamente la vieja historia de una clase privilegiada, formándose con la complicidad del gobierno y que, si de una vez no se hacía dueña del suelo, acapararía ciertas posiciones del favoritismo, creadas con tal intención, y que no sería menos opresora ni menos explotadora que la clase capitalista de hoy.

Los gobernantes, acostumbrados al mando, no querían volver a confundirse con la masa, y si no podían conservar el poder en las manos, se asegurarían al menos la posición de privilegio para cuando tuviesen que depositar aquél en otras manos. Recurrirían a los medios que da el poder para que los sucesores fuesen elegidos entre sus amigos, a fin de que éstos les apoyasen y protegiesen a su vez. De este modo el gobierno pasaría de unas manos a otras, siempre las mismas en realidad, y la *democracia*, que es el pretendido gobierno de todos, acabaría siempre en la *oligarquía*, es decir, en el gobierno de unos pocos, de una clase.

¡Y qué oligarquía omnipotente, opresora y absorbente sería la que tuviese a su cargo, a su disposición, todo el capital social, todos los servicios públicos, desde la alimentación hasta la confección de alpargatas, desde la universidad hasta el teatro de opereta!

Supongamos, no obstante, que el gobierno no constituye en sí una clase privilegiada y pudiese vivir sin crear a su alrededor una nueva clase de privilegiados, permaneciendo, como se pretende, en su naturaleza de representante, de siervo, si se quiere, de toda sociedad.

¿Para qué serviría? ¿En qué y de

qué manera aumentaría la fuerza, la inteligencia, el espíritu de solidaridad, el cuidado del bienestar de todos y de la humanidad venidera, que en un momento dado existiesen en una sociedad determinada?

Siempre la antigua historia del hombre con las piernas ligadas condenado a vivir a pesar de las ligaduras y creyendo, no obstante, vivir en virtud de ellas.

Acostumbrados estamos a vivir bajo la dirección de un gobierno que acapara toda la fuerza, toda la inteligencia, toda la voluntad que puede dirigir en su provecho, y dificulta, paraliza y suprime las que son inútiles u hostiles, y nos figuramos que todo lo que se hace en la sociedad se hace porque así lo quiere el gobierno, y que, por consiguiente, sin gobierno no habría en el cuerpo social ni fuerza, ni inteligencia, ni buena voluntad. Así, pues, ya hemos dicho esto, el propietario que se posesiona de la tierra, la hace cultivar en provecho particular, dejando al trabajador lo estrictamente necesario para que pueda y quiera seguir trabajando, mientras éste piensa que no podría vivir sin el patrón o burgués, cual si éste crease la tierra y las fuerzas de la naturaleza.

¿Qué, por sí, agregar el gobierno a las fuerzas morales y materiales que existen en una sociedad? ¿Será acaso el Dios de la Biblia que crea el mundo de la nada?

Así como nada se crea en el mundo que suele llamarse material, nada es creado tampoco en esta más complicada forma del mundo material, que es el mundo social.

Por eso los gobernantes no pueden disponer más que de las fuerzas existentes en la sociedad, menos los que la acción gubernativa paraliza y destruye, las fuerzas rebeldes y todas las que se pierden entre las ruinas forzosamente grandísimas de un tan artificioso mecanismo. Si de su parte ponen algo, pueden hacerlo como hombres, como gobernantes. Más todavía. De aquellas fuerzas morales y materiales que restan a su disposición del gobierno, sólo una parte pequeña recibe un

destino verdaderamente útil a la sociedad. Las otras se consumen en actividad represiva, para tener a raya a las fuerzas rebeldes, o son substraídas al interés general, para acumularlas en beneficio de unos pocos y en perjuicio de la mayoría de los hombres.

Mucho se ha discurrido acerca de la parte que tienen respectivamente en la vida y en el progreso de la humana sociedad la iniciativa social, y se ha embrollado tanto la cuestión, con el auxilio del artificio del lenguaje metafísico, que son pocos los que se han atrevido a tener la osadía de afirmar que todo se rige y marcha en el mundo humano a impulso de la iniciativa individual.

En realidad, es esta una verdad de sentido común que parece evidente, en cuanto se trata de darse cuenta de lo que la palabra significa. El ser real es el hombre, es el individuo; la sociedad o colectividad —y el *Estado* o gobierno que pretende representarla— si no son abstracciones huecas, no pueden ser más que agregaciones de individuos. Y justamente en el organismo de cada individuo tienen su origen todos los pensamientos y todos los actos humanos, los cuales de individuales se trasforman en colectivos cuando son o se hacen comunes a muchos individuos. Por consiguiente, la acción social no es ni la negación ni el complemento de la iniciativa individual, sino pura y sencillamente el resultado de la iniciativa de los pensamientos y de las acciones de todos los individuos que componen la sociedad, resultando que comparando con otro de naturaleza por el estilo, es más o menos grande, según que las fuerzas simples concurren al mismo fin o son divergentes y opuestas. Y si, como hacen los autoritarios, en vez de esto se entiende por acción social la acción gubernativa, entonces ésta no es más que el resultado de las fuerzas de los individuos que componen el gobierno, o que por su posición pueden influir sobre la conducta del gobierno.

De aquí que la contienda secular entre la libertad y la autoridad, o, en otros términos, entre el socialismo y

el Estado de clase, no sea verdad cuestión de aumentar la independencia individual a expensas de la limitación de la ingerencia social, o ésta a expensas de aquélla.

Se trata más bien de impedir que algunos individuos puedan tiranizar a otros, de dar a todos los individuos los mismos derechos y los mismos medios de acción y substituir la iniciativa de todos, a la iniciativa de unos pocos, que produce forzosamente la opresión de los demás. Trátase, en suma, por siempre y para siempre, de descubrir la tiranía y la explotación del hombre por el hombre, de manera que todos se interesen por el bien común, y las fuerzas individuales, en lugar de anularse por la lucha, hallen la posibilidad de un desarrollo completo y se asocien para mayor provecho de todos.

De lo dicho resulta que la existencia de un gobierno, aun cuando fuese, siguiendo nuestra hipótesis, el gobierno ideal del socialismo autoritario, lejos de ocasionar un aumento de las fuerzas productoras, organizadoras y protectoras de la sociedad, las disminuiría incesantemente, limitando en algunos la iniciativa y dando a éstos el derecho de hacerlo todo sin poderles dar naturalmente la facultad de saberlo todo.

En realidad, si se separa de la legislación y de la obra entera de un gobierno todo lo que tiende a defender a los privilegiados y que representa la voluntad de los privilegiados mismos, ¿qué resta que no sea el resultado de la actividad de todos?

“El Estado —escribe Sismondi— es siempre un poder conservador que pone de manifiesto, regula y organiza las conquistas del progreso (y la historia agrega que las dirige en provecho propio y de la clase privilegiada); pero que no las inicia. Siempre tienen su origen abajo, nacen en el fondo de la sociedad, del pensamiento individual, que cuando se divulgue, se convierte en opinión, en mayoría; pero ha de encontrar a su paso, y combatirlos en los poderes constituidos, la tradición, la costumbre, el privilegio y el error”.

Para comprender cómo una sociedad puede vivir sin gobierno, basta obser-

var un poco a fondo la misma sociedad presente, y se verá que, en realidad, la mayor parte, la más esencial de la vida colectiva, cúmplase fuera de la intervención gubernamental y que el gobierno interviene sólo para explotar a la masa, para defender a los privilegiados, y que en lo demás viene a sancionar, bien inútilmente, todo lo que se ha hecho, prescindiendo de él y frecuentemente en su contra y a su pesar.

Los hombres trabajan, cambian y estudian, viajan, siguen como lo entienden las reglas de la moral y de la higiene, se aprovechan de los progresos de la ciencia y del arte, tienen infinitas relaciones entre sí, sin que experimenten necesidad de que nadie les imponga un modo de conducirse.

Por eso todas las cosas en que interviene el gobierno son las que marchan mejor, las que dan lugar a menos diferencias y se acomodan, por la voluntad de todos, de tal manera, que todos las encuentran útiles y agradables.

No es el gobierno más necesario para las grandes empresas y para los servicios públicos, que reclaman el concurso regular de mucha gente de países y condiciones distintas. Mil empresas de índole tal son actualmente obra de asociaciones privadas, libremente constituidas, que en opinión de todo el mundo son también las que dan mejor resultado. No hablamos de las sociedades de capitalistas organizadas para la explotación, aunque también demuestran la posibilidad y el poder de la asociación libre; y, como ésta, pueden extenderse hasta abrazar gentes de todos los países e intereses inmensos y distintos. Hablamos ante todo de aquellas asociaciones que, inspiradas en el amor a los semejantes o en la pasión de la ciencia, y aun sencillamente en el deseo de divertirse y hacerse aplaudir, representan mejor el sistema de agrupaciones, tal cual serán en una sociedad en la que, abolida la propiedad individual y la lucha intestina entre los hombres, cada uno tendrá confundido su interés de todos y su más agradable satisfac-



ción en hacer el bien y complacer a los demás. Las sociedades y congresos científicos, las asociaciones internacionales geográficas, las agrupaciones obreras, los cuerpos de voluntarios que prestan sus socorros en todas las grandes calamidades públicas, son ejemplos de ese poder del espíritu de asociación, que se manifiesta siempre que se trata de una necesidad o de una pasión verdaderamente sentida y no faltan los medios apropiados. Si la asociación, voluntaria no llena al mundo y no abraza todas las ramas de la actividad material y moral, ocurre esto a causa de los obstáculos que le opone el gobierno, por el antagonismo creado por la propiedad individual y por la impotencia y el envilecimiento a que el acaparamiento de la riqueza por unos pocos reduce a la inmensa mayoría de los seres humanos.

El gobierno toma a su cargo, por ejemplo, el servicio de correo, ferrocarriles, etc. Pero ¿en qué ayuda verdaderamente a estos servicios? Cuando el pueblo, puesto en el caso de poderlos disfrutar, experimenta la necesidad de estos servicios, trata de organizarlos, y los hombres técnicos no esperan para nada una orden gubernativa, y desde luego ponen manos a la obra. Y cuanto más general y urgente es la necesidad, más abundan los que de buen grado se disponen a satisfacerla. Si el pueblo tuviese la facultad de pensar en la producción y en la alimentación, ¡oh! no habría que temer que se dejase morir de hambre esperando que un gobierno redactase leyes a este respecto. Si hubiese de existir un gobierno, se vería todavía obligado a esperar a que el pueblo lo hiciese todo primero y todo lo organizara para venir después a sancionar con las leyes y a explotar aquello mismo que ya estaba hecho y organizado.

Demostrado está que el interés privado es el gran estímulo de la actividad; ahora bien, cuando el interés de todo se halle identificado con el de cada cual (y lo estará necesariamente si no existe la propiedad individual), entonces todos trabajarán; y si las cosas se hacen cuando interesan a unos

pocos, más y mejor se harán cuando interesan a todos.

Demostrado está que el interés privado es el gran estímulo de la actividad; ahora bien, cuando el interés de todos se halle identificado con el de cada cual (y lo estará necesariamente si no existe la propiedad individual), entonces todos trabajarán; y si las cosas se hacen cuando interesan a unos pocos, más y mejor se harán cuando interesen a todos.

Se comprende con dificultad que haya gentes que crean que la ejecución y la marcha regular de los servicios públicos, indispensables a la vida social, están mejor asegurados si se hacen por orden de un gobierno que cuando los trabajadores toman directamente a su cargo, bien por acuerdo de los demás o bien por propia elección, y lo ejecutan bajo la inmediata vigilancia de todos los interesados.

No hay duda que en todo trabajo colectivo es necesaria la división del trabajo, de la dirección técnica, de la administración, etc. Pero en mal hora los autoritarios hacen frases para deducir de ellas la razón de ser del gobierno. No se confunda, pues, la función administrativa, que son esencialmente distintas y que si hoy se ven extremadamente confundidos, es sólo debido al privilegio económico y político.

Pasemos ahora a las funciones por las cuales el gobierno es considerado, por todos los que no son anarquistas, realmente indispensables; la defensa exterior e interna de una sociedad, es decir, *la guerra, la policía y la justicia*.

Abolido el gobierno y puesta la riqueza social a disposición de todos, pronto no habría antagonismos entre los pueblos, y la guerra ya no tendría razón de ser. Se puede decir también que, en el estado actual del mundo, si la revolución se hiciese en un país y no hallase el eco debido en los otros, inspiraría ciertamente tantas simpatías que ningún soberano se atrevería a mandar a sus ejércitos al extranjero, por temor de que surgiese la revolución en su propia casa.

¿Y la *policía*? ¿Y la *justicia*? Muchos se figuran que si no fuese por la guar-

dia civil, los polizontes y los jueces, cada uno sería libre de matar, o perjudicar a los demás a su antojo, y que los anarquistas, en nombre de sus principios, respetarían aquella extraña libertad que destruye la libertad y la vida de todos. Se figuran casi que después de haber destruido el gobierno y la propiedad individual, nosotros dejaríamos que se reconstituyese el uno y la otra por respeto a la libertad de los que experimentarían la necesidad de ser gobernantes y propietarios. ¡Extraña manera de comprender nuestras ideas!

La libertad, que, para nosotros, y para los demás, nosotros queremos, no es la libertad absoluta, abstracta, metafísica, que en la práctica se traduce fatalmente en opresión del débil, sino la libertad posible, que es la comunidad consciente de intereses, la solidaridad voluntaria. Nosotros proclamamos la máxima *Haz lo que quieras*, en la cual casi resumimos nuestro programa; porque, fácil es comprenderlo, entendemos que en una sociedad sin gobierno y sin propiedad, *todos harán lo que deban*.

Pero si, bien a causa de la educación recibida en la presente sociedad, o bien por enfermedad física o por cualquier otro motivo, alguno quisiese hacernos daño y hacerlo a los demás, nos apresuraríamos, si otros no lo hacían, a impedirlo con todos los medios que estuviesen a nuestro alcance.

Verdad es que, como sabemos que el hombre es la consecuencia de su propio organismo y del ambiente cósmico y social en que vive; como no confundimos el derecho sagrado de la defensa con el pretendido y absurdo derecho de castigar; como no vemos en el culpable, en el que ejecuta actos antisociales, el esclavo rebelde, cual ocurre a los jefes de nuestros tiempos, sino al hermano enfermo, necesitado de curación, no alimentaremos el odio en la represión, y procuraremos no traspasar los límites de la necesidad en la defensa, ni pensaremos en vengarnos, sino en curar y redimir al infe-

liz culpable por todos los medios que la ciencia nos enseñe.

De cualquier manera que entiendan el asunto los anarquistas (a quienes puede ocurrir lo mismo que a todos los teóricos, es decir, que pierdan de vista la realidad para correr en pos de una apariencia lógica), la verdad es que el pueblo no entendería que hubieran de dejarse impunes los atentados contra su libertad y su bienestar, y si se presentase la ocasión, trataría de defenderse contra los actos antisociales de algunos. Mas, para hacerlo, ¿de qué sirven esas gentes cuyo oficio es hacer las leyes, y otras que viven inventando contraventores de esas leyes? Cuando el pueblo reprueba realmente una cosa y la juzga mala, procura impedir la siempre mejor que todos los legisladores, todos los jueces y todos los esbirros de la profesión. Cuando, en las insurrecciones, el pueblo quiso, bien a pesar de muchos, hacer respetar la propiedad privada, hízola respetar como no la hubiese alcanzado un ejército de polizontes.

Las costumbres siguen siempre los sentimientos y las necesidades de la generalidad, y son tanto más respetadas cuanto menos sujetas están a la sanción de la ley, porque todos ven y entienden su utilidad y porque los interesados, no amparándose en la protección del gobierno, las hacen respetar por sí mismos.

¿Se debe a la guardia civil que el número de asesinatos no sea mayor? La mayoría de los municipios de Italia no ven, como en España, a los guardias o gendarmes más que de tiempo; millones de hombres andan por los montes y por los campos, lejos del ojo tutelar de la autoridad; de manera que podrían ser maltratados sin el menor peligro de penalidad; y sin embargo, no están menos seguros que los que viven en los centros más vigilados. La estadística demuestra que el número de los delincuentes apenas cambia por el efecto de las medidas represivas, mientras que varía rápidamente al variar las condiciones económicas y el estado de la opinión pública.

Las leyes penales, por otra parte, no

comprenden más que los hechos extraordinarios, excepcionales. La vida cotidiana se desenvuelve fuera de la acción del código y se regula casi inconscientemente, por tácito y voluntario consentimiento de todos, en virtud de una cierta cantidad de usos y costumbres mucho más importante para la vida social que los artículos del código, y mejor respetados, aunque completamente ajenos a toda sanción que sea la natural del menosprecio en que incurren los violadores y del daño que de ese menosprecio se deriva.

Y cuando surgiesen diferencias entre los hombres, el arbitraje libremente aceptado, o la opresión de la opinión pública, ¿no sería más apto para dar la razón a quien la tuviese que una magistratura irresponsable que tiene el derecho de juzgarlo todo y a todos y es necesariamente incompatible y aun injusta?

Así como el gobierno sólo sirve para proteger a la clase privilegiada, así la policía y la magistratura no sirven más que para reprimir los delitos que el pueblo no considera como tales y sólo lastiman los privilegios de los gobernantes y los propietarios. Para la verdadera defensa social, para la defensa de la libertad y del bienestar de todos, se acostumbra a considerar a cada hombre como una fiera que es necesario enjaular y nos maltrata sin saber por qué, por orden de un jefe, como sicarios inconscientes y asalariados.

Muy bien; sea —dicen algunos—. La Anarquía puede ser una forma perfecta de convivencia social; pero nosotros no queremos dar un salto en las tinieblas. Explicadnos con detalles cómo se organizaría vuestra sociedad.

Y aquí sigue toda una serie de preguntas, que son interesantísimas si se trata de estudiar los problemas cuya solución se impondrá a la sociedad emancipada; pero que son inútiles o absurdos ó ridículos si de nosotros se pretende una solución definitiva.

¿Con arreglo a qué método se educará a los niños? ¿Cómo se organizará la producción y el reparto? ¿Seguirán

formándose grandes ciudades, o la población se distribuirá igualmente en toda la superficie de la tierra? ¿Y si todos los habitantes de la Siberia quisieran pasar el invierno en Niza? ¿Y si todos quisieran comer jamón y beber buen vino de Jerez? ¿Y quién será minero y marinero? y los enfermos, ¿serán asistidos a domicilio o en hospitales? ¿Y quién fijará la marcha de los trenes? ¿Y qué se hará si un maquinista cae enfermo mientras el tren avanza?

Y así sucesivamente hasta pretender que nosotros poseyésemos toda la ciencia y toda la experiencia de la edad futura y que, en nombre de la Anarquía, prescribiésemos a los hombres del porvenir a qué hora debieran acostarse y qué día de la semana tendrían que cortarse las uñas.

En verdad, si nuestros lectores esperan respuesta a estas preguntas, o por lo menos, a aquellas que son serias e importantes, y esperan una contestación que sea algo más que nuestra opinión personal o del momento, querrá decir que no hemos cumplido bien nuestro propósito de explicar lo que es la Anarquía.

No somos nosotros más profetas que el resto de los hombres, y si pretendiésemos dar una solución oficial a todos los problemas que se presentarán en la vida de la sociedad futura, entenderíamos la abolición del gobierno en un sentido realmente extraño. Y resultaría entonces que nosotros mismos nos constituiríamos un gobierno y prescribiríamos, como los legisladores religiosos, un código universal para el presente y para el porvenir. Como, afortunadamente, no tenemos hogueras ni calabozos para imponer la Biblia, la humanidad podría reirse impunemente de nosotros y de nuestra pretensión.

Nos preocupan mucho todos los problemas de la vida social, y en interés de la ciencia contamos ver implantada la Anarquía y concurrir como podamos a la organización de la nueva sociedad. Tenemos, por tanto, nuestras soluciones que, según los casos, las daríamos por definitivas o transito-

rias, y algo diríamos que si no nos lo impidiese la falta de espacio. Más el hecho de que nosotros, hoy, con los datos que poseemos, pensamos de un modo dado acerca de una determinada cuestión, no quiere decir que precisamente se hará cual nos lo imaginamos en el porvenir. ¿Quién puede preveer la actividad que se desarrollará en la humanidad cuando se halle emancipada de la miseria y de la opresión, cuando todos tengan medios de instruirse y desenvolverse, cuando no haya ni amos ni esclavos y la lucha contra los hombres y los odios y rencores que de ella se derivan no sean ya una necesidad de la vida? ¿Quién puede preveer los progresos de la ciencia, los nuevos medios de producción, de comunicaciones, etcétera, etc.?

Lo esencial es que se constituya una sociedad en que la explotación sea cosa imposible, así como la dominación del hombre por el hombre, en la que todos tengan a su disposición los medios de existencia, de trabajo y de progreso y puedan concurrir, según quieran y sepan, a la organización de la vida social. En semejante sociedad, todo será hecho naturalmente, de la manera que mejor satisfaga las necesidades generales, dadas las condiciones y la posibilidad del momento, y todo se hará mejor a medida que crezcan los conocimientos y los medios.

En el fondo, un programa que afecta a las bases de la constitución social, no puede hacer más que indicar un método. El método es, justamente, lo que principalmente diferencia los partidos y determina su importancia en la historia. Dejando a un lado el método, todos dicen que quieren el bien de los hombres, y muchos lo desean francamente; los partidos desaparecen y con ellos toda la acción organizada y dirigida a un fin determinado.

Es necesario, pues, principalmente, considerar la Anarquía como un método.

Los métodos de que los diversos partidos, no anarquistas, esperan, o dicen que esperan, el mayor bien de cada cual y de todos se puede reducir en dos: el autoritarismo y el llamado li-

beral. El primero confía a unos cuantos la dirección de la vida social y fomenta la explotación y opresión de la masa por parte de algunos privilegiados. El segundo se ampara en la libre iniciativa individual y proclama, si no la abolición, la reducción del gobierno al mínimo de atribuciones posible; más como respeta la propiedad individual y todo lo funda en el principio *Cada uno para sí*, y por consiguiente en la competencia entre los hombres, su libertad es sólo la libertad de los fuertes, de los poderosos, para oprimir y explotar a los débiles, a los que no tienen nada; y lejos de producir armonía, tiende a aumentar siempre la distancia entre los ricos y los pobres y da origen a la explotación y a la tiranía, es decir, a la autoridad. Este segundo método, o sea el liberalismo, es teóricamente una especie de Anarquía sin socialismo, y por eso no es más que una mentira, pues la libertad no es posible sin la igualdad, y la verdadera Anarquía no puede existir fuera de la solidaridad, fuera del socialismo. La crítica que los amigos de la libertad hacen del gobierno, se limita a pretender arrebatarse cierto número de atribuciones e invitar a los capitalistas a defenderse, mas no puede atacar las funciones represivas que constituyen su esencia, porque sin el soldado y el polizón no podrían existir los propietarios, y así las fuerzas represivas del gobierno han de crecer conforme crecen, por obra de la libre competencia, la armonía y la desigualdad.

Los anarquistas presentamos un método nuevo; la libre iniciativa de todos y pacto libre después de que, abolida revolucionariamente la propiedad privada, todos estén en posesión de igualdad de condiciones para disponer de la riqueza social. Este método, no dejando lugar a la reconstitución de la propiedad privada, debe conducir, por medio de la libre asociación, al triunfo del principio de solidaridad.

Consideradas así las cosas, se ve que todos los problemas que se plantean con el fin de combatir la Anarquía, son más bien un argumento en su favor, porque ella es la que úni-

camente indica la manera de encontrar experimentalmente las soluciones que mejor correspondan al dictamen de la ciencia y a los sentimientos y necesidades de todos.

¿Cómo se educará a los niños? No lo sabemos. ¿Y qué decís a eso? Los padres y los pedagogos y todos los que se interesan por la suerte de las nuevas generaciones se reunirán, discutirán y se pondrán de acuerdo o se dividirán, y pondrán, por último, en práctica los medios que tengan por más eficaces.

Y con la práctica, el método que realmente sea el mejor acabará por triunfar.

De igual modo se resolverán todos los problemas que se presenten.

De cuanto se ha dicho resulta que la Anarquía, tal como la entiende el partido anarquista y tal como únicamente puede ser entendida, se basa en el socialismo. Así, si no fuese por las escue-

las socialistas, que rompen artificialmente la unidad natural de la cuestión social y por equívocos con que se trata de estorbar el paso a la revolución, podríamos decir que la Anarquía es sinónimo de socialismo porque una y otro significan la abolición de la tiranía y de la explotación del hombre por el hombre, ya ejerzan mediante la fuerza de la bayoneta, ya por medio del acaparamiento de los medios de vida.

La Anarquía, lo mismo que el socialismo, tiene por base, por punto de partida, por ambiente necesario, *la igualdad de condiciones*; tiene por fin *la solidaridad*; tiene por método *la libertad*.

No es esto la perfección, el ideal absoluto que, como el horizonte, se aleja siempre a medida que se avanza; pero es el camino abierto a todos los progresos, a todos los perfeccionamientos realizados en beneficio de todos.

— *Fin del fragmento* —



*Organización**Agitación y**Revolución*

(Fragmento)

Escuchad, obreros de todos los países, de todas las ideas; escuchad los que os movéis a impulsos de una aspiración generosa, y los que permanecéis indiferentes a todo lo que no sea la rítmica rutina de la faena diaria, ¿qué contestaríais si os fuese preguntado qué debía hacer el esclavo en un momento cualquiera, presente o futuro?

¿No diríais sin vacilar que el deber del esclavo es rebelarse, romper la cadena que le subyuga, sacudir violentamente la tiranía que le ata, que le sujeta a la voluntad extraña? ¿No diríais que su deber imperioso en cualquiera y en todos los instantes de su vida es levantarse decidido contra el opresor y recobrar por la fuerza la libertad que por la fuerza se le arrebató?

¿Y qué sois vosotros y qué somos nosotros, los que del salario vivimos, más que esclavos modernos, esclavos

del taller y del terruño, esclavos de las fórmulas sociales y de las preocupaciones políticas? ¿Qué somos, víctimas de la latifundia y del mercantilismo, sino verdaderos esclavos del privilegio capitalista y de la infamia gubernamental?

¿Lo dudáis? No, mil veces no, es imposible. La miseria nos rodea por doquier. Hijos sin instrucción, sin pan y sin abrigo, hijas lanzadas a la prostitución, a la esclavitud más horrenda de nuestros tiempos: compañeras obligadas a las rudas faenas de trabajos inadecuados; padres e hijos sin hogar, sin alimento y sin ropa, trabajando noche y día, robando a la naturaleza sus más preciadas facultades para degradarlas en un esfuerzo brutal sin término ni descanso, tal es el cuadro de vuestra servidumbre humillante. Lucha sin tregua es vuestra existencia miserable, y no obstante vuestros titánicos esfuerzos, ¿qué os espera? La

cárcel, si en un momento de desesperación lleváis a vuestros hijos un pedazo de pan cogido aquí o acullá; el hospital, si cobardemente se encoge vuestro ánimo y os rendís a lo que llamáis reveses de fortuna; la limosna indigna, si vuestra altivez de hombre se humilla y os lanza a la calle a implorar la caridad mentida del que os explota a vuestros hijos y mancilla, si puede, a vuestras esposas y a vuestras hijas. ¿Dudáis aún de la certeza de vuestra esclavitud? ¿Dudáis de esa servidumbre que a todos nos comprende y envilece? ¿Dudáis que sois esclavos cuando el maestro o el burgués os insulta groseramente, cuando os arroja de sus talleres y os niega el trabajo, y con él el raquíptico salario con que sella nuestra ignominia? ¿Dudáis de esa servidumbre cuando arranca vuestros hijos para convertirlos en arlequines, mientras se exceptúan a los hijos del "amo", mediante un puñado de dinero? ¿Dudáis de vuestra esclavitud cuando se os niega todo derecho a intervenir en la cosa pública o se os concede el sufragio para que resulte que es al burgués a quien conceden todos vuestros votos? ¿Dudáis aún, cuando, supuesto el ejercicio libre de ese derecho, todo lo que podéis hacer es elegir nuevos amos y remachar más y más vuestras cadenas?

En el orden económico; dependéis del favor que pueda dispensaros un burgués cualquiera, industrial o agricultor. ¡Y qué caro os cuesta el favor de que os den trabajo! En el orden político, no podéis pensar ni obrar. Si pensáis y obráis alguna vez, es por gracia especial.

Pero entonces corréis toda clase de riesgos. ¡Ay! de vosotros si pensáis u os manifestáis libres, si hacéis algo que disguste a los "señores! La religión os predica la mansedumbre, el Estado os la impone por ley, y el capital, el privilegio de la propiedad, la hace efectiva en todo tiempo y lugar. Vosotros no tenéis otro derecho que el de obedecer y callar, que el de sufrir y resignarse; sois mecanismos supeditados en todo y por todo a los que os mandan desde

lo alto. ¿Queréis esclavitud más degradante?

Y si sois esclavos, si no tenéis personalidad propia, ni libertad, ni derecho, ¿A qué esperáis?

Contra la creciente tiranía del privilegio capitalista, contra el despotismo hipócrita del Estado, contra la iniquidad de la Iglesia, nuestro deber es rebelarnos, deber imperioso ineludible para cuantos sientan en sí mismos la chispa abrasadora que enciende en el ser humano la dignidad, la personalidad, la libertad.

Somos hombres y debemos ser libres. Arrojemos con fuerza de sus pedestales a los que sobre la ignorancia, la sumisión y la degradación se erigen en soberanos de vidas y haciendas. Rompamos todas las ligaduras, y rompamos violentamente, lanzando al abismo cuanto perpetúa en la sociedad los privilegios y prerrogativas de los que nos esclavizan. El hombre libre e igual al hombre. Que nadie profane la libertad poniendo la impura mano sobre el derecho de su semejante. Que nadie ose interponerse entre los hombres para reducirlos a la obediencia nuevamente.

Mientras los soberanos de la tierra organizan sus ejércitos, preparan la guerra y lanzan a las naciones en el caos de la destrucción más espantosa; mientras los grandes acaparadores de la riqueza, meditan nuevos cálculos de especulación, extienden y propagan la rapiña, preparando la inminencia de una crisis terrible, para que la miseria les libre del terrible enemigo, de la masa hambrienta que aumenta sin cesar, mientras los hombres de la política, de la literatura, del arte, y hasta de la ciencia, se entretienen en cantar himnos de alabanza a los poderosos; mientras el mundo del privilegio, de la banca, de la usura, se entrega a la orgía de todas las viles pasiones que lo sostiene, es preciso que nosotros, los esclavos a la moderna, nos lancemos resueltos a la lucha en cerrada falange, introduciendo en las filas de los acomodados el terror y el pánico, y destruyendo para siempre todo lo que nos

reduce a la triste condición de bestias de carga.

No sólo carecemos de libertad; carecemos también de ciencia y de pan, carecemos de cuanto el hombre necesita para desenvolverse holgadamente; se precisa la revolución total, la revolución que nos de la riqueza, la libertad y la ciencia. Rebelémonos pues, y expropiemos a los acaparadores de la ciencia, de la libertad y de la riqueza. ¡Abajo la propiedad! ¡Abajo el poder religioso! ¡Abajo los poderes!

La masa trabajadora, mercancía despreciable para los privilegiados del saber, del poder y de la riqueza, la masa trabajadora, heredera del paria, del ilota, del esclavo y del siervo, debe recobrar su libertad absoluta, emanciparse definitivamente; y para emanciparse es preciso, indispensable, forzoso, necesario, rebelarse. Por rebeliones sucesivas ha progresado el mundo; por rebeliones continuadas se han libertado los hombres, triunfando las ideas, han desaparecido cuantas instituciones estorbaban el libre desenvolvimiento del ser humano. Toda nuestra historia es una rebelión permanente. A pesar de tantos y tantos hábitos de obediencia, a pesar de tantos y tantos siglos de ignorancia, a pesar de tanta y tanta miseria, el hábito, el sentimiento, el poder de la libertad ha prevalecido en el hombre, y por eso, hoy lo mismo que ayer, y mañana lo mismo que hoy, las sociedades se lanzan a la revolución contra los que la esclavizan, la estrujan y la empobrecen.

Nuestro deber es, pues, de todos los momentos. La rebelión es el deber de hoy, si no se hizo ayer es el deber de mañana si no se hace hoy; es el deber de siempre.

Ante el hecho real de la esclavitud no caben distingos, no caben filosofías, no caben dilataciones. Es depresivo sufrirla, conociéndola. Quién se vea esclavo y no sienta la necesidad de rebelarse, o está degradado o es un cobarde. Ni cobardes ni degradados; nuestro puesto está en las filas de la revolución.

Despertad, pues, los que habéis llevado tanto tiempo rezando, pagando y obedeciendo; despertad los que aún rezáis, pagáis y obedecéis; despertad todos porque es preciso que todos volvamos por nuestra dignidad, por nuestro rango de seres racionales en la plenitud de nuestras facultades y derechos.

Se nos reduce a esclavos, se os convierte en instrumentos de destrucción, se nos toma por seides del espionaje más infame, y cuando no servimos para más se llenan los presidios y los hospitales con los restos ya putrefactos de nuestra decrepitud.

Nosotros somos en último término, los ladrones, los asesinos, los criminales, si en un momento de angustia robamos para vivir, si en un momento de extravío herimos en propia defensa; mientras los que roban y acaparan toda la riqueza universal, los que roban al trabajador hasta el aire que respira, los que nos llevan a que las minas nos sepulten vivos entre sus escombros, los que nos colocan al lado de la máquina que explota o en el andamio que nos hunde, los que matan en flor la actividad de nuestros pequeños, esos son personas dignas de todos los acatamientos, de todos los respetos, de todas las consideraciones acabemos de una vez con esa monserga inícuca y que cada cuál tenga su merecido.

Es preciso no dejarse matar en la mina o en la fábrica o en la obra de construcción; es necesario sustraerse a la ferocidad de la guerra y a la infamia del espionaje policíaco; es indispensable no someterse a ser eternamente carne de hospital, de presidio o de lupanar; es urgente recobrar la riqueza, la libertad y la ciencia que nos usurpa, que nos roba.

Hombres, mujeres y niños, víctimas todos de la tiranía política, de la tiranía económica y de la tiranía religiosa, nuestro deber es hoy como ayer, y mañana como hoy, rebelarnos y rebelarnos.

O esclavos voluntarios o rebeldes elegid.

## Organización

En los momentos actuales en que muchos trabajadores han despertado al contacto de las ideas revolucionarias, en que ninguno puede ya dudar de la necesidad imperiosa de rebelarse contra el triple despotismo de la autoridad, la propiedad y la religión, en que nadie duda de la injusticia en que vivimos, y sin duda, es porque ha sido anulado como hombre por el hábito de la esclavitud, urge llegar a la asociación de las fuerzas para dar pronto, muy pronto: cima a la gran empresa confiada a la clase productora, o mejor a las masas revolucionarias que pretenden una renovación total del orden existente.

Toda modificación, todo cambio, todo transtorno en el modo de ser de las sociedades, es precedido de una fiebre inmensa de propaganda, de difusión de las nuevas ideas. Toda aspiración nueva, todo ideal innovador que se propaga y se extiende por todas partes, produce ciertos resultados inmediatos: organización de los elementos partidarios de la reforma; agitación consiguiente y continua de la sociedad en que se vive; y finalmente revolución general del orden establecido. El triunfo del nuevo ideal resulta de la organización, la agitación y la revolución promovida por sus partidarios tanto como de la desorganización, la impotencia y la resistencia de sus enemigos.

Un cambio radical de la sociedad, procede siempre de causas múltiples, de elementos complejos. La revolución es siempre el momento determinante de ese cambio. La agitación, el prólogo de la batalla. La organización; el primer elemento de vida y de fuerza.

Es, pues, preciso organizarse. ¿Cómo? Como se deben organizar los hombres libres, por el libre pacto, por la asociación. No es preciso que el proletariado en masa se organice, no es necesario que se reúnan muchos miles de obreros. Nunca las revoluciones las han hecho las mayorías.

Si hay que organizarse es para hacer más poderosas las fuerzas, más potentes los elementos de combate.

Cada trabajador aislado puede hacer mucho, asociado puede hacer incomparablemente más. Esto es evidente. Que los elementos revolucionarios se busquen, se concierten y agiten a la opinión. Cada uno en su taller, entre afines, puede y debe propagar la asociación, preparar la agitación, luchar por la revolución. El agricultor entre los suyos puede y debe hacer lo mismo. Y unos y otros en todas partes, a toda hora, con elementos homogéneos o heterogéneos, debe emplear todas sus fuerzas en conquistar adeptos para la causa común, en asociarlos para su mejor aprovechamiento, y en lanzarlos a los movimientos procelosos del combate, a las agitaciones del comienzo de la lucha. Es preciso ampliar nuestros trabajos, salir de la propaganda individual siempre deficiente, y entrar en la conquista de la masa para hacer llegar hasta ella, si no la razón filosófica de los nuevos ideales, por lo menos el sentimiento y la razón revolucionaria que se necesita para que el pueblo se arroje un día decidido a recobrar sus derechos y sus libertades.

Asociación de fuerzas, tal es el trabajo preliminar. Que todos los elementos sinceramente revolucionarios, que todos los hombres que sientan la necesidad de emanciparse, que los trabajadores principalmente, ya que son los esclavos de siempre, se afanen sin descanso ni tregua por llevar a todas partes la idea y el hecho de esta asociación indispensable para que no quedemos reducidos a un grupo de adoradores platónicos del ideal novísimo.

Una aspiración común sirve de base a nuestros propósitos: libertad política o de acción, libertad económica y libertad religiosa. Que cada uno pueda gobernarse a sí mismo. Que cada uno pueda entrar en conciertos libres con los demás en cuanto atañe a la producción, al cambio, y al consumo, en cuanto se refiere a la industria, a la agricultura, a la ciencia, a todas las manifestaciones de la actividad humana. Que cada uno pueda rendir culto en su conciencia a lo que quiera o como quiera. No más poderes ni más privilegios, no más autoridad consti-

tuída, no más monopolio de la riqueza, no más poder religioso. Que la libertad, en toda su extensión, sea nuestro constante ideal.

El trabajador, el asalariado, heredero del paria, del ilota, del esclavo y del siervo, debe ser hombre libre. Que se asocie a los demás trabajadores libremente, que se organice con sus compañeros para luchar por el interés, por la aspiración común. Puede y debe aislado trabajar. Puede y debe asociarse para hacer más fructífero su trabajo. El obrero permanece indiferente ante este movimiento renovador, el que se resigna a la esclavitud del salario, el que no sigue a sus hermanos en el combate de la nueva idea, falta a todos sus deberes como hombre y a sí mismo se menosprecia y se deprava.

Es preciso que los trabajadores salgan de la degradación en que el salario los acorrala, es necesario que por un sacudimiento de su dignidad pisoteada, hagan crujir las cadenas que les atan, es urgente que sacudan enérgicamente todo su organismo y entren de lleno en esta asociación de las fuerzas revolucionarias que por todas partes se extiende poderosa.

Y una vez que este es el deber del obrero, ya que respondiendo al movimiento de avance actual ha de asociarse para la lucha, no debe reducirse a la monotonía de la organización, creyendo haberlo hecho ya todo, o ha de contentarse con una letanía de palabras que no responden a los hechos. La asociación debe de ir seguida siempre de la agitación: agitación por la palabra, por el periódico, por el folleto, por el libro, por la resistencia enérgica, por la acción decidida contra todo lo que nos estorba. La agitación individual, nunca censurable, es sin embargo deficiente, es incompleta. La agitación por la asociación, la agitación en masa es mucho más potente. Lo repetimos: cada trabajador aislado puede hacer mucho, asociado puede hacer incomparablemente más. Que la propaganda y la agitación escrita circule profusamente, que no se reduzca al círculo de los creyentes, que la

agitación oral salga del familiar y entre en el meeting, en la aglomeración de las calles y de las plazas; que la resistencia se extreme y transforme en una enérgica reivindicación; que la acción se lleve a cabo por las masas en los centros industriales y en el campo, promoviendo verdaderos chispazos revolucionarios que preparen el terreno del sacudimiento final. Nada de doctrinarismos o de exclusivismos. Agitarse por todos los medios adecuados, digan lo que quieran las sectas. Organizarse libre y decididamente, dejándose de sutilezas metafísicas. Y organizarse y agitarse para expropiar totalmente a los acaparadores de la libertad, de la riqueza y de la ciencia, organizarse y agitarse para provocar cuanto antes el momento supremo de la Revolución Social.

A la indiferencia acostumbrada, que siga la actividad de los hombres libres; a la sumisión en el taller y en el campo, que suceda la protesta permanente contra la infamia del salario; a la pasividad exterior, que siga la agitación constante contra la coerción autoritaria, contra todo privilegio económico, contra toda irracionalidad religiosa. Nada de parsimonia política, nada de idilios imposibles, nada de transigencias con todo lo antiguo, todo lo decrepito. Ideas y procedimientos nuevos. Hay precisión de sustraerse a todas las influencias de los cantos de sirena burguesa con sus sociedades humanitarias de socorros, de crédito, de auxilios, con sus hospitales y sus cárceles. Hay que renunciar a todo acuerdo con los que nos explotan, con los que nos tiranizan, con los que nos envilecen. Organización y agitación para sacudir más y más cada día el ya ruinoso edificio social, creado a la sombra de una revolución grandiosa. Organización y agitación para acabar de una vez con el imperio del robo, del espionaje, de la prostitución, del lupanar de carne humana aglomerada en antros de pestilencia física y moral. Organización y agitación para que la rebeldía parcial de cada instante se convierta en la rebelión definitiva que ha de emanciparnos.



Trabajadores todos, ¡a organizarse!  
Trabajadores, todos, ¡a la organiza-  
ción, por la vida, por la dignidad, por  
la libertad! Trabajadores todos, ¡a  
rebelarse!

### *Agitación*

Trátase del deber que los trabaja-  
dores tienen en los momentos ac-  
tuales, y trátase sin duda de un modo  
general. No cabe, pues, entrar en el  
examen de procedimientos distintos,  
de diferencias doctrinales, de aplica-  
ciones particulares. Fuerza es que el  
estudio de esos deberes se reduzcan a  
términos amplios, generales y concre-  
tos. Que el obrero entienda que entra  
en sus deberes sociales el de estudiar  
esas diferencias de procedimientos,  
esas opiniones doctrinales, esos dis-  
tintos medios de organización y agita-  
ción permanente.

Que el obrero sepa que su primer  
deber es prestar su esfuerzo en la lu-  
cha que el proletariado mantiene con  
lo existente; que su obligación es aso-  
ciarse a sus compañeros y agitarse con  
ellos sin cesar; que su aspiración final,  
que su deber imperioso es fomentar el  
espíritu de rebelión y rebelarse él mis-  
mo antes cuanto pueda y sepa. El tra-  
bajador que conozca estos deberes no  
se negará, no podrá negarse a contri-  
buir decididamente a la emancipación  
definitiva de la raza humana, que tal  
es en conclusión el verdadero ideal  
revolucionario de nuestros días.

Que sean cumplidos estos deberes  
con tal o cual bandera, es asunto de  
la competencia individual. Nosotros  
hemos señalado los fundamentos co-  
munes. Que cada uno obre en conse-  
cuencia. Lo primordial es pensar, sen-  
tir y obrar con energía en todo lo  
referente al tremendo problema social.

No es dado negar que la clase traba-  
jadora ha atendido en lo factible a  
sus deberes, pero ha atendido de un  
modo en extremo relativo. Es indis-  
pensable tener siempre presente el  
ideal absoluto para proceder en conso-  
nancia. El período de iniciación ha  
pasado. Las evoluciones sucesivas in-  
dispensables se han verificado. Deta-  
lles de forma, depuración de las ideas

y los procedimientos, todo ha sido  
consumado de acuerdo con los adel-  
antos de los tiempos. Lo esencial, los  
fundamentos son indestructibles y  
han prevalecido a través de todos los  
sacudimientos de las opiniones.

Entramos en una nueva era, y hay  
que cuidar en no caer en defectos y  
vicios añejos; pero hay también que  
procurar no entregarse a desvaríos en  
sentido contrario, que la razón va fá-  
cilmente de uno a otro extremo, de  
uno a otro error, sin percatarse de la  
realidad de las cosas.

Las actitudes de las distintas or-  
ganizaciones obreras no han sido tan  
revolucionarias como fuera de desear.  
Era el fruto de los primeros tiempos.  
En la transición que se está operando  
la palabra "revolucionario" se aplica  
frecuentemente a las mismas actitudes  
antiguas que bajo nueva forma se  
nos ofrecen como modificaciones. Son  
nuestros propios deseos que nos enga-  
ñan. Es el resultado natural de toda  
transición. Urge, pues, salir pronto del  
período de transición para entrar de  
lleno en una época de verdadera aso-  
ciación, de verdadera agitación, de  
verdadera revolución.

Entre el fermento de las nuevas  
ideas se deslizan siempre los gérmenes  
de la reacción, los elementos pernicio-  
sos de lo existente, y bajo la forma de  
despreocupaciones acogemos preocu-  
paciones terribles, que son nuestros  
mayores enemigos. El trabajador ha  
de prescindir de los vicios sociales que  
por todas partes lo solicitan para ador-  
mecerlo. Ya ha de prescindir, siempre  
en lo posible, de las influencias mor-  
tíferas de un sistema social que es su  
condenación y adulación como hom-  
bre. El tiempo que hubiera de gastar  
en adormecerse por el vicio burgués  
debe emplearlo en la propaganda, en  
el estudio y en la lucha de sus ideales.  
Nadie podrá sustraerse en absoluto al  
medio social en que vive; pero sí puede  
resistirle a que ese medio social le  
subyugue y le esclavice.

Cuando el obrero pensador, cuando  
el que siente el hálito vivificante de las  
nuevas ideas no se siente también sos-  
tenido en sus aspiraciones por una ac-

tividad continua, entonces se apodera de él la indiferencia y el escepticismo, y es un elemento perdido para la causa revolucionaria. Y como no es posible vivir en perpetua agitación, en continuada rebelión, del mismo modo que no es hacedero sustraerse en absoluto al medio social, es preciso abrir a la actividad diversos horizontes que la encaucen y que la aprovechen. Los organismos revolucionarios perecen o se disuelven frecuentemente a manos de su propia inactividad. Es necesario que las asociaciones en los momentos en que la agitación sufre treguas forzosas, eviten el marasmo de la inactividad, o la gangrena del personalismo estudiando y discutiendo sin prejuicios ni preocupaciones las diversas ideas propagadas, las nuevas hipótesis establecidas, los distintos procedimientos que soliciten las fuerzas revolucionarias. La creación de centros, de ateneos; el fomento de las reuniones públicas y privadas con objetos bien determinados; las relaciones constantes con todos los organismos afines, son medios igualmente adecuados a que la actividad no sea suplantada por el decaimiento de los entusiasmos y energías, así individuales, como colectivas.

Los esfuerzos del exclusivismo de las sectas por arrastrarnos a uno u otro extremo, deben de ser por nosotros rechazados enérgicamente. Necesitamos vivir en constante actividad, y ésta sólo puede mantenerse apelando a todos los modos y medios que tiene de manifestarse. Actividad permanente sobre todo, sin perderse nunca de vista el ideal, sin olvidar que los deberes primordiales de la clase trabajadora son: organización y revolución. Actividad constante sin relegar a segundo término el supremo deber de rebelarse siempre y cuando se pueda, en todo tiempo, lugar y ocasión.

Si los organismos revolucionarios atienden a estas condiciones de su existencia como es debido, fácil será al trabajador cumplir como bueno. Si, por el contrario, esas condiciones son olvidadas, entonces el desdichado esclavo que piensa emanciparse, el hambriento trabajador que combate

desesperado contra lo existente, verá amortiguarse día tras día aquel espíritu potente, grande, heroico que provoca y determina las revoluciones, los hechos más notables de la vida humana.

En este período de vacilaciones hay que crearse un medio artificial opuesto al medio social en que vivimos para que, sintiéndonos en parte fuertes en un nuevo modo de existencia más en armonía con nuestros ideales, sintamos también acrecentarse nuestra energía revolucionaria, nuestra actividad demoledora.

Que el trabajador proceda con decisión, con ardor, con valentía en su tarea. Que el trabajador no descansa ni se detenga en sus empeños. Que el trabajador se lance con denuedo a la vida. Es el factor principal de la revolución que se aproxima. Es el elemento más potente de la renovación universal que preconizamos. Es en medio de la desmoralización creciente de las otras clases sociales, en medio del desorden espantoso que nos rodea, el único que se conserva puro, vigoroso y digno.

Trabajadores todos: vuestro deber es lanzaros sin tardanza a la lucha. Que con vosotros vayan las mujeres, no menos esclavas de la brutalidad burguesa. Que con vosotros vayan vuestros hijos, condenados como vosotros a la esclavitud. Que la agitación penetre en el hogar, en la reunión de amigos, en la plazuela, en la calle, en todas partes. ¡No transacciones con el presente! ¡No más complacencias con el orden tiránico que nos entrega a la ley brutal del más fuerte y del más astuto sin armas de defensa! ¡No más obediencia! ¡No más sumisión!

### *Revolución*

No soñéis trabajadores con vuestra emancipación si todavía halagan vuestros oídos palabras engañosas de una paz imposible entre explotadores y explotados, entre miserables hambrientos y opulentos propietarios del bien común; no soñéis, no con el día de vuestra felicidad ni si aun sois bastante crédulos para esperar del tiempo y de

la magnanimidad burguesa una solución pacífica que nos restituya lo que continuamente se nos arrebató, riquezas, libertad y ciencia. Todo acuerdo entre nosotros los desheredados, y ellos los acaparadores, ha de fundarse necesariamente en nuestra sumisión, en nuestra esclavitud voluntaria, en el reconocimiento tácito o expreso de sus privilegios. El tiempo por sí solo nada hace si falta el concurso de los hombres. La magnanimidad burguesa es imposible obtenerla, porque nadie es tan poco conservador que renuncie a lo que posee. Soñáis con imposibles si soñáis tal cosa. Soñáis y creéis que el cordero y el lobo pueden entenderse, que el uno puede renunciar a su presa voluntariamente y que el otro puede creerse seguro a su lado. Sois suicidas si tal creéis.

Yo os canto y os ensalzo una revolución que nos emancipe, porque todo progreso, toda renovación del orden social, porque todo cambio se han verificado siempre por la revolución. Si no basta la realidad abrumadora que lo comprueba, la historia, el último término, lo patentiza de modo irrefutable a vuestra vista; la historia confeccionada por esos mismos que nos explotan, la historia en que solo han tomado una parte activa los emancipados de hoy, es la que viene a imponernos la necesidad suprema de esa revolución.

Si; nosotros preconizamos esa revolución, nosotros trabajamos porque sobrevenga cuanto antes; nosotros agitamos uno y otro día para llevar al seno de las masas el espíritu de rebelión; porque sin esa revolución nuestra esclavitud será eterna, nuestra cobardía incalificable, nuestra complacencia un crimen. Venid a nosotros y vamos todos juntos a conquistar la libertad, a recabar lo que se nos roba para que al fin podamos erguirnos noblemente después de tantos siglos de sumisión.

Sacudid el egoísmo que os hace ver lejano el momento de vuestra emancipación. ¿Quién puede predecir lo que sucederá mañana? ¿Quién puede ase-

gurar que la Revolución Social ha de tardar después de un siglo de mercantilismo y de política constitucional?

Los resortes del sistema imperante se han gastado por completo, las crisis sobrevienen con rapidez vertiginosa. Las guerras se dibujan en el horizonte próximas a estallar. Las clases dominantes han llegado al máximo de degradación. Todo vacila, todo se tambalea, pronto a caer con horrorismo estrépito. De otro lado la agitación revolucionaria aumenta asombrosamente. Los elementos socialistas pronuncian y acentúan sus protestas y sus medios de acción. Los hambrientos se ven arrojados a una lucha desesperada. Y los nuevos ideales son ya comunes a todos los países y a todas las razas. ¿Qué falta?

Un momento nomás, un momento propicio y la Revolución; la gran Revolución Social estallará en todas partes a la vez, impotente amenazadora.

Corred, pues: a uniros con los combatientes; corred a las avanzadas del ejército revolucionario; corred, apresuraos que el tiempo vuela, que los sucesos se precipiten y que quizás lleguéis tarde.

Siglos y más siglos de esclavitud os hacen vacilar; vuestros hábitos pueden más que vuestra razón. ¡Romped, de una vez con el pasado, héroes del porvenir! ¡Romped para siempre con la tradición de esclavos y proclamaos hombres libres!

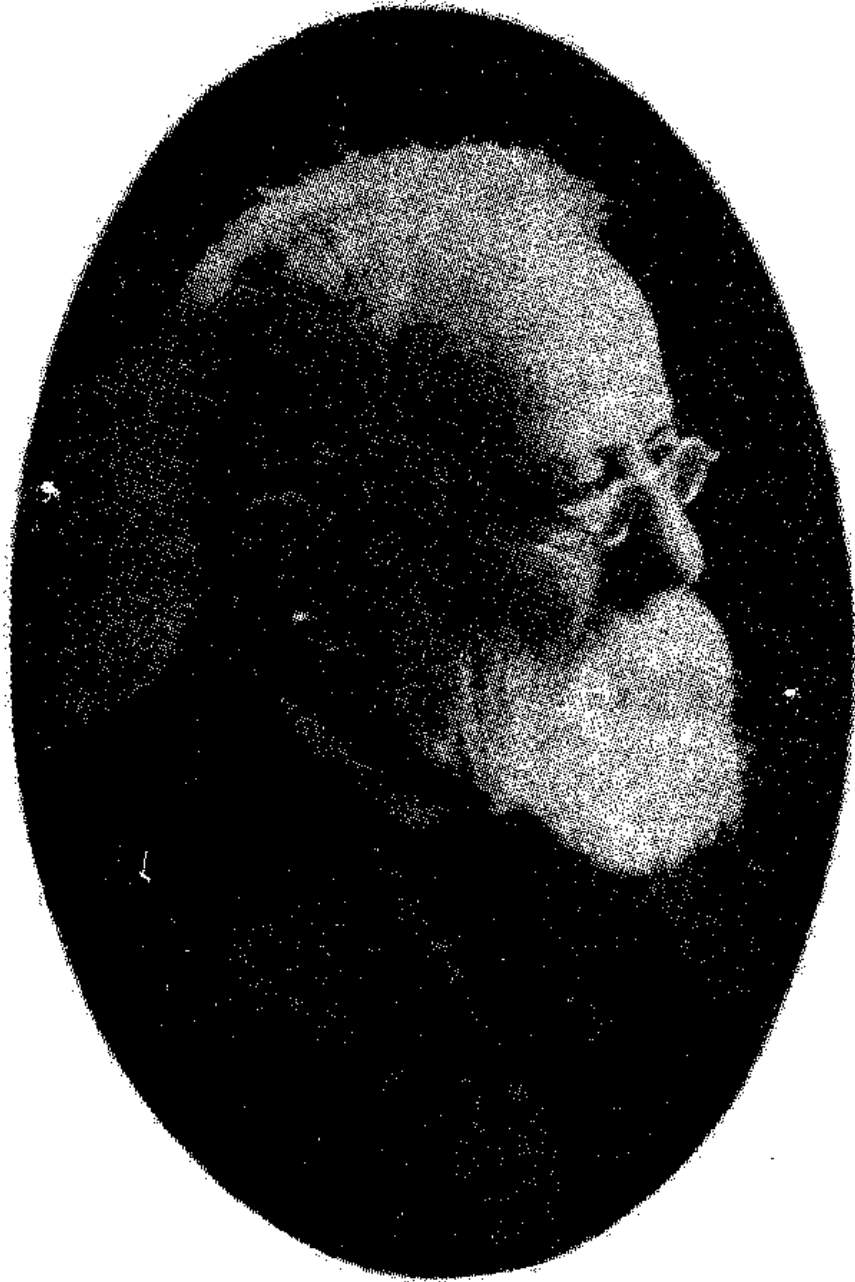
La Revolución Social, pronta, inmediata, requiere vuestro esfuerzo. A combatir, pues; a pelear.

Asociación de fuerzas, agitación permanente, revolución total de lo existente; tal es vuestro deber.

¡A la asociación, trabajadores! ¡A la agitación, obreros! ¡A la Revolución Social, esclavos del presente, parias, ilotas y siervos de siempre! ¡A la Revolución Social, proletarios todos, para reconquistar la libertad, la riqueza y la ciencia!

¡A la Revolución por todo y en todo!

— Fin del fragmento —



1842

ANSELMO LORENZO

1914

## *Via Libre*

(Fragmento)

La actividad progresiva de la humanidad se determina y especializa según las necesidades y según las épocas, formando sucesivamente a nuevos y justificados ideales.

Eso ha hecho decir por efecto de una observación incompleta, que detrás de cada ideal, por perfecto y remoto que se le suponga, hay un más allá que no se alcanzará jamás.

Afirmación pesimista y anticientífica, producto de la desviación burguesa, que convierte la evolución, que es perfeccionamiento y avance positivo, en ilusorio espejismo y que antepone la concepción de un individuo pensante a la totalidad de concepción de los pensadores de toda la humanidad.

En la época presente, por efecto de la evolución social efectuada, siéntese la necesidad de igualdad de condiciones sociales, o de igualdad social: los trabajadores, que vivimos en un ambiente de promesas democráticas consiguiénte al fracaso de la evolución, y aún pudiera decirse de la desviación cristiana, que no logró, por discordancia entre lo humano y lo cristiano, fundar una sociedad de iguales entre los que consideraban hermanos, no podemos conformarnos con ser, a pesar del sufragio universal, el equivalente y el continuador del esclavo y del siervo de la Antigüedad y de la Edad Media.

Somos hombres, miembros de la gran colectividad humana, sin distinción natural que menoscabe nuestro valer, y, no obstante, en la sociedad ocupamos un lugar inferior a los hombres; somos trabajadores, y como tales contribuimos de modo mucho más considerable a la producción para la satisfacción de todas las necesidades individuales y sociales que los privilegiados de toda clase, y participamos de esa producción en una parte mínima; es decir se nos humilla, se nos desprecia, se nos rebaja en nuestra dignidad de ser humano, se nos defrauda en nuestro derecho de productores, y hasta se nos arroja del mundo. Ya no se dice con Malthus que el que no tenga cubierto en el banquete de la vida no tiene derecho a vivir, sino que se declara el sobrante de trabajadores, se facilita la emigración, se promueven guerras para la satisfacción de intereses particulares y se practica la matanza con el frío cálculo con que se sangraría un cuerpo pletórico congestionado. Y, considérese bien: iniquidad tan enorme se halla rodeada de todos los prestigios, se enaltece en todos los idiomas, cuenta con el apoyo de todas las fuerzas sociales y su defensa en

cada nación se halla encomendada al cuerpo de matones profesionales o de sayones improductivos.

De aquí que el proletariado consciente se declare contra la Iglesia y contra el Estado, entidades fracasadas, moralmente superadas por el progreso, reducidas a la vil y en último término inútil misión de contener el avance progresivo de la humanidad, en perjuicio de la justicia, en oposición con la ciencia y en defensa de los intereses creados.

A la altura a que hemos llegado, las antiguas creencias, faltas de arraigo en las conciencias, desvanecidas ante las demostraciones y descubrimientos incesantes de la ciencia, viven por pura rutina; por incapacidad progresiva de la familia, donde domina el atavismo (semejanza con los antepasados), transmitido por la ignorancia con las caricias maternales y trasnochados consejos de la prudencia paternal, inspirada en la inmoralidad de la moral dominante; por la influencia y poder de los dogmas; por la coerción de las instituciones autoritarias, y por el impulso que recibieron del pasado.

La Propiedad y todos sus beneficiados, dependientes de la Iglesia y del Estado, defienden la usurpación contra el empuje de los despojados y desheredados proletarios; pero tiene sus días contados, sus años, sus siglos si se quiere, es decir, tiene un plazo fatal, y lo demuestra, entre otras cosas, por una parte, la incapacidad progresiva de las clases privilegiadas, ya que sin la renuncia de ese privilegio que les da vida como parásitos no hay progreso posible, y por otra, la condescendencia que manifiestan muchos de esos mismos privilegiados cuando, confiados en que se les dejará vivir tranquilos, sostienen que la utopía de hoy será la realidad de mañana.

La usurpación está descubierta.

El ideal libertario está bien definido.

Conocemos el mal y su remedio.

Así, el enemigo más temible hoy es el reformista; es decir, el engañoso o el obcecado desviador; el que presenta al crédulo ignorante un señuelo



de falso utilitarismo, restando de ese modo fuerzas al proletariado.

He aquí justificada la actitud de ese proletariado que no espera ningún mesías, que desoye a los que en nombre de la democracia o del utilitarismo, le ofrecen repúblicas de imposible igualdad de condiciones entre ciudadanos explotadores y ciudadanos explotados; o falansterios cooperativos, donde el capitalismo, o por mejor decir, el ganancierismo, esencialmente expoliador y absorbente, se convierte, a creer sus propagandistas, en instrumento fraternizador; o una sanción jurídica especial para los trabajadores, especie de derecho obrero que resultaría un privilegio al revés, ya que así como la legislación general existente hasta el día considera como justa la apropiación particular de la riqueza social, ese nuevo derecho sería una confirmación más del despojo que sufrimos los asalariados.

No, el proletariado no vaya al goce de una partícula de justicia otorgada al fin por misericordiosa concesión y aceptada con inmensa gratitud, ni tampoco a obtener una parte de la ganancia que produce la explotación, sino a la conquista del patrimonio universal; es decir, a la realización del derecho inmanente y consubstancial con el ser humano, hombre o mujer, fundamento único de la igualdad que no transige con la iniquidad anticuada y legalizada, ni admite satisfacciones a dosis mínimas, y niega obediencia al tirano, gratitud al filántropo tanto como desprecia al jugador político.

¿Cómo conseguirá su objeto?

No vacilo en afirmarlo resuelta y francamente: por la *negación anarquista*, que aniquila todas las instituciones empíricamente transitorias con pretensiones de perpetuas, y por la *afirmación libertaria*, que promete todas las instituciones científicamente definidas, complementarias de las necesidades del individuo en la íntegra posesión de sus facultades.

Impónese aquí la necesidad de ser más explícito, resolviendo en la unidad la negación y la afirmación indicadas.

Un ideal puede ser una previsión de

la realidad: será utópico si su base es ilusoria y ficticia; pero es tan positivo como la realidad misma si se halla comprendido en la concepción de una ley natural y deducido lógicamente del estudio del hombre y del conocimiento de la historia.

El absurdo político, la intuición revolucionaria y el conocimiento sociológico —tres maneras distintas de saber: 1o. por imposibilidad de continuar sosteniéndose un régimen determinado, 2o. por aspiración de justicia, 3o. por inducción científica—, se hallan conformes en esta afirmación.

### *La Humanidad Llegará a Organizarse Racionalmente y a Vivir sin Autoridad*

Tal es el ideal anarquista, propio del que combate un mal, tiene fe absoluta en el triunfo y, sin embargo, no descansa si a la exposición de su aspiración redentora no añade la negación como oprobio lanzado al rostro del enemigo.

Bien está el ideal así formulado: él es como la revelación de el porvenir alcanzado por el genio del hombre, a la vez que un castigo infligido a los que han explotado el autoritarismo fundado en la supuesta revelación divina inventada por los teólogos.

Mejor aún que esa manera de formular el ideal es la puramente libertaria, la cual, despoja de todo sentimentalismo, le expone sin resabios de enemistad, sencillo, idílico, sublime, del siguiente modo:

### *La Sociedad Humana, Organizada Racionalmente, Vivirá Libre y Feliz en el Curso Perdurable de los Siglos*

Entre la fórmula del ideal anarquista y la del libertario, ambas de valor racional perfectamente idéntico, existe diferencia apreciable: es la primera característica del combatiente, y participa del carácter del triunfo propio y del recuerdo de la derrota del enemigo; se reciente de la violencia y lleva el sello de la imposición revolucionaria; en tanto que la segunda es la

concepción de la ciencia y de la razón, a la vez que la única que nos anticipa el goce supremo de la consideración de aquella humanidad futura que vivirá dando sin interrupción al individuo la ciencia, la conciencia, la posesión de sí mismo y la perfecta reciprocidad, entre los deberes y los derechos sociales.

Reclus, perfectamente documentado como autor de dos de los más importantes libros científicos de la época, la *Nueva Geografía Universal* y *El Hombre y la Tierra*, habiendo estudiado la sucesión de las edades, observando el origen de las clases, las guerras ocasionadas por la diferencia de intereses y el poder progresivo del esfuerzo individual, hallando que son los tres órdenes de hechos que revela el estudio de la *geografía social*, y que en el caos de las cosas se muestran bastante constantes para que pueda dárseles el nombre de *leyes*, dijo un día en una logia masónica en conferencia pública para que su voz repercutiera por el mundo que acababa de estudiar: "La libertad del mundo ha dejado de ser una utopía filosófica y literaria, y ha llegado a ser el fin práctico, activamente buscado por multitudes de hombres que, unidos y resueltos, colaboran al advenimiento de una sociedad en la que no habrá amos, ni conservadores oficiales de la moral pública, ni carceleros, ni verdugos, ni ricos, ni pobres, sino hermanos que tendrán todos su pan cotidiano, serán iguales en derechos y se mantendrán en paz y en cordial unión, no por obediencia a los códigos, que consignan siempre terribles amenazas y presuponen una maldad ingénita en el hombre, sino por el respeto mutuo de todos los individuos, observantes, conscientes y científicos de las leyes naturales".

A pesar de la diferencia expuesta, no existe antagonismo entre el anarquista y el libertario; los dos van al mismo fin, se complementan, y pueden concurrir en una misma persona ambas denominaciones: el primero es producto de la época, es un luchador; el segundo es el pensador, el precursor y aun si se quiere el poeta.

Por la acción y por la influencia altruista y eminentemente salvadora del anarquista-libertario, se va a aquella solidaridad que apresura la evolución y la revolución y ha de conservar después la sociedad libre. Bakounine lo expresó admirablemente en estas palabras:

"Ningún individuo puede reconocer su propia humanidad, ni por consecuencia realizarla en su vida, sino reconociéndola en los demás y cooperando con ellos a su realización. Ningún hombre puede emanciparse sino emancipando a la vez a cuantos le rodean. Mi libertad, es la libertad de todos; porque ya no soy realmente libre, libre no sólo en la idea, sino también en los hechos, más que cuando mi libertad y mi derecho hallan su conformación y su sanción en la libertad y en el derecho de todos mis iguales".

"Me importa mucho lo que son los demás hombres, pues, por muy independiente que parezca o me crea ser por mi posición social, aunque sea papa, emperador, rey o millonario, no soy más que el producto incesante de lo que son los hombres entre sí. Siendo ellos ignorantes, miserables y esclavos, mi existencia se determina por su ignorancia, por su miseria, por su esclavitud. Si, por ejemplo, soy ilustrado e inteligente, su estupidez me limita y me hace ignorante; si soy valeroso e independiente, su esclavitud me esclaviza; si soy rico, su miseria me inspira temor; si soy privilegiado, tiemblo ante su justicia. Quiero ser libre y no puedo serlo, porque en mi derredor todos los hombres no quieren ser también libres, y, no queriéndolo, se convierten para mí en instrumentos de opresión".

### *La Desigualdad Social Radica en el Código*

La servidumbre del trabajador, a pesar de los derechos consignados en la Constitución del Estado y de las declaraciones religiosas, filosóficas o políticas, radica en el Código Civil.

Ese Código, adaptación a los tiem-

pos presentes de errores antiguos y justificación de intereses egoístas en prejuicio del interés común, divide a los ciudadanos nacionales en propietarios de la tierra por ocupación, donación y sucesión, que por accesión se apropian además los productos naturales, los productos industriales y los productos civiles, mientras que hay trabajadores destinados a aumentar, mediante el pago del jornal, esas tres clases de productos, en beneficio exclusivo del propietario, exactamente lo mismo que los antiguos esclavos y siervos en beneficio del amo o del señor, y si luego consumen aquello mismo que han producido, recolectado y conservado han de comprarlo con el recargo de la ganancia al que no produce, ni recolecta, ni conserva, pero que se apropia.

Nuestra organización social, base de nuestro régimen económico, objeto de nuestra constitución autoritaria, divide, pues, a los que en religión llaman hermanos y en política conciudadanos, no ya en pobres y ricos, división insolidaria y desigual en que mediante excepcionales condiciones de carácter puede aun concebirse cierta libertad, sino en privilegiados y desheredados.

El hecho material es este: según el artículo 350 y siguientes del Código, el propietario de un terreno es dueño del suelo y del subsuelo y puede hacer en él las obras, plantaciones y excavaciones que le convengan; de los productos de cualquier especie de los predios a beneficio del cultivo o del trabajo; del alquiler de los edificios; del precio del arrendamiento de tierras, y del importe de las rentas perpetuas, vitalicias u otras.

El que no es propietario cede, se ve forzado a ceder, su capacidad productora en beneficio del propietario, quien, según el Código, *tiene la obligación de abonar los gastos hechos por un tercero* para la producción, recolección y conservación de los frutos.

El legislador, que no justifica en virtud de qué derecho legisla, tampoco se entretiene en dar apariencia de fundamento racional a la propiedad; consignándolo basta; a lo sumo se conten-

tará con la superchería señalada en el artículo 359 de ese mismo Código, que establece que *todas las obras, siembras y plantaciones se presumen hechas por el propietario y a su costa*. Y aunque haya luego economistas que sostengan que el fundamento legítimo de la propiedad es el trabajo, la ley les desmentirá mandando creer y acatar que el propietario, holgazán o no, es el amo y señor, y el trabajador, el productor de la riqueza, el productor de los llamados frutos naturales, industriales y civiles, ese, en cobrando su jornal, no se presumirá que no ha trabajado, pero es igual, queda despojado de todo derecho: ¿cumplió el propietario la obligación de abonar, aunque sea con dinero ganado con la explotación de anteriores trabajadores o con el fraude de la usura o de la renta, los gastos de producción, recolección y conservación de los frutos? Pues en paz, sin mirar en pelillos: el dinero es un pagaré al portador, y la misma moneda sirve para el robo que para la limosna.

Por eso el trabajador, que en tiempos normales no tiene más medio de vida que el jornal, o sea *los gastos que el propietario le abona*, y que en época de crisis, cuando el propietario o el industrial no le alquila, no puede comprar pan, ni vestido, ni casa, vegeta, agoniza y muere en el mayor desamparo. Su condición social, a pesar de los siglos y de las vicisitudes históricas es la de cliente romano, no era el plebeyo que se sometía al patronato de un patricio. Así lo confirmaba Waldeck-Rousseau cuando dijo: "Yo preguntaría a los patronos burgueses olvidados de sus orígenes ¿en nombre de qué doctrina superior y trascendental consideráis a las clases obreras como clientes a la romana? ¿En virtud de qué soberanía le negaréis el uso de la libertad, de la asociación, de la coalición, siendo así que natural y políticamente los trabajadores son como ellos ciudadanos e iguales?"

En tal situación y empujada por el progreso del pensamiento surgió la formación del proletariado como entidad pensante y activa, que aspira a reivindicar la personalidad del traba-

jador, libre de toda traba hasta ponerle a la altura de la nivelación de las condiciones sociales de todos los individuos.

Es la desigualdad esencial de condiciones sociales, pues, un hecho positivo, con arraigo en las generaciones de muchos siglos atrás, admitido como perjuicio por el interés en unos y por ignorancia en muchos de la generación presente, y con peligro de vivir aún generaciones futuras hasta que la revolución social le ponga término.

Contra esa desigualdad levantó un día su voz una gran entidad proletaria, La Internacional, generadora del proletariado militante, declarando "que la sujeción del trabajador al capital, es la fuente de toda esclavitud política, moral y material, y que los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no han de tender a constituir nuevos privilegios, sino a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes"; y esa declaración, crítica profunda y justa de la sociedad, a la vez que determinación racional de una línea de conducta y de un ideal ha de tenerse siempre presente como criterio-guía en la marcha que ha de seguirse para su realización.

Para trabajar en pro de ese objetivo, señaló también quiénes son los capacitados con estas palabras: "la emancipación de los trabajadores, ha de ser obra de los trabajadores mismos", con lo que indica, no un exclusivismo ni una exclusión, como algunos han sostenido con manifiesta mala fe, sino una condición de aptitud. Habiendo una sujeción productora de esclavitud, es evidente que no emancipará el sujeto, el que esclavise, el poseedor del capital que para su fomento se sirva de las ventajas que le da la injusticia social en contra del trabajador que desea emanciparse. Marx lo demostró claramente al poner en evidencia en el manifiesto célebre de la fundación de la Internacional "que la burguesía, y con ella todas las clases privilegiadas, están incapacitadas de progresar en sentido sociológico, ya que cada progreso es un paso hacia su propia anulación".

Antes que Marx lo declaró Proudhon, afirmando que la bandera del progreso, arrojada por la burguesía después de su triunfo contra la aristocracia y la realeza en la revolución francesa, ha sido recogida por los trabajadores que van directamente a la transformación racional de la sociedad. En España, lo ha declarado hasta la saciedad la prensa obrera, siendo imposible hacer un resumen de las numerosas demostraciones que en asambleas, mítines, logias masónicas y hasta ateneos y academias, han hecho los trabajadores.

Ya lo hemos visto: el eje del mal social está en el modo de ser la propiedad, y ese mal está revestido con carácter de justicia en la ley. Por la ley se es propietario de lo que produce espontáneamente la naturaleza, de las aplicaciones del pensamiento y de la observación a los medios de producir y del trabajo comprado por un mínimo salario. Todo eso, comunmente llamado capital, verdadera riqueza social, está monopolizado, mejor dicho, usurpado, y la emancipación que anhelan los trabajadores, es terminar de una vez y para siempre esa usurpación que les despoja de la que como hombres iguales en derecho a todos los hombres corresponde.

Por la aprobación legal y lícita, pero injusta y abominable, el propietario de la riqueza natural, de la riqueza creada y de la riqueza creadora se apodera de todos los beneficios, de todas las gangas sociales; satisface hasta la hartura sus necesidades y sus vicios e impone a los despojados de esas riquezas la estrechez inicua y la obediencia a su voluntad.

Por la expoliación constante, esencial y fundamental de la sociedad histórica y presente, estamos los trabajadores privados del desarrollo físico, intelectual y moral del tipo humano, y el conocimiento de ese menguado estado nuestro ha hecho surgir en nosotros la idea de emancipación.

En una palabra, bajo el nombre de propiedad se niega el derecho de propiedad en lo que pueda tener de justo y de legítimo; se legaliza la usurpación.

Los que dijeron "la propiedad es el

robo", frase repetida por ciertos radicales como espantajo, y por conservadores con escándalo, se quedaron cortos; porque el hecho de existir en la sociedad privilegiados y desheredados, constituye la usurpación de la riqueza social, y usurpar es peor que robar, ya que usurpar participa de la idea de robo en cuanto significa despojar a uno de lo suyo contra su voluntad; pero envuelve además la de fraude, engaño, abuso, fuerza, y sobre todo perennidad.

Para concebir la enorme injusticia que esa usurpación legal, acatada y respetada por todos como cosa sacratísima, representa, forme cada cual un juicio entre lo que es el medio en que vive, y lo que según las aficiones y las aptitudes podría ser, si todas las fuerzas sociales le hubieran sido favorables. Completada la educación y la instrucción, contando con la dirección de maestros competentes; teniendo todas las facilidades para contemplar y estudiar los modelos y las obras maestras de cada especialidad; sin trabas para las iniciativas y las empresas; alentados por el éxito, las excitaciones y los aplausos, se podría llegar a gloriosa altura o, cuando no, a dignísima medianía, con mérito propio y personal y muy distante de formar en el vulgo ignorante de nuestros días.

En resumen:

La tierra, como producto natural, es, para la razón, una riqueza social; mas para la ley es una riqueza individual.

El producto íntegro del trabajo, considerado como esfuerzo individual, si no se da a la comunidad a cambio de la satisfacción de todas las necesidades, corresponde al trabajador; pues la ley le despoja de tan legítimo beneficio, y lo da, por *accesión*, al propietario, a cambio de un jornal mínimo, reducido aún por la famosa ley de la oferta y la demanda al mínimo de jornal.

El trabajador, faltó en la infancia de desarrollo físico e intelectual, pasa mísera vida de privaciones y dolores, y la ley *presume* que el propietario holgazán realiza todos los trabajos:

¿Saben los desheredados qué es la *accesión*?

Según definición es el "derecho que el propietario de una cosa tiene a todo lo que ésta produzca o se le haga producir, como también a la cosa misma".

En una sociedad en que domina el concepto legal de la propiedad como lo instituyeron los romanos, a pesar de los siglos transcurridos, es natural que, con otro nombre y aún con variaciones que no afectan a su esencia, exista la antigua clasificación de *patricios y plebeyos*, y ya hemos visto, según la opinión de Waldeck-Rousseau, que tales continúan siendo los actuales *burgueses y obreros*. De mozo que en nuestras leyes el ciudadano es el propietario; el registro de ciudadanía es, no el civil, donde constan todos los nacidos, sino el de la propiedad, donde constan todos los que poseen. El trabajador no es hombre legal, es fuerza productora, como la tierra, el agua, el aire, la electricidad, el vapor y todos aquellos accesorios que el propietario se apropia por *accesión*.

Al presentarse el proletariado en el mundo dando la voz de sus reivindicaciones, se produjo cierto estupor entre los privilegiados, que consideraban al trabajador como un esclavo eternamente degradado e incapaz de concebir el ideal de su libertad; pero pasado el primer momento y al compás de las persecuciones iniciadas con matanzas de los comunistas de París, se pensó en mixtificar aquella idea, despojándola de su ingénita y enérgica virtualidad, y a tal objeto se fijó la opinión en las reformas políticas; es decir, la gente de privilegio, no confiando exclusivamente en la fuerza, recurrió al astuto engaño, con buen éxito desgraciadamente por el momento, causando el enorme daño de esterilizar casi toda una generación de trabajadores respecto de la gran obra de emancipación del proletariado.

Ahora para comprender la responsabilidad en que incurren los que, por la malicia o candidez, obtruyen la vía del progreso en vez de dejarla libre, véase lo que en una cita de la *Evolución super-orgánica*, dice Renán: "Faltó muy



poco para que no hubiera existido la Edad Media y para que la civilización romana hubiera continuado sin interrupción. Si las escuelas galo-romanas, hubiesen sido suficientes para hacer en un siglo la educación de los francos, la humanidad hubiera hecho una economía de diez siglos”.

Penetre esta consideración en la inteligencia de los que suponen prácticos, y desvanézcase la preocupación que les hará ver el ideal positivamente nacional como sueños de visionarios.

### *Condición del Trabajador*

El papa León XIII, en su famosa encíclica *Rerum Novarum*, dijo:

“Destruídos en el pasado siglo los antiguos gremios de obreros, y no habiéndoseles dado en su lugar defensa ninguna, por haberse apartado las instituciones y leyes públicas de la religión de nuestros padres, poco a poco ha sucedido hallarse los obreros entregados, solos e indefensos, por la condición de los tiempos, a la inhumanidad de sus amos y a la desenfrenada codicia de sus competidores”.

Eso, en buen romance, quiere decir que antes de la revolución francesa los obreros vivían felices por estar agremiados y ser buenos católicos.

Pues La Bruyère, célebre moralista francés, vivió un siglo antes de aquella revolución (de 1646 a 1696), describe al labrador de su tiempo en los siguientes términos:

“Vense ciertos animales bravíos, machos y hembras, esparcidos por los campos, negros, lívidos y tostados por el sol, inclinados hacia la tierra que remueven sin cesar con una tenacidad invencible; producen sonidos semejantes a la voz articulada, y cuando se levantan sobre sus pies muestran un rostro humano, y en efecto, son hombres. Por la noche se retiran a sus madrigeras, donde se alimentan con pan negro, agua y raíces; ahorran a los otros hombres la fatiga de sembrar, labrar y cosechar para vivir y merecen que no les falte una parte de ese pan que han sembrado”.

Aparte de quedar negada la veracidad del infalible, una verdad resulta

evidente de esas dos citas, demostrada con viveza de colorido que no podría superar, ni aún igualar, por mucho que se esforzara: la triste condición pasada y presente del trabajador, hecha por quienes no pueden ser tachados de ser —ni querer aparentarlo— sus amigos exclusivos.

Para hablar de la condición del trabajador he de empezar por exponer un concepto del *hombre*, porque hombre es por naturaleza, aunque la sociedad le rebaje de categoría reduciéndole a ser desheredado jornalero frente a frente de los otros hombres que son privilegiados capitalistas.

De la edición francesa de *Los Enigmas del Universo*, de Hoeckel, traduzco:

“Sobre todas las otras ciencias se coloca, en cierto sentido, la verdadera antropología racional. La palabra del sabio de la antigüedad: “Hombre, concómete a tí mismo”, y esta otra palabra célebre: “El hombre es la medida de todas las cosas”, han sido reconocidas y aplicadas siempre”.

Partiendo de esa base, el nombre de una especialidad profesional aplicado a la idea hombre en forma de adjetivo, puede significar aumento o disminución. Por ejemplo, un hombre calificado de *productor, científico, industrial, artista, etcétera*, se le considera como aumentado en su ser por la aplicación o ejercicio de sus facultades en bien propio y de sus semejantes, aplicación y ejercicio necesario, por cuanto su vida depende de ese bien individual y social o socializado; el que ejerce una profesión que, aunque le beneficie individualmente, perjudica a los otros, es un hombre despreciable, aunque por efecto de la ignorancia, goce de honores y disfrute de pingües prebendas; el que, reducido a mínima condición, por efecto de errores sociales, se ve obligado a desarrollar fuerza material e intelectual por un minimum de recompensa llamado jornal o salario, reemplazado en nuestros días y en los países civilizados a los esclavos de otros tiempos y aun en el día de otros países, es un hombre rebajado, disminuido, despreciable, de escaso valer.

Es la condición del trabajador: el calificativo de *obrero* con que el hombre que lo es se honra, es una verdadera marca infamante, de inferioridad; por eso se le recompensa con el jornal, que representa el *mínimum* de lo en que la sociedad estima la jornada de trabajo. Para probarlo, no hay más que recurrir a la estadística de la mortalidad, que demuestra que los asalariados, faltos de higiene, de alimentación regular, de descanso, de instrucción, de alegría y de muchas cosas absolutamente necesarias a la vida, mueren en una proporción espantosa comparada con la de los privilegiados, no obstante hallarse éstos también debilitados por los excesos o por la irregularidad viciosa de su modo de vivir.

En apoyo de esta afirmación, véanse algunos datos que manchan con la responsabilidad a todos y cada uno de los que viven del privilegio.

“Según los cálculos de Deparcieux, de 1000 nacidos ricos, 235 llegan a la edad de 70 años, mientras que de cada 1000 nacidos pobres, sólo llegan a la misma edad 117.

“En París, en los distritos ricos, la mortalidad anual es de 13 a 16 por 1000, en tanto que en los pobres es de 25 a 31 por 1000. La misma proporción ha sido demostrada por Villermé en Mulhouse y por el doctor Marmisse en Burdeos. La diferencia es todavía mayor en New York, donde en los distritos ricos se mueren en la proporción de 28 por 1000 y los pobres mueren como chinches; la proporción es de 150 a 196 por 100”.

“El cálculo medio de la edad (eliminando a los niños, que pagan un contingente a la mortalidad entre los obreros), es para los patronos de 43 años, y para los obreros de 15”.

A los proletarios les acecha la miseria negra. La estadística ha demostrado, según Canalejas, que la vida media del obrero industrial en Europa, es de poco más de 28 años, y que en muchas industrias el hombre vigoroso pierde rápidamente el 80 por 100 de su energía.

En las principales ciudades de Eu-

ropa y América, fúndanse ligas humanitarias para combatir la esclavitud en Africa: en algunas hay asilos benéficos para gatos y perros, sociedades protectoras de animales y plantas, y otras dedicadas al fomento de la cría caballar y se celebran exposiciones para premiar cerdos, gallinas, canarios, etc., y entre tanto se ve en los campos de Europa, a la mujer encorvada en el surco al lado del hombre, trabajando rudamente en la plantación como en la siega, y en España, bajo la salvaguardia de la bandera roja y gualda, se puede ver a la mujer uncida con un burro al arado, surcando los campos de la meseta central meridional de la península para producir trigo que se recoge y se guarda en la troje del propietario esperando la ocasión para venderlo más caro, realizando así mayor ganancia para vivir con más comodidad y mejorar el capital del heredero.

El trabajo de las mujeres complica la situación, porque dados los adelantos de la mecánica, los usurpadores de los medios de producción han puesto el yugo a la mujer y al niño, convirtiéndolas en concurrentes, es decir, en enemigos del obrero, y suponiéndoles menor capacidad productora, han reducido su salario, con lo que se aumenta su capital a la vez que crean una reserva obrera con que defenderse.

Así se da el caso de que en Francia republicana, según Leroy-Beaulieu, economista que no será recusado por exageración revolucionaria, hay 200,000 obreras que ganan menos de 50 céntimos diarios. Hay mujeres empleadas en oficios singularmente insanos, intoxicados por la nicotina, por el arsénico, por las sales de plomo, etcétera, que no pueden criar sus hijos o les transmiten con la leche infecciones morbosas; otras son víctimas de perturbaciones y desórdenes fisiológicos que comprometen su vida y la de sus hijos, de lo cual resulta una mortalidad que alcanza a la cifra horrible de 84 por 100 en los niños de un mes y hasta un 31 por 100 en los niños de un año, siendo en cambio de 20 y de 7

respectivamente en las familias ricas de 45 y 19 en la clase media.

Sabido es que existe en España, obreras que trabajan todo el día y luego velan en su casa para las obligaciones domésticas cuando no para aumentar con algunos céntimos sus menguados ingresos.

¿Quién que de infecciones de la actual sociedad se ocupa, ignora lo que ocurre en las minas de azufre de Sicilia? Allí, en obscuras cavernas, semejantes a condenados del infierno dantesco, una cadena de niños, medios desnudos, amarillentos, desencajados, esqueléticos, inundados de sudor, suben escalones hartos elevados para sus débiles piernecitas, cargados con espuestas llenas de mineral sobre su cabeza, vigilados por capataces que les hostigan con un vergajo o los achicharran con la lámpara huemante si no activan la marcha.

Paul Bourget dice en *Outre Mer*: "En el Connecticut hay 70,000 obreros, y de éstos, 100 obreros de las fábricas de cigarros de New York, 25 son niños, y el trabajo de los tabaqueros es de diez horas diarias. En Detroit, los niños de las fábricas trabajan nueve horas y dieciséis minutos". Y a esto añade Canalejas: "Nótese que recogemos ejemplos tomados de países donde se practica la inspección del trabajo. ¿Qué sucederá donde no existe? *La ley es letra muerta*".

Existe como causa de mortalidad obrera, lo que Rafael M. Labra llama *los contratos de la muerte*, que no otra cosa, son los convenios por los cuales el obrero hambriento por la producción, recolección y conservación de los bienes del burgués, acepta trabajos peligrosos o jornales deficientes para no morir de hambre en un rincón, y no decidirse a robar, en cuyo caso el Estado le da techo y alimento en la cárcel.

Según el Dr. Arthaud, en un artículo del *Petit Journal* firmado Thomas Grimm, la mitad de los trabajadores parisienses son tísicos, y el 80 por 100 de las infecciones, se deben a los locales en que habitan o que trabajan.

Considerados desde el punto de vis-

ta político, los trabajadores somos el pueblo, que es como decir una escoria donde se amontona todo lo humano que no es poder, dominación, excelencia ni riqueza; no siendo rey, noble, gobernante, sacerdote, general, rico ni prebendado de ninguna clase ni teniendo títulos, ni propiedades, dinero ni sangre azul, se es eso, pueblo, que es lo mismo que decir *nada*, aunque luego se dore la píldora con la frase *pueblo soberano*.

En lo social y para lo que se llaman efectos económicos; es decir, los poseedores de prole necesaria para el gran consumo de sangre del privilegio. Del privilegio que impone su ley diciendo: Se ha de trabajar en el campo, en el mar, en el camino, en la vía férrea, en el taller, en la fábrica, en la oficina, en el laboratorio, en el despacho, a tanto al día, a la quincena, o al mes; ve allá, trabaja, cambia, vende, transporta y tráeme a la casa la ganancia. Se ha de tener una guardia que contenga y reprima los intentos turbulentos de las masas en un día de impaciencia, que pudiera olvidar los temores supersticiosos impuestos por los funcionarios religiosos, las imposiciones de legisladores y gobernantes o la charla adormidera de los tribunos populares; ven al cuartel, ponte el uniforme, toma esas armas, mata al rebelde y conserva mi tranquilidad o el goce tranquilo de la ganancia que me deben esos rebelados contra el orden establecido. Se ha de tener un ejército además para eventualidades internacionales, prepárate a matar o a morir por mí.

Y eso es ya viejo. En Grecia, algunos siglos antes de la era actual, existía la hermosa Atenas, la reina de la civilización griega, que mantenía 20,000 super-hombres charlatanes, inútiles en su mayoría, semejantes a esa juventud burguesa y existista del presente, con el trabajo de 400,000 esclavos; y Esparta, que se tenía por más fuerte y enérgica, cuyos ciudadanos vivían sobre la durísima esclavitud de los ilotas. En Roma, el que no era patricio, y siéndolo era todo lo que hay que ser, era plebeyo, y por serlo era un mise-

rable que se las componía siendo guerrero o concurrente al circo. En las Galias dominaba una especie de teocracia que cobijaba el mismo género de injusticias. Y no hablemos de aquellos otros pueblos de más remota antigüedad en que existían las castas.

El hombre, emperador o mendigo, contiene individualmente las cualidades inherentes a la especie; es hombre, y las modificaciones que por efecto del medio en que se desarrollaron y vivieron sus ascendientes y en las que se desarrolla y vive él mismo no establecen diferencias que justifiquen superioridades o inferioridades sociales. No hay biología, fisiología, anatomía ni medicina real, sacerdotal, aristocrática, burguesa ni proletaria, sino que esas ciencias formadas sobre el conocimiento del hombre y aplicadas al hombre son puramente humanas, y lo mismo es la esencia de la vida, la disposición de los órganos vitales, su funcionamiento orgánico y la curación de las dolencias en el más alto que en el más bajo de la escala social. Todas esas ciencias se estudian en, por y para el hombre: en la clínica hospitalaria y en el anfiteatro anatómico se toma el cuerpo del infeliz que les arroja la sociedad, y en él se ensaya y se estudia, y el médico de la real cámara, el médico de los aristócratas, el médico de moda entre los burgueses que quieren aristocratizarse, lo mismo que el médico de los barrios bajos y el médico rural, han oído a unos mismos catedráticos, han estudiado las mismas piezas anatómicas y en muchos casos han hecho la autopsia y han disecado el mismo cadáver, porque la naturaleza no ha creado clases, es la sociedad la que hace que el hijo de tal mujer sea heredera de tal título, de tal riqueza, de tal honor, o sea esclavo, un hijo natural, o hijo de adulterio, o hijo incestuoso, o hijo máncer, o hijo espúreo, y todas esas diferencias, aparte de lo que influye el medio ambiente, no alteran la esencialidad de la especie. Más aún: la influencia del medio no ha impedido que un esclavo haya subido alguna vez al trono, que el rey e hijo de rey sea un estúpido llamado

Carlos II El Hechizado, ni que el hijo de un cardador de lana haya descubierto un nuevo mundo.

La naturaleza es como es, no hay que calificarla; al hombre corresponde conocerla y seguirla, ampliándola con sus facultades naturales. Lo malo es la sociedad, y aun en justicia debe decirse que lo verdaderamente malo es la falsificación de la sociedad, que por falsificada y desviada de su primitivo objeto, del único que justifica su existencia, la ayuda mutua y la reciprocidad del derecho y del saber, no llena su cometido.

### *Explotación y Miseria*

No ha de perderse de vista un momento este hecho culminante y odiosamente injusto: para que pueda vivir un rico sin trabajar se necesita una gran colonia de trabajadores más o menos pobres y esquilados que trabajen para él: arquitectos que tracen sus palacios de la ciudad y sus quintas de recreo en el campo; albañiles y obreros de oficios similares que las edifiquen; artistas y obreros de múltiples oficios que las llenen de muebles, espejos, cuadros, adornos, alfombras, cortinajes y usensilios; camareras, cocineros, lacayos y cocheros que pongan su actividad a su servicio; panaderos, sastres, zapateros, con todo el séquito de oficios preparatorios que contribuyen a la elaboración de cada producto; agricultores que cultivan el trigo, las legumbres y verduras; pastores y zagales que cuiden del ganado de toda clase que surte su mesa o que suministra lana, leche, etc., para diferentes necesidades; cazadores y pescadores que recojan de la superficie de la tierra y del fondo del mar las diferentes especies comestibles que puedan excitar los refinamientos de su apetito o satisfacer otros caprichos o necesidades; obreros del transporte que por mar y por tierra pongan a su alcance todos los productos del mundo, o le lleven de aquí para allá en sus viajes y excursiones veraniegas; artistas que le recreen; científicos que le curen y le ilustren; magistrados que declaren su derecho a la posesión y a

la gandulería; soldados, civiles y guindillas que le defiendan contra enemigos exteriores e interiores... En una palabra, todos los trabajadores de la ciencia, del arte, de la industria, de la agricultura y de la domesticidad; todos los funcionarios públicos y todas las instituciones sociales; todo cuanto en la humanidad se mueve y se agita, se apresura a ofrecer al rico las primicias de su actividad.

¿A cambio de qué?

Porque toda la producción se extiende y distribuye por el comercio, y el comercio es cambio.

Pues a cambio de dinero.

Pero el dinero, según los economistas, es trabajo acumulado: ¿cómo puede acumular trabajo en forma de dinero el que no ha trabajado nunca o trabaja escasamente, o no produce valor cambiante, o sólo puede ofrecer al cambio un valor ínfimo contra los valores incalculables por lo inmenso? y ¿cómo es que los que pasan toda la vida trabajando, los que al cambio podrían presentar el valor de una producción enorme no tienen acumulada cantidad alguna para atender a una enfermedad, a una crisis o a la vejez?

Porque existe la explotación.

Por la explotación alquila un propietario (acaparador de medios de producir) los trabajadores que necesita en relación con el capital de que dispone, y los hace trabajar tanto como puede por el mínimo del jornal posible; así se esquilman los unos y se hace rico el otro; después deja a sus herederos el capital formado con el trabajo de los asalariados, mientras estos legan a sus hijos un organismo endeble, su ignorancia sistemática y la condición servil de jornalero; formándose, por consiguiente, las dinastías o los linajes de los propietarios, que se presume que trabajan según el artículo 359 del Código Civil, y la masa vil de pobres a quienes corresponde el apelativo de *tercero* de que trata el artículo 356 del mismo.

Y sucede, no lo que pudiera tacharse de exageración demagógica, sino lo que refiriéndose a Inglaterra lamentaba Gladstone cuando dijo:

"Uno de los aspectos más tristes del estado social de nuestro país, consiste en que el aumento constante de las riquezas de las clases elevadas y la acumulación del capital, vayan acompañadas de una disminución en la facultad de consumación del pueblo y de mayor suma de privaciones y de sufrimientos entre las clases pobres".

Examínese este juicio de un estadista excepcionalmente honrado, y se verá que habla de clases elevadas que aumentan sus riquezas y acumulan capital, y del pueblo que aumenta privaciones y sufrimientos y disminuye la facultad de consumir en relativa proporción, como cosa corriente y natural.

Es claro que si los efectos de esa desigualdad no fueran chocantes, si no faltasen pan, ni vestido, ni hogar a tanta gente que, por ejemplo, en la culta y riquísima capital de Inglaterra pasan las noches en las plazas durmiendo a la intemperie, cubiertos con un diario y al amanecer buscan su desayuno como los perros en los montones de basura, podría pasar, porque al fin, como escribió Concepción Arenal "el problema del bienestar del pobre es muy sencillo; se reduce a cubrir sus verdaderas necesidades; mientras que el del rico es complicadísimo, porque sus necesidades no están marcadas por la naturaleza, ni limitadas por ella. El pobre lucha contra los obstáculos materiales; el rico, contra los que opone su corazón, su inteligencia y su imaginación".

Para la generalidad de las gentes el mal es malo, no por sí, sino porque toma proporciones que nos saca de la indiferencia y nos obliga a la lástima; es decir, lo malo del mal no es que sea una injusticia, un absurdo, algo que no deba de ser, sino una molestia que causa a los que se sienten fuera de su alcance y se creen con derecho a que no les importe nada. Lo del *prójimo como a tí mismo*, aunque sea un país donde chicos y grandes se saben de memoria el Evangelio, está muy lejos, tanto como la distancia que separa a un hambriento agonizante de un archimillonario latifundista que va alguna vez a



evangelizar al templo y es capaz de reducir las más saludables enseñanzas del versículo bíblico que habla del camello y del ojo de la aguja.

Al que tome por exageradas estas consideraciones, le prestaremos los siguientes datos:

En la Sociedad de Ciencias de Nueva York, se ha expuesto lo siguiente:

"En 1828 la longitud de los ferrocarriles, era de tres leguas, y los vagones eran tirados por caballos. En 1830, tuvimos la primera locomotora y a fines del siglo existían entre Europa y América, 125,000 locomotoras para el transporte de mercancías y pasajeros, con una fuerza de 37,000,000 de caballos de vapor. Las máquinas de vapor fijas de las fábricas, representaban una fuerza de 100,000,000 de fuerza (sin contar lo que habrá aumentado últimamente, y prescindiendo, también del vapor marítimo y de la gran fuerza motora introducida por la aplicación de la electricidad, todo lo cual lo menos duplica aquel total). Ahora bien: cada fuerza-caballo, y cada caballo equivale a la fuerza de siete hombres; de donde resulta que poseemos más, mucho más de 2,000 millones de fuerzas humanas, mientras que el planeta que habitamos tiene alrededor de 1,500 millones de habitantes".

Partiendo de este dato que, si no constase como expuesto en una corporación científica, puede formar cada cual por juicio propio, con sólo fijar la atención en el movimiento industrial moderno, júzguense ahora los siguientes:

"Cuatro grandes compañías de ferrocarriles recaudaron durante tres meses, una cantidad equivalente a 293 millones de pesetas. Invirtieron 73 para mejoramiento de las vías y reparación del material, contribuciones, etc., y 68 en salarios, incluso ingenieros y directores, quedando un remanente de 152 millones para los accionistas. Teniendo en cuenta que 73 millones empleados en material y en derecho de seguir explotando, resultan, a favor de los capitalistas que nada han hecho para ganarlo, 225 millones, y para los

trabajadores creadores de aquella riqueza 68".

A esto se añade que los 68 millones se han de gastar en seguida para las exigencias de la vida, y que los 225 capitalizados al 6 por 100 reeditúan al año 13 millones y medio.

"Según una memoria del Comisariado General del Trabajo de los Estados Unidos hace ya algunos años, para la fabricación de instrumentos oratorios se necesitarían antes 2,145 obreros de diferentes aptitudes para producir tanto como producen hoy con ayuda de máquinas 600 obreros de aptitud ordinaria. En la fabricación de ladrillos suprime hoy el 10 por 100 de trabajadores, y la de tejas de 40 por 100. En la zapatería, 100 hombres producen hoy tanto como producían anteriormente 500. En cierta clase de calzado la máquina ha suprimido el 50 por 100 de obreros".

Ha dicho Anatole France en el acto de la inauguración de una universidad popular en París, dirigiéndose a un auditorio compuesto casi en totalidad de trabajadores:

"Hay dos órdenes de conocimientos: en primer término hay los conocimientos profesionales y prácticos, que son sin duda los más necesarios, puesto que dan al hombre los medios de obrar. Ya sabéis que la vida es acción. Estos conocimientos los poseéis. Son vuestra riqueza, duramente conquistada, duramente obtenida".

Pues los zapateros y los panaderos que poseen esos conocimientos, que confían en vivir a expensas de esa riqueza, quedan desde luego privados de ella y sentenciados a muerte por la absorción capitalista, a consecuencia del hecho que revelan estas dos gacetillas que han recorrido la prensa obrera:

"UN PAR DE BOTAS DE SEÑORA, EN TRECE MINUTOS.—En un concurso celebrado en la manufactura de calzado de Linn, en el Massachussets, para premiar la rapidez del trabajo, se ha confeccionado un par de botas de señora en trece minutos, habiendo recurrido para ello a 57 operarios, a 42 máquinas y empleando 100 piezas".

“LA PANIFICACION.—La casa Tuller y Cía. de Nueva York, produce sesenta mil panes diarios, con una maquinaria perfeccionada que tamiza la harina, amasa la pasta, pesa, forma y cuece el pan sin que toque para nada el material la mano del hombre”.

Crean muchos trabajadores que, hallándose en posesión de un oficio, se hallan a cubierto de las eventualidades de mal género que puedan presentarse y en condiciones de ganarse la vida. Eso sucedía antes, cuando no sobrevinían crisis industriales que paralizaban todo: antes de la aplicación de la mecánica a la producción un obrero constituía familia, y por regla general, con su trabajo y la administración doméstica confiada a la mujer, podía crear y educar a sus hijos y darles un oficio, que era casi como darle una carrera. Con la aplicación de las máquinas desapareció el tipo del artesano, especie de artista que avaloraba y perfeccionaba la producción con su estilo propio, con el brillo de su personalidad, y vino a sustituirle en el trabajo y la mujer y el niño, y con esa sustitución vinieron muchos males; fué un progreso monopolizado por los explotadores que costó a los obreros hambre, humillaciones y muertes en proporciones dolorosísimas. La mayor parte de los oficios actuales, han sufrido ya las primeras transformaciones, y si lo que es una tregua en la aplicación de los inventos lo toman algunos por estado definitivo, se equivocan. Los obreros que se defienden con la resistencia según el patrón que señaló La Internacional y que aun patrocina el socialismo arcaico, tienen en su contra el *esquirol* de hierro, mucho más temible que el *esquirol* de carne y hueso. Ahí tenemos el ejemplo de la tipografía francesa, fuerte no hace mucho con su Federación de las Artes del Libro, reducida hoy a implorar de los patronos que se sirvan de tipógrafos sindicados para trabajar en los linotipos, máquinas susceptibles de perfecciones sucesivas y que no obstante despojan lo menos a la cuarta parte de los tipógrafos de la riqueza de que hablaba Anatole France. Y no se

engrían los constructores de máquinas no les tocará el despojo, porque también se inventa máquinas para construir máquinas.

Como consecuencia, viene la excedencia de trabajadores, y a este propósito hallo los siguientes datos:

En los Estados Unidos había en 1885 dos millones de obreros parados, y considerando que de la comparación con estadísticas anteriores había habido en el número de parados un aumento de un 11 por 100, pueda juzgarse a qué altura llegará el número de los parados en la actualidad.

En Francia, una estadística de 1895 demuestra que la población obrera, tomada en conjunto, da un término medio de 250 días de trabajo por individuo al año. Los detalles de esta estadística, considerados por oficio y por localidades, son horrorosos, y demuestran que aquel pueblo soberano que, como dicen los embaucadores políticos, tiene en sus manos sus destinos por el sufragio universal y que en su inmensa mayoría vota, parece de miseria negra.

En Inglaterra, los parados llegaban al 30 por 100 en 1895 y continuaba subiendo el número.

En Alemania, en la misma fecha resultó un 39 por 100 en junio y 23 por 100 en diciembre.

En otros países que tienen descuidada la estadística y en que cada uno vive, muere y baila al son que le toca, el conocimiento de la verdad pondría piel de gallina hasta al burgués más desaprensivo; en la beatífica ignorancia en que nos hallamos se pueden disfrutar aún algunos ratos felices, como en España, por ejemplo, donde podemos contemplar, sin enojarnos demasiado, cómo el Estado despoja por insolvente al agricultor pobre, cómo se despueblan las costas mediterráneas y cantábricas por la emigración, cómo en los centros obreros se ceba el hambre y la enfermedad, cómo está deshabitada y hasta casi es inhabitable la gran meseta central, lo que no impide que los que aun conservan un duro o tienen un colchón que empeñar vayan a los toros, asistan a las

procesiones y aplaudan a rabiar a oradores de los que, con el clero y los jefes de los partidos republicanos, turnantes, comparten el lucrativo oficio de engañar a la burguesía de medio pelo y a aquellos proletarios que, por no haberse elevado al ideal emancipador, viven en nuestros días como si fueran contemporáneos del hombre de las cavernas.

Estudiando las causas de que tantos trabajadores se hallen en holganza forzosa y en la consiguiente miseria, se encuentra que todas se reúnen en una: la maquinaria, que aumenta la producción al mismo tiempo que disminuye la mano de obra, que hace ilusoria la seguridad de los salarios, que reduce a la nada los seguros obreros, que cambia los centros productores y que obligando a vivir al obrero con un haber inferior a lo estrictamente necesario, le mata a menos de la mitad del término medio de la vida.

A continuar así ¿Qué destino se nos reserva a los trabajadores? La máquina progresa incesantemente; industrias hay, en que así como un principio el trabajador ya no era más que un simple lacayo de la máquina, se han invertido los papeles, y la máquina vigila, cuenta y mide el trabajo del hombre en la ínfima parte que se le deja en la producción. Así se da el caso que del Sena se presenten 64,000 aspirantes, quedando por ese lado nada menos que 62,900, que, juntos con los otros muchos miles de desocupados, pueden aclamar en los bulevares de París al Presidente de la República cuando se pasea con los soberanos de Europa que van a visitarle.

El 5 de Enero de 1897, en una discusión verificada en la Sociedad de Economía Política, pronunció el economista Mr. Limousin, estas terribles palabras: "A Francia le sobran cinco o seis millones de trabajadores".

Los datos son concluyentes. Una vez más, queda demostrado que el progreso, sometido al poder y a la dirección de los privilegiados, es decir, de los detentadores y usurpadores de la riqueza natural y de la riqueza social, se halla en un callejón sin salida, y

que como progreso, si es susceptible de desviarse y aún de estancarse por algún tiempo, es imposible detenerle para siempre, a nosotros corresponde encauzarle, ponerle en la buena vía y empujarle racionalmente para que dé para todo el mundo sus benéficos resultados.

Posesiónense bien los trabajadores de esta conclusión, absolutamente lógica, y pongan de su parte toda la inteligencia y la actividad necesarias para dejar de una vez de ser víctimas y cómplices de la iniquidad social.

### *Desenfreno Capitalista*

A medida que el régimen de explotación capitalista de la producción se ha desarrollado y que ese desarrollo, por la aplicación de la maquinaria, por las necesidades del mercado internacional y por la facilidad de las comunicaciones, ha exigido el aumento de capital fijo o circulante, se ha visto a las sociedades por acciones constituirse en forma predominante de empresa, quedando la producción hasta fines del pasado siglo, sea ejercida aún por empresarios solos o por sociedades, sometida todavía al antiguo sistema de la libre concurrencia.

Pero la explotación corre desenfrenada, y la concurrencia, libre hasta cierto punto, fué evolucionando hacia el monopolio, desde el simple acaparamiento hasta el *trust*, que aspira nada menos que a apoderarse del mercado mundial (el Standard Oil Company, por ejemplo, de que son dueños nueve personas, con un capital equivalente a 500 millones de francos), esperando nuevas combinaciones en que entren en el juego de la explotación exclusiva de todo el mundo otros y otros productos, justificando así esta exclamación de un diario americano: "Pronto no podremos habitar, comer, beber, vestir ni consumir nada, sin pagar tributo a algún *trust*".

Así, puestos ya en ese camino, se ven combinaciones industriales destinadas a unir las diferentes industrias que contribuyen a la producción de un artículo, como el hierro o el acero, tomando el mineral extraído de la mina

hasta la fabricación de los diferentes productos para el uso. Poniendo en relación constante los capitalistas productores de materias primas o secundarias con los de los productos finales, se ha llegado, no sólo a grandes perfecciones en la producción, sino también a la realización de importantes economías que, por la supresión de la concurrencia y por la práctica del monopolio, han quedado en beneficio exclusivo de los capitalistas.

Esa nueva combinación, junto con la fusión de diferentes empresas en una sola o sindicatos (*trust*) monopolizador que impone sus precios sin temor a ningún concurrente, tiende, como resultado de su organización, al dominio del mercado nacional e internacional de determinado artículo y al monopolio de toda una rama de industria y de comercio.

En marzo de 1899, había en los Estados Unidos 353 *trust* de importancia variable con un capital de cerca de 6,000 millones de dólares; después se fundaron muchos más y, según datos posteriores; en mayo de 1900, si se sumaran los capitales de los diferentes *trust* que funcionan en diversos países, aunque legalmente domiciliados en los Estados Unidos, se llegaría a 50,000 millones de francos, cantidad diez veces superior a la indemnización de guerra pagada por Francia a Alemania después de la derrota de 1870.

Un estudio reciente de M. John Moody revela la existencia en los Estados Unidos de 440 combinaciones financieras (*trust*) que agrupan un lagos, porque el agua y el aire no estaban aún acaparados, es decir, declarados "propiedad privada" por la voluntad de algunos individuos poderosos. También se vió entonces a los coaligados de los *trust*, invocar la ayuda de la ley, buscando, por su influencia sobre los cuerpos legislativos, la introducción de algunos artículos que dificultasen el transporte del petróleo por la vía fluvial. El mar es harto grande aún hasta para los *trust* más poderosos; es amplio y generoso, abierto a todo el mundo, como el aire que respiramos; pero no confiamos

demasiado: el gran capital americano ha logrado el monopolio de las grandes líneas de navegación entre Europa y América, constituyendo en febrero de 1902 la *Shipping-corporation*, con un capital de 170 millones de dólares.

La posesión del gran capital da un poder monopolizador enorme, Ejemplo: una compañía fabrica el 90 por 100 de todo el azúcar producido en los Estados Unidos y puede fabricar un 20 por 100 más que la demanda total de ese artículo en aquel país; otra suministra todo el petróleo que en el mismo se consume, con pretensiones, como ya hemos indicado, de dominar en el mercado mundial; otra suministra de 85 a 90 por 100 de la producción total de las bebidas espirituosas; otra el 95 por 100 de la hoja de lata, y así sucesivamente.

¿Quiérese una prueba material, evidente, sujeta a cantidad y medida de la usurpación capitalista y del despojo de que somos víctimas los trabajadores? Vedla, volviendo a los Estados Unidos para tomar por tipo una nación que no está sometida a una monarquía absoluta, ni constitucional, ni a una República unitaria, sino una nación constituida en república democrática federal, la república modelo. Se lee en la página 107 del prólogo de D. José Canalejas y Méndez a *El Instituto del Trabajo* de Buylia, Posada y Morote:

"Domela Nieuwenhuys traza un cuadro que revela cómo crecen en los Estados Unidos las fortunas industriales y la desproporción enorme que existe entre el beneficio obtenido por los patronos en su capital y el escaso aumento de los salarios de los obreros. En 1850 el importe de los jornales, con relación a los beneficios obtenidos por los patronos en sus productos, fué de un 23'23 por 100; el año de 1860 de un 20; el año 1870 de un 18'55; el año 1880 de un 17'6 y en la actualidad está por debajo de un 15 por 100. Así se comprende que la fortuna total de los Estados Unidos creciera en medio siglo de un modo exorbitante, fabuloso, pues siendo de 7,000.000,000 millones de dólares, en 1850 llegaba a exce-

der de 80,000.000,000 cuando surgió la guerra hispano-americana. Engel ha calculado que el obrero alemán produce por término medio anualmente por valor de 3.600 marcos, en tanto que su salario no llega a 900 marcos. Multiplicando esa cifra y otras análogas, por el número de obreros ocupados en la producción, se explican las fortunas enormes acumuladas por ciertos establecimientos industriales de la América del Norte, de Inglaterra, de Francia, de Alemania, etc.

"Frente a los reyes de la industria y del comercio, del petróleo, del oro, de los ferrocarriles, del trigo, del hierro, del cobre, de la carbón, de los algodones, del azúcar... achimillonarios, que tienen bajo su poder a miles y miles de asalariados, de cuya vida y libertad son árbitros de hecho, y frente a los *trust* y *cartells*, poderosísimos sindicatos monopolizadores, existen legiones inmensas que trabajan sin obtener siquiera la ración fisiológica de alimento estrictamente necesaria para sostener su vida. La revolución política conserva en su total de unos 20,490 millones de dólares, equivalente a más de 102,662 millones de francos. Los *trust* más importantes son los del cobre, del aceite, del azúcar, del acero y del tabaco, que reúnen un capital de 2,662 millones de dólares. La *United States Steel Corporation* absorbe por sí sola más de la mitad de esa suma, 1,370 millones de dólares.

Todos esos *trust* importantes, a excepción del *trust* del azúcar, son de fecha reciente, de 1898, explotando en conjunto 1,500 establecimientos, sin contar sus explotaciones secundarias.

Los *trust* industriales de importancia menor, son en número de 298, y poseen 3,400 establecimientos capitalizados por un valor total de 4,055 millones de dólares; otros 13 *trust* en vías de organización cuentan con unos 530 millones de dólares, la mayor parte de ellos fundados a principios de siglo.

Todos los *trust* reunidos comprenden 8,664 explotaciones originariamente independientes.

En América y en Europa, se ha recurrido a la legislación contra el domi-

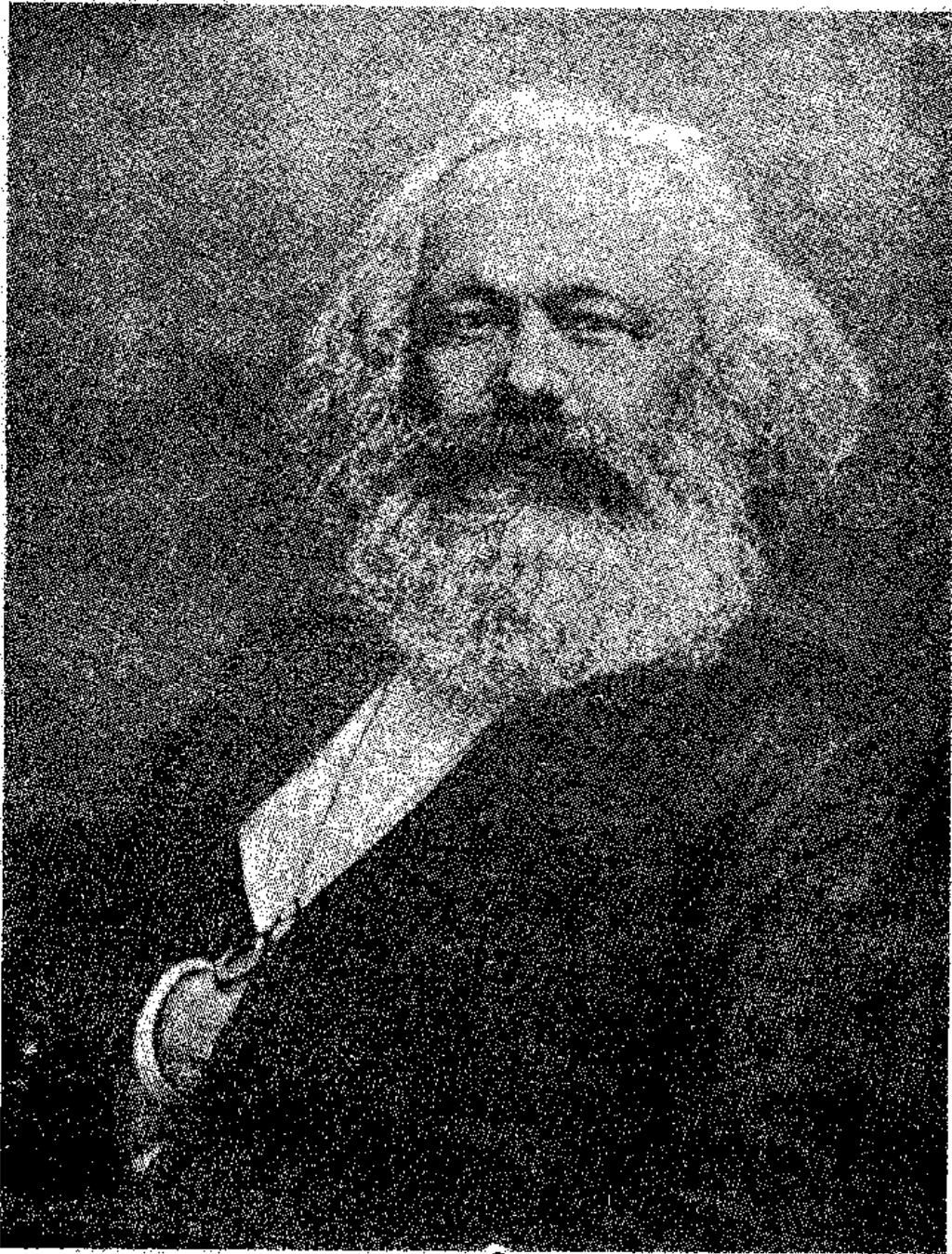
nio amenazador de las combinaciones modernas. Trabajo perdido: actualmente esas combinaciones dominan el mercado universal.

La dominación ejercida por las combinaciones industriales y comerciales modernas, es consecuencia inevitable del desarrollo de la propiedad privada, y toda apropiación de los medios de producir es un monopolio, una usurpación. Bien patente se vió en el primer período de la existencia de los *trust* de América, cuando los refinadores de Petróleo no coaligados, perseguidos por el boicot de las compañías de transporte, buscaban la salida de sus productos por la navegación de los ríos y de banderas el lema hermoso de la igualdad, en tanto que de sus mismas entrañas surge la formidable plutocracia que supera al poder de todas las aristocracias históricas. La ley penal castiga la confabulación para alterar el precio de las cosas, y, sin embargo, es un hecho que en menoscabo de la autoridad de leyes y jurisprudencias, que ahora quiere sistematizar Roosevelt, crecen esos monopolios odiosos. Actualmente, con ocasión del *Trust del Océano*, proyectado por Morgan, lo que se discute es si los ingleses podrán oponerle o no un sindicato más fuerte".

Completa el cuadro de la democracia norteamericana la siguiente flor, que dedicó a los trabajadores republicanos españoles, para que fortalezcan sus esperanzas con esa muestra de la justicia que ofrece al mundo la República Modelo.

"Según un periódico neoyorquino, los sueldos combinados de 16 emperadores y reyes de Europa, entre los cuales hay los de Rusia, Alemania, Austria, Italia, Inglaterra, España y Baviera, que son los que cobran más, asciende a 31.931,510 pesos anuales. El millonario yankee John Rossenwelt tiene 30 millones de pesos de renta anual. Tiene un peso fuerte por segundo; de manera que podría pasar las 24 horas del día sin hacer otra cosa que contar pesos de los productos de su renta. Le llaman el rey de reyes, y no sin razón". — *Fin del fragmento* —





CARLOS MARX

1818 - 1883

# MANIFIESTO

1848

(Fragmento)

CARLOS MARX.  
FEDERICO ENGELS.

*Proletarios de Todos  
los Países: UNIOS*

## *Burgueses y Proletarios*

La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases.

Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces, y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases beligerantes.

En las anteriores épocas históricas encontramos casi por todas partes una completa división de la sociedad en diversos testamentos, una múltiple escala gradual de condiciones sociales. En la antigua Roma hallamos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros, oficiales y siervos, y, además, en casi todas estas clases todavía encontramos gradaciones especiales.

La moderna sociedad burguesa, que ha salido de entre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido las contradicciones de clase. Únicamente ha sustituido las viejas clases, las viejas

condiciones de opresión, las viejas formas de lucha por otras nuevas.

Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases, que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la Edad Media surgieron los villanos libres de las primeras ciudades; de este estamento urbano salieron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América y la circunnavegación de África ofrecieron a la burguesía en ascenso un nuevo campo de actividad. Los mercados de las Indias y de China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, la multiplicación de los medios de cambio y de las mercancías en general imprimieron al comercio, a la navegación y a la industria un impulso hasta entonces desconocido, y aceleraron, con ello, el desarrollo del elemento revolucionario de la sociedad feudal en descomposición.

La antigua organización feudal o

gremial de la industria ya no podía satisfacer la demanda, que crecía con la apertura de nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. La clase media industrial suplantó a los maestros de los gremios; la división del trabajo entre las diferentes corporaciones desapareció ante la división del trabajo en el seno del mismo taller.

Pero los mercados crecían sin cesar; la demanda iba siempre en aumento. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El vapor y la maquinaria revolucionaron entonces la producción industrial. La gran industria moderna sustituyó a la manufactura; el lugar de la clase media industrial vinieron a ocuparlo los industriales millonarios jefes de verdaderos ejércitos industriales, los burgueses modernos.

La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de todos los medios de transporte por tierra. Este desarrollo influyó a su vez en el auge de la industria, y a medida que se iban extendiendo la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, desarrollábase la burguesía, multiplicando sus capitales y relegando a segundo término a todas las clases legadas por la Edad Media.

La burguesía moderna, como vemos, es por sí misma fruto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de revoluciones en el modo de producción y de cambio.

Cada etapa de la evolución recorrida por la burguesía ha ido acompañada del correspondiente éxito político. Estamento oprimido bajo la dominación de los señores feudales; asociación armada y autónoma en la comuna; en unos sitios, República urbana independiente; en otros, "tercer estado" tributario de la monarquía; después, durante el período de la manufactura, contrapeso de la nobleza en las monarquías feudales o absolutas y, en general, piedra angular de las grandes monarquías, la burguesía después del establecimiento de la gran industria y del mercado universal, conquistó final-

mente la hegemonía exclusiva del Poder Político en el Estado representativo moderno. El gobierno del Estado moderno no es más que una justa que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa.

La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario.

Donde quiera que ha conquistado el Poder, la burguesía ha destruído las relaciones feudales, patriarcales, y díficiles. Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus "Superiores Naturales" las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel "pago al contado". Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha substituído las numerosas libertades escrituradas y bien adquiridas por la única y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal.

La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto. Al médico, al jurisconsulto, al sacerdote, al poeta, al sabio, los ha convertido en sus servidores asalariados.

La burguesía ha desgarrado el velo de emocionante sentimentalismo que encubría las relaciones familiares, y las redujo a simples relaciones de dinero.

La burguesía ha revelado que la brutal manifestación de fuerza en la Edad Media, tan admirada por la reacción, tenía su complemento natural en la más relajada holgazanería, ha sido ella la que primero ha demostrado lo que puede realizar la actividad humana: ha creado maravillas muy distintas a las pirámides de Egipto, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, y ha realizado campañas muy distintas

a los éxodos de los pueblos y a las Cruzadas.

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, un movimiento y una inseguridad constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones sociales estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas admitidas y veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo estamental y estancando se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas.

Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes.

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dió un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente, son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su

satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la producción intelectual.

La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal. Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles, a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza.

La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas; ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, substrayendo una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente.

La burguesía suprime cada vez más el fraccionamiento de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglomerado la población centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en manos de unos pocos. La conse-

cuencia obilgada de ello ha sido la centralización política. Las provincias independientes, ligadas entre sí casi únicamente por lazos federales, con intereses, leyes, gobiernos y tarifas aduaneras diferentes, han sido consolidadas en una sola nación, bajo un solo Gobierno, una sola Ley, un solo interés nacional de clase y una sola línea aduanera.

La burguesía, con su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la adaptación para el cultivo de continentes enteros, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo de la tierra como por encanto.

¿Cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera qué semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?

Hemos visto, pues, que los medios de producción y de cambio, sobre cuya base se ha formado la burguesía, fueron creados en la sociedad feudal. Al alcanzar un cierto grado de desarrollo estos medios de producción y de cambio, las condiciones en que la sociedad feudal producía y cambiaba, toda la organización feudal de la agricultura y de la industria manufacturera, en una palabra, las relaciones feudales de propiedad, cesaron de corresponder a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Frenaban la producción en lugar de impulsarla. Se transformaron en otras tantas trabas. Era preciso romper esas trabas, y se rompieron.

En su lugar se estableció la libre concurrencia, con una constitución social y política adecuada a ella y con la dominación económica y política de la clase burguesa.

Ante nuestros ojos se está produciendo un movimiento análogo. Las relaciones burguesas de producción y

de cambio, las relaciones burguesas de propiedad, toda esa sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir tan potentes medios de producción y de cambio, se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros. Desde hace algunas décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la rebelión de las fuerzas productivas modernas contra las actuales relaciones de producción, contra las relaciones de propiedad que condicionan la existencia de la burguesía y su dominación. Basta mencionar las crisis comerciales que, con su retorno periódico, plantean, en forma cada vez más amenazante, la cuestión de la existencia de toda la sociedad burguesa. Durante cada crisis comercial, se destruye sistemáticamente, no sólo una parte considerable de productos elaborados, sino incluso de las mismas fuerzas productivas ya creadas. Durante las crisis, una epidemia social, que en cualquier época anterior hubiera parecido absurda, se extiende sobre la sociedad; la epidemia de la superproducción. La sociedad se encuentra súbitamente retrotraída a un estado de barbarie momentánea; diríase que el hambre, que una guerra devastadora mundial la han privado de todos sus medios de subsistencia; la industria y el comercio parecen aniquilados. Y todo eso, ¿por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no sirven ya al desarrollo de la civilización burguesa y de las relaciones de propiedad burguesas; por el contrario, resultan ya demasiado poderosas para estas relaciones, que constituyen un obstáculo para su desarrollo; y cada vez que las fuerzas productivas salvan este obstáculo, precipitan en el desorden a toda la sociedad burguesa y amenazan la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno. ¿Cómo



vence esta crisis la burguesía? De una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. ¿De qué modo lo hace, entonces? Preparando crisis más extensas y más violentas y disminuyendo los medios de prevenirlas.

Las armas de que se sirvió la burguesía para derribar al feudalismo se vuelven ahora contra la propia burguesía.

Pero la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñarán esas armas: los obreros modernos, *los proletarios*.

En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, desarróllase también el proletariado, la clase de los obreros modernos, que no viven sino a condición de encontrar trabajo, y lo encuentran únicamente mientras su trabajo acrecienta el capital. Estos obreros, obligados a venderse al detall, son una mercancía como cualquier otro artículo de comercio, sujeta, por tanto, a todas las vicisitudes de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

El creciente empleo de las máquinas y la división del trabajo quitan al trabajo del proletario todo carácter sustantivo y le hacen perder con ello todo atractivo para el obrero. Este se convierte en un simple apéndice de la máquina, y sólo se le exigen las operaciones más sencillas, más monótonas y de más fácil aprendizaje. Por tanto, lo que cuesta hoy día el obrero se reduce poco más o menos a los medios de subsistencia indispensables para vivir y para perpetuar su linaje. Pero el precio del trabajo, como el de toda la mercancía, es igual a su costo de producción. Por consiguiente, cuanto más fastidioso resulta el trabajo, más bajan los salarios. Más aún, cuanto más se desenvuelven el maquinismo y la división del trabajo, más aumenta la cantidad de trabajo, bien mediante la prolongación de la jornada, bien por el aumento del trabajo exigido en un tiempo dado, la aceleración del movimiento de las máquinas, etc.

La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial masas de obreros, hacinados en la fábrica, están organizadas en forma militar. Como soldados rasos de la industria, están colocados bajo la vigilancia de una jerarquía completa de oficiales y suboficiales. No solamente esclavos de la clase burguesa, del Estado burgués, sino diariamente, a todas horas, esclavos de la máquina, del capataz y, sobre todo, del patrón de la fábrica. Y este despotismo es tanto más mezquino, odioso y exasperante, cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro.

Cuanto menos habilidad y fuerza requiere el trabajo manual, es decir, cuanto mayor es el desarrollo de la industria moderna, mayor es la proporción en que el trabajo de los hombres es suplantado por el de las mujeres y los niños. Las diferencias de edad y sexo pierden toda significación social para la clase obrera. No hay más que instrumentos de trabajo, cuyo costo varía según la edad y el sexo.

Una vez que el obrero ha sufrido la explotación del fabricante y ha recibido su salario en metálico, se convierte en víctima de otros elementos de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etc.

Pequeños industriales, pequeños comerciantes y rentistas, artesanos y campesinos, toda la escala inferior de las clases medias de otro tiempo, caen en las filas del proletariado; unos, porque sus pequeños capitales no les alcanzan para acometer grandes empresas industriales y sucumben en la competencia con los capitalistas más fuertes; otros, porque su habilidad profesional se ve despreciada ante los nuevos métodos de producción. De tal suerte, el proletariado se recluta entre todas las clases de la población.

El proletariado pasa por diferentes etapas de desarrollo. Su lucha contra la burguesía comienza con su surgimiento.

Al principio, la lucha es entablada por obreros aislados; después por los

obreros de una misma fábrica; más tarde, por los obreros del mismo oficio de la localidad contra el burgués aislado que los explota directamente. No se contentan con dirigir sus ataques contra las relaciones burguesas de producción, y los dirigen contra los mismos instrumentos de producción: destruyen las mercancías extranjeras que les hacen competencia, rompen las máquinas, incendian las fábricas, intentan reconquistar por la fuerza la posición perdida del trabajador de la Edad Media.

En esta etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y disgregada por la competencia. Si los obreros forman en masas compactas, esta acción no es todavía la consecuencia de su propia unidad, sino de la unidad de la burguesía, que para alcanzar sus propios fines políticos debe —y por ahora aun puede— poner en movimiento a todo el proletariado. Durante esta etapa, los proletarios no combaten, por tanto, contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, es decir, contra los vestigios de la monarquía absoluta, los propietarios territoriales, los burgueses no industriales y los pequeños burgueses. Todo el movimiento histórico se concentra, de esta suerte, en manos de la burguesía; cada victoria alcanzada en estas condiciones es una victoria de la burguesía.

Pero la industria, en su desarrollo, no sólo acrecienta el número de proletarios, sino que los concentra en masas considerables; su fuerza aumenta y adquieren mayor conciencia de la misma. Los intereses y las condiciones de existencia de los proletarios se igualan cada vez más a medida que la máquina va borrando las diferencias en el trabajo y reduce el salario, casi en todas partes, a un nivel igualmente inferior. Como resultado de la creciente competencia de los burgueses entre sí y de las crisis comerciales que ella ocasiona, los salarios son cada vez más fluctuantes; el constante y acelerado perfeccionamiento de la máquina coloca al obrero en situación cada vez

más precaria; las colisiones individuales entre el obrero y el burgués adquieren más y más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses y actúan en común para la defensa de sus salarios. Llegan hasta formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios, en previsión de estos choques circunstanciales. Aquí y allá la lucha estalla en sublevación.

A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros. Esta unión es favorecida por el crecimiento de los medios de comunicación creados por la gran industria y que ponen en contacto a los obreros de diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional en una lucha de clases. Mas toda lucha de clases es una lucha política. Y la unión que los habitantes de las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, tardaron siglos en establecer, los proletarios modernos, con los ferrocarriles, la llevan a cabo en unos pocos años.

Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político, es sin cesar socavada a nacional, en una lucha por la competencia entre los propios obreros. Pero surge de nuevo, y siempre más fuerte, más firme, más potente. Aprovecha las disensiones intestinas de los burgueses para obligarles a reconocer por la ley algunos intereses de la clase obrera; por ejemplo, la ley de la jornada de diez horas en Inglaterra.

En general, las colisiones en la vieja sociedad favorecen de diversas maneras el proceso de desarrollo del proletariado. La burguesía vive en lucha permanente: al principio, contra la aristocracia; después, contra aquellas fracciones de la misma burguesía cuyos intereses entran en contradicción con los progresos de la industria, y siempre, en fin, contra la burguesía de

todos los demás países. En todas esas luchas se ve forzada a apalearse al proletariado a reclamar su ayuda y a arrastrarle así al movimiento político. De tal manera la burguesía proporciona a los proletarios los elementos de su propia educación, es decir, armas contra ella misma.

Además, como acabamos de ver, el progreso de la industria precipita a las filas del proletariado a capas enteras de la clase dominante, o al menos las amenaza en sus condiciones de existencia. También ellas aportan al proletariado numerosos elementos de educación.

Finalmente, en los períodos en que la lucha de clases se acerca a su desenlace, el proceso de desintegración de la clase dominante, de toda la vieja sociedad, adquiere un carácter tan violento, tan agudo, que una pequeña fracción de esa clase reniega de ella y se adhiere a la clase revolucionaria, a la clase en cuyas manos está el porvenir. Y así como antes de una parte de la nobleza se pasó a la burguesía, en nuestros días un sector de la burguesía se pasa al proletariado, particularmente ese sector de los ideólogos burgueses que se han elevado teóricamente hasta la comprensión del conjunto del movimiento histórico.

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar.

Las capas medias —el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino—, todas ellas luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales capas medias. No son, pues, revolucionarias, sino conservadoras. Más todavía, son reaccionarias ya que pretenden volver atrás la rueda de la historia. Son revolucionarias únicamente cuando tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros cuan-

do abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado.

El lumpenproletariado, ese producto de la putrefacción de las capas más bajas de la vieja sociedad, puede a veces ser arrastrado al movimiento por una revolución proletaria; sin embargo en virtud de todas sus condiciones de vida está más bien dispuesto a venderse a la reacción para servir a sus maniobras.

Las condiciones de existencia de la vieja sociedad están ya abolidas en las condiciones de existencia del proletariado. El proletariado no tiene propiedad; sus relaciones con la mujer y con los hijos no tienen nada de común con las relaciones familiares burguesas; el trabajo industrial moderno, el moderno yugo del capital, que es el mismo en Inglaterra que en Francia, en Norteamérica que en Alemania, despoja al proletariado de todo carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión, son para él meros prejuicios burgueses detrás de los cuales se ocultan otros tantos intereses de la burguesía.

Todas las clases que en el pasado lograron hacerse dominantes trataron de consolidar la situación adquirida sometiendo a toda la sociedad a las condiciones de su modo de apropiación. Los proletarios no tienen nada que salvaguardar; tienen que destruir todo lo que hasta ahora ha venido garantizando y asegurando la propiedad privada existente.

Todos los movimientos han sido hasta ahora realizados por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es el movimiento independiente de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, capa inferior de la sociedad actual, no puede levantarse, no puede enderezarse, sin hacer saltar toda la superestructura formada por las capas de la sociedad oficial.

Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. Es natural que el proletariado de cada país debe aca-

bar en primer lugar con su propia burguesía.

Al esbosar las fases más generales del desarrollo del proletariado, hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos oculta que se desarrolla en el seno de la sociedad existente, hasta el momento en que se transforma en una revolución abierta y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, implanta su dominación.

Todas las sociedades anteriores, como hemos visto, han descansado en el antagonismo. Mas para oprimir a una clase, es preciso asegurarle unas condiciones que le permitan, por lo menos, arrastrar su existencia de esclavitud. El siervo, en pleno régimen de servidumbre, llegó a miembro de la comuna, lo mismo que el pequeño burgués llegó a elevarse a la categoría de burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, por el contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, desciende siempre más y más por debajo de las condiciones de vida de su propia clase. El trabajador cae en la miseria, y el papuerismo crece más rápidamente todavía que la población y la riqueza. Es, pues, evidente que la burguesía ya no es capaz de seguir desempeñando el papel de clase dominante de la sociedad ni de imponer a ésta, como ley reguladora, las condiciones de existencia de su clase. No es capaz de domi-

nar, porque no es capaz de asegurarse a su esclavo la existencia ni siquiera dentro del marco de esclavitud, porque se ve obligada a dejarle decaer hasta el punto de tener que mantenerle, en lugar de ser mantenida por él. La sociedad ya no puede vivir bajo su dominación; lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía es, en lo sucesivo, incompatible con la de la sociedad.

La condición esencial de la existencia y de la dominación de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de particulares, la formación y el acrecentamiento del capital. La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepulcros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables.

— *Fin del fragmento* —

FIN DEL TOMO PRIMERO





*FEDERICO ENGELS*

1820 - 1895



# INDICE

## *Del Tomo Primero*

	<i>Págs.</i>
PREFACIO .....	11
<b>CAPITULO PRIMERO</b>	
Origen del Hombre y del Trabajo .....	13
<b>CAPITULO SEGUNDO</b>	
Origen de la Esclavitud y de la Explotación .....	17
<b>CAPITULO TERCERO</b>	
El Origen de la Libertad y el Empuje de los Pueblos .....	20
"La Revolución Francesa"	
<b>CAPITULO CUARTO</b>	
Origen del Movimiento Obrero y de su Primera Internacional .....	29
<b>CAPITULO QUINTO</b>	
Origen Ideológico de las Doctrinas Sociales .....	35
PEDRO J. PROUDHON .....	35
PEDRO KROPOTKINE .....	51
MIGUEL BAKOUNINE .....	72
ELISEO RECLUS .....	96
ENRIQUE MALATESTA .....	111
RICARDO MELLA .....	129
ANSELMO LORENZO .....	137
CARLOS MARX Y FEDERICO ENGELS .....	155